EXPRESO DE MEDIANOCHE

William Hoffer - Billy Hayes



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

AGRADECIMIENTOS

Deseo agradecer la ayuda de mi familia y de mis parientes, de los viejos amigos y de los nuevos amigos y también la de otros amigos a quienes nunca he conocido.

B.H.

I

A unos veinte kilómetros al oeste de Estambul, más allá de los suburbios de la ciudad, en medio de los campos cultivados, cercanos a la costa, se encuentra el Aeropuerto Internacional de Yesilkoy. Cada mediodía llega de Teherán el vuelo No. 1 de la Pan American. Descienden algunos pasajeros, otros suben y el avión despega nuevamente a la una, para continuar su viaje a Francfort, Londres y Nueva York. El 6 de octubre de 1970, sintiéndome como un personaje de Ian Fleming, cubiertos los ojos con grandes gafas oscuras y con el cuello de mi impermeable levantado hasta las orejas, observé cómo el vuelo No. 1, un Boeing 707, aterrizaba en la pista de hormigón. Bajé el ala de mi sombrero hasta casi cubrirme los ojos y me apoyé contra la pared próxima al mostrador donde se registran los pasajeros.

Un hombre bajo y regordete pasó frente a mí y puso su maleta sobre la balanza. La bonita muchacha de cabellos oscuros que estaba detrás del mostrador rotuló el bolso de mano que llevaba el pasajero, selló su pasaje y le indicó que atravesara una puerta. Desde donde me encontraba vi que la coronilla pelada del individuo se ponía roja por el esfuerzo mientras caminaba por el largo corredor. Allá, en el extremo, un aburrido policía turco de uniforme arrugado revisó de mala gana el bolso de mano y le dio una mirada al pasaporte del hombre. Con tos provocada por el cigarrillo que estaba fumando, el agente le indicó que avanzara. Observé cómo el hombre regordete desaparecía en la sala de pasajeros de la Pan Am.

Sí, sí, me dije. Así hay que hacerlo. Parece fácil.. .

Caminé hacia el mostrador y con el dinero que me quedaba compré un pasaje a Nueva York para el día siguiente.

Había planeado observarlo todo hasta que el avión partiera, pero, ¿qué más había qué ver? ¿Realmente necesitaba ser tan minucioso? Allí la vigilancia parecía una broma. Si me apresuraba a tomar un taxi podía volver al Pudding Shoppe a tiempo para mi cita con una chica inglesa que había conocido durante el desayuno. Me había comentado que estaba en Estambul para escribir una tesis sobre la danza del vientre. ¿Quién oyó hablar alguna vez de una tesis sobre la danza del vientre? Pero en verdad no me importaba si su historia era falsa o verdadera. Todo lo que deseaba era estar acompañado antes de mi aventura. Esa tarde, esa noche, esa mañana, parecían escenas de una película. Yo, un tanto inquieto pero esforzándome por mantener la calma, era el actor principal.

Olvidé por media hora mis cuidadosos planes y subí a un taxi. Ese día el vuelo No. 1 de la Pan Am se marcharía sin que yo lo despidiera.

Durante mis diez días en Estambul, el Pudding Shoppe había pasado a ser casi mi hogar. En toda Europa había oído hablar de ese ruidoso local turco donde se reunían los hippies viajeros. Yo no me consideraba un hippie ni mi corte de pelo era adecuado para el Pudding Shoppe, pero allí podía alternar tranquilamente con los otros extranjeros.

Sentado junto a una pequeña mesa, en la acera, bebía el dulce té turco mientras aguardaba a la inglesa. A mi alrededor la gente conversaba, reía, gritaba. Mendigos y vendedores ambulantes caminaban entre la multitud multicolor. Un vendedor callejero cocinaba shishkebab. El aroma de la carne se mezclaba con el olor del estiércol de la calzada. Un muchachito de ojos pícaros surgió desde la esquina conduciendo con una cuerda a un oso de enorme hocico. Allí me quedé sentado. Anhelante y nervioso aguardaba el peligro del próximo día.

La muchacha de la tesis sobre la danza del vientre no apareció. Tal vez debí considerarlo un presagio.

Llegué temprano. Fui al baño del aeropuerto y me encerré en un compartimiento. Levanté mi grueso suéter de cuello alto. Todo estaba en orden. Acomodé otra vez el suéter debajo de la chaqueta de pana y miré el reloj. El momento se acercaba.

Ya era hora. Sería fácil. Lo había controlado todo el día anterior.

Cerré los ojos y relajé los músculos. Respiré profundamente. La presión de la cinta que rodeaba mi pecho me provocó dolor. Salí del baño tratando de aparentar naturalidad. Ya no me podía volver atrás.

La misma joven sonriente de pelo oscuro estaba detrás del mostrador.

-Buenas tardes, señor Hayes -me saludó en inglés con acento extranjero mientras miraba mi pasaje-. Que tenga un buen viaje. Por aquí, por favor.

Señaló el mismo corredor que yo había observado el día anterior. El agente de tez olivácea y expresión aburrida esperaba en su puesto de control. Traté de no mirar el arma que pendía de su cinturón cuando me acerqué.

- Pasaporte -pidió.

Lo saqué del bolsillo de la chaqueta y se lo di. Lo miró 1 por un momento y me lo devolvió.

- Bolso -indicó.

Abrí mi bolso de mano para que él pudiese revisarlo. Hizo a un lado los libros y sacó un disco blanco de plástico. -¿Nebú?- preguntó, usando una expresión turca que yo no conocía. Significaba: "¿Qué es esto?"

-Es un juego.

-¿Nebu?

-Un juego. Un juego. Uno lo lanza al aire y lo recoge. Es un juego.

- ¡Aaaaah! -volvió a colocar el disco en el bolso y sacó una pelotita amarilla.

-Es una pelotita para hacer juegos de malabarismo -le expliqué.

Frunció el entrecejo. Luego aspiró el humo de su cigarrillo, tosió y entrecerró los ojos por un instante.

- ¡Aaaaah! -me indicó con un gesto que avanzara.

Caminé por el corredor hasta la escalera que llevaba a la sala de pasajeros, en el piso inferior.

¡La sala de pasajeros! Había conseguido pasar por la aduana. Ningún problema.

Una azafata me preguntó si deseaba beber algo y acepté una gaseosa. Elegí un rincón de la sala donde podía estar con la espalda contra la pared. Durante unos veinte minutos

permanecí sentado en ese lugar, simulando leer el International Herald Tribune. Parecía que mis planes marchaban perfectamente.

Los altavoces interrumpieron mis pensamientos. Una voz de mujer anunció en turco y después en inglés que era eI momento de embarcar. Los pasajeros se incorporaron y salieron del salón. Caminé bajo el sol junto con los otros pasajeros hacia un destartalado ómnibus verdoso que esperaba para conducirnos al avión. Tomé un asiento junto al pasillo central, en la mitad del ómnibus.

-Vine a visitar a mi hijo -dijo una voz a mi lado-. Asentí con la cabeza cortésmente y la mujer de cabellos grises interpretó mi gesto como una respuesta amistosa. Ella era de Chicago. Su hijo era mecánico de aviones de jet. Le iba muy bien en la Fuerza Aérea. Viajaba por todo el mundo. Había sido promovido al cargo técnico de "no se qué". Sonreí. Me recordaba un poco a mi madre. Cerré los ojos y concentré mis pensamientos en una chica, Sharon. Nos habíamos despedido en Amsterdam y planeábamos volver a encontrarnos en Norteamérica. Me sentía 1 bien.

El ómnibus se detuvo y los pasajeros tomaron su equipaje de mano. El chofer empujó una palanca que abría la puerta delantera y un policía turco subió al vehículo. Habló en inglés:
-Atención, por favor. Las mujeres y los niños permanecerán en sus puestos. Todos los hombres deben salir por la puerta posterior, por favor.

Miré hacia afuera a través de las sucias ventanillas. ¡Oh, no! El ómnibus y el avión estaban rodeados por barricadas de madera, unidas entre sí con cuerdas. De veinte a treinta soldados turcos cubrían el área apuntando con sus rifles. Una larga mesa de madera bloqueaba el camino hacia la escalerilla de ascenso al avión. Había hombres en traje de calle que esperaban en calma junto a la mesa.

Durante varios segundos miré a través de la ventanilla 1 sin poder creer lo que veía. Me dije que debía conservar la calma. El pánico no me ayudaría en nada. Era necesario que elaborara un plan.

Dentro del ómnibus se percibían los murmullos de fastidio y de preocupación. Tal como se les había ordenado, los hombres del pasaje empezaron a descender por la puerta posterior. Me arrodillé en el pasillo y traté de arrastrarme debajo del asiento. ¡Debía pensar, pensar!

-¿Qué le ocurre? -me preguntó la señora de cabellos grises-. ¿Se siente mal?
Yo. . . no puedo encontrar el pasaporte.
Pero sí lo tiene allí -replicó triunfante, señalando el bolsillo superior de mi chaqueta.

Ahí estaba, por cierto, enfrentando los problemas hacia los que me había lanzado en los últimos años de aventuras. No podía convencerme de que mis elaborados planes se estuviesen derrumbando. Creí haber pensado en todas las posibilidades. Me consideraba demasiado inteligente para que me atraparan. Había pasado por las aduanas de toda Europa sin encontrarme nunca con un problema de ese tipo. Luché con desesperación por conservar lo que quedaba de mi autocontrol.

Respiré profundamente, con dolor. Quedaba una última probabilidad. Hice un esfuerzo para que mi voz no temblara, le agradecí a la señora de Chicago y descendí lentamente del ómnibus.

Me encontré en el último lugar de una de las filas que los pasajeros formaban a cada lado de la mesa de inspección. Miré a mi alrededor el amplio espacio abierto del aeropuerto.

No había lugar alguno donde pudiera meterme, ningún agujero en el cual esconderme. Iba a necesitar muchísima suerte.

Dos agentes vestidos de civil estaban a cada lado de la mesa revisando a los pasajeros. Estos se arremolinaban, empujándose entre sí. Saqué algunos libros del bolso de mano y esperé hasta que el primer agente de la izquierda empezó a palpar a un hombre. Pasé rozando a ese pasajero por el costado de la fila. El otro agente aún estaba ocupado con otro individuo. Volví a guardar los libros en el bolso, como si ya me hubiesen revisado y me dirigí a ocupar mi asiento en el avión. Pasé con rapidez junto al segundo agente y me acerqué a la escalerilla. Uno de mis pies se apartó del suelo.

Una mano me tocó suavemente en el codo.

La mano me aferró por el brazo.

Me volví y con naturalidad, me pareció, hice un gesto para indicar al primer agente. En ese preciso momento el agente miró casualmente hacia mí.

-¿Nebu? -preguntó el hombre que me tenía del brazo.

El primer agente le contestó en turco y la mano que me aferraba se cerró con más fuerza sobre mi brazo.

Me llevó hacia la mesa. Era joven y no parecía experimentado.

Dudó por un momento. Luego sus ojos castaño oscuros se empequeñecieron porque comprendió que yo acababa de mentirle.

Gruñó una orden y me indicó con un gesto que extendiera los brazos hacia afuera. Empezó a palpar mi cuerpo cuidadosamente. Cuando sus manos pasaron por mis axilas dieron con algo duro. Increíblemente, pareció no advertirlo. Continuó su exploración por mis caderas y piernas. Entonces se detuvo.

Me encontré rezando. Dios mío, haz que la revisión haya terminado. No permitas que se acerque de nuevo a mi cuerpo.

Lentamente sus manos volvieron a subir por la parte interior de mis piernas hasta el vientre. Los dedos tocaron el bulto duro que estaba debajo de mi ombligo. Estuve apunto de dar un respingo pero una vez más, increíblemente, sus manos no lo advirtieron.

Los dedos exploradores continuaron su búsqueda y no había modo de detenerlos. Me hallaba indefenso mientras sus manos se asentaron con firmeza sobre los paquetes sujetos debajo de mis brazos.

Por un instante nuestros ojos se encontraron.

De repente el hombre saltó hacia atrás y sacó una pistola de un bolsillo interior de su chaqueta. Se acuclilló sobre una rodilla y apuntó con el cañón del arma a mi vientre con manos temblorosas. A mi alrededor oí gritos y el ruido que hacían los otros pasajeros al tratar de ponerse a resguardo. Levanté los brazos y cerré los ojos con fuerza. 'traté de no respirar.

Una calma de muerte invadió el Aeropuerto Internacional de Yesilkoy. Pasaron cinco, tal vez diez segundos. Me parecieron una eternidad.

Sentí que una mano tiraba de la parte inferior de mi suéter. El cañón de un arma se apoyó contra mi vientre. Abrí un ojo y vi el brilloso pelo negro del joven oficial, que se inclinaba hacia adelante para mirar debajo de mi suéter. Actuaba con lentitud, sin saber qué

encontraría. Detrás de él vi que todos los soldados que estaban en la pista apuntaban con sus rifles hacia mi cabeza. La mano del agente tembló cuando levantó la prenda sobre el borde de uno de los paquetes. Se detuvo un momento y luego lo subió un poco más.

Su rostro se distendió. El alivio que experimentó fue evidente. No había bomba, ni granadas, ni dinamita. Dejó caer el suéter y gritó algo en turco. Sólo entendí una palabra: hashish.

El vuelo No. 1 de la Pan Am se elevó en el cielo azul v despejado. Mientras lo miraba alejarse sentí repentinamente una gran nostalgia de Nueva York. Me preguntaba cuánto tiempo pasaría hasta que volviese a ver esa ciudad.

II

Los agentes de la aduana me llevaron de regreso a la terminal en el mismo ómnibus verdoso. Me hicieron entrar en una salita cercana a la sala de pasajeros. Me senté en silencio en una silla, mientras varios agentes tomaban asiento en una hilera ordenada cerca de un escritorio. De inmediato todos encendieron cigarrillos y empezaron a conversar entre sí. El jefe se sentó detrás del escritorio e hizo algunas llamadas telefónicas. Era extraño. Parecían no advertir mi presencia.

¿Qué estaba ocurriendo? Eso no era lo que yo había planeado. Se suponía que debía estar viajando en ese Avión que volaba hacia Nueva York. ¿Era verdad que me habían arrestado? ¿Tendría que ir a la cárcel? ¡La cárcel! No, yo no.

Los turcos eran tan lentos y desorganizados que llegué a desear que ocurriera algo, aunque sabía que probablemente no me gustaría. Por último el jefe colgó el receptor del teléfono y me hizo una seña para que me acercara.

Estudió mi rostro, abrió la boca para decir algo y pareció buscar con dificultad la palabra adecuada.

- ¿Nombre?

-William Hayes.

-Vil... Viliam. .. Viliam.. .

-Hayes.

-Hai. . . yes-. Lo escribió en un formulario oficial.

-¿Norteamericano?

Asentí con la cabeza.

-Nueva York.

Pareció desconcertado.

-Nueva York, Nueva York -repetí.

Pensó un momento.

-Ah... Nueva York. -Lo anotó en el formulario. Sonrió y me ofreció un cigarrillo.

Yo no fumaba pero quise mostrarme amable, de modo que acepté su cigarrillo. Era de fabricación turca. Cuando el jefe me lo encendió aspiré un humo más fuerte y áspero que el de cualquier cigarrillo norteamericano que hubiese probado alguna vez. Tosí y la presión de la cinta adhesiva del pecho me hizo doblarme de dolor. No podía volver a toser.

El jefe me indicó que me pusiera de pie. Dos de los agentes se acercaron y me quitaron la chaqueta, el suéter y la camiseta, para poner al descubierto los abultados paquetes sujetos con cinta adhesiva sobre las axilas. Cortaron la cinta y separaron los paquetes. Salté de dolor. El hashish, comprimido en láminas delgadas y duras, resonó al dar contra el piso de baldosas.

Otra vez el jefe pareció buscar una palabra.

-¿Más?

Asentí con la cabeza y descorrí el cierre de mis pantalones para mostrar unas pocas láminas más, sujetas debajo de mi ombligo. Uno de los policías se acercó dispuesto a ayudar, pero lo detuve tímidamente y yo mismo corté la cinta.

Las láminas, que eran alrededor de cuarenta, formaron una pequeña pila en el suelo. Sin duda se pudieron dar cuenta de que, como contrabandista, yo no era más que un aprendiz. En Estambul el hashish me había resultado más barato de lo que pensaba. Los dos kilos me habían costado solamente doscientos dólares. Vendido en las calles de Nueva York me reportaría unos cinco mil dólares. Sin embargo no tenía intención de venderlo de esa manera. Pensaba fumarlo en parte y vender el resto a mis amigos. La mayoría de mis amigos fumaban marihuana y hashish. Pero ahora mi astuta aventura se había convertido en un desastre. Apiladas en el suelo de la oficina de seguridad del aeropuerto, las láminas de hashish eran todo un problema.

La puerta de la oficina se abrió de repente y entró otro policía. Era un individuo de vientre abultado y el bigote fino. Se hizo un silencio y el hombre que me había estado interrogando se puso de pie rápidamente y saludó con una pequeña inclinación de cabeza. El nuevo jefe devolvió el saludo y tomó el asiento que el otro dejaba libre. El agente que acababa de levantarse empujó a otro que estaba sentado en la primera silla de la hilera y se sentó en su lugar. Se repitió el gesto a lo largo de la hilera y al que estaba sentado en la última silla le tocó quedarse de pie junto a la pared.

-¿Nombre? -preguntó el nuevo jefe.

-William Hayes.

-Vil... Villiam.

-Hayes -repetí. Se repitió el interrogatorio al que ya me había sometido el jefe anterior. Mientras el nuevo funcionario inspeccionaba el hashish entró otro que también parecía ser importante. Otra vez se repitió el cambio de sillas hasta que el hombre sentado en la última se vio también obligado a ponerse de pie. El nuevo jefe me preguntó mi nombre. Le señalé la hoja de papel que estaba sobre el escritorio, pero pareció molesto.

-William Hayes -le contesté-. Nueva York.

En el momento en que aparecieron un cuarto y también un quinto jefe comencé a entender la importancia de la jerarquía en el policiaco sistema turco. Cada funcionario debía establecer su posición. Aquél era un día importante: un estúpido chico neoyorquino había sido sorprendido con dos kilos de hashish. A pesar de las circunstancias el juego de los funcionarios me hizo sonreír.

La puerta volvió a abrirse y entraron precipitadamente dos hombres, uno de los cuales llevaba una gran cámara. Hablaron de manera animada con el último policía que había entrado. Este tomó del brazo a su primer ayudante y me indicó que recogiera el hashish. Levanté las láminas y las sostuve con aire embarazado. Los dos funcionarios me cercaron y pusieron sus brazos sobre mis hombros, listos para una fotografía de caza mayor. La oficina parecía llena de agentes turcos, de fotógrafos y de humo. Y ahí estaba yo, de pie en el centro, con los brazos cargados de drogas. Los dos funcionarios, que en realidad no tenían, nada qué ver con el verdadero arresto, me rodeaban con sus brazos y sonreían a la cámara. Tal vez fue una reacción nerviosa, pero no pude creer en la seriedad de todo el episodio. Sonreí.

El jefe que estaba a mi izquierda me dio un rápido puñetazo en la ingle. Las láminas golpearon contra el suelo y yo caí de rodillas, casi sin poder respirar.

- ¡Gel! ¡Gel! -gruñó uno de los policías mientras me aferraba del brazo. Me indicó que volviera a recoger el hashish. Lo hice con manos temblorosas y el hombre me obligó a ponerme de pie. Los dos funcionarios volvieron a poner sus brazos sobre mis hombros. Esta vez mi rostro mostraba la adecuada expresión dolorida y sumisa que esperaban los fotógrafos.

Los policías me obligaron a tirar el hashish al suelo y me empujaron hacia una silla. Estaba mareado y sentía náuseas. Me era difícil respirar.

Estaba sentado ahí, descansando, esperando el próximo cambio en la hilera de agentes, cuando me asaltó un pensamiento inquietante. Tenía más hashish. Había deslizado dos láminas dentro de cada bota y las había olvidado por completo. Sabía que antes o después los turcos me iban a revisar cuidadosamente y las hallarían, de modo que me pareció preferible dar yo la información.

Me quedé ahí, sentado, hasta que me calmé. Entonces levanté una mano para indicar que solicitaba permiso para hablar. El jefe asintió con la cabeza y los otros volvieron su mirada hacia mí. Con movimientos lentos, en parte por cautela y en parte por el dolor, me quité una de las botas.

-Vil... Villiam.

-Hayes -repetí. Se repitió el interrogatorio al que ya me había sometido el jefe anterior. Mientras el nuevo funcionario inspeccionaba el hashish entró otro que también parecía ser importante. Otra vez se repitió el cambio de sillas hasta que el hombre sentado en la última se vio también obligado a ponerse de pie. El nuevo jefe me preguntó mi nombre. Le señalé la hoja de papel que estaba sobre el escritorio, pero pareció molesto.

-William Hayes -le contesté-. Nueva York.

En el momento en que aparecieron un cuarto y también un quinto jefe comencé a entender la importancia de la jerarquía en el policiaco sistema turco. Cada funcionario debía establecer su posición. Aquél era un día importante: un estúpido chico neoyorquino había sido

sorprendido con dos kilos de hashish. A pesar de las circunstancias el juego de los funcionarios me hizo sonreír.

La puerta volvió a abrirse y entraron precipitadamente dos hombres, uno de los cuales llevaba una gran cámara. Hablaron de manera animada con el último policía que había entrado. Este tomó del brazo a su primer ayudante y me indicó que recogiera el hashish. Levanté las láminas y las sostuve con aire embarazado. Los dos funcionarios me cercaron y pusieron sus brazos sobre mis hombros, listos para una fotografía de caza mayor. La oficina parecía llena de agentes turcos, de fotógrafos y de humo. Y ahí estaba yo, de pie en el centro, con los brazos cargados de drogas. Los dos funcionarios, que en realidad no tenían nada qué ver con el verdadero arresto, me rodeaban con sus brazos y sonreían a la cámara. Tal vez fue una reacción nerviosa, pero no pude creer en la seriedad de todo el episodio. Sonreí.

El jefe que estaba a mi izquierda me dio un rápido puñetazo en la ingle. Las láminas golpearon contra el suelo y yo caí de rodillas, casi sin poder respirar.

- ¡Gel! ¡Gel! -gruñó uno de los policías mientras me aferraba del brazo. Me indicó que volviera a recoger el hashish. Lo hice con manos temblorosas y el hombre me obligó a ponerme de pie. Los dos funcionarios volvieron a poner sus brazos sobre mis hombros. Esta vez mi rostro mostraba la adecuada expresión dolorida y sumisa que esperaban los fotógrafos.

Los policías me obligaron a tirar el hashish al suelo y me empujaron hacia una silla. Estaba mareado y sentía náuseas. Me era difícil respirar.

Estaba sentado ahí, descansando, esperando el próximo cambio en la hilera de agentes, cuando me asaltó un pensamiento inquietante. Tenía más hashish. Había deslizado dos láminas dentro de cada bota y las había olvidado por completo. Sabía que antes o después los turcos me iban a revisar cuidadosamente y las hallarían, de modo que me pareció preferible dar yo la información.

Me quedé ahí, sentado, hasta que me calmé. Entonces levanté una mano para indicar que solicitaba permiso para hablar. El jefe asintió con la cabeza y los otros volvieron su mirada hacia mí. Con movimientos lentos, en parte por cautela y en parte por el dolor, me quité una de las botas, la golpeé contra el suelo y cayeron dos láminas. Todos abrieron la boca, asombrados. Me observaron mientras repetía la operación con la otra bota.

Hubo un momento de silencio embarazoso. Ya hacía varias horas que estaba detenido y se suponía que me habían revisado exhaustivamente. Se habían producido varios cambios en el asiento del jefe, los fotógrafos habían venido a tomar fotos... ¿Cómo entender que aún pudiera sacar hashish de mis botas?

El policía que ocupaba el asiento principal se volvió hacia el hombre que estaba en el segundo puesto. Su voz se alzó airada. El hombre del segundo puesto se volvió al tercero y dio curso a su mal humor. El proceso se repitió hasta que las quejas llegaron a la última silla. El funcionario que la ocupaba se encolerizó. Les gritó algo a los dos policías que estaban de pie contra la pared. Estos se abalanzaron hacia mí y me quitaron toda la ropa, a pesar de mis afirmaciones de que ya no encontrarían nada. Los dos hombres revisaban mi cuerpo mientras los otros se ocupaban de mis ropas. Cuando terminaron me encontré desnudo, de pie, sumamente turbado. Desde que llegué a Turquía empecé a sospechar que muchos turcos tienden a la bisexualidad. Cada chofer de taxi, cada mozo, cada vendedor de bazar, me habían mirado de una manera especial. Ahora, desnudo y de pie frente a los funcionarios de la aduana, sentí las mismas miradas hambrientas. No hicieron esfuerzo alguno para ocultar su interés. Tomé mis ropas y me las puse rápidamente.

Más conversaciones, más llamadas telefónicas, más cigarrillos. El ambiente era

sofocante y lleno de humo. Sentí que me iba a marear si no salía pronto de esa salita.

La puerta se abrió una vez más y entró un hombre alto, rubio y delgado vestido con traje de calle. Su aspecto indicaba sin ninguna duda que era norteamericano. Se acercó a mí sin dirigirles una sola palabra a los turcos. Con un perfecto acento tejano me saludó.

-¿Cómo está? ¿Está bien?

Asentí con la cabeza.

Se acercó al escritorio, habló en turco con el jefe y firmó unos papeles.

-Bien, sígame -me indicó. Salimos juntos de la salita, seguidos por un par de agentes turcos. Afuera el aire era fresco y limpio y me reanimó un poco. El norteamericano me hizo sentar en el asiento delantero de su automóvil y dio la vuelta para ocupar el puesto del conductor. Antes de subir conversó un instante con los turcos.

¡Me había salvado! El tejano estaba de mi lado. Tal vez me llevaría al consulado norteamericano.

De repente comprendí que estaba muy próximo a la libertad. Nadie se había molestado en esposarme. Estaba solo en el asiento delantero y daba la impresión de que sería muy fácil saltar del vehículo una vez que estuviese en marcha y correr hacia algún callejón. Me mantendría alerta durante el viaje a. . . donde fuese que íbamos.

El tejano subió al automóvil y puso en marcha el motor. Yo me preguntaba si me vigilaría mucho. Giré la cabeza para mirarlo pero sentí la presión de algo metálico contra la sien. Era la segunda vez en mi vida y la segunda vez ese día, que me apuntaban con un arma.

-Lamento mucho lo que te ocurre, William -dijo el tejano arrastrando las palabras-. Pareces un buen muchacho. Pero si tratas de escapar de este automóvil tendré que volarte los sesos.

-¿Adónde vamos? -pregunté cuando el coche empezó a rodar.

-A la comisaría de Sirkeci. Está en la sección del puerto de Estambul.

¿Qué me va a ocurrir allí?

-Allí... te registrarán... te harán algunas preguntas. Probablemente saldrás mañana hacia la cárcel.

-¿Usted es de la Interpol o algo así?

-Algo así -contestó el tejano. No me dio su nombre.

-¿Puedo llamar al cónsul norteamericano? ¿Me dejarán hacer una llamada telefónica? ¿Pedir un abogado?

-Todo eso después -replicó el tejano-. Te dejarán hacer todo eso, pero después.

Observé la cinta de la carretera que me llevaba de regreso a Estambul. Toda idea de huida quedó anulada por el arma del tejano. Iba a ir a la cárcel, sin duda alguna.

-¿Qué entonces? -pregunté dubitativo.

El tejano consideró la pregunta antes de responder con lentitud. Es difícil saberlo. Tal vez te den un par de años. Tal vez te den veinte.

-¡Veinte años!

-Es un delito muy grave, William. Especialmente en Turquía.

- ¡Veinte años! No es más que hashish -comenté-. No es heroína ni opio. Es sólo yerba... marihuana... hashish. Es todo lo mismo.

-William, no entiendo mucho de todo eso. Una droga es una droga, me parece. Pero lo que sé es que te has metido en problemas.

La cabeza empezó a latirme y cerré los ojos. ¡Veinte años! No podía ser. Traté de decirle al tejano que el hashish es el aceite de la planta de marihuana. No crea hábito ni es peligroso a menos que, como con todo, se abuse. Pero él no me escuchaba.

Nos quedamos en silencio y por primera vez todo empezó a tornarse real. Me encontraba en apuros. Esta iba a ser una experiencia muy mala, y no sólo para mí. A mis padres les resultaría muy duro. Cuando abandoné Marquette en el último año, mi padre me advirtió que estaba cometiendo un gran error del que me arrepentiría después. El había trabajado mucho toda su vida para forjarse una carrera sólida y respetable como gerente de personal de la Compañía Metropolitana de Seguros de Vida. No había tenido la oportunidad de alcanzar una educación superior y una de sus más grandes esperanzas era ver graduarse a sus tres hijos. Yo debía ser el primero y casi lo consigo, sin embargo no lograba interesarme por un diploma. Quería viajar por el mundo, vivir todo tipo de experiencias.

Viajar es bueno, dijo papá. Las experiencias son buenas. Pero me aconsejó que primero terminara mis estudios. Me negué a seguir su consejo.

Ese fue el golpe número uno. El número dos se produjo pocos meses después cuando recibí una citación del ejército para el examen físico previo a la incorporación. Papá advirtió que no comí los dos días anteriores y supo que durante el examen representé el papel de loco ante los médicos del ejército. Me calificaron no apto para el servicio por problemas psicológicos. Papá estaba furioso. ¿Cómo podía negarme a servir a mi país? Para él, servir en el Ejército de los Estados Unidos era un honor. Discutimos con violencia esa noche. Mamá se marchó a la iglesia con aire de preocupación. El rostro de papá se arrebató y bajo su pelo nevado salió a relucir su temperamento irlandés. Las palabras subieron de tono. Fue evidente que ninguno de los dos podía entender el punto de vista del otro. Por último papá me señaló con un dedo.

-Está bien. Abandonas tus estudios. Te consigues una calificación de enfermo mental para tu servicio militar. Ve a rodar por el mundo. Adelante. Pero te digo una cosa: vas a terminar metiéndote en un lío.

Papá, tenías tanta razón.

¿Sería éste el golpe número tres? ¿Se desentendería papá del problema? De verdad no lo sabía. Papá y yo nunca habíamos conversado acerca de las drogas. Estoy seguro de que creía que el hashish y la heroína eran casi lo mismo. Si me hubiesen sorprendido contrabandeando heroína, se hubiera justificado que me dejara que me pudriera en la cárcel. . . Pero ¿entendería él la diferencia? Y a mamá, a Rob y a Peggy... ¿Cómo les caería el asunto? ¿Los volvería a ver?

- ¡Tengo que comunicarme con el cónsul! -le dije de repente al tejano.

-Tendrás tiempo para eso. Puedes hablar con ellos después.

-Después... ¿de qué?

El tejano me observó por el rabillo del ojo. Tal vez tuviera un hermano de mi edad. Tal vez fuera mi pelo rizado o mis claros ojos irlandeses. Yo era un joven norteamericano, delgado, bien afeitado, limpio. No tenía el aspecto de un contrabandista y la cantidad relativamente pequeña de hashish que llevaba demostraba que no formaba parte de una gran banda,

Sin duda que había hecho algo sucio, pero empecé a sentir que me tenía lástima.

-¿Tienes familia allá, en Nueva York? -me preguntó. Asentí con la cabeza.

-En Long Island.

-Va a ser duro para ellos.

-Sí.

-¡Oh Dios!

Ahora bájate -me indicó el tejano. El automóvil se había detenido en una calle angosta y empedrada, en la que en todas partes se alineaban edificios viejos. Apenas traspuesta la puerta observé una fila de andrajosas campesinas vestidas de negro que tenían de la mano a sus hijos. Gemían y conversaban en susurros entre ellas, mientras esperaban allí por un motivo u otro. Me miraron con desconfianza.

El sucio recinto hedía a transpiración y a colillas. Los policías turcos arrastraban prisioneros de un lado a otro. En su mayoría tenían cadenas alrededor de las muñecas.

El tejano me llevó hacia el escritorio, donde habló en turco con un par de policías. Luego se volvió hacia mí.

-Ya está. Ellos se encargarán de ti.

No quería que se marchara. Ni siquiera sabía su nombre. Ignoraba si pertenecía al consulado, ala Interpol, a la CIA... Pero era un norteamericano, hablaba inglés.

-¿Puede llamar al cónsul norteamericano de mi parte? -le pregunté.

-No es necesario. Podrás comunicarte con ellos. Te dejarán hablar por teléfono.

-¿Quiere llamarlo usted? Por favor.

El tejano pensó un instante.

-Está bien. -Saludó a los policías con la cabeza y se marchó.

Los dos turcos me miraron y luego me empujaron hacia una escalera. Dudé. Me gritaron una orden y me dieron un empellón para que avanzara. En el primer rellano había un prisionero con la boca ensangrentada arrinconado contra la pared, implorándoles a sus torturadores. El hombre gimió cuando ellos lo rodearon y volvieron a pegarle.

Me llevaron a un pequeño cuarto situado debajo de la sala en que había estado antes. Aún podía oír los gritos de lo que ahora parecían ser varios hombres. Mis ojos se pasearon lentamente alrededor del cuarto, temeroso ante la idea de llegar a ser el próximo preso que gritase.

Estaba sentado frente al escritorio de un detective turco que hablaba un inglés discreto. Junto a él había un hombre grande y moreno en traje de calle. No tenía bigote, lo que es inusitado en un turco. A diferencia de todos los que estaban en el edificio, tanto policías como presos, se le veía aseado. Sonrió en silencio.

-¿Dónde obtuvo el hashish? -preguntó el detective con lentitud.

Recordé al chofer de taxi que me lo había vendido. Tal vez él había alertado a la policía, pero no me pareció. En apariencia se trataba de un hombre verdaderamente amistoso, que inclusive me había presentado a su familia. No quería que lo trajeran allí, que lo golpearan, pero tampoco deseaba buscarme más problemas. De pronto tuve una inspiración. Inventé una historia acerca de dos jóvenes hippies turcos que tenían un amigo mayor a quien yo había encontrado en un bazar. Le di al detective la descripción de esas personas. -Ellos me vendieron el hashish.

- ¿Volvería a reconocerlos?

-No estoy seguro. . . Creo que sí.

El hombre corpulento que estaba sentado junto al detective habló en turco.

-Pregunta si tiene miedo -tradujo el policía.

-No tengo miedo -mentí.

Se miraron y sonrieron.

-Bueno, tal vez un poco -admití.

-El dice: "No se asuste" -tradujo el policía.

- ¿Quién es él?

El detective señaló unas grandes latas redondas, de color bronce, que estaban sobre un escritorio. Una se hallaba destapada. El detective metió la mano y sacó una bolsa de hashish en polvo, aún no comprimido en láminas como el mío. Miró dentro de la lata. Estaba llena de droga. Debía haber cinco o seis kilos. El detective señaló ocho o diez latas similares que había en un lado de la sala.

–Son de él- indicó, señalando al turco sonriente-. También a él lo arrestaron, pero con sesenta kilos. Es mucho, ¿no?

- Sí es mucho -respondí.

Acepté por amabilidad un cigarrillo al detective, pero aspiré el humo con cuidado. Luego el detective propuso un acuerdo. Si yo iba con la policía a Sultan Admet, el distrito donde se suponía que había adquirido las drogas, y les señalaba a los vendedores, al día siguiente estaría a bordo de un avión con destino a Nueva York. Sospeché que el hombre mentía, pero no tenía nada qué perder. Al menos tendría unas pocas horas más para estar afuera. Y tal vez, por qué no, la posibilidad de escapar.

De modo que esa noche me encontré caminando hacia el Pudding Shoppe, rodeado por cuatro detectives. Ellos hacían lo posible por pasar inadvertidos. Vi que los hippies se apartaban de la acera mientras nuestro pequeño pelotón se acercaba. Todos los clientes del Pudding Shoppe desaparecieron en el momento en que llegamos. Me senté junto a una mesa. No había probado comida alguna desde la mañana y de pronto sentí mucha hambre. Recuperé mi coraje y pedí huevos revueltos y té. Me deleité con cada bocado y me demoré hasta que los detectives perdieron la paciencia y ya no les importó mostrar lo que eran: me sacaron de la mesa por la fuerza y me llevaron de regreso a la comisaría.

Al llegar descendí por la sucia escalera hacia el subsuelo. Ya era de noche y la oscuridad se cerraba sobre mí. El juego había terminado. Ahora estaba asustado, muy asustado.

En una reducida antesala los detectives me entregaron a un viejo y hosco carcelero. Este miró de soslayo los papeles oficiales, a la luz tenue que arrojaba una lamparita desnuda que colgaba del cielo raso alto y lleno de telarañas. Oí gruñidos y me volví para ver una enorme puerta de barrotes. Desde la oscuridad, detrás de la puerta, me espiaban rostros barbudos y morenos. El hedor de residuos humanos era abrumador. Con desesperación intentaba no vomitar frente a esos hombres. Debía parecer vigoroso. Tuve más conciencia que nunca de mi pelo rubio y mi físico delgado. Delgado, pero fuerte, me recordé a mí mismo. Era vigoroso y estaba en buenas condiciones después de mis prácticas de boxeo y todos esos veranos en que trabajé de salvavidas en Long Island. Pero, ¿por qué habría dejado las lecciones de karate?

El carcelero tomó sus llaves.

-¡Git! -les gritó a los reclusos, quienes se retiraron de la puerta de barrotes. Hizo girar una llave enorme en la cerradura, empujó una pesada puerta, me metió adentro y los barrotes golpearon a mis espaldas. El ruido de la puerta al cerrarse resonó dentro de mi cabeza.

Estaba con la espalda contra la puerta. Seis o siete turcos curiosos se reunieron a mi alrededor en semicírculo. Estaban mal vestidos, sucios. Uno de ellos se rascó el rostro barbudo y sonrió mostrando todos sus dientes. Otro eructó. El recinto estaba muy oscuro, casi negro. El hedor era insoportable.

¿Qué iban a hacer los prisioneros? Allí podía ocurrir cualquier cosa. Los policías estaban todos arriba y no parecía importarles. Hacia la derecha había un hombre corpulento que se destacaba. Me pregunté si debía pegarle con todas mis fuerzas. De esa manera, tal vez los otros se darían por aludidos y me dejarían en paz. Si iba a haber pelea, al menos deseaba ser el que diera el primer golpe.

El hombre de la sonrisa se acercó y me tocó suavemente el pelo.

-¿Nebu?- preguntó. Los compañeros lanzaron risotadas.

De pronto se oyó desde el fondo: - ¡Rrragghh!

Los presos se dispersaron. De la oscuridad llegó una voz ronca pero tranquilizadora. -¡Eh! Eh, Joe. Gel. Gel.

Miré en la dirección de la voz, pero no vi nada.

-Gel. Gel.

Tropecé con algunos cuerpos que dormían roncando y me acerqué a la voz. Parecía como si me estuviese alejando del lugar donde el hedor era más intenso. Cuando mis ojos se adaptaron a la penumbra, pestañeé. No podía creer lo que veía.

Allí, sobre el piso sucio, entre la mugre, alguien había tendido una manta limpia. Sobre la manta había un festín de pollo asado, naranjas, uvas y pan. Sentado como un rey sobre la manta, rodeado por una media docena de amigos sonrientes, estaba el corpulento turco que había conocido antes en la oficina del detective.

Sonrió y me ofreció una pata de pollo.

-Siéntate -me invitó, haciendo un gesto con la mano.

Me quité las botas y lentamente me acomodé sobre la manta. Aún antes que me hubiese sentado, alguien me alcanzó un gran cigarrillo encendido.

Sentí el inconfundible olor del hashish.

III

Fuma. Fuma -era la invitación que me hacía.

Volví la cabeza hacia la puerta un poco atemorizado. Los hombres que estaban sentados alrededor de la manta se echaron a reír. Por un momento fijé la vista en el cigarrillo, sorprendido. Ese mismo día me habían arrestado por tener hashish, motivo por el cual me encerraron en un calabozo, donde lo primero que encontraba era más hashish. Todo me parecía una paradoja; sin embargo ahí estaba el hashish en mi mano y no creí oportuno desairar a quien me lo ofrecía; por eso, mientras aquellos hombres me enseñaban a fumar, aspiré el humo del cigarrillo y reprimí el deseo de toser. Estaba acostumbrado a fumar trocitos de hashish en pipa, pero los turcos mezclaban la droga con un tabaco fuerte y liaban todo con un papel marrón. Aspiré cuidadosamente varias veces y luego entregué el cigarrillo al hombre que estaba a mi lado.

Todos conversaban animadamente en voz alta y mientras comían, con sus manos hacían gestos ampulosos en el aire y parecía no importarles el lugar donde se hallaban. Uno de ellos vociferó una orden a un hombre harapiento que estaba cerca y de inmediato éste le sirvió una taza de agua de una jarra plástica. Parecía un sirviente atento y deseoso de satisfacer a su amo.

Me quedé ahí sentado tratando de comprender lo que ocurría, preguntándome quiénes eran esos hombres, que comían y fumaban hashish en el calabozo. Sin entender cómo podían hacer todo lo que querían, ni por qué los otros presos los respetaban.

Desde la oscuridad unos ojos, penetrantes e interesados me observaban, no obstante los demás reclusos no se animaban a acercarse mientras yo gozara de la hospitalidad de mis anfitriones.

El turco bien vestido me señaló y sonrió, a la vez que enseñaba dos dedos. -Dos kilos - dijo a sus amigos y, señalando su propio pecho levantó las dos manos, abriéndolas y cerrándolas por seis veces. El tenía sesenta kilos.. . Todos sus amigos rompieron a reír.

Comieron, fumaron, charlaron y rieron durante horas. Yo, aunque no me sentía con ánimo de fiesta, tampoco deseaba abandonar la seguridad de ese círculo cuyas risas eran contagiosas y, a pesar mío, me uní a ellos. El humo me hacía arder los ojos, pero al menos disimulaba el hedor que provenía del otro extremo del calabozo.

Terminada la comida los hombres se incorporaron eructando y pedorreando, como si eso fuera el súmmum del buen gusto. Mi anfitrión gruñó y el sirviente se apresuró a quitar los restos de la manta. En seguida se inició una pelea por los huesos de pollo y las cáscaras de naranja, pero a ninguno de los hombres del grupo pareció importarle. En cambio, caminaron hacia el ángulo del calabozo donde había una plataforma de madera podrida contra la pared, sostenida por gruesos pilares de madera. Una escalera corta llevaba al camastro. Allí había hombres desparramados que dormían unos junto a otros para darse calor. Mis amigos treparon por la escalera y con indiferencia tiraron al suelo a los que dormían. - ¡Alá!- gritaban los hombres al caer contra el piso de baldosas. Pero se alejaban dócilmente cuando veían quiénes eran los que les habían desalojado.

El sirviente llevó la manta y la tendió sobre las tablas. El turco más corpulento se sentó y los integrantes del grupo, sacando periódicos de algún lugar, cubrieron las tablas. Por señas me ofrecieron un buen sitio para subir sobre aquel papel. El turco gruñó y me hizo una seña para que me uniera a él sobre la manta. Sonreí cortésmente, sacudí la cabeza y señalé un punto en el extremo del territorio que ellos ocupaban. No deseaba dormir demasiado cerca de aquellos hombres.

Me senté en el angosto camastro de madera, con la espalda apoyada en la fría pared de cemento. Mis amigos se estiraron, bostezaron, gruñeron y se durmieron casi en seguida. Sus ronquidos de tranquilidad indicaban que estaban acostumbrados a todo eso. Pero, yo no lo estaba. La cabeza me daba vueltas, en parte por efecto del hashish, pero mucho más aún por mis problemas. Por primera vez en todo el día estaba a solas con mis pensamientos, que por supuesto no eran nada agradables. El tejano había dicho que tal vez me condenarían a veinte años de prisión. ¡No! Sólo veinte días conseguirían volverme loco.

- !Eh! ¡Eh!, Joe -susurró alguien. Vislumbré a un joven turco de pelo untuoso vestido con un traje cruzado demasiado grande para él. Ven. Ven aquí.

Volví la cabeza. El joven siguió susurrando, pero lo ignoré. Ni él ni los otros presos se atrevían a acercarse demasiado. Incluso dormidos, mis protectores seguían teniendo una poderosa influencia.

Mi vejiga estaba por estallar. El hedor que procedía del otro lado del calabozo,

demasiado distante, me advertía dónde estaba el baño. Me limité a apretar los dientes. Aguantaría hasta por la mañana.

El cuerpo me dolía por el contacto con la madera dura y el frío húmedo. Necesitaba dormir, pero el dolor de cabeza me lo impedía.

Todo era tan difícil de creer. ¿Podría enfrentarlo? No tenía elección posible. Me había metido en problemas. Ahora debía resistir hasta superarlos. ¿Podría hacerlo? ¿Tendría fuerzas suficientes para sobrevivir a la cárcel turca? Una oscuridad densa y sofocante me rodeó. Tuve deseos de gritar. ¡Dios, debía salir de allí!

Al final me quedé dormido. Durante la noche me desperté sobresaltado por la suave presión de una mano sobre mi muslo. Una figura pequeña y oscura se alejó rápidamente. Saltó del camastro al suelo entre los gritos y los gemidos de los hombres que dormían y a los que pisó en su huida.

Uno de mis amigos se despertó.

-¿Noldu? -preguntó con voz adormilada,

Con un esfuerzo sonreí y me encogí de hombros. El hombre volvió a dormirse enseguida. Pero a mi ya se me había quitado el sueño.

En la distancia, un perro gemía.

A pesar del frío, estaba transpirando. Un mosquito se posó sobre mi cuello. No me moví. Había tantos que era inútil ahuyentarlos. Me quedé con los ojos cerrados y fue pasando el tiempo. De pronto tuve el recuerdo de una mañana lejana.

Estaba sentado en la cocina de nuestra casa. La luz amarilla entraba por las ventanas y relucían las cortinas de una fina tela blanca. Mi madre canturreaba suavemente mientras preparaba el desayuno y su felicidad llenaba la cocina. Su rostro era tan joven. Sus ojos brillaban cuando se volvió hacia mí. -Billy, no sé qué hacer contigo. Ya te tomaste todo ese vaso de leche. Es lógico que tu pelo sea tan rubio. Voy a tener que comprar una vaca para que puedas tomar toda la leche que desees.

- ¿La podemos tener en la parte de atrás de la casa, -mamá?

-Claro. Y tú y Bobby podrán jugar con ella.

- ¡Oh, qué bien! ¡Comprémosla hoy!

Mamá rió y me oprimió contra su delantal.

-Creo que primero deberíamos hablar con tu padre.

-No... Compremos una y démosle la sorpresa.

-No... -me imitó ella-. Terminemos nuestro desayuno y vete a jugar. Tu padre no necesita ese tipo de sorpresas.

-Bueno -repliqué mientras salía corriendo para reunirme con mis amigos Lillian y Patrick-. Pero vamos a hablar de la vaca después, cuando vuelva a casa...

Cuando vuelva a casa... Cuando vuelva a casa...

El mosquito terminó de alimentarse con mi sangre y se retiró de mi cuello. Yo estaba despierto de nuevo. Abrí los ojos y miré la pared.

Hasta ahora, las cosas siempre me habían resultado fáciles. Mamá y papá me habían proporcionado una existencia cómoda. La casa de North Babylon, en Nueva York, era modesta pero cálida. Desde mis primeros días de vida, el curso de mi existencia había parecido estar programado. Iría a buenas escuelas católicas, obtener buenas notas, más tarde inscribirme en una buena universidad, casarme con una hermosa muchacha, encontrar un buen empleo y vivir feliz por el resto de mis días.

Bien. No objeté nada.

En la escuela las monjas elogiaban mis esfuerzos, pero en realidad yo no hacía mayores esfuerzos. En los deportes fui la figura descollante de los equipos escolares, sin tampoco esforzarme en absoluto.

Cuando llegó la época de la instrucción superior, papá quiso que entrara en Marquette, una universidad que regentaban los jesuitas en Milwaukee. No discutí: él pagaba las cuentas. El año de mi ingreso, 1964, fue el primero que pasé lejos de mi hogar. De pronto me encontré entre otras personas que me hacían preguntas. Yo también empecé a preguntar: ¿Debía dejar que mi vida estuviese ya programada? La vida parecía tan llena de posibilidades, más allá de lo que mi familia consideraba normal.

El surf, por ejemplo. Después de mi primer año decidí tomarme unas largas vacaciones para despejar mis confusos pensamientos. Viajé en autostop a México, a la costa del Pacífico, donde trabajé en distintos oficios para sobrevivir. Las horas de ocio las pasaba practicando surf en la costa. Me quedé allí durante lo que debió ser el primer semestre de mi segundo año. Mamá y papá estaban alarmados. Era la primera vez que me rebelaba abiertamente a sus deseos.

Pero la guerra en el sudeste asiático se impuso. Me vi obligado a volver a Marquette, de lo contrario perdería el privilegio de estudiante que me permitía retrasar mi ingreso en el ejército. Cuando volví a Milwaukee mis amigos me iniciaron en algo nuevo, algo que había reemplazado la costumbre de beber cerveza como esparcimiento. Fumé mi primer cigarrillo de marihuana, luego me pasé al hashish.

Los años siguientes fueron aún más turbulentos. Continué en la Universidad para eludir el ejército, pero no me interesaban los estudios. Mis notas, que habían sido buenas, se volvieron regulares. Pasé buena parte del tiempo vagando por Milwaukee en lugar de asistir a clase. Durante un tiempo intenté con seriedad escribir cuentos. Pronto las paredes de mi cuarto se cubrieron con las notas de ' rechazo que me enviaban los editores y entonces abandoné el intento.

De regreso al hogar, mis padres se quedaron desconcertados por mis bajas calificaciones. No me podían entender cuando les decía y les repetía que no sabía qué hacer con una educación universitaria, de modo que no tenía sentido que me siguiera esforzando. Mamá y papá crecieron en una época en que la educación universitaria era un privilegio. Pero a mí, en la década de los 60 me parecía algo normal.

Incitado por amigos, me uní a algunas marchas de protesta contra la guerra, pero nunca

pensé seriamente en esas cuestiones. Me gustaba el clima festivo de las marchas. La vida que recordaba había sido una gran fiesta.

Mis ojos todavía estaban abiertos cuando los primeros tenues rayos de sol atravesaron las pequeñas ventanas cubiertas de barrotes, situadas en la parte superior de la sucia pared. Los rayos amarillos se filtraban lentamente a través del aire espeso y cargado de humo. Miré la luz del sol; estaba contento de que la noche hubiese terminado, pero temía lo que el nuevo día me podía traer.

El hombre que estaba más cerca de mí se estiró y bostezó, emitiendo un prolongado "¡Aaaaalá!" al final. Luego eructó, echó una ventosidad y se rascó los genitales. Después tosió y escupió al piso sustancias rancias. Encendiendo un cigarrillo turco lanzó lo que parecía una sucesión de blasfemias para saludar la mañana. En todo el calabozo se repitió el mismo ritual. El nivel del ruido se convirtió en un enorme rugido cuando los cien hombres, aproximadamente, se unieron en un coro de toses.

El que estaba cerca de mí descendió del camastro. Fue caminando hasta el lado más apartado del recinto. Alcancé a ver varios agujeros cavados en el piso. Mi vecino se detuvo frente a un agujero, se bajó los pantalones y se acuclilló mientras dos hombres se reunían frente a él para mirarlo, cosa que no pareció importarle.

Gruñó en respuesta al llamado de la naturaleza. Pero no acertó el agujero.

-"Turista". Vi-liam. Viliam Hi-yes.

Me dirigía hacia la puerta. Un policía me condujo al piso superior, a una habitación reducida y tranquila. Sólo había una mesa baja y dos sillas. Esperé sólo por un momento. Entró un turco delgado y apuesto, que lucía un traje de calle.

-Mi nombre es Erdogan -anunció en buen inglés mientras me estrechaba la mano-. Llámame Erdu. Trabajo para el consulado norteamericano.

¡Qué alivio! Por fin venía la ayuda.

-Lamento mucho lo que le ocurre, William. Trataré de ayudarlo en todo lo que pueda.

-¿Qué van a hacer conmigo?
Erdu repasó nerviosamente un montón de papeles.

-En verdad no lo sabemos. Pero vamos a necesitar un abogado. En Turquía, el suyo es un delito muy grave.

Extrajo una lista de nombres turcos. Eran abogados. Aparecían en orden alfabético, con sus datos respectivos.

-¿Cuál me aconseja? -pregunté.

Erdu se encogió de hombros.

-No puedo hacer una recomendación. Usted debe elegir uno.

-¿Hablan inglés? -Sí, varios de ellos.

Miré la lista hasta que mis ojos cayeron sobre el nombre Yesil, quien se había graduado en la Universidad de Maryland, y había sido profesor de la Universidad de Michigan.

-Elegiré a Yesil. ¿Usted lo conoce?

Erdu asintió con la cabeza. -Me comunicaré con él. Vendrá a verlo dentro de pocos días. Esta tarde los soldados lo llevarán a la cárcel de Sagmacilar. Está en el otro lado de la ciudad. Yesil irá a verlo allá. También el cónsul irá a visitarlo dentro de unos días.

Luego siguió con la pregunta que temía.

-¿Quiere que nos comuniquemos con sus padres?

-No. Preferiría escribirles una carta antes.

-Erdu me dio un bolígrafo y papel blanco. Luego me dejó solo en la habitación.

8 de octubre de 1970 Mamá y Papá:

Sé que les resultará penoso leer esta carta. Para mí es penoso escribirla. Sufro porque sé que les ocasionará un dolor.

Me encuentro en un problema. Tal vez un gran problema. Por el momento estoy bien. Estoy sentado, escribiendo en una pequeña sala cerrada con llave, en una cárcel de Estambul. Es tan extraño el lugar. No intentaré explicarlo todo ahora. Sólo que ayer fui arrestado en el aeropuerto cuando intentaba subir a un avión con una pequeña cantidad de hashish. Acabo de hablar con un funcionario del consulado norteamericano. Ellos me conseguirán un abogado. Existe la posibilidad de que salga en libertad, pero puede ser que me condenen a unos pocos años de prisión. En verdad no puedo saber qué va a ocurrir. Tal vez tenga que quedarme aquí por un tiempo.

Lamento tener que escribirles para contarles todo esto. Sé la pena y el desconcierto que les causará. Y la decepción. Sé que me quieren. Pero sé que no están orgullosos de mí.

Siempre creí saber lo que hacía con mi vida. Ahora no estoy tan seguro. Había esperado salir de esto rápidamente para que ustedes nunca se enteraran. Ya no es posible.

De modo que ahora estoy en la cárcel, en Turquía, al otro lado del mundo. Al otro lado de muchos mundos. ¿Qué puedo decirles? ¿Tiene sentido que ahora diga

"Lo siento mucho"? ¿Acaso podría así calmar el dolor, la vergüenza que les causo? Me siento tan estúpido por haber caído en esto. Lloro al pensar cómo los hiero. Perdón.

Escribiré pronto.

Cariños
Billy

Los soldados llegaron en las primeras horas de la tarde y nos llamaron a unos quince por el nombre. Nos alineamos de a dos y nos esposaron unidos por las muñecas. Marchamos hacia la calle y subimos a un camión rojo, cerrado por la puerta posterior. Adentro nos

sentamos en bancos de madera. Nos llevaron a través de la ciudad y nos descargaron en la parte posterior de un gran edificio de piedra. Entramos en una sala rectangular, larga y de cielo raso cercano al subsuelo. Como el calabozo, ese lugar estaba muy sucio. Las deslucidas paredes encaladas se veían de un color verde claro a la luz de una lamparita desnuda. Cuando nos quitaron las cadenas, todos los prisioneros formamos una fila y luego me deslicé hasta un lugar en el extremo más alejado de la hilera.

Los otros permanecían de pie, con la cabeza gacha. Sus brazos pendían flojos a los costados del cuerpo. El corpulento sargento que estaba de guardia le espetó una pre gunta al primero de la fila. El hombre le contestó con humildad, pero el sargento le dio un bofetón sobre la boca con el revés de la mano. Otra pregunta. Otra humilde respuesta. Otro bofetón, más cruel. La boca del hombre sangraba. Gimoteó. El sargento le dirigió palabras duras y se volvió hacia el segundo prisionero.

Más preguntas. Más bofetones. El segundo hombre intentó levantar el brazo para detener los golpes, con lo que consiguió enfurecer más al sargento que lo golpeó más fuerte.

Siguió por la fila, gritándole y pegándole a cada uno. Parecía encolerizarse a medida que avanzaba. Yo estaba al final. Traté desesperadamente de imitar la actitud humilde de los turcos.

El sargento ya había llegado casi a la mitad de la fila cuando un preso, que pareció responderle de un modo particularmente inconveniente, recibió un tremendo golpe en la cara y un empellón que lo hizo aplastarse contra la pared. Se llevó la mano a la nariz, que sangraba. El sargento volvió a pegarle, pero esta vez lo tomó por el cabello y lo arrastró al centro del salón.

El pobre hombre trató de huir arrastrándose, cuando otros soldados llegaron para ocuparse de él. Gritó, se disculpó e imploró piedad mientras los soldados golpeaban despiadadamente sus vértebras, riñones y piernas con sus porras. El hombre se revolcaba en el suelo intentando cubrirse. Uno de los soldados no perdía oportunidad de golpearlo en la ingle. El hombre aullaba de dolor y de miedo.

El resto de nosotros estábamos de pie, en fila, esperando en silencio. Todo mi cuerpo se bañó con una transpiración helada. ¿Qué va a ocurrir cuando lleguen al extremo de la fila y encuentren allí a un estúpido turista?

Por último los soldados arrastraron al hombre ensangrentado a un rincón, donde se desplomó gimiendo. Luego se acercaron a la fila y se dedicaron a golpear y abofetear a los otros. Las maldiciones y los gritos resonaron en el reducido lugar. Ya se acercaba mi turno.

Se me aproximó un enorme soldado de tez cetrina. Se inclinó y me miró como si quisiera leer dentro de mí.

-¿Nebu? -gruñó mientras recogía dos pequeñas pelotitas amarillas. ¿Nebu? ¿Nebu? Con un gesto le pedí que me las devolviera y lentamente para no alarmarlo, busqué en mi bolso la tercera pelotita.

-¿Nebu? ¿Nebu? -insistió el soldado. ¡Manos mías no tembléis! Empecé a jugar.

-¿Nebu? ¿Nebu? -preguntó otro soldado que se acercó rápidamente a mirar.
Me detuve.

- ¡Yap! ¡Yap! -me insistieron para que siguiera. Seguí jugando, con las coloreadas pelotitas.

En seguida se reunieron otros soldados a mi alrededor. Estaban fascinados con el movimiento y la destreza. El sargento se acercó y gritó algo. Dejé caer una pelotita. El se estiró rápidamente, la alcanzó y me la arrojó.

- ¡Yap!

Seguí jugando. ¿Qué más podía hacer? Mientras los soldados estuviesen mirándome no le pegarían a nadie, y menos a mí. De modo que continué con el juego con el que tantas veces había entretenido a mis amigos de Nueva York y Milwaukee. Era un juego muy simple que se jugaba con tres pelotas. Dos en una mano, y la tercera en la otra. Un rápido pase medio. Hacer saltar una y recoger dos y al revés.

Me detuve.

¡Yap! ¡Yap! -me gritaron voces en todo el salón. Seguí.

Jugué durante quince minutos o tal vez más. Mis brazos me pesaban. Dejé caer una de las pelotitas. El sargento la agarró, pero en lugar de devolvérmela me tendió la otra mano para pedirme las otras dos.

Se las di. Lanzó una al aire y luego las otras dos. Las tres cayeron al suelo. El sargento dio una orden y de inmediato las volvió a tener en sus manos. Las sostuvo por un momento. Tímidamente, me indicó con un gesto que le enseñara. Fuimos hacia un rincón, donde traté de aleccionarlo. Su coordinación era buena, pero no encontré manera de explicarle que se requería muchísima práctica. No podía hacerlo como yo y eso le ponía nervioso. Yo también lo estaba, pero no quería que me volviera a interrogar y que castigase a los presos.

Con un gesto amable le pedí las pelotitas. Levanté una mano. Los soldados me observaban con aire de sospecha. Con movimientos lentos, tomé una silla y la coloqué debajo de la lamparita. Entonces me subí a la silla y le indiqué al sargento con un gesto que ordenase apagar la luz. Sus ojos se entrecerraron. Luego les gritó algo a los soldados. Dos de ellos se apostaron al lado de cada puerta. Otro accionó el interruptor de la luz.

Reanudé mi juego. Ahora las pelotitas habían adquirido pálido color verde azulado mientras giraban en la oscuridad. Todos los presentes me observaban absortos.

De pronto se escuchó fuera el ruido de un camión que se ponía en marcha. El sargento dio una orden y los presos formaron en fila. Algunos ayudaban a los otros a ponerse de pie. Guardé las pelotitas. Me esposaron con un anciano canoso que también parecía haberse salvado de los golpes. Quizás, gracias a su edad. Aparte de nosotros dos, todos los demás se veían lastimados y ensangrentados.

Una extraña sensación, casi de buen humor, se apoderó de mí mientras viajábamos en el camión. Había tenido suerte y esperaba seguir teniéndola. Sin embargo la primera visión de las grandes paredes grises de la prisión me volvió a la realidad. El camión descendió a un plano inferior y se detuvo. Los soldados bajaron, abrieron las puertas posteriores y nos hicieron marchar hacia un amplio recinto de cemento y acero, recubierto con un encalado escamoso. Nos quitaron las esposas y nos entregaron a los guardias de la cárcel, vestidos con uniformes arrugados y todos con un cigarrillo en la boca. Un guardia de baja estatura y de aspecto furioso se me acercó y me preguntó algo en turco. Me encogí de hombros. Rápidamente sus ojos se entrecerraron y llevando un puño...

De repente se abrió una puerta y entraron dos hombres. Vestían el mismo uniforme que los otros guardias, pero el de ellos se veía limpio y cuidado. Cuatro galones en las mangas parecían indicar cierta jerarquía. Todos los presos adoptaron una actitud de respeto.

El más joven y corpulento de los dos guardias, recorrió la fila de los presos, moviéndose pausadamente y con cierta arrogancia. Se detuvo ante un preso al que pareció reconocer. Con lentitud movió una de sus pesadas manos, como si estuviese esgrimiendo un arma. De pronto le propinó al hombre un revés en la cara que lo hizo chocar contra la pared. Sin hablar siguió recorriendo la fila.

El segundo guardia era de más edad. Tenía el cabello entrecano, cara larga y delgada y ojos castaños de expresión dura. Estaba de pie, erguido. Me pareció el tipo de turco al que hacían referencia los libros de historia, uno de los que habían echado a los griegos hacia el mar.

Se detuvo frente a mí. Miró con frialdad mi cabello y luego clavó su mirada en mis ojos.

A mi vez le devolví la mirada, pero comprendiendo que tal vez no era así como debía reaccionar un preso, aparté la vista, para volver de nuevo a mirarlo. Una tenue sonrisa arrugó su rostro de halcón. Le devolví la sonrisa.

- ¡Gower! -explotó salpicándome la cara con saliva. Ahora mi sonrisa desapareció. Miré el piso de baldosas.

Contuve la respiración. El guardia le gritó una pregunta al anciano que se encargaba de los registros y oí que éste le respondía: -Viliam Hiyes.

-Viliam Hi-yes -repitió el guardia de rostro torvo-. Viliarn Hi-yes. -siguió recorriendo la fila.

Nos raparon. Nos fotografiaron y tomaron nuestras huellas digitales. Luego me separaron de los otros y me llevaron a un corredor de hormigón, largo y angosto, que daba hacia una puerta de barrotes de acero. Un guardia la abrió, me hizo entrar y después cerró.

Estaba en mi nuevo hogar.. .

IV

Todo era piedra fría y acero gris. Frente a mí se extendía un corto tramo de corredor. A la izquierda había una serie de ventanas con barrotes que limitaban con la oscuridad. A la derecha había una hilera de diez o doce celdas pequeñas. Unos escalones de cemento llevaban a lo que parecía otra hilera de celdas en la parte superior.

Reinaba una gran tranquilidad. Por el momento, el corredor estaba desierto. De alguna parte llegaba música, pero muy tenue. Las voces resonaban con suavidad en el cemento.

Alguien salió de una celda que estaba en la mitad del corredor y se quedó de pie mirándome. Una cabeza se asomó en otra celda, me echó una mirada y volvió a desaparecer. El sonido de la puerta debió alertar a los reclusos. Aparecieron otros que me observaron con gran curiosidad.

Caminé un poco y me detuve ante la puerta de la primera celda. Era un lugar reducido, una caja de hormigón de un metro ochenta por dos metros cuarenta. El lado que daba al corredor estaba abierto, salvo por un conjunto de barrotes grises que se extendían del cielo raso al suelo. La puerta era una sección de barras que se deslizaba hacia uno y otro lado sobre un riel. Dentro vi a tres presos que estaban sentados juntos, tomando algo que parecía sopa.

-¡Eh, hombre, mira esto! -gritó un recluso de aspecto rudo, sentado en el extremo de la cama. Sus brazos fuertes y velludos estaban cubiertos de tatuajes-. ¿Cómo estás muchacho? -Se incorporó y fue a abrir la puerta-. ¿De dónde eres? ¿Por qué te metieron acá? ¿Cómo te llamas?

Hablaba en inglés con fluidez, pero con un acento que me resultaba difícil de ubicar. Sus ojos oscuros brillaban. Me sonrió y siguió hablando.

-Eh, muchachos, miren esto, un nuevo macum. ¿Cómo te llamas, muchacho? -Volvió a preguntar mientras me estrechaba la mano.

-William... -empecé, pero me interrumpió.

-¡William. Moco! Mi nombre es Popeye y éstos son Charles y Ame. -Indicó a los otros dos, el uno negro y el otro blanco, que tomaban sopa en silencio-. ¿Por qué no te sientas aquí, William? -me invitó Popeye mientras buscaba algo debajo de 11 cama.

Me adelanté para sentarme en el extremo de la cama, pero Popeye me tomó del brazo. Arne pareció alarmado.

- ¡No! Aquí muchacho -me indicó Popeye mientras se apresuraba a colocar una gran lata sobre el piso. La cama parecía más cómoda, pero entendí lo que él quería significar. Me senté sobre la lata. Popeye, de un salto se sentó sobre la cama.

-¿De dónde eres, William?

-Nueva York. -Miré a mi alrededor, sorprendido. La celda era casi hermosa. En la pared, sobre un escritorio, había una delicada tela japonesa con un paisaje montañoso. Por todas partes se veían tallas en jabón e intrincadas figuras de papel que representaban pájaros y animales. Una sábana había sido cuidadosamente pintada con los signos del Zodíaco. Cubría la pared detrás de la cama. Después de los acontecimientos de los últimos días, la celda me pareció cálida y confortable.

-Eh, Charles, tenemos otro norteamericano -gritó Popeye.

-Charles es de Chicago; es el héroe de la Ciudad Ventosa. ¡Oh, sí! Ahora tenemos al norteamericano negro y al norteamericano blanco. Todo lo que nos falta es la... -Y Popeye empezó a cantar una canción rock-, mujer norteamericana... da da da da.. .

Tuve que sonreír a Popeye.

Luego miré a Charles.

-Hola, ¿cómo te va?

-Bien -replicó. Estrechó con renuencia la mano que le tendía y en seguida me soltó.

-Hola Willie -me saludó Arne con una voz suave y baja-. Bienvenido a mi celda. -Parecía escandinavo: alto, delgado y pálido, con penetrantes ojos celestes muy serenos.

Me sentía sorprendido de encontrarme entre tres muchachos de mi edad que hablaban inglés. Además, uno de ellos era norteamericano.

- Este lugar es bastante lindo -comenté. Charles frunció el ceño y sacudió la cabeza.

Popeye empezó a reír.

-Uuuh, el nuevo tipo norteamericano. Eres exagerado, William. "Este es un lindo lugar", dice. ¡Huu! -se rió y siguió tomando su sopa.

Arne se limitó a sonreír con cortesía. Me dio una taza de sopa con lentejas y se quedó mirando cómo la devoraba.

- ¿William? -una voz tranquila interrumpió mi comida. Levanté la mirada y vi dos hombres de pie, en la puerta de la celda de Arne. Uno de ellos era un hombre robusto, de edad mediana y delgadas franjas de pelo negro cruzaban su cabeza redonda y calva. Me observó con sus sombríos ojos castaño oscuro y se dirigió a mí en inglés.

-Este es Emin -me dijo mientras señalaba al hombre menor-. Mi nombre es Walter. Emin es nuestro memisir. Es el recluso a cargo del pabellón de celdas de extranjeros, el kogus. Venga. Emin lo acompañará a su celda.

- Puedes terminar tu comida más tarde -me tranquilizó Arne.

En actitud obediente, seguí a Walter y a Emin. Me llevaron a una celda vacía, cercana al extremo del corredor. Emin murmuró unas pocas palabras en turco, babeando un poco mientras hablaba. Señaló el interior. Asentí con la cabeza. Emin pareció satisfecho y se marchó.

La celda era idéntica a la de Arne, sólo que estaba vacía. Hacía frío. El polvo lo cubría todo. Un camastro angosto de metal gris estaba sujeto al piso. Tenía un colchón apelmazado que parecía estar allí desde hacía mucho tiempo. El relleno se salía por un extremo y en el centro se veían manchas oscuras. Había un banco de madera y una mesa destartalada que se plegaba contra la pared. En la parte posterior de la celda había un tabique que llegaba a la altura de la cintura, detrás del cual se hallaba un agujero practicado en el piso y que servía de letrina y hedía a orina. Un armario metálico llenaba el espacio entre las barras y el extremo de la cama.

No era la clase de lugar en el que me interesaría pasar mucho tiempo. Pero con seguridad no tendría que estar ahí demasiado. ¿Veinte años? Eso no era más que una táctica para atemorizarme. Nadie iba a sentenciarme a veinte años de prisión por dos kilos de hashish. Yo no tendría necesidad de decorar mi celda, como Ame. Era obvio que él había estado allí mucho tiempo. ¿Por qué?, me pregunté.

Volví por el corredor para terminar mi sopa. Popeye había vuelto.

-¿Quiénes son esos tipos? -pregunté.

-Hijos de puta -replicó Popeye-. Emin es turco. Ha estado adentro desde hace mucho, de modo que lo han puesto a cargo del kogus. Walter no es más que un pequeño besaculos que habla unos seis idiomas diferentes. Y todos a traición.

-Ah, ¿sí?

-Ah, ¿sí? -imitó Popeye-. ¿Te piensas que estás en la universidad William? Esta es la

cárcel, muchacho. La cárcel. ¿Viste ya tu celda?

- Sí. -¿Qué te pareció tu nuevo hogar? -Está bien -comenté sin mucho entusiasmo.

-Bueno, es que éste es un lugar realmente magnífico-comentó Charles.

Cambié de tema.

-¿Por qué estás acá? -le pregunté a Arne.

-Hash.

- ¿Cuánto te dieron?

Doce años y medio.

-Caramba. ¿Cuánto hashish tenías?

-Cien gramos.

- ¡Cómo! ¡Doce años y medio por cien gramos! ¡Imposible! Eso era sólo la décima parte de un kilo. Yo tenía veinte veces más en el momento en que me apresaron.

-¿por qué te metieron a ti, William? -me preguntó Popeye.

Había tensión en su voz.

-Hash -repliqué.

- ¿Cuánto?

-Dos kilos.

- ¿Dónde?

- En el aeropuerto. Intentaba subir al avión.

- ¡Hum! Va a ser difícil, ¿Pasaste por la aduana?

-Sí, pasé. Me apresaron al ir a subir al avión.

Popeye silbó como Harpo Marx y sacudió las dos manos en el aire.

- Pesado, pesado. Podrían ser diez o quince. Incluso hasta veinte.

- Veinte... ¿qué?

- Años, muchacho, años. Te aseguro que por lo menos serán diez.
No podía creerlo. Debían estar bromeando.

Arne se puso de pie. Se lo veía sociable e indemne ante la depravación que nos rodeaba. Pasó junto a mí y tomó algo que estaba sobre el armario.

-No lo escuches, Willie. Está tratando de asustarte. Nunca se sabe cuál va a ser la sentencia aquí en Turquía. Cualquier cosa es posible-. De la parte superior del armario tomó un pequeño bol de madera que contenía manzanas. Me ofreció una y pasó el bol a los otros. Yo confiaba en él. Resultaba tranquilizador... De inmediato me sentí unido a él.

-Eh, no juegues con él, Ame -protestó Popeye-. Será mejor que espere lo peor desde ahora, así estará preparado. Insisto en que al muchacho le esperan por lo menos diez o quince años.

-¿Hablas en serio? -pregunté-. ¿Doce y medio o veinte años por hash? Ustedes están locos.

Se produjo un silencio embarazoso.

Charles, que había estado comiendo sin hablar, levantó la mirada.

-Todo el mundo está loco acá adentro -dijo.

Todos nos dedicamos a nuestra comida. Apenas probé la mía. Traté de aclarar mis pensamientos. Popeye tenía que estar loco; ningún país del mundo, por malo que fuese, podía dar una sentencia de veinte años por dos kilos.

A mí no me podía pasar eso; además, yo era un norteamericano y todos sabían que los norteamericanos reciben un trato especial.

-¿Cuánto te dieron a ti? -le pregunté a Charles.

Frunció el entrecejo. -Cinco-. Todavía me faltan diez malditos meses.

Cinco años. A un norteamericano. Bueno, eso sin duda era mejor que la predicción de Popeye. Ahora me di cuenta que el acento de Popeye era israelí. Seguro. Tenía que sentirse pesimista en un país musulmán, pero yo era norteamericano; además, siempre había tenido suerte y me las ingeniaría para salir pronto.

Arne pareció leer mis pensamientos.

-Podrías salir en libertad bajo fianza- dijo en tono calmado.

Popeye frunció el entrecejo y exclamó: - ¡Tonterías!-¿Bajo fianza?

El rostro de Arne se puso grave, como si pensara profundamente. Luego me miró y agregó: -Los turcos saben que si te dejan en libertad bajo fianza te escaparás del país para no volver más. Así, se quedan con el dinero. Si te dan libertad bajo fianza, significa que esperan que te vayas.

Eso parecía interesante.

-Pero, ¿cómo haría para salir del país?

-Fácilmente -replicó Arne-. Cualquier abogado turco medianamente deshonesto puede conseguirte un pasaporte falso. Ninguno de ellos es honesto. De lo contrario podrías intentar el cruce de la frontera con Grecia. Grecia es el país ideal. Odian tanto a los turcos que de ninguna manera te devolverían. Si los turcos te dan libertad bajo fianza, saben que te escaparás. Y si consigues llegar a Grecia, eres libre.

-Eso me parece magnífico. ¿Crees que tengo probabilidades de obtener la libertad bajo fianza?

-En fin, todo depende -dijo Arne-. Sí, tienes probabilidades si cuentas con cierta cantidad de dinero y un buen abogado.

-¡Lo conseguiré! -exclamé-. ¡Tengo que conseguirlo!

- ¡Mierda! -exclamó Popeye. Su modo jovial había desaparecido-. ¿Por qué no te das un baño y te callas la boca? Te sacas esos podridos piojos de encima.

No tengo ningún piojo, Popeye -afirmé, sorprendido de su acusación.

-¿Dónde estuviste anoche? -me preguntó. -En el calabozo de la comisaría.

- Entonces tienes piojos, muchacho. ¿Por qué crees que no te dejamos sentarte en la cama? Date un baño y luego hierve tus ropas.

Arne asintió con la cabeza para expresar que estaba de acuerdo.

En realidad, un baño me sonaba a cosa terrible, pero no quería que Popeye siguiera importunándome.

-Una ducha me parece mejor- comenté.

Charles dejó escapar un silbido y se levantó de su asiento.

-Ya me harté de tanta estupidez- gruñó y salió de la celda.

Arne me llevó aparte.

-No hay duchas acá -me informó. Tendrás que bañarte con el agua del lavaplatos de la cocina. -Me llevó a la celda que estaba junto a la suya y me prestó una toalla, una jarra plástica y un pedacito de jabón. Me explicó que muy pronto abrirían el agua caliente durante media hora. Me llevó a la zona de la cocina, más allá de las escaleras y me enseñó cómo debía bloquear el grifo con un trapo. Para bañarme me debería enjabonar todo el cuerpo y luego verter agua caliente con la jarra. Decidí lavar primero el lavaplatos. Estaba mugriento.

-No dejes que Popeye y Charles te molesten -me aconsejó Ame con su voz suave-. Los dos han estado acá mucho tiempo. La gente nueva... no entiende lo que ocurre. Cada tipo nuevo que llega pone nervioso a los demás.

-¿Por qué le llaman "Popeye"?

-Es marinero. Lo apresaron cuando intentaba pasar de contrabando cuarenta kilos en su barco.

-¿Cuánto tiempo le dieron? -Quince años.

-Con razón está así.

Arne quedó en silencio por un momento.

-Sí- agregó finalmente. Pero de verdad es un buen tipo.

El agua caliente sonó en herrumbrosas cañerías. Ame sonrió y me dejó solo para que me bañara. Mientras iba llegando el agua caliente, me quité mis arrugadas ropas. Tenían mal olor. Luego desnudo, me enjaboné la cara y la cabeza. Resultaba extraño no tener pelo. La pelusa pegajosa del cuero cabelludo me recordó el corte de marinero que usaba en la época en que

practicaba boxeo. Con la vieja jarra de Arne saqué agua y la vertí sobre mi cabeza. Me dio placer sentirla correr sobre mis hombros. Me enjaboné el resto del cuerpo con lentitud. Luego, recordando lo que Popeye había dicho, revisé mi pubis en busca de piojos.

De pronto me di cuenta de que no estaba solo. Me di vuelta y vi un hombre que parecía árabe parado frente a la puerta. Observó mi cuerpo desnudo con una sonrisa en el rostro. Barbotó excitadamente algo en turco. Me encogí de hombros para indicar que no entendía.

El árabe desapareció pero volvió enseguida con Arne. Los miré confundido, mientras la espuma de mi cuerpo se escurría hacia el piso.

-No te puedes bañar así -me advirtió Arne-. No te puedes bañar desnudo.

-¿Qué? ¿Y cómo debo bañarme?

-Debes dejarte puesta la ropa interior. Nunca debes estar desnudo en el kogus.

-¿Qué estás diciendo? ¿Cómo voy a lavarme con la ropa puesta?

Arne insistió.

-No puedes, muchacho. Los turcos son muy estrictos con todo lo que puede parecer sexo entre los prisioneros.

-¿Qué sexo? Me estoy dando un baño. Váyanse y déjenme terminar.

Arne se encogió de hombros.

-Está bien-. Pero será mejor que te apures. Pronto será la hora de Sayim.

No me importó saber qué era Sayim. El agua me daba mucho placer. Arne me dejó solo. Mientras vertía sobre mi cuerpo otra jarra de agua caliente, recordé la tarde. Qué suerte había tenido al poder eludir los golpes.

Se oyó un ruido de llaves. Se abrió la puerta que daba al conjunto de celdas.

Una voz turca gritó "Sayim. Sayim". Alcancé a ver parte del brazo del guardia cuando se hallaba junto a la puerta abierta.

Arne llegó corriendo -Te dije que te apuraras muchacho. Van a hacer Sayim.

No tenía idea de qué era Sayim, pero me estaba fastidiando con tantas órdenes. Seguí enjabonándome las piernas.

-¿Estás loco? -me preguntó en un susurro violento-. Si te encuentran desnudo te van a golpear.

Esta vez sus palabras penetraron en mi mente, recordé al pobre prisionero tendido en el piso sobre su propia sangre, mientras los guardias lo pateaban y lo golpeaban con sus porras. Rápidamente me envolví la toalla alrededor de la cintura. Salí corriendo de la cocina y mis pies mojados resbalaban sobre las baldosas.

Me crucé con Emin quien ahora iba vestido con traje y corbata. Me gruñó algo pero seguí corriendo.

Charles y Popeye estaban hacia el final de la fila. Los dos me echaron una mirada reprobatoria. Popeye me tomó del brazo y me empujó para ocultarme detrás de Charles y de sí mismo. Charles se quitó su suéter blanco y me lo pasó. Me lo puse por la cabeza. Los dos eran altos y con sus cuerpos impedían que se viera la parte de mi cuerpo envuelto en una toalla.

Todos los reclusos estaban de pie, firmes, mientras un guardia caminaba a lo largo de la fila y contaba. Le gritó algo a otro guardia que revisó unos papeles. Aparentemente, la cuenta era correcta.

- ¡Alá kutarsink! -gritó el guardia.

- ¡Sowul! -replicaron los prisioneros.

- ¡Mierda! -susurró Popeye con fastidio.

Más tarde sacó su guitarra. Alguien trajo una flauta y Charles sus bongós. Me senté contento a escuchar su música. Arne me explicó que a los turcos les encanta la música, por eso permiten a los presos que tengan instrumentos musicales.

Sentí una extraña felicidad. El kogus de los extranjeros parecía relativamente civilizado y sin duda era un lugar mucho mejor, para pasar unos pocos días o tal vez unas semanas, que la comisaría de Sintreci.

Mi imaginación se echó a volar con la música y pensé en la posibilidad de salir en libertad bajo fianza. Tal vez pudiese estar de regreso en mi hogar dentro de unas pocas semanas.

La música se interrumpió un rato y Charles empezó a escribir en un papel. Le pregunté qué escribía.

-Un poema -me contestó rápidamente.
- ¿Escribes mucho?

- Sí, tengo que hacerlo.

- ¿Por qué?

-Porque si tienes que estar aquí, es necesario que hagas algo.

- Sí, claro. Yo soy escritor, también. Me dediqué al periodismo en Marquette.

Charles me dirigió una mirada de conocedor. -Ajá. ¿Nunca te publicaron nada?

... No. Pero envié una historia a una revista y me contestaron diciéndome que de verdad les gustaba y. . .

- ¡Mierda! -exclamó Charles. Recogió sus papeles, sus bongós y se marchó.

A las 9 de la noche se acercó Emin, seguido por Walter.

-Saat dokus -gritó el hombre más joven por el corredor-. Son las nueve- me dijo.

-La hora de encerrarnos, Willie. Buenas noches.

-Buenas noches, Arne. Gracias. Me sonrió.

Fui caminando hacia mi celda. Detrás de mi, Emin y el hombre más joven encerraban a cada hombre en la suya. Me estremecí con el aire de la noche. La ventana con barrotes que había enfrente tenía un cristal roto. Afuera había tormenta y por el agujero se colaba el aire frío hasta mi celda.

Cuando Emin se acercó le pedí a Walter sábanas y mantas. Este tradujo mi pedido, pero Emin se limitó a encogerse de hombros.

-Tengo frío. Necesito sábanas y mantas.

-Mañana -tradujo Walter-. Dice que se las dará mañana.

La puerta de barrotes se cerró frente a mi rostro. Emin buscó en su enorme llavero. Parecía no poder encontrar la llave que correspondía a mi celda. Observé que el hombre simulaba cerrarla.

Caminé por el minúsculo recinto, abrazándome para entrar en calor. Escuché que Emin cerraba las celdas del otro lado del pabellón, y subía para hacer lo mismo con las del piso superior. Yo sentía mucho frío. No podía pasar así toda una noche. Silenciosamente abrí mi puerta. ¿Dónde podría encontrar una manta?

-Pssss-. Una mano me hacía señas desde los barrotes de la celda próxima a la mía. Me acerqué y vi un hombre alto y corpulento, tal vez alemán o australiano, de cabellos rubios; estaba sin camisa y se advertían los grandes músculos de sus hombros y brazos. Me tendió una vara larga, que yo tomé. En un extremo tenía un clavo doblado que formaba un gancho.

-Por ahí -murmuró. Señaló en dirección de. la puerta de entrada-. Dos o tres celdas hacia el lado.

Caminé por el corredor con curiosidad. A través de las puertas de las celdas me observaban hombres sorprendidos pero tranquilos. Llegué a la puerta de una celda cerrada con llave sobre cuyo camastro había sábanas, mantas y almohadas apiladas. Metí la vara a través de las barras y con gran esfuerzo conseguí enganchar una sábana y dos mantas. Las saqué al corredor. Caminé con cuidado de regreso a mi celda y le di la vara a su dueño. Luego le ofrecí una de las mantas.

-Gracias -murmuró.

Noté que en su celda la luz estaba apagada. En la mía había una lamparita encendida que pendía del centro del cielo raso.

-La luz. ¿Cómo la apago?

-Se supone que no hay que hacerlo -replicó-. Pero no dicen nada. Párate sobre tu cama y estírate. Puedes desenroscarla.

Me metí en mi celda. Sentí que el cansancio me iba invadiendo. Había pasado ya más de cuarenta horas casi sin dormir. Ahora, con el estómago bastante lleno, el cuerpo limpio, un

cuarto privado y una manta delgada pero suficiente, me sentí muy cansado. Tendí la sábana y la manta en la cama. Luego desenrosqué la lamparita y me acosté.

Debí quedarme dormido de inmediato y no sé cuánto tiempo pasó pero de repente dos manos rudas me sacudieron para despertarme. Emin me clavaba la mirada, furioso, y gritando algo en turco. Me levanté de un salto, aún confundido. Airado, Emin tomó la manta de mi cama y la tiró al piso. Luego sacó la sábana. Todavía medio dormido, agarré un extremo de la sábana. El tironeó pero yo la sujetaba con firmeza. Dio un grito y tiró con más fuerza. Enloquecido de ira, arrojé la sábana contra su rostro y Emin se tambaleó hacia atrás.

Con furia, corrió hacia mí y me gritó fuerte junto a la cara. Para dar más énfasis a sus palabras, con un dedo me golpeaba el pecho.

Reaccioné sin pensar. Antes de darme cuenta de lo que había hecho, Emin estaba tendido en el suelo. De su nariz brotaba bastante sangre.

Por un momento me miró aterrorizado. Luego se incorporó de un salto y corrió por el corredor. Gritaba como si lo estuviesen matando.

¿Qué había hecho ahora? Sin duda, me había buscado más problemas.

Fui hasta la puerta y miré. Emin estaba en el extremo del corredor, golpeando la puerta de barrotes.

-Es loco. -El que hablaba era el recluso de la celda próxima a la mía-. Está acá desde hace nueve años. Asesinó a su esposa con una navaja.

¡Dios mío! Un asesino. Eché una mirada a la celda para tratar de hallar algo con lo que pudiera defenderme. Antes de que tuviera tiempo de ordenar mis pensamientos, oí un gran tumulto. Se escuchó un rechinar de llaves. Rápidamente me puse mis pantalones y zapatos. No sabía qué podía ocurrir, pero había que estar preparado.

Los guardias entraron en la celda mientras me gritaban. Me arrastraron por el corredor. Emin parloteaba enfurecido. Traté de explicar las cosas pero fue inútil. Los guardias no me entendían. La sangre en el rostro de Emin era prueba suficiente de que lo había golpeado.

Me sacaron del pabellón y me arrastraron por la escalera hasta una sala del subsuelo. Los dos guardias principales, a quienes había conocido antes, estaban sentados en sillas metálicas plegadizas, fumando cigarrillos. Levantaron la vista cuando entramos. El que tenía cabello canoso se paró frente a mí. Entrelazó las manos a sus espaldas.

-Viliam Hiyes -dijo mientras me miraba a los ojos-. Viliam Hiyes.

Sin quitar sus ojos de mí, formuló rápidas preguntas a los guardias. Con lentitud levantó el brazo derecho y me

El guardia volvió a apuntar con su palo. Traté de retirar los pies. El golpe me alcanzó en el tobillo. Vi luces enceguecedoras frente a los ojos. Estuve a punto de desvanecerme. Intenté desmayarme pero no pude. Lenta, lentamente, continuaron los golpes. Me retorcía sacudido por el dolor. Cada golpe parecía más fuerte. Lloré, grité y los insulté, pero no conseguí detenerlos. Sólo veía sus rostros agolpados a mi alrededor.

Los golpes continuaron. . . diez, doce, tal vez quince en total. No pude contarlos. Giré y me aferré al tobillo de uno de los guardias. El hombre corpulento golpeó con el palo entre mis piernas. Me doblé en dos y vomité sobre mi propio cuerpo.

-Yetair -gruñó el guardia que me golpeaba. Los otros soltaron la cuerda. Mis pies, que ardían, golpearon contra el piso en un estallido final de dolor.

Sin miramiento alguno desataron la cuerda. Casi no lo advertí, ni ya me importaba. El dolor me envolvía. Dos guardias me obligaron a incorporarme, pero me volví a caer al suelo. Otra vez me levantaron. Mis pies ardían. Otra vez vomité. Los guardias me insultaron y soltaron mis brazos. Caí al suelo nuevamente. Me dejaron allí por un momento. Después consiguieron arrastrarme de alguna manera escaleras arriba y me arrojaron en mi celda. Caí sobre la cama, donde aún estaban las preciosas mantas y la sábana.

Quedé tendido, jadeando, tratando de controlar mis músculos. El aguijón de los golpes se convirtió en un latido; el dolor en el pubis era penosísimo. ¡Oh, Dios! Permíteme salir de esta pesadilla.

Dio un golpe en el rostro con la mano abierta. Caí hacia atrás, en brazos de los guardias. Abrí la boca para protestar.

¡Otro golpe! Una ola de dolor recorrió mi pierna izquierda. Mientras caía al suelo sentí un enorme dolor y me oí gritar. Giré la cabeza para ver al enorme guardia, semejante a un oso gris parado junto a mí. Me miraba con ojos negros y fríos. En la mano tenía un grueso palo de más de un metro de largo y de seis o siete centímetros de ancho, que parecía un listón.

Traté de escaparme. El "oso" volvió a blandir el palo y me alcanzó sobre las nalgas. El golpe me hizo caer de nuevo al piso. El dolor era terrible. Otro golpe cayó sobre mi pierna y me hizo estremecer. Traté de parar el próximo y el palo dio contra mi pulgar. La mano quedó insensible.

Los otros guardias se abalanzaron sobre mí. Me quitaron los zapatos, luego los pantalones.Yo regaba patadas y gritaba, pero me sostenían con fuerza. Tomaron una cuerda gruesa y la anudaron alrededor de mis tobillos. Dos guardias sostenían cada extremo de la cuerda, separaron los extremos y levantaron mis pies en el aire. Me encontré acostado sobre el frío piso de baldosas y aterrado, miré los oscuros ojos del corpulento guardia que sostenía el palo.

Se tomó su tiempo. Con lentitud movió el palo hacia atrás, apuntó y golpeó con toda su fuerza contra las plantas de mis pies descalzos. Primero fue como si me hubieran dormido. Luego el dolor se extendió en una agónica oleada por las piernas y la espina dorsal. Grité de dolor.

El pabellón estaba en silencio, sólo se oían mis gemidos. Cada uno de los reclusos sabía lo que había ocurrido. Lo lamentaban por mí, pero estaban contentos de que no les hubiese pasado a ellos.

El ardor de mis pies no disminuía. No podía dormir y no podía soportar seguir despierto.

-Pssss-, llegó un chistido de la celda de al lado. Una vez más: -Pssss, William.

Levanté la cabeza para mirar. Mi vecino había pasado una mano entre los barrotes de su celda y la tendió hasta que quedó visible entre los barrotes de la mía. Arrojó un cigarrillo encendido que cayó sobre mi cama; lo tomé y aspiré una larga bocanada.

-Gracias -susurré.

Era hashish, la causa de todos mis problemas. Me sentí agradecido por sus efectos sedantes. Seguí fumando y lenta y gradualmente, sentí que mi cuerpo se distendía. El dolor se suavizó un poco. Después de un rato caí en un piadoso sueño.

V

Patrick encendió la mecha y sostuvo el petardo en la mano.

- ¡Arrójalo! ¡Arrójalo! -grité.

Sonrió mientras retenía el petardo en la mano durante un tiempo que me pareció larguísimo. Con un movimiento lento lo levantó para arrojarlo al aire de la oscura noche del lago de Loch Ness. !Qué manera de pasar la víspera de Todos los Santos! Si eso no hacía salir a Nessie, nada lo conseguiría. Patrick tenía docenas de petardos listos para hacerlos estallar. Yo estaba sentado frente a él en el bote de remos, con las luces y la cámara de cine preparados. Con seguridad las fotos nos harían ricos y famosos.

Pero algo anduvo mal. El petardo ascendió en el aire oscuro y pareció quedarse flotando allí. La mecha despedía brillantes chispas rojas. Pendía del espacio sobre nuestras cabezas.

- !Oh, no! -Se hacía más y más grande. Caía directamente sobre mí. Seguía cayendo, cayendo, cayendo, pero nunca llegaba al bote. Salté para apartarme de su trayectoria. Mis pies quedaron aprisionados bajo el borde del asiento, haciéndome resbalar hacia el fondo húmedo del bote. El pánico que me asaltó me hizo dejar caer por la borda la cámara alquilada. Se hundió sobre la superficie Loch Ness.

Sobre mí caía el petardo. Lenta, lentamente se acercaba, enorme ahora, apuntaba hacia mis pies atrapados. No podía respirar. No podía moverme. Sólo podía mirar horrorizado. El petardo inflamado explotó debajo de las plantas de mis pies.

... Desperté. Los pies me ardían. El dolor y los latidos eran tan increíbles que consiguieron sacarme del sueño. ¿O había sido esa pesadilla? En menos de tres semanas se suponía que debía encontrarme con mi amigo Patrick, en Escocia. Pensábamos satisfacer nuestras fantasías de muchachos buscando al monstruo de Loch Ness en víspera de Todos los Santos. Ahora me parecía poco probable.

Mi camisa estaba empapada de sudor a pesar del aire frío de la mañana. Estaba tendido en la cama, bañado en mi propio vómito. Escuché el sonido de la cárcel que despertaba a mi alrededor. El agua gorgoteaba en las cañerías. Oía el sonido metálico de las llaves en las cerraduras. Tal como en el calabozo de la comisaría, las toses y los esputos eran el himno de la mañana. En el otro extremo del pabellón encendieron una radio. Se oyó fuerte una música rock.

- ¡Apaguen eso! -gritó alguien. Otro gritó una réplica en alemán.

Librodot

Más exclamaciones. Se oyó el ruido de forcejeos. Algo golpeó contra el suelo. La radio dejó de oírse.

Un hedor horrible venía desde la hilera de celdas de arriba. Olía a goma quemada. Me preguntaba qué podría ser.

El llamado de la naturaleza fue más intenso que el dolor de mis pies. Me obligué a desplazarme hacia el borde de la cama. Casi caigo al suelo. Aferrándome a la pared conseguí llegar al agujero del piso que servía de letrina. Contuve la respiración. Junto a un grifo que goteaba había una lata herrumbrosa. La llené de agua fría y la vertí sobre la piedra. Fue inútil. Los vahos de amoníaco seguían llegando a mi nariz. Apoyé una mano en la pared, me eché hacia atrás todo lo que pude y vertí agua en el agujero.

Caminé rengueando hasta la cama y examiné mis pies. Se los veía de un rosado brillante. Su tamaño era el doble del normal. A pesar del dolor me esforcé en mover los dedos. Para mi sorpresa, ningún hueso parecía roto. El tobillo estaba dolorido. Había una gran mancha rojiza en el lugar donde el palo había golpeado. Mis nalgas latían igual que el pubis. Una vez, durante un partido de fútbol en el colegio, me habían pegado una patada en esa zona y pensé que no podría sentir otra vez un dolor más intenso. Me había equivocado. Ahora temía que algo hubiese estallado dentro de mí.

Arne y Popeye vinieron a mi celda con huevos duros y un pequeño vaso de té.

-¿Cómo te va, Willie? -preguntó Arne.

-Bueno, no estoy muerto. No del todo.

- En verdad, hicieron un buen trabajo contigo. ¿Crees que puedes comer algo?

-Trataré. ¿Siempre dan comida como ésta?

- Claro que no -replicó Popeye-. Nunca te dan esa comida. A veces viene alguien con un carro a vender. No con mucha frecuencia. Pero uno siempre se las ingenia. Si tienes dinero puedes conseguir estas cosas. Si tienes que vivir sólo con la comida que te dan, estás perdido.

Comí con apetito. Ame examinó mis pies. Con mucho cuidado los levantó entre sus manos. Suavemente investigó si había huesos rotos.

-Tienes que ponerlos en agua -ordenó. -De ninguna manera. Me están matando.

-Tienes que hacerlo. Es necesario. Si no lo haces, se te hincharán más. No podrás caminar en varias semanas.

Popeye lanzó su silbido al estilo de Harpo Marx para agregar énfasis a las palabras de Arne.

Me ayudaron a llegar a la pileta. Levantaron mis pies para que recibieran una lenta corriente de agua fría. Di un respingo, pero después del momento inicial sentí un gran alivio.

-Ahora tienes que salir al patio y caminar. Miré a Arne asombrado. -¿Estás loco?

No. Es la única manera. Si te quedas en la cama se te hincharán mucho más y el problema durará semanas. Pero si caminas un poco, en los próximos días empezarán a mejorar.

-Una vez más Popeye silbó para expresar que coincidía con Arne.

-Está bien. Está bien.

Descansé un momento. Luego, con los brazos apoyados en sus hombros salí rengueando de la celda caminé por el corredor y llegué al patio.

Era un pequeño recinto de hormigón sin techo. Las paredes se elevaban cuatro metros y medio alrededor. El lugar estaba sucio con colillas de cigarrillos, cáscaras de naranja, periódicos arrugados, piedras, palos, vidrios rotos. Había hombres de aspecto sucio que caminaban de un lado para otro. Algunos se paseaban con nerviosidad. Otros daban vueltas en pequeños círculos contemplando el piso. En el extremo más alejado dos hombres marchaban al unísono con paso de ganso.

Me sorprendieron mucho los niños. Eran pequeños muchachitos turcos de la calle que jugaban al fútbol. Corrían alrededor de los hombres que paseaban como si éstos fuesen meros obstáculos colocados para tornar más dificil el juego. Algunos de los hombres ignoraban a los niños; otros se impacientaban ante la mínima obstrucción de su camino.

La pelota rebotó en la cabeza de Popeye. Este se volvió y gritó algo en turco. Los muchachitos lo ignoraron.

-¿Quiénes son estos chicos? -le pregunté a Arne.

-Son de aquel kogus -me respondió mientras señalaba un largo pabellón cuyo frente daba al patio-. Compartimos el patio con ellos. Ese es el kogus de los chicos.

-¿Pero qué están haciendo acá, en la cárcel?

-Bueno, los turcos imaginan que los chicos son relativamente inofensivos. No suelen apuñalar a los extranjeros... por lo menos no es muy frecuente. Y los extranjeros tienen un poco de dinero. Ayudamos a los muchachitos. Son excelentes mendigos. Es mejor así, para ellos y para nosotros.

-Sí. . . ¿pero cuáles son sus delitos?

-Los mismos que los de otros turcos -replicó Popeye-. Los pequeños son ladrones de caballos, carteristas, violadores, asesinos.

-¿Cómo? Pero si no son más que niños.

-Crecen pronto aquí -dijo Popeye-. Muy pronto.

Caminamos un rato y después Arne y Popeye me dejaron solo. Me senté en un ángulo del patio, contra la pared. Me mantuve alerta para evitar que los niños me pisaran los pies. Había algo que fascinaba y aterraba en esos niños. Jugaban al fútbol con habilidad y energía. Pero ponían cierta crueldad en el juego.

Charles salió al patio. Caminó hacia mí con sus viejos vaqueros y sus zapatillas hasta el tobillo. Era alto y de movimientos ágiles, como un jugador de baloncestq. Llevaba anteojos de marco grueso y tenía un bolígrafo en sus manos. Se arrodilló y examinó mis pies.

-Getchnis olsun -dijo

-¿Qué significa eso?

-Que pase pronto.

-Gracias. Espero que así sea.

-Lamento que te hayan golpeado de esa manera, Willie. Pero me alegra que le hayas hecho frente a Emin. Ningún norteamericano de los que pasaron por aquí ha sido pusilánime. Me alegra que no hayas destruido la imagen.

-Hubiese sido mejor destruir la imagen y no mis pies.

-No. Es mejor que los hayas enfrentado. Si los turcos piensan que pueden dominarte, nunca dejan de molestarte. Ahora la mayoría te dejará tranquilo. Saben que estás dispuesto a pelear. Debes estarlo acá adentro.

Me gustó que tratara de mostrarse amistoso. -Escucha, Charles. Lamento mucho todas esas tonterías sobre los cuentos que te dije anoche.

-Está bien, muchacho. No te preocupes por eso. Todos los que llegan acá tienen algo qué demostrar. Lleva un tiempo aprender, pero en cierto sentido eres afortunado.

-Aprendiste una lección importante anoche. Todos tienen que aprender de qué manera los turcos pueden cagarlo a uno. En realidad, no te costó mucho.

-Que no me costó mucho?

-¿Te rompieron algún hueso?

-No.

-Pues no fue mucho, entonces. Hace un par de meses dejaron muy mal a un recluso, un austriaco. Le rompieron los huesos del pie. Se quejó al cónsul y se armó un problema grave. Así que ahora los turcos tienen más cuidado. Tratan de no dejar tan mal a los extranjeros.

Por ello supuse que había sido afortunado, pero ciertamente no lo sentía.

Charles anunció que tenía que escribir. Me quedé un rato donde estaba.

El piso frío del patio atenuaba los dolores de mis pies. Permanecí sentado contra la pared en el aire fresco de octubre. De repente observé algo extraño en el patio. La mayor parte era de sólido hormigón. Pero en el medio había un pequeño rectángulo de tierra en cuyo centro se veía una especie de rejilla de desagüe. Me incorporé para poder verla mejor.

-No sirve -comentó una voz ronca. Me volví y reconocí a mi vecino de celda-. El agujero es suficiente para que uno se meta, pero debajo del suelo se angosta. No hay manera de pasar.

Me llamó la atención.

-Escucha -su voz se tornó baja-. Lamento lo que ocurrió con las mantas. Este es tu

primer día. Ya has visto lo que te sucedió en la primera noche. De manera que debes aprender en seguida todo lo posible acerca de este lugar. Es tu única probabilidad de sobrevivir. Tu única probabilidad de salir.

-No sé. Tengo la sensación de que conseguiré salir fácilmente de alguna manera, con libertad bajo fianza o como sea.

-Bueno, sí, pero si no lo consigues, será mejor que aprendas rápido.

Se llamaba Johann Seiber y era austriaco. Lo habían sentenciado a cuarenta meses de prisión por hacer contrabando de automóviles. Me explicó que en Turquía siempre descontaban un tercio de la sentencia por buena conducta. De manera que en realidad su sentencia era de veintiséis meses y dos tercios. Ya había cumplido veintiún meses y le faltaba menos de medio año. Me dijo que al principio había pensado constantemente en escapar, pero nunca lo había logrado. Ahora estaba decidido a cumplir con sus seis meses finales y salir en libertad legalmente. Quiso que fuera con él a la cocina, para mostrarme algo.

Gemí de dolor mientras él me ayudaba a caminar de regreso al kogus. Me desplomé en un banco de la pequeña habitación que estaba al frente del pabellón, la misma donde me había lavado la noche anterior. Había tres quemadores en una pequeña cocina de gas. Un recluso trabajaba con ellos. El agua hervía en varios recipientes. Johann se le acercó, sacó unas pocas monedas del bolsillo y volvió con dos pequeños vasos llenos de té turco, flojo y caliente.

-Es horrible -comenté-. Tiene un gusto espantoso.

Johann probó su té. -No es malo. Tal vez un poco mejor que el habitual. Cada mes es uno distinto el que vende el té. Algunos lo hacen muy flojo, para ganar más dinero. Ya te acostumbrarás a tomarlo.

No me convenció la idea de que tenía que acostumbrarme a que me quitase algo en ese lugar. Ahora sabía que no era mucho mejor que el calabozo de la comisaría. Era natural que Charles se hubiese molestado conmigo la noche anterior. ¿Cómo se podía soportar la mugre, el ruido, los olores, esa podrida y grasienta sopa que había visto preparar para el almuerzo?

Johann se puso de espaldas al vendedor de té y me hizo una seña casi imperceptible en dirección a la pared posterior. Seguí su mirada. Había una puerta en la pared, tal vez de tres metros cuadrados.

-Montacargas -susurró Johann-. Nunca lo usan. Está descompuesto desde hace años. Desde una revolución que tuvieron. El pozo va del subsuelo a la segunda hilera de celdas.

-¿Qué hay en el subsuelo?

- Tú viste la sala anoche, ¿recuerdas?

- ¡Oh, sí! ¿Cómo se podría salir de allí?

-No sé. Pero al menos estarías fuera del pabellón. Tal vez si sobornaras a un guardia o tuvieras un arma o algo así, podrías lograrlo.

-Debe ser arriesgado sobornar a un guardia.

-Sí... pero lo hace todo el mundo. Ya verás lo que puedes conseguir aquí con sólo un paquete de "Marlboro". Esos podridos cigarrillos turcos son terribles.

Bebimos nuestro té y miramos hacia el montacargas.

-Si de verdad me decidiera a escapar, creo que iría a Bakirkoy -comentó Johann de repente.

-¿Qué es eso?

-Bakirkoy. Es el hospital de enfermos mentales. Los turcos se escapan de allí a cada rato. La vigilancia debe ser muy mala. Todos dicen que escapar de Bakirkoy es fácil. De no ser porque me faltan sólo seis meses, iría a Bakirkoy.

-¿Cómo se hace para que manden allá?

-No sé. Sobornar al médico de la cárcel o algo así. Si tienes mucho cuidado y eres muy inteligente, puedes conseguir casi todo.

Nuestra charla se vio interrumpida por el ruido de un tumulto en el patio. Johann corrió hacia una de las ventanas del corredor. Con lentitud fui renqueando detrás de él, miré a través de la ventana cubierta de barrotes y me quedé helado. En el patio estaba el guardia fanfarrón que me había golpeado con el palo en los pies. Allí también estaba su amigo de cabello canoso y un tercer hombre, pequeño y apuesto, vestido con un elegante traje oscuro.

- ¿Quién es el guardia corpulento? -pregunté.

- Hamid. Le dicen "el oso". Es el guardia principal. El único que lleva un arma. Trata de no cruzarte en su camino.

-Demasiado tarde.

Ah, sí. -¿Quién es el otro guardia?

- Arief. Lo llaman "el rompehuesos". Es el que sigue en jerarquía a Hamid. Cuídate de él también.

Los dos guardias estaban de pie, en actitud amenazadora, frente a un grupo de muchachitos. Pero era el hombre de traje oscuro el que hacía las preguntas. De pronto extendió las manos y le dio un bofetón en el rostro a un chico.

- ¡Es el peor de todos! -susurró Johann. -¿Quién?

-"La comadreja", Mamur. El subdirector. Es el jefe aquí porque el director nunca se molesta en venir. Si Mamur se interesa en tu caso, estás perdido.

Pasaron los días. A medida que mis pies sanaban mi cabeza empezó a bullir. Aún no había tenido noticias del cónsul norteamericano ni del abogado que había pedido. No poseía información alguna acerca de mi caso, ni del tiempo que estaría en la cárcel antes de ir a juicio. Por lo que sabía, iban a dejar que me pudriera allí adentro. Ame me comentó que el gobierno turco estaba considerando la posibilidad de dar amnistía a los presos. Pero no estaba seguro de que se fuera a incluir a los nuevos. Había tantas preguntas que yo deseaba formular.

Charles me informó que la gente del consulado no venía con mucha frecuencia.

Como no tenía libros, ni papel para escribir, ni dinero, le pedí un poco de papel a Charles y traté de escribir cartas para mis amigos. Las cartas pasaban por la censura, que no era demasiado estricta, pero descubrí que me costaba mucho expresarme al saber que se revisaría lo que escribiera. Además, ¿qué podía contar? Estaba en la cárcel, pero ignoraba qué estaba ocurriendo conmigo. No podía decir si saldría la semana próxima o el próximo mes. Garabateé unas líneas a Patrick para informarle que no podría asistir a nuestra cita en Loch Ness, la víspera de Todos los Santos. Escribí otra carta a mamá y papá, otra a mi hermano Rob y una a mi hermana, que me costó mucho.

Todas las mañanas, al despertarme, un temor sofocante se apoderaba de mi garganta. Tenía el cuerpo dolorido a causa de la dureza de la cama. El hedor que se filtraba hacia abajo desde la segunda hilera de celdas era insoportable. El coro de las toses me recordaba que estaba viviendo en una jaula.

Lentamente mis pies y mis piernas recobrarán sus fuerzas. Todos los días, por la mañana, caminaba por mi celda hasta que Walter abría la puerta. Una vez afuera, esperaba con impaciencia a que el guardia adormilado llegase para abrir la puerta que daba al patio. Algunas veces era a las seis y media. Otras a las ocho. Pero en cuanto la puerta estaba abierta me apresuraba a salir al patio. Me llenaba los pulmones de aire fresco y limpio. Miraba el cielo abierto. No había paredes cuando miraba hacia arriba, sólo pájaros, nubes y un cielo azul de invierno.

Finalmente, después de más de una semana de incertidumbre, una mañana me llamó un guardia. -Viliam. Viliam Hiyes. -Tenía un visitante.

Me sacaron del kogus y me llevaron por un corredor a una sala de visitas con mesas largas y varias sillas. Mis ojos se clavaron en el paisaje que se veía a través de los barrotes de las ventanas. Había campos ondulantes, árboles verdes y grandes distancias abiertas. Era un privilegio enorme mirar a lo lejos sin ver una pared.

Sentado a una mesa me esperaba un turco grueso y sonriente. Su escaso pelo negro, muy engrasado, estaba peinado hacia atrás en un inútil intento por cubrir una parte de su calvicie. Se incorporó con premura y se abalanzó para estrechar mi mano.

-William Hayes -dijo en un inglés perfecto, sin sombra de acento-. Soy Necdet Yesil.

Mi abogado por fin.

-Tome asiento. -Tomé asiento. Me ofreció un cigarrillo norteamericano, que acepté nerviosamente. En la cárcel había adquirido el hábito de fumar cigarrillos ininterrumpidamente. -El cónsul norteamericano me ha contratado. He venido a verlo de inmediato. ¿Cómo andan las cosas?

- ¿Qué es lo que sucede? ¿Qué va a suceder?

-No se preocupe -me tranquilizó-. Si actuamos de inmediato, podemos obtener el tribunal adecuado, el juez adecuado, arreglar todo para que resulte bien. Creo que podemos obtener su libertad bajo fianza. En el peor de los casos, tal vez una condena de veinte meses de prisión. Pero creo que podremos obtener la libertad bajo fianza.

-No quiero una condena a veinte meses de cárcel. Quiero salir.

-Lo sé, lo sé. Creo que conseguiremos su libertad bajo fianza. -Yesil hizo una pausa para causar impresión. -¿Puede reunir el dinero? Claro que podía. ¿No? Se lo pediría a papá. ¿Me lo prestaría? Temblé ante el recuerdo de nuestra última discusión. Yo había deseado tanto mi independencia y tal vez mi padre ya me hubiera dejado para que me las arreglase por mí mismo.

- ¿Cuánto va a costar?

- Tal vez veinticinco mil libras.

- ¿Cuanto es en dólares?

-Dos mil, tal vez tres mil dólares.
De alguna manera conseguiría el dinero. Lo sabía. Le haría toda clase de promesas a mi padre con tal que me diera el dinero. Se lo devolvería después, por supuesto. Incluso aceptaría reanudar mis estudios o conseguirme un empleo. Haría cualquier cosa con tal de salir de ese embrollo.

-Eh... ¿Cuánto dinero tiene aquí? -me preguntó Yesil-. Debemos empezar ahora mismo.

-Tengo unos 300 dólares. Eran para mi pasaje, pero me han informado que han puesto ese dinero en el banco de la cárcel.

-Necesito 250 dólares -exigió con aspereza. Acercó un papel hacia mí.

Mi mente volaba ante la idea de salir bajo fianza. Firmé.

-¿Quién era tu visitante? -me preguntó Johann cuando volví al kogus.

-Mi abogado. Creo que puedo conseguir la libertad bajo fianza.

-Ajá. -Johann parecía impresionado-. ¿Quién es tu abogado?

-Se llama Yesil.

-Yesil... Yesil. Creo que fue el abogado de Max. -¿Quién es Max?

-¿Notaste ese olor espantoso que viene de arriba? Ese es Max.

Johann me condujo, en la segunda hilera del kogus, a una celda que se hallaba sobre la mía. Estaba oscura, ya que sólo llegaba la luz de un rayo de sol que se filtraba por la ventana del corredor. La lamparita de la celda y la del corredor estaban rotas. Johann me presentó a Max van Pelt, un huesudo holandés. Me observó a través de gruesos anteojos montados de cualquier manera sobre su nariz. Lo había visto alguna vez por el kogus, pero nunca en el patio. Parecía preocupado, poco interesado en charlar. Johann nos presentó y le pidió a Max que me hablara de Yesil.

Max se acercó al armario. Retiró una cuchara, una botella que contenía un líquido oscuro, una vela y una jeringa hipodérmica. Encendió la vela. Luego llenó la cuchara de líquido. Miré a Johann, quien me hizo señas de que debía esperar.

Max sostuvo la cuchara sobre la vela hasta que el líquido empezó a hervir. Reconocí el olor acre y denso que se filtraba a menudo en mi celda.

-¿Qué es eso? -pregunté.

-"Gastro" -replicó Max-. Un remedio para el estómago que contiene codeína. Es lo mejor que tengo acá. A veces consigo morfina pero no muy a menudo.

Johann y yo observamos en silencio, mientras Max terminaba de hervir el medicamento. En la cuchara quedó un delgado residuo negro bajo el líquido. El olor me dio náuseas. Con cuidado, para no derramar una gota, Max aspiró el líquido con la aguja hipodérmica.

-Fui apresado con una chica norteamericana -Max habló en tono calmo-. Intentábamos cruzar la frontera de Edirna, hacia el oeste. Cerca de Grecia. Teníamos diez kilos de hash en el automóvil. Yesil fue nuestro abogado.

Max manipuló con un trozo de hilo, que ató alrededor de su brazo a modo de torniquete. Buscó un lugar sano entre las marcas sucias e infectadas de su piel y por último hundió la aguja en un antebrazo e inyectó el líquido negro en su cuerpo. Luego aflojó el torniquete. Me miró a los ojos.

-Vino el padre de la chica. . . de Norteamérica -susurró-. Le pagó a Yesil una suma grande. Yesil dijo que todo andaría bien.

Max hizo una pausa. Sus ojos adquirieron una expresión distante.

-¿Qué?

-Parecía confundido.

-Yesil -lo ayudó Johann.

-Yesil -repitió Max Yesil dijo que todo andaría bien. Fuimos... al tribunal. Yesil... maldito... se puso de pie. . . dijo que la chica era inocente. . . que todo había sido idea mía. -La cabeza de Max empezó a oscilar hacia atrás y hacia adelante. -La chica salió en libertad.

-¿Qué paso contigo? -repetí.

-¿Qué?

-¿Cuál es tu sentencia?

Max fue bajando la cabeza lentamente hasta que la apoyó sobre las rodillas. Su voz sonaba apagada cuando habló.

-Treinta años -respondió.

VI

Mis pies sanaban lentamente. Diariamente caminaba alrededor del patio todo lo que me era posible. Sus medidas eran catorce metros por treinta y dos. ¡Qué hermoso debía ser caminar en línea recta sin tener que detenerse frente a una fea pared gris! Ahora comprendía por qué los animales enjaulados caminan tanto de un lado al otro.

Emin, el encargado, no tardó en encontrar la gran llave de mi celda. Todas las noches a las nueve me encerraban allí, donde toda mi marcha se limitaba a cinco pasos en un sentido y cinco en el otro. A ratos me dormía.

Por la mañana me despertaba con el alba, varias horas antes que el ayudante de Emin, Walter, viniera a abrir las puertas. Me quedaba acurrucado bajo la manta. Pasar de un sueño agradable a la realidad nunca dejó de ser un shock. Mantenía los ojos cerrados un buen rato para no ver las rejas.

Apenas se podía respirar en ese pequeño cuarto.

Una mañana me pasaron una tarjeta de visita a través de la puerta metálica del corredor. Probablemente sería Yesil o el cónsul. Era agradable recorrer toda la extensión del corredor sin tener que girar después del paso trigésimo segundo. Los guardias que estaban en los puestos de vigilancia parecían amistosos y trataban de hablar conmigo. Yo sonreía y asentía con la cabeza. Murmuraba "Norteamérica" y "Nueva York" como respuesta a todo lo que me preguntaban.

El guardia me hizo entrar en una sala de visitas donde, de pie, me esperaba el cónsul. Junto a él se encontraba un irlandés de Nueva York con pelo blanco y ojos celestes. Su rostro llenó toda mi visión. Nos acercamos el uno al otro. Nuestras manos se unieron. Su mano izquierda aferró mi brazo como si no fuese a soltarlo nunca más. Nos miramos a los ojos que se estaban empañando. Se le veía muy fatigado y el dolor ensombrecía su rostro. Nunca antes me había dado cuenta de lo mucho que quería a mi padre.

-Papá... Siento tanto... Yo.. .

-No te preocupes -me interrumpió con voz temblorosa y haciendo un esfuerzo sonrió-. Después tendré tiempo para darte una trompada en la nariz. Ahora tenemos que lograr sacarte de aquí. ¿Estás bien?

-Sí. . . Considerando las circunstancias.

-Está bien. Entonces permíteme que te cuente cómo están las cosas por nuestra parte.

Nos sentamos a la mesa con el cónsul y papá comenzó a informarme.

Me he puesto en contacto con nombres del Departamento de Estado. Ellos me dieron el nombre de dos abogados turcos. Son la gente más adecuada para estos casos. Voy a verlos esta tarde.

- Ya he hablado con un abogado. Su nombre es Yesil.

-Nos libraremos de él. Quiero que tengas el mejor. Es importante.

- Ten cuidado, papá. Me han contado muchísimas historias desfavorables acerca de los abogados turcos.

-Está bien. Esa es la razón por la cual tengo confianza en esos tipos. Los recomienda nuestra gente.

-Por lo que dices deben cobrar mucho.

-No te preocupes por eso ahora. Podrás devolverme el dinero cuando esto haya acabado. En este momento el dinero no cuenta.

Los dos aclaramos nuestra garganta y tratamos de reprimir las lágrimas.

-Entonces... ¡eh...! ¿Cómo estás? -le pregunté-. ¿Dónde te alojas?

-En el Hilton.

-¿Cómo está mamá?

-Preocupada, naturalmente. Le hubiese gustado venir a verte, pero pensó que no podría soportarlo.

-Sí. -Miré por las ventanas hacia los campos verdes-. Dile que no se preocupe. Estoy bien. Dile que volveré a casa para Navidad.

-Sí.

Charlamos un rato, tal vez una hora. Papá me dijo que volvería al día siguiente, después de reunirse con los abogados. Me preguntó qué necesitaba, que él pudiera traerme. Me sentí incómodo al tener que pedirle que me comprara cosas. Es un hombre orgulloso y yo sabía lo que debía significar para él estar allí. Sabía cómo debía dolerle ver a su hijo preso, encarcelado por tratar de meter hashish de contrabando en un avión. Pero ignoró todo eso. Yo lo necesitaba y él estaba allí.

Descubrí que de pronto sentía un gran respeto por su vida ordenada. Papá sabía cómo enfrentarse a una situación. Sabía cómo lograr que se hicieran las cosas. Esa era la clase de persona que necesitaba para que me ayudase.

Antes que se marchara, ese primer día, hicimos una lista: pijamas, cepillo de dientes, anotadores, barras de chocolate. Me dijo que depositaría cien dólares en el banco de la cárcel para que pudiese comprar comida para mí y para mis amigos, cuando viniera el carro.

Papá se puso de pie para despedirse. Nos estrechamos las manos.

Aspiré hondo e hice un gran esfuerzo por mantener una sonrisa.-Bebe una cerveza por mí en el Hilton -le pedí. -Tal vez dos -replicó- Te veré mañana, Will.

-Bien papá. Gracias. -Sufría de ganas de atravesar la puerta con él, hacia el sol.

Papá volvió al día siguiente con noticias de los abogados. Había contratado al doctor Beyaz y al doctor Siya, dos de los más distinguidos abogados criminalistas de Estambul quienes creían poder obtener para mí una sentencia de veinte meses y hasta arreglar la libertad bajo fianza. -Si consigo la libertad bajo fianza, me voy del país -le aseveré a papá-. Tengo entendido que es fácil cruzar la frontera con Grecia.

En el consulado él se había enterado de otros detalles. Al parecer, los turcos estaban

preocupados por una reciente ola de secuestros aéreos realizados por terroristas. Habían decidido llevar a cabo inspecciones sorpresivas en el aeropuerto. Yo fui uno de sus primeros éxitos. Me había convertido en un objeto de exhibición.

Papá me trajo un paquete de alimentos y dulces, papel para escribir, un cepillo de dientes y una pijama verde oscura con anchas franjas verticales negras.

-Parece el uniforme de Sing Sing -comenté.

Sonrió y asintió con la cabeza.

-Pensé que te gustaría.

Me visitó todos los días durante casi una semana. Compartimos recuerdos. Me sentía ansioso de saber noticias de la patria. Nueva York parecía tan lejana ahora.

-¿Mamá ha ido a las reuniones de la iglesia a jugar a la lotería?

Papá rió.

-Claro. Tú la conoces. Nunca deja de jugar a la lotería. -Se puso serio.

-Es conveniente que lo haga. Aleja su mente de todo esto.

-¿Están enterados los vecinos, papá?

-No. No creo. Salvo en familia, no hablamos con nadie del asunto. Le he dicho a mucha gente que estás en un hospital en Europa.

Cambié de tema.

-¿Qué te parece la exótica Estambul?

-Es una ciudad interesante, pero. . . -su voz se convirtió en un susurro- para decirte la verdad, la comida me parece espantosa. Caramba, la porquería que venden en esos pequeños restaurantes. Salí a comer en uno de ellos la primera noche y aún tengo miedo cuando estoy muy lejos de un baño.

-¿Baño? ¿Quieres decir que tienes baño? Aquí sólo tenemos un agujero en el piso.

-Sí. Me enteré de eso. Tampoco tienen papel, ¿verdad?

-Exacto.

-Menos mal que estoy en el Hilton. Ahora también como ahí.

Reí.

-Ajá. Nosotros llamamos a este lugar el Sagmalcilar Hilton.

Hablamos mucho sobre el hashish. Papá se molestó un poco al principio y pareció genuinamente sorprendido cuando le expliqué que era un derivado de la marihuana.

-Tampoco apruebo la marihuana -comentó-, pero al menos mucha gente cree que no es

peligrosa. Si sentiste que querías hacer eso, ¿por qué no elegiste la marihuana?

-El hashish es más concentrado -le expliqué-. Es más fácil de esconder.

-Ah. -Quedó en silencio.

- Fue estúpido, Billy, estúpido.

-Lo sé.

-Escucha. No hagas ninguna otra estupidez. Quédate aquí tranquilo. Deja que yo me ocupe de los abogados. Te sacaremos. ¿De acuerdo?

- De acuerdo.

Discutimos todas las estrategias legales posibles. Le comenté lo que Johann me había dicho acerca del hospital de enfermos mentales de Bakirkoy, donde era fácil escapar. A papá le preocupaba la idea de la fuga. Los abogados le habían dicho que podía obtener un informe oficial de Bakirkoy en el sentido de que yo estaba "loco". Con ese informe y con mis antecedentes, no se me podía acusar de ningún delito. No me sentía ni más loco ni más cuerdo que el hombre común, pero tenía un tanto a mi favor. El Ejército de los Estados Unidos había certificado mi anormalidad psicológica. Eso era toda una recomendación. Papá comentó que quería tener abiertas tantas salidas como fuera posible. Convino en enviar el informe del ejército a Beyaz y Siya.

Muy pronto llegó el momento en que papá debía regresar. Me aseguró que volvería al cabo de dos o tres meses, o cada vez que fuese necesario. Me pidió que me quedara tranquilo. Aún faltaban tres semanas para ir a la corte. Veríamos qué ocurriría. Con una sonrisa forzada se despidió.

Beyaz y Siya fueron varias veces a verme en las semanas siguientes, para preparar la defensa. Beyaz era un hombrecito de menos de un metro cincuenta de altura. Tenía cejas pobladas y pelo blanco en los bordes de su cabeza calva. Siya era alto y su cuerpo tenía forma de pera. Dejaba que Beyaz llevara la conversación. Ninguno de los dos hablaba buen inglés, de modo que necesitábamos un intérprete. La tarea fue cumplida diligentemente por el sonriente Yesil, quien rehusaba abandonar el caso. Aún tenía 250 dólares míos. Deseaba mantenerse en contacto par ver si podía obtener más. De todos modos, necesitábamos un intérprete.

Los abogados quisieron que subrayara el hecho de que sólo había comprado el hashish para mi uso personal. En verdad había planeado vender buena parte de él, pero Beyaz y Siya me aconsejaron que mintiera en ese punto. El juez probablemente se daría cuenta, pero convenía que la trascripción de lo declarado quedase limpia. Eso tendría mucha importancia cuando el alto tribunal de Ankara, revisara el caso.

La noche anterior al juicio me reuní con Charles en su celda. Ame, Charles y yo conversamos acerca de mi testimonio.

-En primer lugar, hazlo simple -indicó Charles-. Todo lo que digas habrá que traducirlo al turco. Debes pronunciar cada palabra con claridad. Es un maldito sistema el que tienen aquí. Eres culpable, a menos que se demuestre que eres inocente.

-Bromeas.

- ¡No! Tal vez no es así en los libros, pero sí en la realidad. Estos tipos son capaces de encarcelarte por un accidente de tránsito.

-No me digas, ¿por un accidente de tránsito?

-Encarcelaron a un búlgaro por un accidente. Se pasó seis meses aquí.

-¿Qué sucedió en el accidente? ¿Murió alguien?
-Sí. El conductor del otro coche.

-Bueno, ahí tienes. Fue un accidente serio. Tal vez se lo merecía.

Charles pareció molesto. -Sí. Tal vez se lo mereciera.
Salvo que estaba almorzando en el "Pudding Shoppe" cuando un borracho turco chocó su automóvil estacionado.

-¿Cómo? ¿Ni siquiera estaba en su automóvil? Charles negó con la cabeza.

-¿Le dieron seis meses?

Ahora asintió con la cabeza.

- Eh... bien... Tal vez debería estudiar un poco más mi testimonio.

-Simple -me recordó-. Tienes que ser simple con estos infelices. Oraciones cortas. Ideas concretas. Si te pones complicado, se pierden.

- Tengo que dar una buena impresión -dije-. Tengo que hacerlo.

-Muy cierto -convino Charles.

-Tal vez me den libertad bajo fianza.

Arne levantó la mirada de su libro.

-Puede ser. -comentó en voz baja.

Popeye asomó la cabeza a la celda.

-Déjate de pensar en la libertad bajo fianza. Confórmate con que te den cuatro o cinco años.

- ¿Tú eres un tipo práctico, eh? -Me sentí fastidiado. Me clavó la vista por un momento y luego rió. -William, William. Tú no sabes. Y no te caigo bien, me doy cuenta. No importa. Pero también te digo que el año que viene, en esta época, seremos amigos. Deseo que puedas salir, pero creo que vas a comer mucha porquería aquí hasta que puedas volver a probar una hamburguesa.

Se produjo un silencio incómodo. Después Ame habló.

Sí, no tiene sentido preocuparse hoy por lo que pueda suceder mañana.

Miré a Arne. Estaba sentado tranquilamente con sus manos largas y delgadas entrelazadas sobre sus piernas. De verdad no entendía su serena aceptación de su destino.

-Pero esta noche debes prepararte para enfrentarte al tribunal -agregó Arne.

Popeye recordó algo.

-Cierto. Para eso vine a verte. ¿Tienes un buen pantalón? Le respondí que no.

Ponte éste mañana. -Me entregó un pantalón verde oscuro. Tendría que ajustármelo lo más alto posible, pero era mucho mejor que mis vaqueros.

Gracias.

Popeye silbó.

-Es mi pantalón de la buena suerte. Los usé en mi juicio.

-Pero te dieron quince años.

-Sólo quince.

-¿Eso es tener suerte?

- ¡Oh muchacho! -Popeye rió. -Mucha, mucha suerte. -Se marchó corriendo por el pasillo.

-No te enojes con él -me aconsejó Arne-. Está un poco neurótico. Siempre espera lo peor. Pero es un buen tipo. No quiere que te lleves una desilusión mañana.

Los otros contribuyeron a completar mi vestimenta. Charles me prestó una camisa y una corbata. Arne me dio una chaqueta. Johann me alcanzó un par de relucientes zapatos negros. Era un conjunto internacional.

A la mañana siguiente los soldados llevaron tres camiones cargados de presos al juzgado. Nos hicieron entrar en el mismo salón donde yo había realizado mi acto de malabarismo con las pelotitas. El aire estaba cargado con humo de tabaco de mala calidad. Fui al baño. La puerta crujió sobre goznes herrumbrosos cuando empujé para abrirla. Adentro el piso estaba húmedo y barroso. En un rincón, vi una vieja manta tendida sobre el suelo. Había varios turcos bien vestidos acuclillados en círculo. Estaban jugando a los dados. El dinero corría libremente sobre la manta, entre gritos de entusiasmo y de ira, mientras en el aire se mezclaba el hedor de los baños con el humo del hashish.

-¡Joe! -gritó alguien. Reconocí al sonriente turcoque me protegiera en la comisaría la noche de mi arresto. Otra vez me ofrecía hashish. Lo rechacé con toda cortesía. Deseaba tener la cabeza despejada en el tribunal. Se encogió de hombros, tomó un generoso trago de una botella de vodka y siguió su juego.

La influencia de ese hombre me sorprendía mucho. No podía entender cómo se le permitía todo eso.

Afuera, en la sala de espera, alguien gritó mi nombre. Dos soldados me esposaron y me condujeron por un laberinto de pasajes subterráneos y por varios tramos de escaleras angostas y oscuras. Cuando llegamos a un nivel superior, me quitaron las esposas y me dejaron solo en un cuarto muy reducido, no mayor que un armario. No había ventanas. Estaba vacío, salvo la cañería de la calefacción. Las paredes estaban cubiertas con más inscripciones que un metro de Nueva York. Encontré un lugarcito en blanco, saqué una lapicera y escribí: William Hayes, Nueva York, 10/11/70. Luego me llevaron a la sala del tribunal y me ubicaron en el banquillo de los acusados. Mis ojos se clavaron de inmediato en una hermosa muchacha que estaba sentada entre los espectadores. Hacía mucho tiempo que no veía una mujer; ésta tenía un bolígrafo amarillo sobre la falda y me encantaron sus piernas.

Beyaz y Siya se sentaron en una mesa, frente a mí. Yesil parloteaba con ellos. Miré hacia el lugar donde Charles me había dicho que se sentaba el fiscal. Me preocupaba. No quería un F. Lee Bailey turco que me aniquilara durante el interrogatorio. Captó mi mirada y frunció el entrecejo tras sus anteojos oscuros.

Entró el juez principal. Se situó con solemnidad detrás del alto escritorio en el estrado. Su toga negra y larga tenía un brillante cuello escarlata. Bajo su pelo corto y gris, su rostro arrugado parecía benévolo.

Un joven se sentó detrás de una antigua máquina de escribir en una pequeña mesa frente al estrado. A lo largo de veinte minutos varias personas se incorporaron, hablaron en turco y volvieron a sentarse. La máquina de escribir repiqueteaba tras el sonido de las palabras. Tanto Beyaz como Siya hablaron brevemente. El cónsul norteamericano dijo algo. Los tres jueces deliberaron. Por último Yesil me hizo señas de que me pusiera de pie. -El juez desea que le explique su historia -me indicó.

-Soy estudiante de la Universidad de Marquette -comencé, mientras Yesil traducía-. Está en Milwaukee, una ciudad de los Estados Unidos de América. Estudio Inglés. Me falta poco para graduarme. Sólo debo completar mi tesis. Deseo ser escritor. He estado fumando hashish por varios años. Creo que estimula mi mente y mi capacidad creadora. Escribo mejor cuando fumo. Estuve viajando por Europa, de vacaciones. Quería llevarme un poco de hashish porque en los Estados Unidos es muy caro y no tengo mucho dinero. Quería suficiente hashish para que me durara hasta que completara mi tesis. Supe que era muy barato en Estambul, de modo que vine en tren. Deseaba comprar una pequeña cantidad. . . tal vez medio kilo. Hablé con unos muchachos turcos de pelo largo. Les dije que quería un poco. Me llevaron a una habitación y me mostraron muchísimo hashish. Nunca había visto tanta cantidad. Me dijeron que me darían dos kilos por 200 dólares. Ese precio es muy barato para un estadounidense. Pensé: me llevaré estos dos kilos y me durarán mucho tiempo.

El juez quedó en silencio por un momento. Las historias acerca del hashish habían flotado en ese tribunal por años. Nuestra conversación tenía a Yesil como intermediario.

-¿Se llevaba esa cantidad para uso personal? -preguntó el juez.

-Sí.

-¿No iba a vender una parte?

- ¡Oh no! -mentí.

-¿Iba a darle algo a sus amigos?

Los abogados me habían preparado para esa pregunta.

-Creo que el hashish es muy fuerte, que puede ser peligroso para algunas personas. Creo que es bueno para mí porque estimula mi creatividad y me ayuda a escribir. Pero puede ser que para otros no sea tan bueno. De modo que no sé. Pienso que cada uno debe decidir por sí mismo si debe fumar o no. Me niego a ofrecerles a mis amigos. Tal vez para ellos no sea bueno.

-Dos kilos de hashish es mucho para fumarlo usted solo.

-Bueno, no quería dos kilos. Sólo buscaba medio kilo. Pero me ofrecieron toda esa cantidad y fui tonto. Decidí que me la llevaría, así tendría un montón cuando volviera a mi país.

-¿Pero no para venderlo?

-No. Para fumarlo yo.

-¿Usted fuma mucho?

-Sí. Hace años que fumo hashish.

El juez hizo una pausa para conferenciar con los jueces que estaban a cada lado de él y luego habló con Beyaz. De pronto le hizo otra pregunta a Yesil y la traducción me tomó desprevenido.

-¿Cuál es el tema de su tesis? -quiso saber el juez.

Nadie me había preparado para esa pregunta. En realidad, yo no estaba escribiendo una tesis. Se me ocurrió una respuesta. -Los efectos de las drogas sobre la literatura y la música en la Norteamérica contemporánea-, logré articular.

Yesil me miró con incredulidad y luego tradujo lentamente. Hubo un momento de calma en la sala. El juez principal reprimió una sonrisa y luego sacudió la cabeza lentamente mientras miraba a sus colegas. Estableció una fecha para el juicio, en diciembre.

No podía hacer otra cosa que esperar. Y mientras esperaba, caí lentamente en la gris y triste rutina de la prisión. Charles, Popeye, Arne y Johann habían pasado por el mismo proceso: la conmoción del arresto, la estúpida esperanza del milagro de una pronta salida, para luego zozobrar en la realidad de la cárcel. A su manera, uno de ellos me ayudó a adaptarme a la vida en el kogus.

Charles, que trabajaba mucho, casi con furia, mantenía un horario rígido y durante la noche, encerrado en su celda, elaboraba sus cuentos y poemas, trató de convencerme de la necesidad de ajustarse a un horario en la cárcel, de tener un plan para cada día; de esa manera -me decía- el tiempo tendría un significado positivo, en lugar de negativo.

-Puedes alinearte hasta tal punto aquí adentro que ni te darás cuenta -me advirtió Charles-. Puedes llegar a no saber dónde estás ni dónde están las demás cosas. Y no volverás a la realidad por días, semanas o meses.

-Alguna gente -me dijo en tono tranquilo- se extravía tanto que nunca encuentra el

camino de regreso.

Pensé en Max, pero, ¿no estaría Charles describiéndose a sí mismo, sin saberlo?

-Esto puede convertirse en algo siniestro -agregó Charles.

Asentí con la cabeza.

Popeye era el eterno pesimista. Reiteradamente me aconsejaba esperar una larga estada en Sagmalcilar. Yo estaba seguro de que se equivocaba, pero su actitud equilibraba mi optimismo. Trataba de enmascarar su triste visión de la vida con una fachada de indiferencia. Sus risas y sus silbidos a lo Harpo Marx perturbaban siempre la escasa paz que pudiera haber en el kogus. Tal como él lo había previsto, descubrí que me caía bien. Su charla constante ayudaba a pasar el tiempo.

Arne me enseñó la lección tal vez más importante de todas. El era un recluso poco común. Había espías y soplones a nuestro alrededor, ansiosos de obtener ventajas sobre los demás mediante el conocimiento de cosas que pudieran ser utilizadas como arma. Por ese motivo, los prisioneros desconfiaban unos de otros. La confianza no se brindaba con facilidad. El resultado era que cuando el propio cuerpo estaba encerrado, uno también encarcelaba los sentimientos. Arne entendía la necesidad de proteger sus sentimientos, pero también comprendía que era preciso expresarlos. Durante largas charlas en su celda, al anochecer, me aconsejó que no reprimiera mis emociones; si lo hacía, me advirtió, tendría grandes problemas en mi relación con la gente, dentro y fuera de la cárcel.

Johann era el único que no había hecho intento alguno de adaptación a la vida en la cárcel. Desde el principio sólo había pensado en fugarse. Pero era un tipo impulsivo.

La planificación a largo plazo le resultaba difícil. Nunca podía llevar a término sus propósitos de fuga. Ahora su sentencia era tan breve que la huida ya no le convenía.

-Pero tú tienes que hacer algo, Willie -me urgía-. No confíes en las cortes. No confíes en los abogados turcos. Ni siquiera debes confiar en tus amigos. Sólo debes confiar en ti.

Teniendo en cuenta todos estos consejos, elaboré mi propio programa. La mañana se convirtió en un ritual y me acostumbré a despertarme a la cinco y media. Como durante casi dos años había practicado el yoga, ahora podía trabajar en firme. Me tendía sobre el vientre, con el dorso del cuerpo bien arqueado y los pies elevados en el aire, manteniéndome en esa posición varios minutos. Luego me aflojaba y respiraba profundamente. Después me sentaba en el piso. Con lentitud levantaba una pierna hacia la cabeza. Con práctica pude llevar la pierna hasta detrás del cuello. La disciplina y las técnicas del yoga daban energía a mi cuerpo y a mi mente.

Tan pronto como abrían las celdas y la puerta del patio, corría hacia afuera, al aire frío. En general llegaba a tiempo para observar cómo se elevaba el sol sobre el horizonte artificial de la alta pared de piedra. Me sentaba contra el muro y meditaba o dibujaba. Estudiaba las formas de la sombra en el patio. Observaba el vuelo de las palomas en lo alto. Según de donde soplara el viento, podía oler el mar. Si escuchaba con gran atención, me parecía oírlo. Después del desayuno escribía cartas, jugaba al ajedrez, o leía un libro. Por la tarde me unía a los que jugaban fútbol en el atestado patio. Por la noche conversaba con amigos o me quedaba sentado para pensar o soñar. Cuando cerraban mi celda, empezaba a tallar piezas de ajedrez en jabón, con una lima para uñas en lugar de cincel.

Pero si por un lado me estaba adaptando bien al lugar, también recordaba las palabras de Johann y mantenía abiertos ojos y oídos.

Una noche estábamos sentados Arne y yo en la celda de Charles, en la hilera superior del kogus. Arne rasgueaba su guitarra. Charles tocaba sus bongós. Nos abandonamos a nuestros pensamientos. Las luces vacilaron, luego disminuyeron su intensidad y por último se apagaron. Arne encendió una vela y la colocó sobre la desvencijada mesa.

-Sucede con frecuencia -comentó-. Turk-mali.

-¿Qué significa eso? -pregunté.

-"Hecho en Turquía". Es nuestra pequeña broma. Nada parece funcionar bien aquí. La electricidad turca no es de mucha confianza. Tendrás que comprarte velas la próxima vez que traigan.

-¿Venden velas aquí?

-Sí. En el carro que trae las provisiones. Creo que los turcos apagan las luces a propósito, para que la gente tenga que comprar velas.

-¿Cuánto tiempo dura el apagón? -pregunté con curiosidad. Tal vez un apagón brindaría una buena oportunidad para la fuga.

Charles debió sospechar la intención de mi pregunta. Contestó sin dejar de tocar el bongó. -No lo suficiente.

-¿Para qué? -pregunté fingiendo inocencia.

-Para nada -replicó-. A veces veinte minutos. A veces veinte segundos. Nunca se sabe. Además, tenemos entendido que las patrullas de soldados alrededor de la pared se refuerzan de inmediato cuando no hay luz.

-De todos modos, la oscuridad es agradable como cambio.

-Quédate tranquilo y gózala.

-De acuerdo.

Por algún motivo la oscuridad hacía que los prisioneros bajaran el volumen de sus radios o transistores. Ame tocaba suavemente su guitarra. Una extraña calma descendió sobre el kogus. Me quedé sentado mirando las formas de la luz de la vela que oscilaban en la pared. Me sentía bien. Mi estómago estaba satisfecho. Era agradable estar en la semioscuridad con mis amigos. Me olvidé de las rejas, del tribunal y del gran signo de interrogación que pendía sobre mi cabeza. Compartir ese momento de paz era suficiente.

Diez minutos después, demasiado pronto, volvieron las luces, y con ellas retornó la música de fondo habitual en el kogus. Los radios se oían fuerte. Los reclusos discutían. Los chicos gritaban al otro lado del patio. Intentamos prolongar el momento grato, pero una vez que volvió la luz la magia desapareció. Estábamos de nuevo en la cárcel.

Librodot

De repente hubo una conmoción en el kogus de los chicos. Fuimos al corredor. Desde las ventanas del piso superior miramos hacia la habitación inferior del pabellón de los muchachos. Era idéntico al nuestro, salvo que no había celdas individuales. Eran sólo dos salones rectangulares, uno sobre el otro, como una barraca del ejército.

Vimos que los niños corrían hacia abajo, urgidos por varios guardias que gritaban. Formaron una fila. Ninguno de ellos parecía querer estar al frente, cerca de la puerta.

Luego vi a Mamur, "la comadreja", que los miraba en un silencio glacial. Arief, el "rompehuesos", y Hamid, el "oso", lo escoltaban. Los gritos y el barullo del salón superior terminaban en la parte inferior de la escalera. Cada muchachito se quedaba mudo al ver a Mamur.

Había un niño muy pequeño, que se tomaba de la mano de Mamur.

-¿Quién es ese niño que está junto a Mamur? -pregunté.

-Es su hijo -replicó Arne-. Siempre anda por la cárcel.

El niño tendría unos cinco años. Parecía atemorizado por la conmoción que había causado la presencia de su padre. Mamur permaneció inmóvil hasta que los niños fueron sacados de sus escondrijos de arriba y puestos ante él. Los pequeños reclusos estaban silenciosos. Los guardias callaron. Mamur entregó su hijo a Hamid. La enorme garra de Hamid cubrió la manita. Mamur caminó lentamente frente a la fila de los niños. Los miró de arriba a abajo por un momento. Entonces pronunció una palabra 1 que rompió el silencio.

- ¡PIS! -gritó. Significa sucio u obsceno. Toda la fila se estremeció.

Mamur sacudió los brazos en el aire. Recorrió la fila en uno y otro sentido, gritándoles a los niños junto al rostro. Parecía estar interrogándolos, mientras los abofeteaba, los sacudía y les gritaba. Un niño que lloraba señaló a algunos otros. Mamur separó a cinco de ellos. Los arrastró de la fila por el pelo y los arrojó hacia los guardias; luego dio una orden. El resto de los chicos corrió al otro extremo del kogus.

Algunos guardias tiraron al suelo a sus víctimas. Otros tomaron un largo banco de madera con patas metálicas. Los chicos gritaban y se debatían. Los guardias consiguieron apoyar los listones del banco sobre las piernas levantadas de los chicos. Estos quedaron sujetos de espaldas sobre el piso, con los pies en el aire. En cada extremo del banco, se sentó un guardia.

La mayoría de nosotros, los turistas, estábamos ante las ventanas, mirando. Las noticias circulan con rapidez en la cárcel. Ziat, el preso que se encargaba de vender el té, dio la información.

-Violaron a uno de los chicos nuevos durante el apagón.

Mamur se quitó la chaqueta y se la entregó a un guardia. Se quitó sus gemelos, se arremangó la camisa y aflojó el nudo de la corbata. Los chicos que se hallaban en el suelo volvieron a quedar silenciosos, excepto por unos gemidos. Mamur tomó una vara de falaka y golpeó un par de pies que se retorcieron de dolor.

Mis propios pies se estremecieron por el recuerdo.

Siguió azotando a los niños que gritaban y se debatían por liberarse. Los guardias sentados en el banco abrieron las piernas para mantener el equilibrio. Otros guardias se apoyaron en los extremos del banco. Los niños se retorcían y gemían bajo la furia de Mamur. Este los golpeaba en los pies, las nalgas y las piernas. En ocasiones se detenía para gritarles algo a los otros muchachitos arrinconados contra la pared más alejada del salón.

Mamur aplicó su castigo con verdadero ensañamiento. Un niño consiguió escapar. La "comadreja" lo capturó de inmediato. El niño cayó al piso y se encogió de temor. Mamur lo golpeó en las palmas de la mano y en las piernas.

Por fin terminó el castigo. Arrojó al suelo la vara de falaka y le hizo una señal con la cabeza a los guardias, quienes retiraron el banco. Los niños quedaron tendidos en el suelo, sollozando. Mamur se quedó quieto por un momento, con la respiración agitada. Miró con ferocidad a los niños. Se volvió, recibió la chaqueta que le tendía un guardia, la dobló sobre un brazo y se acercó a su hijo. El niño estaba medio oculto detrás de Hamid. El subdirector de la cárcel de Sagmalcilar tomó a su hijo de la mano y salió del kogus caminando lentamente.

VII

Hay una expresión turca, "sula-bula" que signifca "así, así".

Todo lo relativo a la ceza-eci (casa de castigo) de Sagmalcilar y sus tres mil reclusos era sula-bula. No era ni muy bueno ni tampoco muy malo. Había toda clase de reglas y no había regla alguna. Había guardias que no podían moverse de ciertas áreas y reclusos que vagaban libremente por la cárcel. Aunque el juego era ilegal, todos los turcos jugaban a los dados y la mayoría de los extranjeros al póquer. Había leyes estrictas contra las drogas, pero los reclusos podían comprar hashish, opio, LSD, morfina y píldoras de toda forma, color y composición. Igualmente la homosexualidad que era un delito contra la ley y la moral, predominaba en la cárcel; los mismos guardias que debían controlar ese aspecto parecían encontrar placer sexual al golpear a un hombre al que antes habían atado y quitado los pantalones. El dinero estaba prohibido dentro de la cárcel, pero los presos podían obtener crédito de su cuenta o utilizar fichas especiales en la prisión, y a pesar de las reglas, la mayoría de los prisioneros antiguos mantenía dinero que ocultaba entre sus pertenencias o camuflado entre sus ropas menores. Según los estados de ánimo cambiantes de las autoridades y las mudables contigencias del destino, la cárcel se hacía un lugar cómodo para pasar el tiempo o se transformaba en un infierno.

En forma similar a una jerarquía en la administración, encabezada por Mamur, Arief y Hamid, existía también una jerarquía en los reclusos, a cuya cabeza estaban los grandes bandidos y la contraparte turca de la mafia norteamericana; esos grandes criminales, a quienes llamaban kapidiye, eran temidos y respetados tanto fuera como dentro de la cárcel.

Eran ricos y crueles, así que una sentencia de prisión no era más que un inconveniente menor para la mayoría de los kapidiye y cualquiera que fuese el delito por el cual se los acusaba, repartiendo un poco de dinero acá y allá conseguían un nuevo juicio, un nuevo juez, nuevas declaraciones, nuevos papeles, nuevos antecedentes policiales o informes médicos y quedaban en libertad. Pasaban un año... tal vez dieciocho meses... en la prisión. Pero no más.

Librodot

Mientras estaban detenidos, vivían como príncipes; no planeaban ninguna fuga porque en ese caso tendrían que marcharse del país y perder todo su poderío que estaba en Turquía. De modo que se pasaban el tiempo en la cárcel dirigiendo el juego, encargándose de las drogas y todo lo relacionado con el contrabando; y aunque sus ganancias eran grandes, también corrían grandes riesgos, y la violencia era el único método aceptado de competencia entre los distintos grupos de poder.

El rango inferior al de los kapidiye incluía un gran número de bandidos menores; eran los criminales en ascenso, osados asesinos jóvenes que se estaban forjando su reputación. A los asesinos se les tenía mucho respeto; en Turquía el asesinato se consideraba un delito erkek, viril. A los ladrones callejeros y a los carteristas se les ubicaba cerca del último nivel en esta estructura social, pero directamente en el nivel más bajo para los turcos, estaban los fumadores de hashish extranjeros, no musulmanes.

Jamás lograba acostumbrarme a ese ambiente, por más que lo intentaba; sin embargo el yoga que practicaba por la mañana y por la noche parecía ayudarme en algo. También desarrollé mi forma particular de meditación. De mañana, después del yoga, me sentaba en la cama, aún a oscuras, escuchaba los sonidos en la cárcel y de quienes despertaban a mi alrededor.

La calma previa al amanecer era el mejor momento. Oía el suave aleteo de las palomas al alejarse del alero de nuestro kogus y a veces cuando la sirena nostálgica de un barco en el puerto rompía el aire del amanecer, soñaba con el mar. Me imaginaba viajando en un vapor por el mar de Mármara hasta llegar a las islas griegas. Me resultaba tan fácil salir de la cárcel en mis sueños; pero cuando los otros reclusos despertaban ya no podía mantenerme de buen humor y debía hacer un gran esfuerzo para controlar mi temperamento. El estado de ánimo podía pasar de un individuo a todo un grupo y sólo se podía advertir esto cuando ya era demasiado tarde. El kogus era todo un ventisquero emocional donde las peleas podían estallar en cualquier momento.

Por ser la comida una de las pocas experiencias sensuales de la cárcel, se la tenía en mucha consideración, así que nuestra pequeña cocina era el foco de gran parte de los problemas. Allí se preparaba el té y el café; y también se hacía comida cuando la teníamos. La cocina con sus tres quemadores, estaba a cargo del chi-gel. Chi significa té en turco, y gel es el hombre que lo prepara. El chi-gel compraba paquetes de té, café y azúcar, a precios muy altos, a las autoridades de la prisión y luego nos lo revendía. La cárcel era literalmente un mercado obligatorio; todos bebían interminables cantidades de té y café. No siempre había agua y, cuando la había, no era demasiado potable.

El chi-gel vendía sus bebidas en pequeños vasos a quince kurus cada uno, es decir, a unos tres centavos de dólar; trabajaba de doce a catorce horas por día durante su mes de turno, pero obtenía buenas ganancias, en especial si preparaba el té liviano y lo coloreaba con carbonato.

Cuando yo llegué a la cárcel, un preso de nombre Ziat estaba a cargo del negocio de chi, y aunque Johann me había dicho que la tarea era rotativa, Ziat seguía preparando el té aún en diciembre. Era un hombre de origen jordano, de tez morena; tenía casi mi altura, un metro setenta y dos, pero era mucho más corpulento y sus dientes amarillentos estaban manchados.

Desde que lo vi desconfié de su sonrisa; poco después Johann me comentaría que Ziat sentía un desmedido amor por el dinero. Debido a la calidad de su chi había constantes

discusiones.

El té estaba listo a la hora en que llegaba el guardia a abrir la puerta que daba al patio, y llamaba al prisionero iraní que iba a buscar el pan a la cocina de la cárcel. Como entonces ya había otros reclusos levantados que llegaban a la cocina con trozos de ají verde, cebollas o un huevo para freír, se formaba una cosa y los hombres se empujaban y discutían. Ziat se mostraba renuente a dejar usar los quemadores. Utilizaba dos para hacer el té y sólo permitía que se usara uno para cocinar. En la fila, frente a uno de ellos un recluso freía cebollas o hervía una olla de agua para cocinar patatas. En esos casos Ziat a veces permitía que algunos de sus amigos utilizaran uno de los otros quemadores. Eso era origen de numerosas peleas. Los presos, que hablaban distintos idiomas, parloteaban y se quejaban. Si las circunstancias eran adecuadas, el lugar se convertía en un pequeño campo de batalla y los vasos volaban. A veces relucía un cuchillo y entonces los guardias entraban precipitadamente.

Johann me contó muchas cosas acerca de Ziat. Este, antes de ingresar a la cárcel, había sido un soplón de la policía; hablaba turco, inglés y alemán casi tan bien como su idioma árabe natal. Solía presentarse a los turistas en el "Pudding Shoppe" o en los alrededores de la plaza Sultán Ahmet para preguntarles si querían drogas; hacía todos los arreglos con los incautos y luego se ponía en contacto con la policía. Cuando el turista recibía el hashish o la droga que fuere, Ziat se marchaba y llegaba la policía; el turista iba a la cárcel. La policía conseguía otro arresto y Ziat recibía su recompensa, en dinero o mercaderías.

Pero según Johann, Ziat se volvió codicioso y como retuvo diecisiete kilos de opio de un negocio en el que intervenía un kapidiye turco, lo sentenciaron a cinco años de prisión.

En Sagmalcilar había varios reclusos que cumplían condenas por culpa de la traición de Ziat. Pese a que el jordano era un hombre cuidadoso, en una ocasión, hacía quince meses, lo habían herido.

Su codicia se manifestó de inmediato en la cárcel. Como soplón que había sido, poseía contactos influyentes. En la época en que yo llegué a la cárcel, era el principal proveedor de drogas del kogus de los turistas. Era buen amigo de Arief y Mamur. Estos le advertían cada vez que iba a realizarse un "control", una inspección inesperada de los guardias o los soldados. Siempre conseguía proteger sus provisiones de drogas. Nadie podía encontrar el dinero que tenía que haber acumulado.

La cantidad de dinero que circulaba por la cárcel me sorprendió. Al principio retiraba fichas de mi cuenta en la cárcel y las usaba para comprar cosas en el carro de la comida. Luego descubrí el mundo infinito de los juegos. El póquer estaba prohibido, pero jugábamos cuando los guardias no nos veían; incluso a menudo los partidos de fútbol en el patio los jugábamos por dinero. Como los demás, pronto anduve con dinero en efectivo escondido en mis calzoncillos. Era el único lugar que los guardias rara vez inspeccionaban y tal vez alguna ley lo prohibía.

Descubrí de pronto que cada vez fumaba más hashish. Era fácil obtenerlo de Ziat. La realidad era desagradable. La droga producía una obnubilación que ayudaba a pasar el tiempo. El caño del agua que estaba junto al agujero del retrete en mi celda era Turk-malí. Estaba roto, oxidado y corroído. Pero dentro había espacio suficiente para guardar un trocito de hashish. Los guardias árabes consideraban ayip, sucia, el área del retrete, de modo que ése era un escondite muy efectivo. Nunca metían los dedos en ese caño sucio.

Me estaba convirtiendo en un recluso perfecto.

Librodot

En la cárcel parecía que todos permanecían a la expectativa de algo. Se esperaba que abrieran la celda y que llegara el pan por la mañana; se esperaba la comida a mediodía; se esperaba que llegara el agua, para poder ir al baño o lavarse; se esperaban las visitas; se esperaba el juicio; se esperaba la libertad.. .

Todos los días aguardábamos la correspondencia que solía llegar ya muy avanzada la tarde. Ante el grito de Mektup, un grupo de presos bajaba de prisa las escaleras y un guardia o uno de los encargados turcos pasaba cartas y paquetes a través de un agujero cuadrado de la puerta metálica del corredor. Alguien leía los sobres y gritaba los nombres. Siempre había confusión. El sistema postal era también Turk-malí. Muchas cartas del mundo exterior nunca llegaban, o eran entregadas con semanas de retraso, generalmente sin las estampillas.

Mi correspondencia fue creciendo gradualmente. A veces centraba las esperanzas de todo el día en la posiblidad (le recibir una carta, así fuese cualquiera. Si no recibía ninguna, la decepción era amarga. Me sentía tan aislado, tan apartado, en un país extraño, y de cultura tan diferente, que me creía olvidado. Pasaban días y días sin que llegara una carta y me quedaba solo, de pie junto a la puerta, una vez que toda la correspondencia había sido distribuida.

Otras veces recibía varias cartas de una vez. Las devoraba. Papá me escribía regularmente, aunque sus cartas llegaban con ritmo imprevisible. A veces mamá agregaba una línea o dos a las cartas de papá para decirme que me quería. A mamá nunca le gustó hablar mucho, pero su apoyo siempre se sobreentendía. Papá me comentó una vez que había ganado un premio en un partido de pelota con los compañeros de oficina. Rob y Peggy, mis hermanos, también me escribían. Las notas de Rob en la Brown University eran buenas y esto me hacía pensar que tal vez papá le conseguiría un empleo en la Compañía Metropolitana cuando se graduara. Peg me hablaba de sus amigos, sus di versiones y sus ropas nuevas; cada carta estaba llena de pequeños detalles de la vida diaria y eso me dolía. Allá en Long Island, la vida continuaba. Abría cada carta con ansiedad, luego la releía mientras el dolor crecía. Entre las líneas de cada carta estaba mal disimulada, la angustia por el miembro extraviado de la familia.

También recibía otras cartas; muchos de mis antiguos amigos de Marquette me escribían. Finalmente llegó una carta de Patrick. Había estado trabajando varios meses en un barco atunero frente a las costas de Oregón. Pescaba durante el día y escribía poesía loca de noche, de modo que pasó algún tiempo antes que se enterara de mi mala suerte. Deseaba que le informara todos los detalles de la situación legal. Luego me escribió:

"¿Has leído El Conde de Montecristo, últimamente?".Eso era típico de Patrick. Siempre buscaba la solución heroica como era la de la fuga. Si alguna vez me decidía, sabía que podría contar con él.

Un día me sorprendió la llegada de un sobre dirigido a mí con escritura fluida y cuidada. Me produjo una profunda conmoción. Había crecido junto a Lilliam Reed. Ella fue mi pareja en el baile de primer año de la escuela secundaria, esto me parecía que había ocurrido hace ya varios siglos. Recordé que tenía un vestido de terciopelo rojo esa noche y papá nos había llevado en su coche al baile. Estuvimos enamorados aquellos años juveniles. Luego, sin advertirlo, nos fuimos alejando. La imagen que tenía en la mente y el sobre que sostenía en las manos tendieron un puente sobre tantos años y creía ver su largo cabello castaño que enmarcaba sus profundos ojos oscuros, en una noche de verano, en ese interregno entre la escuela secundaria y el comienzo de la Universidad con su suave amor joven de palabras susurradas. Los dos soñábamos viajar por el mundo. Pero Lilliam se casó. El matrimonio duró

menos de un año. Ahora, estaba en Cambridge, trabajando como secretaria legal, en Harvard. Su divorcio acababa de oficializarse.

Me conmovió con sus palabras; sus pensamientos a través de la distancia me animaron. Leí sus líneas varias veces antes de escribirle una larga y emotiva respuesta esa misma noche. La urgía a recoger los fragmentos de su vida para vivirlos cabalmente. Los dos teníamos nuestros problemas. Era extraño cómo dos viejos amigos habían podido trastornar sus propias vidas hasta ese punto. Tal vez pudiésemos ayudarnos mutuamente.

El juicio se había fijado para el diecinueve de diciembre. Yo esperaba que ocurriese algo definitivo. Si no conseguía salir en libertad bajo fianza, al menos deseaba una sentencia, ya que así sabría cuánto tiempo me faltaba. Los rumores acerca de una amnistía eran más frecuentes. Algunos presos creían que el gobierno descontaría diez años de todas las sentencias. Si la corte me sentenciaba... aún a diez años, tal vez pronto estaría libre de todos modos.

Una vez más ensayé mi historia con cuidado, la noche anterior al juicio. Otra vez mis amigos me ayudaron a vestirme. Todo dependía de una buena impresión. Si conseguía la libertad bajo fianza, quizá podría estar en casa para Navidad.

Llegó la mañana. Los soldados me llevaron al juzgado. Me sentía más nervioso esta vez. La vida en la cárcel se estaba volviendo cada vez más difícil de soportar, y como ese día era uno de los más importantes de mi vida, hubiera deseado que el proceso se efectuara en inglés, para poder seguirlo.

Mis abogados estaban en sus puestos. Beyaz y Siya me saludaron cortésmente inclinando la cabeza cuando entré. Yesil me obsequió con una enorme sonrisa tranquilizadora, a la cual respondí en forma similar. Reconocí otros rostros, entre ellos el del cónsul y el de varios espectadores. También la muchacha del bolígrafo y las piernas bonitas esta ahí.

Hubo una ininteligible conversación en turco entre mis abogados y el juez. Me quedé sentado en silencio, preparado para una larga sesión.

El fiscal se puso de pie y pronunció un apasionado discurso dedicado a los jueces. De pronto, antes que comprendiera lo que ocurría, los soldados me encadenaron y me llevaron.

-¿Qué ocurrió? -le grité a Yesil-. ¿Por qué me encadenan? ¿Por qué me llevan de regreso?

-No es importante -replicó.

- ¿Qué decir con que no es importante? Quiero salir bajo fianza. No quiero pasar una noche más en ese lugar.

- Sí. Sí. Está bien. Iremos a hablar con usted mañana.

- ¿Qué dijo el fiscal? ¿Qué ocurre ahora?

-No es importante. Sólo aspectos técnicos.

Los soldados me tironearon de los brazos.

-¿Cuáles aspectos?

-Bien, presentó al tribunal la sentencia que pide para usted.

De estar libres mis manos, hubiese agarrado a Yesil por las solapas. Mi destino lo habían decidido en turco y Yesil se negaba a traducir.

-¿Qué sentencia pide? -pregunté otra vez.

- No es importante. Se lo diremos mañana.

Ahora los soldados me arrastraban. Giré la cabeza para mirar a Yesil.

-¿Qué demonios dijo el fiscal? ¡Yesil!

-Pide cadena perpetua.

Mi cabeza era un torbellino. Las luces nocturnas de Estambul se percibían a través de las rendijas del costado del camión. ¡La vida!

De regreso en el kogus, me apresuré comunicándole las noticias a Johann. Trató de calmarme. Me aseguró que era lo habitual que el fiscal intentara parecer severo. No era más que una formalidad, me dijo. Charles y Arne también me tranquilizaron. Popeye me dirigió una mirada que parecía significar: "Te lo dije". Yo necesitaba una información directa. ¿Qué probabilidades tenía? ¿Consideraría la corte seriamente la sugerencia del fiscal?

-¿Por qué no le preguntas a Max? -sugirió Johann-. Probablemente él sepa más que ninguno.

Juntos fuimos a ver al drogadicto holandés. Max estaba sentado en el borde de su cama, rascándose los brazos.

-Me quedé sin Gastro -nos explicó-. Tengo que conseguir alguna mierda.

Mientras Johann y yo lo mirábamos, Max buscó a tientas bajo la cama y sacó un palo delgado y largo. Con su mirada estrábica detrás de los gruesos anteojos, caminó vacilante hacia el corredor. Observó si el lugar estaba desierto y luego empezó a blandir el palo con fuerza hacia la lamparita que pendía del techo. Tuvo dificultad para dar en el blanco, pero por último la destrozó. Había vidrio disperso por todo el corredor. Max se dirigió hasta el borde de la escalera y gritó: -Eh, Walter, se cortó la luz aquí. Dile a Emin que envíe al electricista.

Max volvió a su celda y siguió rascándose los brazos.

Le comenté lo que había ocurrido en mi juicio. Sacudió la cabeza.

-¿Quién sabe? No creo que te den cadena perpetua, pero tampoco yo creí que me fueran a dar treinta años. Creo que deberías marcharte de aquí como sea.

-¿Qué te parece Bakirkoy?

Max hizo un gesto de desagrado.

-Aaaah-. Estuve en Bakirkoy por un tiempo. En la sección 12. Para los adictos. No sirve. Tienes que tener amigos. ¿Conoces a algún kapidiye?

-¿Eh?

-Kapidiye. Si conoces alguno tal vez puedas arreglar para sobornar a un guardia de Bakirkoy. Es fácil salir, pero necesitarás ropa y dinero, y algún medio para llegar a Grecia.

Le conté a Max del turco que me había demostrado simpatía en la comisaría. Max me aseguró que era un kapidiye.

-Ellos tienen muchos amigos adentro y afuera. Tienen mucho dinero. Los guardias son tan pobres que es muy fácil sobornarlos. Pero si no tienes cuidado, te traicionan. Es por eso que los kapidiye son importantes. Nadie traiciona a un kapidiye. El que lo hace, recibe una cuchillada en el estómago.

Llegó el electricista y colocó la escalera para reemplazar la lamparita. Max se acercó a él, le susurró algo y sacó unas libras turcas de entre sus ropas. Con naturalidad el electricista le pasó una botella de líquido castaño oscuro.

¡Ah!, es hora de tomar la medicina -murmuró Max-. La conversación se interrumpió mientras hervía su dosis y se la inyectaba en una vena. Cerró los ojos y se reclinó contra la pared. Johann y yo nos quedamos sentados, preguntándonos si Max estaría consciente. . . incluso si tenía vida. De repente Max empezó a hablar como si estuviera en plena discusión acalorada.

-Abrió los ojos, se inclinó hacia adelante, me tomó del brazo y se deslizó del camastro al mismo tiempo. Su voz se tornó más baja.

.. No, muchacho, no trates de cruzar en Edirne. -Mira, hay una franja de tierra al sur de Edirne. Si tienes oportunidad de encontrar un mapa turco, estúdialo. Hay una antigua vía de ferrocarril que va de Edirne a Uzun Kopru. Fue construida hace mucho tiempo, antes que una de las guerras jodiera la frontera. Por unos tres kilómetros entra en Grecia y luego vuelve a salir. El tren no para en ninguna parte, pero tú podrías largarte en Grecia. Recuérdalo.

Dejé a Max para que gozara su estado de euforia. Me pregunté si realmente todo se reduciría a eso.

Yesil apareció al día siguiente y me aseguró que no tenía que preocuparme por nada. El fiscal era "una mierda", comentó, en un raro abandono de su inglés culto. El juez probablemente me daría veinte meses. . . incluso hasta podía darme la libertad bajo fianza. Pronto lo descubriríamos.

De todos modos parecía que debería pasar el período de vacaciones en un ambiente poco familiar. Luego tuve una idea. Tal vez podría estar de alguna forma la víspera de Año Nuevo, en Cambridge. Le escribí a Lilly y le pedí que se sentara el 31 de diciembre a las tres y media de la tarde; serían las once y media de la noche en Estambul. Yo me sentaría en mi camastro a meditar. Juntos trataríamos de sintonizar nuestras ondas cerebrales en la misma frecuencia para transportar mi mente hasta el otro lado del mundo, así podría pasar aquella fiesta en Norteamérica. Sabía que la carta llegaría a tiempo, pero ella no tendría oportunidad de contestar. Sólo me queda esperar que Lilliam aceptara la idea a ver qué podía resultar

En el kogus se advertía un clima de fiesta. Aunque los turcos no celebraban la Navidad, la víspera de Año Nuevo era una fecha importante para ellos, de modo que estuvieron tranquilos y felices toda la semana y nos permitieron comprar jaleas y gelatinas y también un poco de harina.

Arne, que nunca dejaba de darme sorpresas, mezcló todos los elementos y cocinó tartas de Navidad en uno de los quemadores de gas. Fuimos varios los que nos reunimos en su celda en Nochebuena. Arne encendió velas. Tocó su guitarra suavemente. Johann bromeó e hizo gran alboroto. Sólo le quedaban seis semanas de condena. Nos convidó a un hashish muy fuerte que le había comprado a Ziat. A media noche Arne repartió las tartas que me parecieron muy sabrosas después que pude hacerlas pasar por mi garganta.

Como a las once y media de la noche, víspera de Año Nuevo, se hizo otra fiesta. Emin no se molestó en cerrar las celdas de modo que se formaron pequeños grupitos de amigos y se fumaba hashish para celebrar.

Poco después dejé a mis amigos y caminé lentamente hacia mi celda; me desnudé, por si mi cuerpo, además de mi mente, se comunicaba con Lillian y me envolví en una manta. Luego me senté con las piernas cruzadas y cerré los ojos; relajé mis músculos y permití que mis pensamientos fluyeran. Apareció Lilly en mi mente con su pelo largo castaño, sus ojos del mismo color y sus piernas suaves. Pasaron los minutos. Podía tocarla. Sentí que se me producía una erección. Había estado mucho tiempo sin una mujer. Pero mantuve las manos sobre las rodillas. La masturbación era molesta. Arne tenía razón, era uno de los peores peligros de la cárcel que le enseñaba a uno a sellar las emociones. Deseaba estar cerca de una mujer. Así que a más de once mil kilómetros de distancia, trataba de llegar a la mente de Lillian.

De pronto comprendí que no estaba solo. ¿Estaba con Lillian? ¿Dónde estaba? Abrí los ojos y clavé la vista en los ojos oscuros de Arief. Pestañeé con fuerza para asegurarme mejor. Era Arfief, que me miraba con ceñudo rosro a través de los barrotes. Luego retrocedió, se enderezó contra la pared, como un borracho, y se marchó.

Me di cuenta de que el kogus estaba lleno de ruidos. Aparecieron varios guardias, que empujaban a los presos hacia sus celdas. Estaban realizando un "control", una inspección. En realidad, parecía más un tumulto de los guardias. La desagradable voz de Hamid se oyó por el corredor. Corrió hacia mi celda. También él parecía borracho. Me incorporé de un salto y me apoyé contra la pared, envuelto en la manta. Sus ojos se posaron en las piezas de ajedrez sin terminar que yo tallaba en jabón.

- ¡Arrhh! -rugió. Su enorme mano las barrió de la parte superior de mi armario. Las piezas cayeron al suelo y Hamid las convirtió en polvo con sus pies.

Abrió de un golpe la puerta del armario y tomó un puñado de libros. Los sacudió con violencia. Luego inspeccionó las ropas que había en el armario. Revisó los bolsillos, arrancó botones. Me preocupaba un trocito de hashish oculto en el caño, pero Hamid no buscó allí.

Se volvió, llevó el brazo hacia atrás y me dio un gran bofetón en la cara. Luego, tan bruscamente como había empezado, el control terminó. Los guardias se marcharon. Emin cerró las celdas. Todo quedó en calma. Feliz Año Nuevo, Lil. Bienvenida a 1971.

Pocos días después de Año Nuevo se abrió la puerta del kogus y los guardias arrojaron dentro a un nuevo preso. Se llamaba Wilhelm Weber y era alemán. Se pasó los primeros días

yendo de una celda a otra, fanfarroneando ante los reclusos en alemán, inglés o en turco poco fluido.

-Ia, ia -le dijo a Popeye. Corro en coches de carrera en Monte Carlola, me zambulló desde las rocas en Acapulco.

¡Uh, muchacho! replicó Popeye. No me lo digas, déjame adivinar. Apuesto a que escalaste el Matterhorn, también.

ia, ia. Eso también, ia.

¡Este tipo es el fanfarrón más grande del mundo! gimoteó Popeye. Si lo decía Popeye, eso era todo un cumplido.

A los pocos días nadie podía soportar a Weber. Nadie quería estar cerca de él ni conversar. De pronto dejó de fanfarronear, se quedó tranquilo en su celda y empezó a escribir cartas.

Nadie lo molestaba. Nadie parecía preocuparse por él. ¿Era yo el único que lo veía? Weber estaba cumpliendo un plan. Con deliberación, había conseguido que todos le tuvieran fastidio. Tal vez deseaba que lo dejasen solo. Pregunté a mis amigos acerca de sus charlas con Weber, y tal como sospechaba, nadie conocía sus cosas particulares. Weber ni siquiera le había comentado a nadie por qué fue arrestado. Sólo había hablado de cosas sin importancia.

Es un idiota comentó Popeye. Yo no estaba tan seguro.

Nunca conocí realmente el frío hasta que llegó el invierno a la cárcel.

Las paredes de piedra y los barrotes de hierro no conservaban el calor. Unos pocos radiadores estaban dispersos bajo las ventanas, pero funcionaban mal y la mayor parte de las veces estaban dañados. Por la mañana, cuando me despertaba, mi aliento parecía vapor en el aire de la celda. Descubrí que las bastas mantas de la cárcel no retenían el calor del cuerpo. Traté de vestirme con calzoncillos largos y calcetines a la hora de dormir, lo cual no sirvió de mucho porque transpiraba y sentía más el frío a causa de la evaporación del sudor. Por último llegué a dormir acurrucado en posición fetal, envuelto en una sábana y una manta.

Era muy deprimente despertar helado cada mañana y no entrar nunca en calor, ni siquiera cuando el débil sol de invierno cruzaba el cielo. Tener los pies y las manos frías todo el día, aunque estuviera activo y me moviera de un lado a otro; enfrentar una larga noche encerrado en la celda... Todo eso congelaba mi mente, además de mi cuerpo.

Patrick me envió un libro: Un día en la vida de Iván Denisovizch, de Solschenizyn. Siberia era un lugar realmente frío. Cómo aprendí a Iván.

El acontecimiento de la semana era la noche en que me daba un baño caliente. Se señalaban distintos días para los diversos grupos de reclusos. Arne le habló a Emin. Me incluyeron en el grupo de Arne. Nos reunimos seis o siete en la cocina, después de Sayim. Del grifo salía agua fría.

Esperábamos el glorioso momento en que llegaba el agua caliente.

Era difícil prever hasta cuándo seguiría saliendo el agua caliente que a veces apenas

Librodot

llenaba el baño. Otras noches no salía nada. Pero algunas noches se vertía interminablemente, esparciendo el vapor. Una cálida bruma nos envolvía. Todos los dolores y tensiones del día parecían desprenderse de mi cuerpo. Vertía jarras llenas de agua caliente sobre mi cabeza. Gozaba del calor. Los músculos tensos se aflojaban. El calor era sensual mientras estaba de pie allí con mi ropa interior empapada.

Arne y yo nos quedamos en la cocina hasta mucho después que los otros miembros del grupo se habían marchado a sus celdas. Arne tenía una esponja áspera para el baño, que su familia le había mandado de Suecia. El me lavaba la espalda con ella. Era agradable. La fricción vigorizaba mi piel. Yo le lavaba su espalda pálida y huesuda y la observaba ponerse roja debajo de la esponja.

-Ame, eres muy delgado. ¿Siempre fuiste así o se debe a la cocina turca?

-No. Siempre he sido delgado. Solía correr mucho. Era fácil advertirlo por sus piernas largas y fuertes.

-Yo también corría mucho. Por la playa, en Nueva York.

-Me recuerdas a un nadador -comentó Ame.

-Nadé mucho, también. Actúe como salvavidas y además practiqué el surf. Me encanta el mar.

-Sí, y ahora tenemos esa bañera.

Miré a través de la niebla. Unos pocos presos se demoraban cerca de la puerta. Nos observaban.

-Sí. La bañera y los árabes.

Arne volvió la mirada hacia ellos por un momento, indiferente. -Eyaculan sólo con ver la ropa interior mojada de los tipos que se bañan.

No me importaba.

-Deberíamos cobrarles entrada.

- A mí no podría importarme menos -replicó Ame-. ¿Listos por hoy?

- Sí. Estoy empapado, pero me siento muy bien.

-Es lindo tener la espalda frotada y el cuerpo limpio de vez en cuando. ¡Pero Dios! ¡Cómo me gustaría estar desnudo al sol en una playa!

- Sigue soñando -le dije.

- Lo hago -replicó Arne -Lo hago.

La sonrisa de Johann era más brillante que el sol de la mañana. Finalmente después de dos años, había cumplido su sentencia. Me dio su colcha persa, que había obtenido de un iraní.

-Ten cuidado con ella, Billy -me dijo-. Hay un regalo especial adentro. Lo he estado ahorrando para el caso de que me jodieran y no me dejaran salir.

"Escribiré -prometió. Me mantendré en contacto. Si necesitas algo, avísame. Lo digo en serio, muchacho. Te ayudaré en todo lo que pueda".

-Que te diviertas viajando -le auguré-. Avísame cuando te establezcas en algún lugar.

-Lo haré, sin duda.

Observé a Johann que salía del kogus y recuperaba su libertad, por un largo rato. El brillo de su felicidad me acompañó. Luego mi mente estableció la comparación inevitable. Yo seguía adentro. Desplegué con cuidado la colcha. No había nada en ella. La examiné centímetro por centímetro. Una trenza basta adornaba los bordes. En un punto parecía dura. Me volví hacia la pared para ocultar mis movimientos, y con mucho cuidado quité las puntadas que mantenían la trenza en su lugar. ¡Una lima! ¿Cómo la había conseguido Johann? No importaba.

Más tarde, esa noche, la probé contra el metal de mi cama. Parecía cortar sin dificultad. Decidí guardarla; era como tener mucho dinero en el banco y la oculté dentro del forro de mi diario íntimo.

Al día siguiente sentí una profunda depresión. La celda 1 vacía de Johann, junto a la mía, era un recordatorio constante. Siguiendo un impulso corrí a preguntarle a Emin si podía trasladarme a una celda de la segunda hilera. Había una vacía entre la de Popeye y la de Max. Emin me contestó que sí y en veinte minutos estaba instalado arriba. Popeye se alegró y con su charla me ayudó a pasar el día. Pero por la noche volvió la depresión. Ya hacía seis mesesque estaba en la cárcel y todavía ni siquiera sabía la duración de la condena. La justicia turca se movía con increíble lentitud. Había sido estúpido al creer que podría salir pronto. Pensé en Max, que estaba en la celda de al lado. Me prometí que hablaría más con él acerca de la fuga... especialmente sobre ese tramo de ferrocarril que entraba en Grecia. Una cosa sabía con seguridad: no podía pasar más tiempo en esa cárcel. Tenía veintitrés años y los mejores eran los próximos. No cabía duda, los turcos me estaban robando lentamente la vida.

Por fin me quedé dormido; sólo me desperté a media noche al oír un leve murmullo que llegaba a la celda de Max. Preguntándome quién podría estar allí a esta hora, me acerqué con cuidado a los barrotes, haciendo esfuerzos por escuchar las voces. Se oía una sola voz... la de Max. Pude ver su figura reflejada en el cristal de la ventana del corredor. Estaba de pie frente a su armario abierto, y hablaba con calma mientras emitía una risita.

-Max -susurré-. ¿Con quién estás hablando?

Se dio vuelta, sorprendido.

-Eh... es extraño... mi amiga está acá.

-¿Ah, sí?

Sí. -Se volvió hacia el armario y rió.

-Bueno, ¿crees que podrían hablar un poco más bajo? Tu amiga no me deja dormir.

-Claro, perdón. -Miró hacia el armario y emitió un sonido-. Shh...

La liberación de Johann ocupó mis pensamientos por un par de semanas. Arne se dio cuenta de que estaba preocupado. Nunca había conversado con él acerca de la fuga y sabía que jamás consideraría eso seriamente. Aguardaría sentado en su celda, pasivamente, hasta que los turcos le permitieran marcharse. Charles estaba ya muy próximo al fin de su sentencia y a Popeye no le podía confiar un secreto.

Así que sólo quedaba Max. Volví a preguntarle acerca de Barkirkoy, pero él dudaba; sin embargo convino en que si la corte me enviaba al hospital de enfermos mentales, debía estar alerta para aprovechar la primera oportunidad y huir.

Una vez más tuve que presentarme frente al tribunal. Ya estaba decidido a promover cualquier acción legal, cuando por fin llegó el día y los soldados me llevaron a la sala del tribunal, y una vez allí me abalancé sobre Yesil.

-Quiero que hoy pida mi libertad bajo fianza -le dije-. ¿Cree que tenemos probabilidades?

-Sulabula -replicó Yesil, en turco-. No estoy seguro de que éste sea el momento de pedirla.

-Escuche; he estado seis meses en la cárcel y usted aún no ha pedido mi libertad bajo fianza. Dígales a Beyaz y a Siya que deseo que la pidan hoy mismo.

Yesil se quedó pensando. -Tal vez sería mejor si usted la pidiera -sugirió.

-Bien. Eso es lo que voy a hacer.

Una vez más farfullaron todos en turco. Habló el juez, luego mis abogados, luego el fiscal. El juez volvió a hablar. Nadie me preguntaba nada. De modo que aproveché un momento de silencio. Me incorporé y levanté una mano. El juez me miró sorprendido y le habló a Yesil.

-¿Qué desea? -preguntó Yesil.

-Usted sabe qué deseo.

-Está bien. Háblele a la corte.

-He estado en la cárcel durante seis meses -dije. Mi salud se está deteriorando. Mis dientes necesitan atención. Tengo problemas gástricos. Me estoy deprimiendo mucho. Quisiera que la corte me otorgara libertad bajo fianza para poder cuidar de mi salud.

Yesil tradujo mis palabras y el juez que sólo se limitó a reír, habló con mis abogados, pero una vez más los soldados se prepararon para llevarme.

-¿Qué ocurrió? -le pregunté a Yesil.

-Algo muy bueno -sonrió-. El juez leyó sus antecedentes en el Ejército de los Estados Unidos. Va a enviarlo a Bakirkoy en observación. ¡Puede ser que usted consiga un informe de

que está loco!

Sí, pensé. Sí, un "informe que confirme que estoy loco".

VIII

La libertad me hada señas a través de las aberturas del costado del camión rojo donde iban los reclusos hacia Bakirkoy. Mientras, a la débil luz del amanecer, vislumbraba que existían aún cosas tan maravillosas en la vida como las mujeres, los árboles y los horizontes abiertos, el camión pasó sobre un bache y mi cabeza golpeó contra la madera dura. Recordé que las mujeres, los árboles y los horizontes abiertos eran para las masas de afortunados que tomaban esas maravillas como cosa normal, entretanto, yo seguía sacudiéndome en un camión de la cárcel, encadenado a un joven demacrado que dejaba salir un flujo constante de saliva maloliente por la comisura de sus labios.

Pero al menos estaba en acción; no había conseguido nada en los seis meses que estuve pudriéndome en Sagmalcilar y el único paso real que había dado fue el de haber podido ocultar la lima de Johann, que aún estaba dentro del forro de mi diario, encerrada en mi celda junto con mis pocas pertenencias. Ahora, con algo de suerte, no llegaría a necesitarla. La corte había ordenado que me enviaran a Bakirkoy en observación por diecisiete días y yo esperaba que ése fuera un lapso suficiente para planear algo.

El traqueteo del camión rechinante me creaba toda una ilusión de avance. Nunca volvería a Sagmalcilar, estaba seguro; obtendría mi "certificado de loco" y me quedaría en Bakirkoy hasta que pudiera preparar una fuga; ésta era mi gran oportunidad.

Ya anochecía cuando el camión se detuvo junto al muro del hospital de enfermos mentales. Vi un gran árbol que asomaba tras la pared. Sus ramas gigantescas, inclinadas hacia abajo, se mecían con el viento de invierno. Con seguridad podría trepar a ese árbol y desde allí saltar el muro para huir de la prisión.

Cuando entramos en la oficina de la administración, varios auxiliares del hospital, con sus uniformes blancos muy sucios, se hicieron cargo de nuestro grupo. El de más edad parecía tener unos sesenta años, pero era el más alto de todos y aún se veía muy fuerte. De su cuello pendía un silbato plateado y los otros lo llamaban Policebaba, pero respetaban su autoridad.

-¿Lira? ¿Lira? -preguntaban los auxiliares.

Simulé no advertirlo. Ese era el comienzo de mi actuación como insano y había planeado mostrarme malhumorado y poco comunicativo.

-¿Lira? -me preguntó otra vez un auxiliar, apuntando con su gran nariz ganchuda hacia mi rostro.

Me encogí de hombros y con lentitud saqué un billetede 100 liras de mi bolsillo. El señaló mi reloj y gesticuló explicándome que adentro me lo robarían. Lo tomó y lo colocó en una bolsa que tenía mi nombre.

El Policebaba, que observaba todo con gran atención y quien pensaba que había llegado un turista loco, con un billete de 100 liras y un reloj caro, pues seguramente debía haber más dinero tras el poseedor de todo eso, se deslizó hacia mí y haciéndome señas para que lo siguiera. El loco que babeaba y yo encabezamos la fila que entró en Bakirkoy.

El lugar era más salvaje que todo cuanto había imaginado a partir de la descripción de Max. Los senderos serpenteaban entre colinas onduladas y había muchos grupos de árboles y crecidos arbustos que podrían servir de escondite. Si sólo consiguiera ocultarme en ese parque, era seguro que podría escapar del edificio principal. Traté de memorizar el camino que seguíamos a la sección 13. Pero la noche ya había caído por completo. El aire fresco de febrero resultaba vigorizante. Esa era la primera vez en seis meses que veía el cielo.

Más adelante se divisaba una enorme pared gris de cemento, más o menos de unos cinco metros de altura. Caminamos hacia un gran portón de hierro, que formaba un arco en su parte superior. Su altura era levemente inferior a la de la pared y grandes tornillos de bronce tachonaban la fuerte superficie de hierro. En las hojas del portón había dos puertas más pequeñas, también de hierro. Uno de los auxiliares sacó una llave de hierro, grande y antigua, que colocó en la cerradura y una de las puertitas se abrió sobre sus goznes con mucho ruido.

El Policebaba me quitó las esposas y me empujó suavemente para que entrara. Me encontré en un gran patio de tierra apisonada. En el centro, envuelto en sombras, había un edificio gris, largo y bajo, de forma rectangular. Era la sección 13, para los criminales declarados locos, que sería mi nuevo hogar.

Cruzamos en dirección al edificio. Otra llave en otra cerradura. La puerta metálica se abrió y los auxiliares nos introdujeron en una sala de reducidas dimensiones. Nos obligaron a quitarnos todo, menos la ropa interior. Luego distribuyeron pijamas de tela muy delgada, gastados y cortos, que parecían ridículamente inadecuados para esa noche de invierno. Nos quitaron los zapatos y las medias y nos dieron un par de sandalias viejas a cada uno. Todos los pisos y paredes del pabellón eran de piedra. Material suave y frío. Se sentía tanto frío dentro como afuera del edificio.

El Policebaba me llevó a través de una sala más sucia y fea que todo lo que había visto en la cárcel. Las paredes, alguna vez encaladas, ahora eran grises y hasta casi negras en algunos rincones. Las paredes y los cielos rasos se unían formando arcos en lugar de ángulos rectos. El lugar me recordaba una mazmorra medieval y yo temblaba en ese ambiente frío y húmedo.

Varios auxiliares estaban sentados sobre una cama, entretenidos en un juego de naipes que se llama kulach. Me sorprendió de inmediato el bullicio y el incesante movimiento que había en ella.

En el ángulo más cercano, justamente del otro lado dela pared detrás de la cual se encontraban los guardias jugando, el Policebaba me señaló una cama que estaba ocupada por un hombre de cara gorda vestido con un pijama sucio. Roncaba tranquilo a pesar del bullicio que imperaba en el lugar. El Policebaba me indicó que yo podía ocupar esa cama, pero sólo me limité a permanecer de pie donde estaba, fingiendo una expresión vaga en mis ojos sorprendidos. La cama estaba ubicada en un lugar privilegiado, cerca de la protección de los guardias. La deseé para mí, pero, ¿podía arriesgarme a parecer tan cuerdo como para ofrecerle un soborno al viejo auxiliar?

-¿Nebu? -me preguntó un hombre de cuello largo que estaba a mi lado, al tiempo que

tiraba de la manga de mi pijama.

- ¿Nebu? -gruñó otro loco que estaba de pie detrás de mí y me tiraba el pelo.

El Policebaba gritó algo y los ahuyentó y me sonrió indicándome una vez más que podía ocupar esa cama. Más como luego y por primera vez advirtiera que estaba ocupada, no vio problema en ello; simplemente se agachó y con sus brazos enormes tiró al suelo al hombre dormido.

- ¡Alá! -gritó el loco gordo con voz atemorizada. El Policebaba rezongó y el hombre se alejó a la carrera.

Miré la cama. Abundaban las manchas amarillas de orina. Sin duda habría una convención de piojos entre los pliegues de las sábanas rotas.

-Pis- (Sucio) murmuré. No estaba tan loco como para dormir en esa mugre.

-¿Eh? -exclamó el Policebaba un tanto intrigado. Entonces al comprender lo que quería decirle, en su rostro grisáceo se volvió a dibujar una sonrisa de dientes de oro y gritó. Un ansioso anciano en pijama arrugado salió corriendo y volvió un momento más tarde con un pedazo de tela delgada, de color gris, que supuse sería una sábana limpia. Retiró la que estaba en la cama y la reemplazó por la sábana sucia que había traído.

El Policebaba me indicó que eran veinte liras. Gruñí, lo que él interpretó como una admisión de deuda. Podía cobrarla después de mi billete de 100 liras. Luego se volvió y vociferó una sarta de palabras ásperas a los reclusos que estaban cerca. La palabra "turista" se distinguió con claridad. Parecía decirles que ésa era mi cama y que no debían molestarme.

Me senté en la cama y apoyé la espalda contra la pared, y examiné mi nuevo hogar.

¿Cigarro? -pidió un hombre desnudo que me tendía la mano -. ¿Cigarro? ¿Cigarro?

No le respondí.

Era un joven delgado que tenía un aspecto enfermizo. En su desnudez se advertían sus huesos. Su mano izquierda se ahuecaba sobre sus genitales mientras la derecha estaba tendida hacia mí. Las uñas y las puntas de los dedos se notaban comidas.

Con voz monótona repetía: "¿Cigarro? ¿Cigarro? ¿Cigarro? ..." Unos pocos se reunieron a mi alrededor y le hicieron coro, "¿Cigarro? ¿Cigarro?".

Pasaron los minutos. Como no les ofrecí cigarrillos, varios de ellos se retiraron, pero el hombre desnudo seguía firme. -¿Cigarro? -pidió suavemente. Sacudí la cabeza en señal de negación, más no prestó atención a mi gesto y permaneció de pie frente a mi cama, temblando de frío, mirándome con expresión ausente en los ojos.

Evité su mirada y observé la sala, donde parecía desarrollarse un extravagante espectáculo circense, sólo que yo estaba entre los actores en vez de ser parte del público. El ruido siempre había sido insoportable en Sagmalcilar, pero aquí era peor. Se percibían sonsonetes y cantos constantes y monótonos, que formaban un trasfondo ruidoso a los gritos de las conversaciones y esporádicamente se oían alaridos desgarradores que conmocionaban la atmósfera. Los hombres se gritaban unos a otros peleando por sábanas, mantas, camas,

cigarrillos. Otros se limitaban a permanecer sentados en sus camas, balbuceando para sí mismos... Se mecían, gritaban, reían, lloraban. Había hombres sucios y hediondos, algunos desnudos por completo, otros envueltos en sábanas rotas y ennegrecidas, que deambulaban por la sala desplegando una actividad desprovista de sentido. Había cierta rutina en todo ello y en tanto que unos parecían seguir un extraño ritmo y otros patrullaban la sala como rápidos hurones, moviéndose sin ninguna dificultad entre las desordenadas hileras de camas, bien alerta los ojos a todo lo que pudiesen encontrar, otros andaban en silencio con la mirada perdida.

Unas pocas camas más allá de la mía se hallaba la de un viejo turco de piel pálida, con un gran bigote tieso, como el que luciera un portero sueco, parecido al señor Swenson, el portero de la tira cómica "Archie". En el lado izquierdo de su cara, debajo del ojo, había un bulto grande y redondeado que parecía sólido, como si tuviera una gran nuez carnosa en la mejilla; era un hombrecito inquieto y nervioso que se miraba la protuberancia desde todos los ángulos posibles con un espejito redondo de bolsillo, a la par que con tres dedos de su mano izquierda se frotaba constantemente el afrentoso bulto con apresurados movimientos.

Frente a mí, un hombre estaba sentado en el borde de su cama susurrando "Omina koydum". Ya antes había oído esa expresión en Sagmalcilar. Literalmente significa: "se la meto a ella", pero los turcos de la cárcel la utilizan con tanta frecuencia que ha perdido su verdadero sentido. "Omina koydum" le murmuraba a su cama, a sus pies, al cielo raso, al viejo de cabellos blancos que estaba en la cama de al lado y que se ocupaba de agrupar papelitos en una pila que rehacía una y otra vez. Frente a ellos, otro hombre estaba sentado susurrando un conjuro a su sarta de cuentas tespe. Todos se ignoraban entre sí.

Mientras observaba todo eso, el hombre desnudo continuaba mirándome y en ocasiones volvía a balbucear "¿Cigarro?" con un hilo de voz.

Para escapar a su cansadora mirada bajé de la cama y comencé una inspección de la sección 13. Quería conocer las costumbres. Deseaba conocer al auxiliar que tenía la ' llave e intentaba descubrir ventanas o puertas que estuviesen ocultas a la vista.

Al volver a la primera sala comprendí de inmediato que existía un clima muy diferente de aquélla en la que estabami cama. Esta, si bien era sucia según las pautas norteamericanas, parecía el hotel Hilton comparada con la mía. Había unas cuarenta o cincuenta camas alineadas en tres hileras ordenadas. Casi todas tenían sábanas limpias y allí nadie estaba desnudo. Había hombres vestidos con pijamas limpios y viejos, sentados en sus camas, en aparente dominio de sus reacciones.

De pronto me detuve, sorprendido. Ahí estaba Memet Celik, a quien había visto en el tribunal y Alí Aslan, a quien me habían señalado en la cárcel. Los dos eran kapidiye, bandidos turcos. Eran depravados y crueles, pero no locos. Estaban sentados en sus camas, con sus propios pijamas, no con los del hospital, jugando kulach con algunos auxiliares. ¿Qué estaban haciendo en Bakirkoy? Por cierto, no estaban ahí para escaparse. Ellos no podían permitirse huir y convertirse en fugitivos. ¿Por qué estaban estos kapidiye en Bakirkoy?

Meditando acerca de ese misterio, volví a mi sala donde todo era un contraste, con los hombres sucios y desnudos que gritaban y caminaban entre las camas. El mismo loco desnudo aún estaba de pie frente a mi cama, de manera que decidí continuar explorando y caminé con lentitud entre las camas, mirando las caras que encontraba a mi paso. La mayoría de los hombres evitaban mis ojos y algunos me devolvían una mirada afiebrada y en tanto que unos pocos tendían la mano para tocarme, yo sonreía y seguía caminando. Más adelante se veía la

arcada que daba paso a otra sala. Me dirigí a ella.

Era como si hubiese levantado una piedra y hubiera descubierto cientos de gusanos blancos que se movían hacia todos lados. El hedor hizo que me detuviera. La sala atestada de camas y cuerpos. Había grupos de tres o cuatro camas puestas una junto a la otra, sobre las que estaban acostados nueve o diez hombres. Parecía desarrollarse una perpetua lucha de jungla. Un hombre sacaba a otro de una cama y éste volvía gritando a reclamar su lugar.

Por todas partes se oían gritos, blasfemias y peleas. Allí era casi imposible evitar no sólo el fuerte olor a amoníaco, sino también el terrible hedor de las heces humanas, que se acentuaba en la entrada de lo que sólo podía ser el baño.

El baño era una de las metas principales de mi inspección. No tanto para usarlo de inmediato sino porque podía tener una ventana aislada de la vigilancia de los cuidadores. Me acerqué, metí la cabeza, pero no vi nada. El olor era tan insoportable que tuve que retirarme rápidamente, con la decisión de que al día siguiente podría inspeccionarlo.

Junto al baño había una mesa en la que un turco sonriente, vestido con un pijama viejo, tenía varios cartones de cigarrillos. -¿Cigarro? -me preguntó-. ¿Birinici? Como me indicase el precio de una lira y setenta y cinco kurus, unos doce centavos de dólar por cada paquete de cigarrillos Birinici, me alejé para volverme hacia la pared, donde esperé hasta estar seguro de que nadie me observaba, y allí con cuidado saqué un billete de cinco liras de mis calzoncillos, y luego volví a acercarme al vendedor de cigarrillos, pensando que así podría distraer al hombre desnudo que rondaba mi cama.

Avanzada la noche, apareció uno de los auxiliares con un gran delantal que tenía varios bolsillos abultados con pastillas rojas, azules, verdes y blancas. "Hop, hop" (pastillas, pastillas), gritaba. Me encogí de hombros. No me gustaban los barbitúricos, pero casi. todos los otros tragaron las pastillas como si se tratase de caramelos y el auxiliar las repartía a puñados.

Cuando las píldoras empezaron a surtir efecto en la mayoríade los reclusos, el ruido descendió considerablemente hasta ser reemplazado por un zumbido seguido de gritos ocasionales. Los cuidadores volvieron a su juego de cartas. La sección 13 se aprestaba a pasar la noche.

Me acosté y tirité bajo la delgada manta, debido al viento frío que penetraba a través de un cristal roto de la ventana situada a los pies de mi cama. Luché para borrar de mi mente las visiones increíbles de las primeras horas en Bakirkoy porque los espeluznantes sucesos del día distraían mi mente del motivo real de mi estada y porque recordaba que me encontraba ahí para conseguir que me declararan loco, y además, para preparar una fuga espectacular. ¿Pero quién era el auxiliar que tenía la llave? ¿Cómo podría saltar el enorme muro que rodeaba el patio? ¿A dónde iría vestido sólo con esa pijama de algodón? Por la mañana decidiría dedicándome a planificar seriamente todo. Después de lo que debieron ser dos o tres horas, me quedé dormido.

En la mitad de la noche percibí la presencia de alguien muy cerca de mí. Me volví y vi un rostro oscuro. Era un hombre joven, de poco más de veinte años, alto y muy delgado que tenía una expresión salvaje. Un ennegrecido resto de sábana era todo lo que lo cubría. Lo llevaba sobre la cabeza y lo sujetaba debajo del mentón, como una campesina que ajusta su chal. Sé que los ojos humanos no pueden ser amarillos, pero los suyos lo eran.

Librodot

Sonrió cuando advirtió la sorpresa y el temor en mi rostro. Luego entreabrió la boca y se pasó la lengua por los labios resecos y agrietados y sus ojos inquietos mira ron mi cuerpo de arriba abajo. Era muy obvio lo que quería significar, así que me volví y me cubrí hasta la cabeza con la. sábana, pero el hombre se quedó ahí.

-¿Cigarro? -oí que decía en voz baja. No le respondí.

-¿Cigarro? ¿Cigarro?

Como no pude esperar a que se fuera por su voluntad, ya que su presencia me hacía sentir mal, me quité la sábana de la cabeza y lo miré a la cara. Volvió a sonreír y tendió una mano. -Cigarro -insistió en voz baja-. Cigarro -hizo una pausa-. S'il vous plait.

Esas palabras en francés me sorprendieron tanto que saqué el paquete de Birinici que tenía debajo de la almohada y le di uno. Me pidió fuego y le encendí el cigarrillo. Luego se pasó la lengua por los labios una vez más y después se marchó, desvaneciéndose entre las sombras.

Me desperté temprano con el zumbido de las oraciones musulmanas que llegaban de la tercera sala. En las dos primeras salas nadie parecía inclinado a unirse a las plegarias.

Aparentemente la religión estaba reservada a los más locos, por eso me quedé tendido en la cama, tiritando y traté de despejar mi mente. Ya había temido desmoronarme bajo la presión del confinamiento en Sagmalcilar, pero ahora, ¿qué consecuencias me traería la locura de Bakirkoy? Si me quedaba allí mucho tiempo, ¿empezaría mi mente, ya susceptible, a absorber la insania del ambiente?

Los ayudantes llegaron a las siete de la mañana y despertaron a todo el mundo con los golpes de sus garrotes cortos de madera. A todos, salvo a los kapidiye y a unos pocos vegetales humanos incapacitados para dejar sus camas, nos arrearon como a ganado hasta un lugar próximo al comedor. Una vez allí nos hicieron esperar mientras buscaban debajo de las camas y en los rincones para movilizar a los rezagados. Uno por uno nos fueron empujando a la zona del comedor mientras nos contaban. Muy pronto el lugar, de unos veinticinco metros cuadrados, estuvo atestado de hombres. Tal vez éramos doscientos los que estábamos allí apiñados. Descubrí que no sólo me era casi imposible moverme, sino que también hasta respirar resultaba incómodo y el hedor de los cuerpos y las bocas sucias me era insoportable. Entonces sentí que una mano me frotaba el trasero y luego trepaba para acariciar mis testículos; entonces me volví con rapidez y pude ver a un turco que me miraba con lascivia.

Descargué un rodillazo entre sus piernas y al oír que maldecía en turco me abrí paso con los codos hasta una pared, para protegerme. Los auxiliares nos contaron lentamente y luego volvieron a las salas para contar a los kapidiye y a los impedidos. Durante más de media hora estuvimos apretujados en esa reducida sala, hedionda y llena de humo.

Finalmente quedaron satisfechos con sus cuentas y nos permitieron salir. Alguien colocó un bol entre mis manos y lo llenó con sopa aguada en la que nadaban unas pocas lentejas. Comí la mezcla tibia con hambre, pues me había perdido la comida de la noche anterior.

Luego sentí deseos de ir al baño. Aguanté esas ganas hasta el límite de mi resistencia e inspiré profundamente y caminé hacia el oscuro lugar. Casi todo el piso estaba cubierto de montones de excrementos y charcos de orina. Caminando en puntas de pie con mis sandalias, me aventuré hacia uno de los cuatro agujeros y me agaché al estilo turco.

De inmediato un turco muy delgado se acercó y se acuclilló frente a mí. Empezó a. masturbarse mientras clavaba la vista en mi pene.

-¡Iaaa! -le grité- y el hombre se marchó, pero tan pronto como volví a acomodarme, regresó. No podía hacer otra cosa que ignorarlo. Deseaba escapar lo antes posible de ese increíble hedor. Luego entró un turco descalzo, de mirada perdida, que pisó en forma decidida un montón de excrementos húmedos; miró a su alrededor como si sólo en ese momento se diera cuenta de dónde estaba y en su cara se advirtió un gesto de reconocimiento. Luego una mancha oscura se extendió hacia abajo por la pierna de su pijama y apareció un charco de orina a sus pies. Entonces se dio vuelta y caminó hacia afuera, dejando sus huellas en el piso.

Lo que yo necesitaba era aire; por suerte los cuidadores eligieron ese momento para abrir las puertas y permitirnos salir.

El aire de invierno atravesó mi delgado pijama, pero como su aroma fresco me resultaba un placer, lo aspiré profundamente mientras empezaba a estudiar la vigilancia exterior.

El muro tenía más del doble de mi altura y estaba construido con piedras y argamasa, al igual que el viejo edificio. En muchos lugares la argamasa había desaparecido, dejando grandes espacios entre las piedras. Lo exploré con cuidado y busqué algún grupo de huecos que me permitiera trepar.

En la parte superior del muro había una vieja cerca de alambre. Los cordones de alambre de púas, herrumbrosos y rotos, estaban enredados y retorcidos entre un gran manto de hiedra verde.

Inicié una lenta caminata a lo largo de esta pared, estudiando detenidamente las hendiduras en la argamasa. Muchos de los grandes bloques de piedra estaban alisados cerca de la base del muro. ¿Las fricciones de cuántos locos? En la parte posterior del edificio se hallaba la escalera que llevaba a la puerta del subsuelo. Esta estaba cerrada con llave. El pozo de la escalera estaba circundado por una pared que me llegaba a la altura del pecho. Pensé si podría saltar desde ella hasta la parte superior del muro. Tratando de no llamar la atención me subí al borde de esta pared. Con una carrerita previa, hubiese podido saltar desde allí y si tuviera una cuerda con una piedra o un trozo de madera atados a la punta, podría engancharla en el alambre de púas, que tal vez soportaría mi peso mientras escalaba. El plan no era gran cosa, pero no dejaba de ser una posibilidad.

Luego, cuando giré en el tercer ángulo, vi mi probabilidad en el ala occidental del muro. Allí la argamasa se hab(desprendido en varios puntos. No cabía duda, podía escalar esa parte con facilidad y aunque no tenía idea de lo que había del otro lado, no era la sección 13. Esa pared podía ser el comienzo de mi fuga hacia la libertad.

Un hombre joven que se llamaba Yakub se acercó y me ofreció un cigarrillo. Hablaba un inglés bastante bueno. Estuvimos charlando un rato. Sin que yo le preguntara, me informó que se hallaba allí porque la corte había ordenado que lo examinaran. Había matado a su hermana porque era prostituta. ¿Yo podía entenderlo, verdad? Si, claro, respondí lentamente, mientras trataba de alejarme. Pero parecía bastante sano y conocía muy bien la sección 13. Los kapidiye, me explicó, a menudo utilizan Bakirkoy para unas cortas vacaciones, cuando ocasionalmente se les presentan problemas judiciales que tardan alrededor de un año en solucionarse. Entretanto, con sobornos consiguen llegar al hospital, ya que en él tienen menos problemas, pues con su reputación y su dinero, viven como reyes en Bakirkoy. Duermen en la primera sala y no permiten que los locos sucios se acerquen. -Cuanto más loco seas, más lejos

de los kapidiye dormirás -me informó Yakub.

Un sonido de alas llegó de la parte superior de la pared; era un enorme pavo real que se posaba en el alambre depúas cubierto de hiedra. Chilló y abrió el colorido abanico de su cola antes de volar. Aquello que era lo más hermoso del pájaro, su libertad, me dejó insimismado.

Yakub desechó mi extrañeza y haciendo un gesto, dijo: Todo el parque está lleno de esos pájaros.

La caminata al aire libre era vigorizante, pero pronto empezamos a tiritar de manera incontrolable, así que volvimos adentro donde cerca del baño estaba una mesa atendida por un vendedor. Yakub me explicó que a unos pocos reclusos les asignaban tareas fuera del edificio. Ellos compraban alimentos y los revendían con ganancia. Ese día había naranjas, cebollas, pan y yogur, lo mismo que muchísimos cigarrillos, tal como solía suceder.

Compre un yogur y una naranja para el almuerzo, decidido a ignorar la sopa aguada de papas que ofrecía el hospital. Me separé de Yakub y me fui a mi cama. Después de pelar la naranja arrojé las cáscaras al suelo y tres hombres se abalanzaron para recogerlas, golpeándose entre sí para conseguirlas. Luego se apartaron y me miraron con ojos hambrientos mientras comía el yogur. Dejé un poco en el fondo del recipiente. Se lo ofrecí a un hombre que estaba acuclillado a los pies de mi cama, que saltó hacia mí, más luego dudó un momento. Le tendí el recipiente, me lo arrebató y corrió hacia un rincón para tomar hasta la última gota.

En el extremo del edificio, entre los vendedores y los baños, había una escalera; cuando se la señalé a Yakub, él me dijo Pis y se apartó. Decidí explorar.

Sus peldaños eran oscuros, húmedos y resbaladizos como roca cubierta de musgo. A medida que iba descendiendo, la oscuridad se cerraba a mi alrededor. Me encontré flotanto en una tenebrosa mazmorra medieval, un lugar recóndito y sofocante que parecía habitado por fantasmas. Dos lamparitas sin pantalla alguna iluminaban débilmente un costado de la sala. Al otro lado se veía el fuego vacilante de una estufa panzuda cuyo extraño resplandor anaranjado dejaba ver las formas sombrías de hombres de rostro enjuto. Mi mirada descubrió muchísimos ojos iluminados por el fuego, con la vista perdida en la distancia.

El bajo cielo raso me resultaba opresivo. Mi primer impulso fue correr, pero me sobrepuse al temor y me dirigí hacia un costado del recinto. Mi espalda estaba contra la pared, a la defensiva, y cuando mis ojos se adecuaron a la tenue luz, pude ver los movimientos de muchísimos hombres que caminaban en círculo, lenta y silenciosamente, alrededor de un pilar ubicado en el centro del lugar. Algunos se apiñaban cerca de la estufa y otros estaban acurrucados sobre una plataforma de madera en forma de L, que se extendía a lo largo de dos paredes.

Muchos de ellos estaban desnudos y en sus rodillas flacas, en sus codos y en sus nalgas se veían llagas abiertas. Otros apretaban restos de sábanas ennegrecidas y eran más silenciosos que los de arriba. Comprendí que había llegado al rango inferior entre los locos de Bakirkoy. Ese era el fondo de la jaula de pájaros y si éstos eran los hombres que ni siquiera estaban en condiciones de ser admitidos en la tercera sala de arriba, ciertamente deberían ser los condenados.

De pronto se oyó el grito de un hombre desnudo que al intentar acercarse a la estufa fue empujado contra el metal ardiente. Gruñó y amenazó con los puños, pero otros lo enfrentaron

con furia; repelió el ataque débilmente y por último se retiró gimiendo.

El pilar ancho y fuerte que dominaba el subsuelo, soportaba el peso del amenazante cielo raso. El círculo silencioso e incesante que formaban los hombres a su alrededor atrajo mi atención de manera casi hipnótica. Era una rueda, pende, pero los rayos -los hombres- estaban rotos. Observé fascinado mientras la rueda de rayos rotos giraba en su marcha hacia la nada. Lenta, muy lentamente me fui acercando. Me aparté de la protección de la >pared y me uní a la procesión. Sin dificultad me deslicé en el círculo de hombres que arrastraban los pies. Fluíamos como la corriente de un río perezoso y negligente. Dejé que mis ojos se posaran en el suelo, hasta notar el ritmo sedante que marcaban nuestros pies mientras los arrastrábamos en ese paso adormecedor y a la vez reconfortante y miré a los hombres que me rodeaban que se parecían a viejos caballos de noria, que siguen hollando la misma senda, mucho después de habérseles quitado las riendas y comprendí que era fácil convertirse en parte de ese circulo de vesania.

Caminé durante casi una hora, pero como no quería estar mucho tiempo ausente de mi cama, pensando que tal vez los doctores me mandaran a buscar, volví a mi cama y ensayé la charla paranoide que iba a ofrecerles.

El día transcurrió lentamente y la tarde se convirtió en noche, sin que los médicos vinieran.

A través de una hendija de la cubierta de madera de mi ventana rota observé la pared occidental y los huecos que me invitaban a escalar; además contemplé cómo el sol caía detrás de la pared iluminando el otro lado del mundo, ése que tanto extrañaba.

Pero súbitamente la sección 13 se impuso a mis pensamientos cuando un par de hombres se acercaron a uno de mis vecinos, el que estaba siempre sentado en su cama meciéndose y cantándoles a sus cuentas de tespe. De pronto uno de ellos tomó las cuentas para arrojarlas a través de la sala a otro hombre.

- ¡Alá! -gimió el anciano, disgustado. Se levantó de la cama para tratar de recuperar las cuentas.

-Yok, yok, yok- rogaba a los que lo habían despojado, mientras se arrastraba entre las camas.

Varios hombres se unieron al juego, pasándose las cuentas unos a otros, evitando que el anciano pudiera alcanzarlas.

- ¡Brack! -gritó el anciano, mientras su enorme nariz enrojecía. El pobre hombre estaba frenético. Debía recuperar sus cuentas. Su cabeza calva y brillante se cubrió de transpiración, haciendo que sus movimientos se tornaran cada vez más rápidos y se volvió agresivo; y como el juego había terminado para él lanzó un gruñido y se arrojó en busca de sus cuentas, empujando las camas y los cuerpos que hallaba a su paso, saltando sobre hombres dormidos y dando patadas a cuantos trataron de detenerlo.

Dando aullidos de rabia, corría de un lado a otro,mientras las cuentas volaban entre las manos de quienes lo atormentaban y pronto se inició el caos, porque los hombres empezaron a golpearse y a gritar.

Por último, un auxiliar que acudió ante el tumulto y gritó Ossman, y luego, de la primera sala, vestido con pijama de recluso, llegó el turco más musculoso que había visto en

mi vida; parecía un gorilla y demostraba la misma chispa de inteligencia en sus arrugados ojos. El "gorilla" se acercó al propietario de las cuentas, ya que éste era sin duda quien había causado el desorden y lo aferró por los hombros. El anciano gritaba, más no obstante lo empujó con tal violencia contra la pared que el viejo loco se derrumbó instantáneamente. Luego recogió el cuerpo inerte y lo llevó a la primera sala donde los auxiliares atendieron las heridas y magulladuras del anciano.

Ossman, Ossman -dijo el auxiliar en tono laudatorio, y Ossman sonreía.

Entre los interminables pedidos de cigarrillos del ininterrumpido cántico de Omina Koydum que me llega a través del pasillo y el barullo general del lugar, no podía pensar con claridad. Debía evaluar mi situación, planear mis acciones, pero en ese manicomio, ¿dónde hallaría un sitio adecuado para pensar?

Sí; la rueda. Allí podría caminar en soledad y ordenar mis confusos pensamientos. Bajé al subsuelo. Me uní a la procesión que marchaba sin vacilaciones en sentido contrario al de las agujas del reloj. Mis pensamientos volvían siempre a la pared occidental, a esos grandes espacios entre las piedras. Estaba seguro de que podría escalar ese muro, ya que era un verdadero mono cuando de trepar se trataba; pero, ¿podría encontrar ropas? ¿Obtendría un pasaporte? Más importante aún: si escapaba del hospital, ¿tendría tiempo suficiente para cruzar la frontera antes que me descubrieran? Para ser libre debía huir, no sólo del hospital, sino también de Turquía. Mi cabello rubio y el pijama corto que vestía llamarían la atención en Estambul, así que resolví esperar hasta la decisión del médico, citando una mano en mi hombro interrumpió mis pensamientos.

-¿Eres inglés? -me preguntó una voz ronca.

Me volví y vi un turco alto, de aspecto cadavérico, barba grisácea y piel pálida. Su pelo, canoso, estaba aplastado sobre la cabeza, lo cual acentuaba la forma del cráneo. Tal vez le faltaban grandes mechones de pelo o se los habrían arrancado.

-¿Eres inglés? -repitió con acento británico. Resultaba muy extraño viniendo de su amarillenta boca.

-Norteamericano -respondí.

-Ah, sí, Norteamérica. Me llamo Ahmet. -Sonrió. -Estudié en Londres muchos, muchos años.

Caminó a mi lado durante casi veinte minutos, conversando sobre los viajes que años atrás había hecho a Londres y a Viena. Había estudiado economía y había trabajado en toda Europa. Le hablé de mis estudios y de cómo los había abandonado para viajar por el mundo.

Me miró con expresión comprensiva.

-Has llegado demasiado lejos -comentó.

-Sí, así parece -admití con tristeza.

Luego me ganó la curiosidad.

-¿Cuánto tiempo has estado acá? -pregunté-. ¿Por qué estás ahora acá?

Su rostro no delató emoción alguna y en tono tranquilo me respondió: -Creo que hemos hablado suficiente por hoy. Te doy las buenas noches.

Luego, mientras yo lo miraba, Ahmet se envolvió en sus harapos. Se arrodilló y se fue gateando hacia la sucia oscuridad, hasta meterse debajo de la plataforma de madera.

A la mañana siguiente, tres médicos turcos que hablaban un inglés bastante bueno me llamaron al consultorio.

-Buen día. ¿Cómo estás, William? -me dijo el que sin duda sería el jefe.

No contesté.

-¿Por qué estás acá, William? -me preguntó.

Seguí sin hablar. Tenía la vista fija en el suelo. Estaba de pie en el centro del pequeño consultorio, forzándome por aparentar un estado de tensión que, dadas las circunstancias, me fue fácil lograr. Mi cuerpo empezó a sacudirse.

-¿Quieres sentarte?

-No. -Me retiré hacia un rincón.

-¿Qué ocurre, William? ¿Por qué estás acá?

Ellos me enviaron. ¿Quienes te enviaron? No respondí.

¿Te sientes mal? ¿Estás enfermo? ¿Tienes algún problema? ¿Podemos ayudarte? -Esas preguntas eran deliberadas y formuladas con tranquilidad. Otro médico hacía anotaciones en una ficha.

-Me enviaron de la cárcel. No, del juzgado -rugí de pronto-. De la cárcel. No sé. No sé. i ¿Qué me están haciendo?!

-¿Tienes algún problema?

-Tengo... callé. De repente me abalancé sobre el médico que escribía en la ficha-. ¿Para qué demonios está anotando todo eso? -grité-. ¿Creen que soy un animal? ¿Qué me están haciendo? ¡No soy un animal para que me tengan encerrado en una jaula!

-Cálmate, William. ¿Qué problema tienes? Estamos aquí para ayudarte.

-Mi problema es... me encerraron en esta cárcel.. . Estoy tratando de escribir notas. . . Antes era un tipo despierto... iba a la universidad... escribía. . . ahora ni puedo leer un libro... siempre me están mirando... ni puedo escribir una carta a mis padres... me olvido.. .

Corrí hacia el rincón y me detuve frente a la pared, ocultándome de ellos.

Los médicos hablaron en turco entre sí. No podía entender lo que decían. Me preguntaba si mi actuación sería buena, si habría puesto el énfasis necesario. Pensaba si sería necesario que saltase sobre el médico principal y le mordiera la nariz.

-¿Qué quieres que hagamos nosotros, William? ¿Quieres quedarte aquí?

-No quiero quedarme aquí. ¿Quieres volver a la cárcel?

-No quiero volver a la cárcel. Allá quieren matarme. ¡Me encierran en una jaula como si fuese un animal!

-¿Por qué no te sientas en la silla? -me preguntó con tono amable.

-¡No deseo sentarme en su maldita silla! -grité y pateé la silla a través del consultorio. El auxiliar que estaba en la puerta se puso en movimiento hacia mí, pero el médico lo detuvo con un gesto.

-A ustedes les importa un bledo. No les preocupa si vivo o muero. Son como los otros. Todos quieren encerrarme y matarme. i i ¡No quiero estar acá!!!

Salí corriendo del consultorio, eludí el brazo del auxiliar y volví a la segunda sala. Me acurruqué en la cama, sin poder creer todo lo que acababa de hacer.

Poco después vino a buscarme uno de los médicos que había sido muy amable durante la sesión y ahora trataba de tranquilizarme.

-Vuelve. No te ocurrirá nada. Ven.

Lo seguí. Me hizo entrar en otra habitación.

Me indicó, una silla y se sentó frente a mí. Colocó sus manos sobre mis rodillas desnudas y habló con suavidad.

Creo que puedo ayudarte. Me gustaría poder hablar con el cónsul norteamericano. Aquí no te puedo ayudar. No en esta sección. Me gustaría llevarte a mi sección. Pero no puedo hacerlo a menos que el cónsul venga y se haga responsable de tu conducta.

Mantuve una expresión neutra en el rostro, aunque mi cabeza daba vueltas. ¡Si el cónsul se hacía responsable de mi conducta!, eso significaba que su sección debía ser de sistema abierto, sin barrotes ni paredes donde no había más que médicos para ayudar a los pobres enfermos como yo. Sí; podía imaginarlo. Me quedaría unos pocos días, caminaría por el parque, conversaría con el afable médico que aún apoyaba sus manos en mis rodillas y luego me iría como el viento. Nunca más Bakirkoy. Nunca más Sagmalcilar. ¡Nunca más Turquía!

El médico me permitió usar el teléfono para llamar a Willard Johnson, el vicecónsul a quien expliqué la situación, esforzándome por no delatar la excitación que sentía. Si él venía y hablaba con los médicos, éstos me ayudarían. El me contestó que pronto se comunicaría con ellos.

De regreso en mi cama, casi podía saborear la libertad.No necesitaba los huecos de la pared occidental. Todo lo que debía hacer era mantener al médico convencido de que necesitaba ayuda urgente y pronto sería trasladado a un lugar donde estaría a centímetros de la libertad.

Con el útil ejemplo que me daban los cuatrocientos cincuenta locos de la sección 13,

empecé a agregar nuevos signos a mi simulada locura, deseaba dar realismo a mi actuación, por si los médicos me hacían vigilar y rápidamente empecé a orinar en la cama y a defecar en el suelo. Como los pacientes más enfermos, en su mayoría, permanecían siempre desnudos, varias mañanas seguidas, después de ocultar mi dinero en un girón de la tela del colchón, me quitaba el pijama y salía corriendo al patio, porque me pareció que era lo que debía hacer y, si servían a mis fines, todos los inconvenientes de estar desnudo entre locos, se justificaban y por otra parte a los cuidadores no les importaba un loco más que se desnudara. Sólo el Policebaba parecía preocupado pero ignoré sus protestas. Más tarde cuando comprendí que los únicos que se interesaban en mi desnudez, lo hacían por razones equívocas, abandoné ese plan.

Caminaba durante horas en la rueda.

Pasaron los días y no ocurría nada. ¿Por qué no venía el cónsul? ¿Sería que tal vez había venido y no le habían permitido verme? ¿Por qué no había tenido ninguna noticia? ¿Por qué estaba aún en la sección 13? Pronto mis pensamientos pasaron de las fantasías de huida a las dudas.

Logré sobornar a uno de los cuidadores para volver a usar el teléfono y llamé otra vez a Willard Johnson, quien nuevamente me prometió comunicar mi mensaje.

Una tarde en que me encontraba sentado en mi cama se me acercó un turco de aspecto inquietante. Tendría unos treinta años, era bajo y delgado, pero no excesivamente flaco; su pijama estaba bastante limpio, señal segura (le que estaba más sano que el término medio de los internados. Sus ojos eran brillantes y medrosos. Se acercó y mirándome directamente a la cara y en perfecto inglés me (lijo: -Nunca saldrás de acá.

Me quedé seco. ¿Quién era ese hombre? ¿Qué sabía?

-Crees que te quedarás una temporadita y luego saldrás en libertad -continuó-; pero no es cierto.

-¿Quién sabe? -me encogí de hombros, en un intento por demostrar indiferencia. Mis músculos se pusieron tensos-. ¿Dónde aprendiste a hablar inglés?

-Estudié. Afuera.

- ¿Qué estás haciendo aquí? -pregunté. Ellos me metieron aquí.

-¿Quienes?

-Ellos.

-Ah. ¿Hace mucho que estás acá? -Sí, mucho tiempo.

-Bueno, ¿por qué no te vas? -No puedo. Ellos no me dejan.

Yo no podía decir que no compartía la opinión de ellos. El hombre estaba decididamente loco. Sus ojos me hacían temblar pues parecían salírsele de las órbitas y estaban llenos de venitas rojas. Sólo conversar con él me hacía sentir incómodo.

-Y ellos tampoco permitirán que tú te vayas.

No estaba seguro de dónde habría obtenido esa información, pero su complaciente certeza me fastidió.

-¿Qué sabes tú? Me dejarán salir.

-No, nunca te dejarán salir. Te dicen que sí, pero te obligan a quedarte. Nunca se sale de aquí.

Le volví la espalda, con la esperanza de que se marchara. Esa conversación no me gustaba. El hombre estaba sin duda loco. De lo contrario, no estaría allí. ¿Qué sentido tenía discutir con él?

Sin que lo invitara, se sentó en mi cama. Su nombre era Ibrahim, me informó. Después de pedirme un cigarrillo, continuó su sombría charla. Deseaba desesperadamente que se fuera, pero como eso parecía un reconocimiento de no poder rebatir sus argumentos, una y otra vez le aseguré que si bien a él podrían retenerlo para siempre, yo pronto me marcharía.

Intentó explicarme la situación. -Todos venimos de una fábrica pontificó, como un padre que sermonea a un hijo A veces la fábrica produce máquinas malas que no funcionan bien, entonces las traen aquí. Las máquinas malas no saben que lo son, pero sí lo sabe la gente de la fábrica. Nos traen acá y nos retienen acá.

Te retienen a ti, tal vez, pero yo me iré.

-No, nunca te irás. Eres una de las máquinas que no funcionan.

IX

Cada día que pasaba en Bakirkoy sentía que me iba aislando más de la realidad. La locura que me rodeaba parecía ser contagiosa. Las paredes opresoras, el constante parloteo y los gritos de los otros me atormentaban. Debía salir de la sección 13. Y pronto.

Con un billete de cincuenta liras, el Policebaba aceptó enviar por mí un telegrama. Era para Willard Johnson, del consulado norteamericano. Traté de que pareciera demasiado urgente, ya que si venía y persuadía al médico de que se podía confiar en mí, me trasladarían a una sección de sistema abierto, a un paso de la libertad, pero Johnson fue evasivo.

Los días pasaban e Ibrahim que seguía visitándome en mi cama, me dijo que yo no sabía lo que ellos me estaban haciendo porque una mala máquina no sabe que es una máquina mala.

Casi parecía que Ibrahim tenía toda la razón, Willard Johnson mantenía un extraño silencio y como los médicos ya no se ocupaban de mí, de pronto me encontré estudiando la pared occidental. ¿Debía intentarlo ahora o esperar? Si me declaraban insano, ¿tendría tiempo después para escalar la pared? En realidad, tal vez tendría que irme de esa manera, porque si verdaderamente creían que estaba loco, no me sería posible salir de otro modo. Parecía extraño que yo estuviese realmente tratando de crear la misma situación que Ibrahim me había

pronosticado.

Una mañana en que las plegarias islámicas me despertaron temprano, salté de la cama para caminar solo en la rueda y pensar. Cuando pasé por la tercera sala vi a los enfermos rezando, dirigidos por un viejo de barba blanca que desde hacía tiempo era el jefe espiritual de la sección 13. Algunos de los hombres tenían esteras para orar, otros apenas un trozo de sábana o manta. Dos espásticos que estaban en el extremo no podían seguir los movimientos necesarios para agacharse y arrodillarse, se quedaban trabados y amenudo caían al suelo.

Abajo encontré la rueda quieta. Los que la movían de noche se habían retirado y los que lo hacían de día aún dormían. En todos los rincones se veían figuras cubiertas con harapos que se acurrucaban formando grupos en la oscuridad, debajo de la plataforma. La rueda estaba vacía y producía extrañeza. Nunca antes la había visto detenida, sino moviéndose siempre en la misma dirección. ¿Pero por qué? ¿Por qué las cosas siempre deben ser iguales? ¿Qué ocurriría si empezaba a caminar en la otra dirección? ¿Qué, si caminaba en el sentido de las agujas del reloj? Cuando los otros se despertaran, ¿se unirían a esa rueda que girase en el sentido inverso? Decidí intentarlo,de modo que, esa mañana, el primer rayo de la rueda empezó a girar con lentitud en la dirección equivocada.

Circulé solo alrededor del gran eje de piedra de la rueda, con el paso firme de los hipnotizados. Resultaba muy sedante ese lento movimiento circular en las tinieblas. Pude haber seguido así por largo rato, pero se acercaron dos turcos y empezaron a caminar en el sentido habitual, haciéndome señas de que cambiara de rumbo. Sacudí la cabeza y con un gesto los invité a seguir mi dirección.

-¡Gower! -gruñeron y siguieron su marcha en el sentido contrario al de las agujas del reloj.

Yo me encontraba en la parte más próxima al eje de la rueda y cada vez que nos enfrentábamos, ellos intentaban bloquearme el paso, pero estaba decidido a conservar mi posición y a obligarlos a caminar alejados del eje. Por alguna razón, esto que me parecía importante se transformó en un principio, en una meta. Debía luchar contra la locura que me rodeaba.

Ahmet surgió de entre las sombras. Me llevó hacia un lado. Otros turcos despertaban y se unían al flujo de la rueda. -Un buen turco siempre camina hacia la derecha -me explicó Ahmet-. La izquierda es el comunismo. La derecha es buena. Debes caminar hacia la derecha. Tendrás problemas si caminas hacia el otro lado.

De modo que caminé hacia la derecha. En cierto sentido era mejor; marchar todos juntos en nuestro viaje hacia la nada. Me parecía que encajaba bien entre los locos silenciosos. Girábamos y girábamos con ritmo sedante, tratando de retener el flujo del tiempo. A muchos años de distancia, los mismos locos probablemente caminarían en la misma rueda, en el mismo sentido. La única diferencia sería que yo no estaría caminando con ellos; eso era seguro. ¿Pero realmente lo era? Tuve una fugaz visión mental de un despreciable idiota de cabellos rubios, envuelto en un harapo y con aire de loco, que daba vueltas sin cesar alrededor de la rueda y de pronto el subsuelo me pareció horrible. Rápidamente subí las escaleras.

Más tarde, esa misma mañana, Ibrahim consiguió arrinconarme. En toda Turquía, él era el más grande experto en buenas y malas máquinas. Yo era casi definitivamente una mala máquina, me aseguró y nunca saldría de Bakirkoy. Descubrí que me turbaba demasiado al verlo. La extraña luz que despedían sus ojos me inquietaba mucho más de lo que hubiese

creído posible y cada vez se me hacía más difícil ignorar sus desvaríos.

Esa noche estaba tendido en mi cama, atisbando a través de la hendidura de la cubierta de la ventana, en tanto que una pálida luna llena se elevaba en el cielo sobre la sección 13, de donde salían gritos cada vez más fuertes. Por lo general, los enfermos tranquilos se volvían violentos y quienes ya lo eran empeoraban. Había cierta electricidad en el ambiente y la sentía correr a través de mi cuerpo.

Yakub, el hombre que había asesinado a su hermana, entró corriendo en la sala. Esa misma tarde habíamos compartido un cigarrillo. Lo había visto limpio y prolijo en su pijama, pero ahora que estaba desnudo y furioso gritaba frenéticamente y como de las heridas frescas de su cara brotaba sangre los cuidadores entraron a la carrera y consiguieron aprisionarlo contra el suelo. Metieron sus manos dentro de un kiyis, que es un grueso cinturón de cuero que se ajustaba alrededor de la cintura. El mantenía las manos al frente, con esposas de cuero y como aún estaba desnudo, pues sólo tenía el cinturón kiyis, vociferaba obscenidades a los cuidadores; éstos lo llevaron al subsuelo.

Esperé unos minutos y cuando los auxiliares volvieron, bajé.

Oía sus gritos que llegaban de una sala posterior que estaba junto a unas celdas de castigo. Pero cuando pasé frente a la rueda y entré en la sala posterior, vi que no estaba encerrado en una celda. Se hallaba atado de pies y manos a una cama ubicada contra la pared y mientras varios enfermos se apiñaban a su alrededor y uno que estaba arrodillado en la cama tiraba del pene de Yakub como si fuese una goma, otro le pasaba una mano debajo del cuerpo en un intento por meterle los dedos en el ano. Luego un tercer hombre desnudo y también con kiyis, se inclinó sobre su rostro y mientras parloteaba lo cubría con su baba. Esto parecía ser lo que más enfurecía a Yakub, que hizo un esfuerzo por morderlo en la cara a la par que maldecía e inútilmente se esforzaba por liberarse de las cuerdas del cinturón kiyis, ya que los cuidadores le habían asegurado de que no podría volver arriba esa noche.

Al ver todo esto, entré apresuradamente y me arrojé contra los hombres que lo molestaban y los alejé. Se dispersaron, pero como sabía que volverían en cuanto me marchara, traté de hablar con Yakub, para decirle que aflojaría sus ligaduras, pero éste no me reconocía y en realidad yo tampoco lo reconocía a él ya que no parecía ser la misma persona con quien había estado en los últimos días, ni tampoco era el mismo con quien había conversado y comido.

Su cuerpo se arqueaba en su vanos intentos por zafarse de las cuerdas. Me lanzó un rugido; retorcía el cuello; su boca escupía y con sus dientes mordía el aire.

No le aflojé las cuerdas, porque, ¿qué podía hacer yo? Así que lo dejé allí, entregado a su destino, dando rugidos violentos que continuaron, como un himno a la luna llena. Los auxiliares distribuyeron dosis mayores de píldoras esa noche y una calma tensa reinó en la sección 13.

Tendido en mi cama, evoqué las leyendas de los hombres lobos de las montañas, pero me desperté en medio de la noche ante los gritos furiosos que llegaban del lugar donde los auxiliares jugaban a las cartas. Un enfermo desnudo, con las manos sujetas en el kiyis, entró vacilando en la segunda sala y golpeó contra mi cama. Luego consiguió incorporarse y volvió corriendo hacia los auxiliares, gritando con toda su voz.

-Ossman -gritó un auxiliar. El turco enorme llegó a la carrera como un perrito fiel.

Levantó al hombre desnudo y lo arrojó hacia la tercera sala. Impedido de utilizar las manos para atenuar la caída, el enfermo golpeó con fuer za contra las camas y cayó al suelo. Ossman se quedó un instante de pie y luego regresó a la primera sala.

Un momento más tarde el hombre se incorporó y comezó a avanzar otra vez hacia donde estaban los auxiliares. Tenía el rostro hinchado y su boca sangraba; ya no gritaba, pero lloraba. Se detuvo junto a mi cama, a un paso de la primera sala e intentaba decirles algo a los auxiliares, pero los sollozos le impedían hablar. Parecía implorar que alguien lo escuchara pero otros pacientes que estaban en las canas cercanas le gritaban que se quedara tranquilo. Entonces se volvió hacia ellos, sollozando, aún tratando de explicar algo que para él era tan importante que parecía estar dispuesto a decirlo hasta con riesgo de recibir una paliza.

Ossman apareció y tomando al hombre por la espalda, le golpeó la cara contra la pared, a los pies de mi cama. El loco giró la cabeza y hundió los dientes en el macizo hombro de su agresor. Ossman lanzó un grito y luego tomó al hombre por el pelo y le llevó la cabeza hacia atrás. El hombre debió caer cuando Ossman le asestó un fuerte rodillazo entre las piernas, pero el gorila seguía sosteniéndolo del pelo. Una y otra vez su enorme mano golpeó el rostro del loco. Golpeaba de revés, de la misma manera que Hamid. En el extremo de mi cama la sábana estaba salpicada de sangre.

Por último Ossman tomó el kiyis con una mano y el pelo del hombre con la otra. Lo llevó a rastras por el pasillo y se detuvo ante la escalera circular para luego, con un poderoso impulso, arrojar al hombre hacia la mazmorra y, cuando el cuerpo golpeó contra la piedra y rodó hasta el subsuelo, Ossman cerró de un golpe la puerta de rejas. De abajo no llegaba sonido alguno.

¿Era así como ocurrían las cosas?, me pregunté. Tal vez nunca dejen salir a nadie de aquí. Se limitan a esperar que las máquinas malas empeoren y luego las arrojan al subsuelo.

A la mañana siguiente un agudísimo grito extraterreno despertó a todo el mundo. Después de su encuentro con la luna llena, paulatinamente el manicomio volvía a la misma rutina. Los pacientes se miraban unos a otros con extrañeza al oír otro grito salvaje que llegaba esta vez desde el exterior del edificio.

Corrí hacia una ventana, seguido por otros. Allí sobre la pared y junto al portón principal, había un pavo real que batía las alas con desesperación porque estaba atrapado en las puntas enmohecidas del alambre de púas. La sangre brotaba de entre sus hermosas plumas y al luchar por zafarse hería sus carnes con las púas asesinas. Cuanto más bregaba por liberarse, más se enganchaba. Viendo esto, varios hombres gritaban y aplaudían, con risas histéricas. Observé en silencio durante media hora. El pájaro luchaba y chillaba, hasta que finalmente se hundió en una piadosa muerte.

Esa misma mañana los cuidadores descubrieron que uno de los viejos que tan sólo vegetaba, había muerto durante la noche. Lo envolvieron en una sábana sucia y se lo llevaron a pasar el resto de la eternidad embalsamado con sus propios desechos. Nuevamente pensé en la pared occidental. Sus huecos parecían aún más seductores. ¿Pero a dónde podría ir? ¿Qué haría? No sólo era un prisionero de Bakirkoy sino de toda Turquía. Necesitaba un pasaporte e igualmente amigos afuera que supieran qué hacer.

Lo que necesitaba era el sarcasmo de Ibrahim.

Cada vez que veía su rostro sonriente, los techos bajos de Bakirkoy me parecían más

Librodot

opresores; sentía que me asfixiaba entre tantos locos y que la suciedad, el hedor, los piojos, los gritos y ataques, así como las miradas de aquellos hombres cuyos cerebros no funcionaban, agudizaban mi depresión. Ibrahim siempre me decía que yo era uno de los desechos de la fábrica y ya estaba empezando a creer en sus palabras; indefectiblemente el poder de la sugestión, unido a la atroz realidad que me circundaba, me estaban llevando al límite.

Más tarde, mientras caminaba en la rueda en las primeras horas de la mañana, una respuesta flotó en mi mente. Sí; era una respuesta que me daría seguridad contra la teoría de Ibrahim, quien poco después del desayuno vino a buscarme.

-¿Aún no crees que eres una máquina que no funciona? Ya lo verás. Lo descubrirás. Más adelante lo sabrás.

-Ibrahim -respondí. Ya lo sé. Sé que tú eres una mala máquina y es por eso que la fábrica te mantiene aquí. -Bajé la voz. -Lo sé porque soy de la fábrica; hago las máquinas y estoy aquí para controlarte.. .

Los ojos de Ibrahim se entrecerraron, luego se incorporó de mi cama con rapidez y se marchó.

X

Me desperté en medio de una gran expectativa. Ya era el decimoséptimo día de mi estada en Bakirkoy y el plazo fijado por la corte expiraba ese día, de modo que los médicos debían tomar una decisión. Sabía que me enviarían (le regreso a Sagmalcilar, pues estaba sano y no tenía nada qué hacer en Bakirkoy; eso era obvio.

Los soldados vinieron a buscarme. Me hicieron subir a la parte posterior de un camión y me condujeron a la cárcel. Extrañamente, deseaba volver a mi viejo kogus. Si debía estar encerrado, deseaba tener la compañía de mis amigos.

Cuando el guardia me empujó para meterme en el kogus, oí un silbido al estilo Harpo Max que me saludaba.

-¡Popeye!

-¡Huuu, Willie! -gritó-. ¿Qué tal el manicomio? ¿Había muchachas allá? ¿Qué ocurrió? No vas a decirme que estás sano, ¿verdad?

Reí.

Popeye bajó la voz.

-¿No tuviste oportunidad de huir?

Bueno, creo que pude haberme fugado. Pero, ¿después qué?

Librodot

-¿Qué quieres decir?

¿A dónde iba a ir? Estaba en pijama.

- ¡Willie! -Arne se acercó a la carrera y me dio unos golpecitos en el hombro y me puso entre las manos una taza de té que probé y me pareció de poca calidad.

Arne se encogió de hombros.

-¿Qué se puede hacer?

-Lo prepara Ziat-. Todavía el jordano revendedor de drogas monopolizaba la concesión del té.

-Ven -me dijo Popeye mientras me tiraba del brazo-. Balón volea. Podemos ganarnos cien liras cada uno con estos dos tipos nuevos, los daneses a quienes he estado enseñando.

-Espera un minuto. Quiero saludar a todos. ¿Dónde está Charles?

-Arriba -replicó Arne- empacando sus cosas.

-¿Empacando?

-Ha sido trasladado a la cárcel de una isla.
Subí -Charles estaba inclinado sobre su cama, clasificando una pila de libros.
-Hola, Charles.

Levantó la cabeza. -Hola, Willie. De modo que has vuelto. ¿Cómo anduvo?

-Sula bula. ¿Qué es eso de una isla?

Charles tomó un mapa. -Imrali- dijo, mientras señalaba un punto en el mar de Mármara.

-Lo solicité hace meses cuando vino el cónsul con un formulario y me dijo que podía pedir el traslado, ya que los turcos permiten hacerlo cuando la sentencia está aprobada por la, alta corte de Ankara. Por mucho tiempo no tuve noticias y supuse que la habían rechazado; sin embargo, inesperadamente la aprobaron.

Me marcharé la semana próxima, creo.

-¿Por qué quieres ir allá?

-Para trabajar. Envasan frutas y verduras, además quiero pasar un tiempo al sol.

-¿Hay otros norteamericanos en ese lugar?

Charles se encogió de hombros. -No sé. No creo que haya otros extranjeros, pero no me importa. Necesito hacer algún ejercicio, porque debo salir de este sumidero.

Bueno; espero que te guste.

Charles sonrió. -Acuérdate de mí la próxima Navidad.

Si comen tartas de jalea, recuerda que ya habré envasado.

La próxima Navidad. . . Como no pensaba pasar ahí ora Navidad, mi ánimo decayó. Aún estaba en la cárcel y mi gran plan había fracasado.

Con Max analizamos mi estancia en Bakirkoy y le pareció que yo había cometido un error en la forma en que les hallé a los médicos. Al contestar a sus preguntas demostré que estaba sano, al menos demasiado cuerdo como para estar en Bakirkoy y para que me consideraran "loco".

-Debí escalar el muro. -¿Qué muro?

- El que da al oeste. Tenía grandes huecos en la argamasa. Pude haberlo escalado con facilidad.

-Oeste. Oeste -murmuró Max-. ¡Es una suerte que no lo hayas hecho!

-¿Por qué?

- Ese es el ala del muro que conecta con la sección 12. Los drogadictos. Estuve un tiempo ahí. Habrías caído directamente en la sección 12, pasando de los insanos criminales a los drogadictos.

Emin, el encargado, abrió la celda y luego me entregó una carta que había llegado durante mi ausencia. Cuando la vi, experimenté una sensación placentera. Miré el sobre unos minutos antes de abrirlo y me senté en la cama donde la leí una y otra vez. "Tus cartas me ayudaron a pasaruna época difícil", escribía Lillian. "La ruptura de un matrimonio, incluso de un mal matrimonio, trae aparejada una terrible sensación de fracaso. Tú me has ayudado a reconquistar la confianza en mí misma. Hiciste renacer mi espíritu aventurero". Lillian había abandonado su puesto en Harvard y se aprestaba a formar parte de una expedición de alpinismo en la Columbia Británica. Me alegré por ella. Al menos así uno de los dos podría gozar del aire libre y, tal vez a través de sus cartas yo podría evadirme de ese infierno.

La sorpresa mayor que tuve a mi regreso fue Weber, el nuevo recluso alemán que superaba incluso a Popeye en sus fanfarronerías. Weber se pavoneaba por todas partes como si fuese el dueño del kogus. Llevaba una bolsa llena de destornilladores y pinzas, además de otras herramientas. Yo no podía creerlo. Popeye me contó que Weber se las había ingeniado para conseguir que le asignaran la tarea de ayudante de los electricistas y plomeros turcos. Nadie sabía cómo había obtenido ese privilegio porque a los turcos generalmente no les gustaba que los extranjeros trabajasen. De modo que ahora Weber podía salir del kogus todos los días.

-A mí el director nombró jefe. De todo el trabajo de la cárcel. la. Ia -le comentó Weber a Popeye. -Yo hago buen trabajo. Ia.Ia. Buen arreglo.

-Me gustaría darle una trompada a ese tipo cada vez que dice la. la. -murmuró Popeye.

Weber se alejó. Era realmente detestable, pero no me parecía que fuese tan estúpido como quería aparentar. Weber estaba preparando algo.

Pocos (lías antes que Charles partiera hacia Imrali vino de No: tramé rica su novia,

Mary Ann, a visitarlo y como llegó a la cárcel acompañada por Willard Johnson, del consulado norteamericano, Charles me pidió que fuese a la sala (le visitas y entretuviera a Willard con algún pretexto mientras él y Mary Ann se sentaban en el otro extremo (le la larga mesa.

Era una mujer hermosa, de piel blanca y pelo largo castaño. Mis ojos iban hacia ella mientras le lanzaba preguntas a Willard.

-¿Qué pasa? -pregunté furioso-. ¿Por qué no llamó al psiquiatra? ¿Por qué no me ayudó? ¿Quiere que pase toda mi vida pudriéndome en esta prisión?

Willard estaba un poco turbado. Me impresionaba como un tipo distinguido, de buenas intenciones, pero era obvio que se sentía incómodo en la cárcel y en compañía de convictos. Con su elegante traje y su corbata rayada, un club neoyorquino o un salón de la bolsa hubiera sido un ambiente más apropiado para él. Su rostro regordete estaba encendido. -Un momento, Billy. No era tan fácil.

-¿No quiere que ellos me ayuden? ¿No le importa nada lo que me pase?

-No es tan simple Billy -respondió Willard en tono firme-. El médico quería que le garantizara que tú no tratarías de escapar. La sección a la que querían llevarte es de sistema abierto.

¿Y qué?
-¿Cómo podíamos darles una garantía? ¿Cómo sabíamos que tú no ibas a tratar de escapar?

-Yo no lo hubiese hecho.

Willard me dirigió una mirada sugestiva y entonces decidí cambiar de tema.

-Necesito algunas cosas. Un cartón de cigarrillos con filtro.

-¿Fumas ahora?

-Sí. Aquí adentro es inevitable. Todos fuman. -Está bien. Un cartón de cigarrillos.

-Y unas barras de chocolate.

-Bien ¿Eso es todo?

Vi que Mary Ann había deslizado una mano debajo del borde de la mesa y parecía tenerla apoyada en el regazo de Charles. El brazo de ella se movía hacia atrás y hacia adelante lentamente.

-Eh... más -tartamudeé-. Necesito... eh... un cepillo de dientes.

-¿Un cepillo de dientes? -Si... y.. jabón.
Jabón. Está bien. -De pronto Willard se volvió hacia Charles-. Charles, ¿tú necesitas algo?

Charles dio un respingo. -No -respondió rápidamente.

Librodot

¿Qué hay de mi juicio? -pregunté-. Ya han pasado más de seis meses y aún no conozco mi sentencia.

-Bueno, la corte ha recibido el informe de Bakirkoy. flan fijado una nueva fecha de reunión: el treinta y uno de mayo.

-¿Pronunciarán la sentencia ese día?
-Creo que sí.
El brazo de Mary Ann se movía más rápido ahora. -¿Cuánto cree que me darán? -le pregunté a Willard.

-No creo que sea demasiado -replicó-. Tal vez treinta meses. Tal vez cinco años.

Charles cerró los ojos. -Eso no me gusta nada -dije.

-Supongo que no te debe gustar. Pero no es una condena muy larga por tráfico de hashish. -El cónsul se volvió y miró a Charles-. ¿Qué te parece, Charles?

Charles abrió los ojos y pestañeó.

-¿Eh? Ah, sí. Imrali es muy agradable. Sí, voy a estar bien.

El cónsul pareció confundido. Mary Ann sonrió tímidamente y puso la mano sobre la mesa.

La vida adquirió una perspectiva diferente después de la lobreguez de Bakirkoy. Mi equilibrio se había quebrado. El yoga y la meditación me ayudaban, pero descubrí que reaccionaba con mayor rapidez a las tensiones del kogus. Charles me regaló su diccionario turcoinglés y, como resultaba difícil comunicarse con los guardias, decidí estudiar el idioma, pero mi concentración fallaba. Empecé a fumar más, tanto tabaco como hashish. Dependía en medida creciente de ambos vicios para poder controlar mis nervios. Ziat era el proveedor de la mayor parte del hashish que se fumaba en el kogus, pero sus precios eran exorbitantes. Descubrí que Max, por intermedio de su amigo el electricista, conseguía un hashish mejor y más barato.

A la noche siguiente de la partida de Charles para lmrali, Popeye, Max y yo estábamos sentados en la celda de Max, un poco abatidos. Max parecía triste pero nunca necesitaba una excusa para fumar hashish. Caminó un poco vacilante hacia el agujero del retrete. Buscó algo y volvió con media lámina. Cortó pequeños trocitos y lió cigarrillos. Asentía suavemente para sí mismo. Yo escuchaba la interminable charla de Popeye acerca de la posibilidad de una revolución en Turquía. Si se creaba un nuevo gobierno, pensé, tal vez declararían una amnistía.

De pronto oí que se abría la puerta del kogus y que unos pasos lentos llegaban al pie de la escalera. - ¡Eskilet! -llamó una voz. Era la. palabra turca que equivalía a "esqueleto", el sobrenombre que le daban a Max.

Como Max no deseaba que los guardias entraran en su celda, salió al corredor con rapidez y bajó la escalera. Popeye y yo arrojamos el hashish al agujero del retrete y nos deslizamos a nuestras celdas. De pronto oí que Max gritaba. Atravesé a la carrera el corredor y llegué a la parte superior de la escalera a tiempo para ver que dos guardias retorcían los

brazos de Max detrás de su espalda. Arief metió la mano en la bata de Max y sacó hashish. Los guardias arrastraron a Max al subsuelo. Luego vi que Arief murmuraba algo a Ziat, que estaba de pie cerca de la puerta con una sonrisa en el rostro.

Max volvió pocos días después. Cojeaba un poco. Sus muñecas estaban vendadas y no tenía puestas sus gafas. Bizqueaba mucho cuando conversaba. Nos contó que lo habían llevado abajo, lo habían golpeado unos minutos y que luego habían salido corriendo en busca de Hamid. Mientras los guardias estaban ausentes, él rompió sus gafas y utilizando un trozo de cristal se cortó las muñecas. Los guardias se vieron obligados a llevarlo a la enfermería de la cárcel, en lugar de seguir golpeándolo.

-Fue Ziat -le informé.

-Lo sé, lo sé. ¡Maldito sea! Pero con este episodio he aprendido una gran verdad.

-¿Cuál?

Max se inclinó más hacia mí y bajó la voz. -Muchacho, hay toda clase de drogas en esa enfermería.

Arne, quien estudiaba cuidadosamente sus cartas astrológicas y había hecho un estudio de todos los reclusos del kogus, no se sorprendió en lo más mínimo al descubrirque yo era Aries, el signo más común de la cárcel, y los ,manos tienden a actuar ruda, impetuosamente y así era yo, sin duda.

Todas las mañanas, cuando le compraba a Ziat una taza de su té aguado, su sonrisa estúpida me recordaba que él había delatado a Max. Empecé a preguntarme por qué seguía a cargo del negocio del té. Se suponía que éste era rotativo y cada mes debía ser cubierto por un nuevo re(luso. Algunos de nosotros no necesitábamos usufructuarlo, porque con cincuenta dólares que recibíamos de nuestros hogares teníamos bastante para nuestros gastos durante meses, pero en cambio había otros que no tenían contacto con su familia y también tenían derecho a beneficiarse con él. Así que considerando esto un día en que me encontraba de pésimo humor, le escribí una carta al director de la cárcel y en ella me quejaba de que Ziat, que era amigo de Emin, sobornaba a éste para que lo mantuviera al frente del negocio de té todos los meses. Primero llevé la petición a Weber, porque parecía hablar buen turco además de inglés y necesitaba una buena traducción. Weber se negó a participar en el asunto, porque estaba en una situación privilegiada y como era supervisor de construcciones de la cárcel no quería arriesgar su posición.

Finalmente Max hizo todo lo posible por traducir la nota al turco y fui con ella para tratar de persuadir a los otros para que la firmaran.

Ziat, naturalmente, se enteró de inmediato y cuando yo estaba en el corredor, conversando con Arne acerca de la petición, se me acercó apresurado. Nadie firma -dijo con furia-. Estás perdiendo tu estúpido tiempo.

Antes de darme cuenta de lo que ocurría, había aferrado a Ziat y lo empujé hacia el patio.

- No me importa lo que ocurra, pero tú y yo vamos a arreglar esto -grité-. Te voy a pasear a los golpes por todo el patio.

Ziat estaba tranquilo.

-De acuerdo -replicó-. Está bien. De hombre a hombre lo arreglaremos ahora mismo. Pero te advierto que pase lo que pase, cuando esto termine traeré a los guardias y te van a hacer papilla.

- ¿Cómo? Tú y yo vamos a arreglar esto, no los guardias. ¿Qué es eso de los guardias?

- Bueno. Te ajustaré las cuentas después.

Las plantas de mis pies me urgieron a detenerme un minuto a pensar. Ziat tenía contactos, ¡Arief.! La vara de falaka.

Ziat habló en tono calmo. -Escucha. -Si tú no me molestas, yo no te molesto. ¿De acuerdo?

-Pero tú me molestas. Siempre me molestas. Haces un té intomable. Y metiste a Max en problemas. El es mi amigo.

-Te dejaré tranquilo -prometió Ziat-. Y también a tus amigos. Haré un té especial para ti. Intentemos vivir como hermanos. Tratemos de convivir en paz aquí.

Tuve deseos de golpearle la cara y quise devolverle los golpes que había recibido Max, pero la razón se impuso. Una pelea sólo me traería más problemas, así que tomé la única decisión sensata y aflojé el puño.

-Está bien. Apártate de mi camino y yo me apartaré del tuyo.

Una mañana, al abrirse la puerta del kogus, el silencio se apoderó de todo el pabellón. Rápidamente se difundió la noticia de que uno de los miembros de la mafia turca había venido a vivir con nosotros.

Se llamaba Memet Mirza y al andar movía su cuerpo musculoso con una actitud insolente, muy parecida a la de Hamid. Tenía poco más de veinte años, pero ya se había hecho una reputación porque su padre y un tío suyo eran grandes pistoleros y Memet ya había baleado y dado muerte a un par de hombres. De ser un turco común, probablemente lo habrían ahorcado. Como kapidiye, tal vez cumpliría de doce a dieciocho meses de arresto, a lo sumo. Durante los primeros días, todos se apartaban cortésmente cuando Memet se acercaba. Ziat estaba aterrado porque cabía la probabilidad de que hubiese delatado a algún amigo de Memet. Este se limitaba a pasearse por los corredores y el patio como un oso gris hambriento.

Cierto día, cuando Popeye y yo estábamos arriba, tratando de entender en periódico turco para tener noticias de las rebeliones anarquistas, oímos un furioso grito que llegaba del patio. Corrimos a la ventana para mirar y vimos que Memet se lanzaba furioso contra dos extranjeros, Peter e Ibo. Yo no los conocía bien, sólo sabía que los (los eran buenos amigos.

Memet podía ser muy temible con un arma, pero era inofensivo con sus puños que se movían con lentitud. Ibo le dio una trompada en un costado y cuando Memet miró hacia abajo, Peter lo alcanzó de lleno en el ojo.

-¡Aaah! -rugió Memet. Se lanzó hacia los dos hombres en un intento de sujetarlos a ambos en un abrazo de oso. Pero Peter e Ibo consiguieron eludirlo. Corrieron hacia sus celdas

y se ocultaron debajo de sus camas hasta que el ánimo de Memet se apaciguó.

Más tarde, Popeye y yo estábamos sentados en la cocina, cuando Memet fue a comprar una taza de té. Popeye se rió burlonamente y lanzó un agudo silbido al modo de Harpo Max, me tocó las costillas con el codo. El enorme y robusto Memet se había puesto anteojos oscuros para ocultar su ojo izquierdo, amoratado por el golpe.

Esa noche miré hacia la celda de Max, que estaba acurrucado en su cama leyendo un libro. Casi sigo de largo, pero me di cuenta que el libro estaba al revés y hasta en él esto era un tanto extraño.

-Max, ¿qué estás haciendo? Debes estar muy chiflado.

Max levantó la cabeza con un sacudón, pero cuando vio que era yo se llevó un dedo a sus labios.

-Shh. Ven, Willie.

El libro era Más allá del bien y del mal, de Nietzsche. Max lo estudiaba cuidadosamente.

-Recibí esto en el correo de hoy -murmuró. Se acercó a su armario. Se arrodilló y empujó sobre el metal con todo su cuerpo, pero no logró moverlo. -Mierda- susurró-. Willie, dame una mano. Empuja el armario hacia atrás para que quede inclinado.

Apoyé todo mi peso contra la parte superior del armario y lo llevé hacia atrás sobre su base. Los dedos de Max buscaron algo a tientas en la parte inferior. Sacó un trocito de hoja de afeitar. Nos sentamos en la cama para ocultar el libro entre los dos. Con cuidado, Max introdujo la hoja en el borde de la cubierta y luego retiró el grueso papel de la tapa quedando al aire el cartón con unos agujeros, en los que alguien había metido sobres de papel aluminio. Max los puso sobre la cama y los abrió e inmediatamente echó una mirada a la carta que llegó con el libro.

-Esto debe ser el hash. Este es el de yerba. Esto es anfetamina. ¡Esto, morfina. . . ! Esto debe ser ácido. ¿Quieres un poco?

-No. El LSD es un tipo de droga totalmente distinto. Yo sabía que la marihuana y el hashish eran casi inofensivos, pero el LSD podía ser peligroso.

Max colocó un poquito de ácido en un trocito de papel de aluminio y lo puso en mi mano.

-Guárdalo -me dijo-. Nunca se sabe cuándo uno lo va a necesitar.

Volví a mi celda. Metí el trocito de papel de aluminio en la cubierta de mi diario, junto a la lima y después fui a jugar al póquer a la celda de Popeye.

Colocaron una bomba en la embajada norteamericana. En las calles, balearon a algunos soldados. Los anarquistas declararon abiertamente la guerra al gobierno turco y los militares tomaron el poder e impusieron un severo toque de queda en todo el país. Se decía que las calles estaban llenas de guardias armados.

Todos nos sentíamos felices de que hubiera cambios en el gobierno, porque ello podía significar una amnistía, pero la revolución sólo aportó presos anarquistas. Todos los días llegaban cantidades de ellos. La administración de la cárcel deseaba mantener a los líderes separados, pero sólo había un kogus con celdas individuales, que estaban reservadas a los extranjeros.

Por la mañana oímos abajo la conmoción. Los guardias nos ordenaron que nos apresuráramos a reunir nuestras cosas. Nos cambiaban o otro kogus. Una vez más comprendí que rara vez apreciaba algo hasta que lo había perdido, porque perdía la intimidad de mi celda individual. Ahora estábamos todos amontonados en lo que parecía una barraca, donde había cuarenta y ocho camas en el segundo piso y por alguna extraña razón ninguna, abajo.

Me apresuré a ocupar una cama en un rincón, donde podía mantener la espalda contra la pared y elegí una de las de arriba, para tener al menos un poco más de intimidad. Popeye arrojó todas sus cosas en la cama que estaba debajo de la mía, entre ininterrumpidas maldiciones por el nuevo kogus. Algunos, de inmediato, cubrieron las camas de abajo con sábanas que colgaban de las superiores.

Allí habían vivido turcos, por tanto estaba sucísimo.

En los pisos cubiertos con una gruesa capa de mugre, se veían restos de papel, trapos sucios y colillas de cigarrillos dispersas por todas partes.

El humo había manchado el yeso amarillo de las paredes. Algunas ventanas estaban rotas y otras se notaba que hacía meses que nadie las limpiaba.

Trozos de algodón sucio del relleno de los colchones aparecían tirados por todas partes y el olor era insoportable. En el extremo había un hediondo baño algo mejor que el de Bakirkoy.

Compartíamos un nuevo patio con un kogus de presos turcos. La primera vez que lo vimos fue una verdadera sorpresa. Varios estaban jugando al balón volea; corrían bajo el cálido sol, vestidos con traje y corbata. –Kapidiye –murmuró Max.

Memet parecía muy preocupado. Comprendí que le resultaba embarazoso encontrarse con otros kapidiye mientras tenía un ojo amoratado.

-¡Uh, muchacho! –se burló Popeye–. Duro y gran luchador. Duro y gran kapidiye. Duro. . . y gran ojo negro.

–Silbó y bailó a su alrededor. Memet lo maldijo.

Cada hombre había organizado su rutina en la prisión. Los inconvenientes surgían cuando alguien o algo perturba esos hábitos. Ahora todos vivíamos en un estado de confusión y el aire parecía cargado de electricidad.

A la mañana siguiente traté de poner nuevamente en práctica mis costumbres. Me levanté temprano, hice yoga en el desierto salón de abajo. Ziat, en el extremo preparaba el té. Fui al patio y estudié los nuevos efectos de luz de sol y de sombra proyectados en esas paredes desconocidas.

Me sobresalté cuando oí los gritos que llegaban del área de la cocina. Eran alaridos y maldiciones unidos al ruido de gente que corría. De pronto todo quedó en un silencio mortal.

Lenta, cautelosamente, entré.

Dos hombres arrastraban a Popeye hacia la puerta del kogus, mientras que el guardia que estaba al otro lado pedía a gritos una camilla. La camiseta de Popeye tenía enormes manchas de sangre y ésta goteaba formando charcos en el suelo. Popeye estaba consciente, pero en estado de shock. Observé cómo lo sacaban del kogus. Fui hacia la cocina. Los hombres estaban sentados en silencio a las mesas. Algunos comían su pan. Una mesa estaba vacía y se veía cubierta de sangre.

- ¿Qué ha ocurrido? -pregunté.

-Memet -respondió alguien simplemente-. Vino por atrás y lo hirió.

-¿Dónde está Memet?

- Afuera, en el patio.

-¿Cómo? ¿Ninguno de ustedes hizo nada?
-¿Qué podíamos hacer?

Una cortina de ira roja se interpuso ante mis ojos.

-¿Qué ocurre con ustedes? -grité-. ¿Van a permitir que los turcos nos maten, que nos hagan papilla? ¿Por qué no saltaron sobre él o le arrojaron algo? -¿Cómo pueden quedarse sentados ahí comiendo pan?

Arne intentó calmarme, pero lo saqué de mi camino y corrí hacia el patio. Si no estaba loco en Bakirkoy, lo estaba ahora. Memet caminaba por el patio hacia uno y otro lado, con las manos en el bolsillo. Alguno de sus amigos kapidiye estaban cerca de él.

-¡Deli! -le grité desde el otro lado del patio-. ¡Loco! ¡Ipnay! ¡Marica! -Buscaba las palabras más ofensivas que conocía. Lamenté no haber aprendido a maldecir bien en turco.

No obstante, Memet me miró. No se podía tratar de loco y marica a un turco y pretender que todo terminara allí. Pero cuando el turco era un kapidiye, con una magnífica opinión de sí mismo, y además sus amigos están presentes, la cuestión adquiere otra dimensión. Emin se abalanzó para calmarme, pero lo empujé. Cayó hacia la pared. Memet se detuvo en su caminata. Se volvió para enfrentarme al otro lado del patio.

¡Willie! -era la voz de Arne que estaba detrás de mi-. Aún tiene el cuchillo.

¡Oh, Dios! No le serviría de nada a Popeye si me herían también. Necesitaba un palo o cualquier cosa.

Memet dio un paso en mi dirección, con el cuchillo que relucía en su mano. De repente sentí que dos brazos fuertes me aferraban desde atrás, y me arrastraban y me golpeaban contra la pared de hormigón. Quedé sin aliento y sólo reconocí el rostro grisáceo de Hamid cuya manaza apuntaba en mi dirección.

Este me golpeó con toda su fuerza y todo mi cuerpo fue a dar contra la pared y estando allí volvió a golpearme con el revés de la mano.

Oleadas de dolor y luces que giraban llenaron mi cabeza. Luego Hamid con gritos le

ordenó a Emin y a los otros guardias que nos llevaran a todos los extranjeros de vuelta al kogus y nos encerraran. Esa tarde fuimos trasladados a un kogus similar, del otro lado del pabellón de los niños, donde una vez más compartiríamos con éstos el patio.

El director, Mamur, dio órdenes estrictas. No debía haber un sólo turco en el kogus de los extranjeros. Eso representaba una verdadera recompensa y como Emin tuvo que marcharse, Mamur nombró a un sirio llamado Necdet como nuevo memisir del kogus. Este hablaba bien muchos idiomas y era un hombre muy educado, que cumplía una condena de doce años y medio por espionaje en el ejército turco. Era el único recluso del kogus de los extranjeros que no tenía nada qué ocultar. No le interesaban las drogas ni el sexo y ni siquiera jugaba a las cartas.

Aunque me dolía la cabeza por los golpes de Hamid, reuní todas mis cosas y reprimí las lágrimas por Popeye. Pronto Max se acercó con noticias.

-Necdet tuvo informes de la enfermería. Dicen que Popeye se va a curar. No morirá. Están seguros.

Me senté en la cama aliviado. Max se inclinó y estudió mi rostro hinchado en los lugares donde Hamid me había golpeado.

-Ese Hamid es un animal. Pero hoy te hizo un favor murmuró Max.

-¿De qué estás hablando?

-Te salvó la vida, muchacho. ¿No te das cuenta?

Cerré los ojos y recordé el brillo del cuchillo de Memet.

En la corte hubo otra sesión en confusas palabras turcas que volaron a mi alrededor y en presencia mía fue decidido mi destino.

Como yo no podía hablar, Yesil me hizo una seña para que me pusiera de pie mientras escuchaba la voz solemne del juez que decía dort, cuatro.

-Cuatro años y dos meses -me informó Yesil-. Por posesión de hashish. Es una sentencia leve. El fiscal quería acusarlo de tráfico.

Cincuenta meses. Me descontarían un tercio por buena conducta. De modo que cumpliría treinta y tres meses y un tercio y saldría en libertad el 17 de julio de 1973; pero aún faltaban más de dos años.

Estaba horrorizado y sentía náuseas cuando los soldados me encadenaron las manos. Miraba todo en silencio mientras me conducían a Sagmalcilar a través de las calles de Estambul.

Arief apenas me revisó. Otro guardia me tomó del brazo y me condujo por el corredor hasta el kogus de los extranjeros. Se oyó el ruido de una llave y el guardia me empujó hacia adentro, en tanto que a mis espaldas la pesada puerta metálica se cerraba con un golpe.

Librodot

XI

Transcurrieron los días... Todo un verano de mi vida se había desperdiciado.

Charles escribió desde Imrali y parecía verdaderamente feliz con su trabajo en la isla ya que allí le permitían andar durante la hora del almuerzo y los viernes podía hacer largas caminatas por la isla. La comida era buena. Como trabajaba todo el día entre frutas y verduras frescas, para envasar, podía comer cuantas quisiera.

Su carta me hizo pensar.

-Max, ¿qué te parece Imrali? -pregunté. -Está bien, supongo, si te gusta trabajar. -No, me refiero a escapar.

-No... está a más de treinta y cinco kilómetros del continente. Aunque pudieras llegar a la costa, siempre estarías en Turquía. ¿Qué harías entonces? Imros es mejor.

Imros era otra cárcel que estaba en una isla. Se hallaba frente a la costa oeste de Turquía, en eI mar Egeo. Algunas de las islas griegas estaban a menos de quince kilómetros de distancia, pero había un problema: Imros estaba calificada como cárcel "abierta". Lo más probable era que no autorizaran mi traslado hasta poco antes de cumplir mi sentencia y entonces no valdría la pena el intento de fuga, porque para esa época ya no me interesaría.

Max y yo nos dedicamos a elaborar ambiciosos planes, todos ellos tendientes a escapar en una u otra forma, por descabellada que fuese. Por lo general Max era muy incoherente al hablar.

Sin embargo, en otras oportunidades se mostraba real-mente dispuesto a intentar algo. Atisbaba a través de sus gruesos anteojos, quejándose de que la droga que tomaba lo estaba volviendo ciego. Decía que necesitaba verdadera morfina para variar y, ante mi estupor un día sacó furtiva-mente un mapa de Turquía, lo cual demostraba que, por fin, confiaba en mí.

Otro día volvió a sorprenderme cuando, de entre una pila de cartas, sacó una serie de dibujos.

-Los planos de la cárcel- anunció con naturalidad.

-¿Cómo los conseguiste?

-Hace tiempo estuvo aquí un arquitecto austriaco, que ayudaba a los turcos a construir algo y me dejó co-piar los planos.

Los estudiamos con mucha atención. El pozo del montacargas llevaba al piso bajo y allí terminaba. Aún ha-bría muchísimos guardias y balas en el camino hacia la libertad. Tal vez si conseguíamos llegar hasta el techo del kogus tendríamos alguna probabilidad. En ese caso caminaríamos por el borde de la pared principal y saltaríamos a tierra. Necesitaríamos una cuerda. Pero, ¿cómo llegaría-in os al techo?

Con fastidio debimos reconocer que la fuga directa desde Sagmalcilar era casi imposible. Probablemente seríamos blanco de muchísimos disparos y cualquier plan sería

demasiado complicado. Los guardias que estaban en las torres de vigilancia tenían ametralladoras. De todos modos copié los planos y los guardé entre otros papeles que tenía en mi diario. Ideamos un plan que incluía el ácido orno medio para llevarlo a cabo. Podíamos solicitar el traslado a Kars, una cárcel que estaba del otro lado del país, cerca de la. frontera este de Turquía. Eso implica-ría un viaje de dos días, por tren. Casi con seguridad habría dos guardias para cada uno de nosotros. Max aún conservaba su provisión de LSD que le habían mandado entre otras drogas.

Yo guardaba todavía la dosis de LSD en el forro de mi diario. Si descubríamos la forma de mezclarlo con la co-mida o la bebida de los soldados, tendríamos posibilidades de huir. Tal vez podríamos decir "Discúlpennos" y alejarnos mientras los guardias contemplaban extasiados los colores del paisaje, sin tener necesidad de recurrir a la violencia. La dificultad estaba en que lo más probable era que saliésemos de Sagmalcilar por la mañana, de tal mane-ra que sería mejor esperar hasta la noche para intentar nuestra acción. Así, nos encontraríamos en el centro de Turquía. El mar Negro al norte, Rusia al este, pero yo no podía pedir traslado alguno hasta que llegara mi tastik, el documento en el que constaba que mi sentencia había sido confirmada por el tribunal supremo de Ankara. El plan con "ácido" quedó en suspenso. Hice para mí una copia de los planos y del mapa.

Corno Max se inclinaba por la idea de ir a un hospital e intentar la fuga desde allí, pensé otra vez en Bakirkoy. Si podía volver allá, estaba seguro de que podría escapar. Quizá podría trepar el muro occidental y caminar sobre el tope hasta la parte delantera de la sección 13.

Pero por mucho que conversáramos, siempre volvíamos al mismo problema. Una vez fuera de la prisión, aún seguiríamos en Turquía, donde no teníamos ningún amigo. Tal vez podría persuadir a Patrick para que fuese mi con-tacto afuera ya que adivinaba cuál sería su reacción. Era seguro que su mente se poblaría de imágenes aventura.

Max tradujo la historia que apareció en el diario. Un jo-ven hippie inglés fue arrestado cuando intentaba vender veintiséis kilos de hashish a tres individuos vestidos de civil, que resultaron ser policías. Miré la foto: el pelo largo y oscuro caía sobre sus hombros. El y su madre habían viajado desde la India hasta Estambul conduciendo una camioneta colmada de dijes, adornos y cascabeles. Había una foto del monito Beano, domesticado por el mucha-cho.

El joven que se llamaba Timothy Davie y tenía catorce años, llegó a nuestro kogus pocos días más tarde, convertido en una celebridad. Necdet trató de informarle acerca de las reglas, pero una horda de reclusos se apiñó alrededordel muchacho para mirar su cuerpo joven y larguirucho. Alguien quiso saber si a Beano le gustaba el hashish.

-Un momento. Un momento -dijo Timothy-. Esperen un minuto. Déjenme descansar un momento, compañeros. -Entró en una celda y se sentó en la cama.

Era sorprendente; tenía catorce años y no permitía que nadie lo avasallara.

A los pocos días descubrí que había aprendido yoga en la India. Le presté unos libros y pronto nos hicimos amigos.

Pocas semanas más tarde Timmy se presentó a la corte. El fiscal pidió quince años y de inmediato la prensa británica se hizo eco del caso. Los ingleses estaba furiosos por el hecho de que a un muchachito de catorce años lo tuvieran en la cárcel con criminales de más edad y más aveza-dos como yo.

- ¡Mektup!

La correspondencia.

-Timmy -gritó el guardia y le entregó un paquete al chico-. Timmy -gritó otro-. Ti-mo-thy. Timmy. Timmy.

-¡Mierda! -murmuró Timmy-. Son todas malditas Biblias. ¿Por qué todo el mundo me manda Biblias?

-Para proteger tu bendita moral -repliqué.
¡Mierda! ¿Por qué no me mandarán libros de ciencia-ficción?

Un día se abrió la puerta del kogus y desde arriba oí el silbido de Harpo Marx. Corrí escaleras abajo.

-¡Popeye!

Sonrió, silbó y me palmeó la espalda.

- ¡Mira!-. Se levantó la camisa. Tenía una cicatriz en la espalda, cerca de la cintura. Otra más arriba, cerca del cuello. El último golpe de Memet le había entrado de frente, muy cerca del corazón.

-Tuviste suerte, pero supongo que tú ya lo sabes. Popeye silbó.

El rumor llegó a nuestro kogus. Los guardias habían "controlado" uno de los pabellones y como habían advertido la tierra recién cavada en el centro del patio, cerca de la rejilla de desagüe, cavaron el lugar y hallaron un arma de fuego, varios cuchillos, miles de píldoras y una gran espada de samurai. Creo que la espada de samurai fue demasiado para ellos. La administración de la cárcel había decidido cubrir con cemento la parte de tierra de los patios. Dos días más tarde apareció una gran grúa del otro lado de la pared. Llegaron los albañiles para remover el piso y cubrirlo con una capa de cemento. Varios trabajadores caminaban de un lado a otro sobre la pared. Todo nuestro kogus se sorprendió al oír la voz de acento alemán que daba órdenes. "la, la"... gritaba la voz. Luego se le oía conversar en turco. Era Weber. ¡Supervisaba todo el trabajo!

Esa tarde estuve sentado en el patio durante horas. Observé cómo Weber andaba sobre la pared mientras daba órdenes a los trabajadores turcos. Había logrado todo el poder al que un recluso podía aspirar.

El trabajo duró varios días, pero, una tarde noté que Weber no estaba en su habitual puesto de mando sobre la pared.

Weber no apareció para Sayim esa noche. Eso no era extraño, ya que a menudo trabajaba hasta tarde dentro de la cárcel. A la mañana siguiente fue Necdet quien trajo la noticia. Weber se había escapado. Le dijo al director que tenía que ir a la ciudad a buscar materiales, cosa que había hecho antes varias veces. El director no se preocupó hasta que pasaron muchas horas. Si había logrado conseguir un coche y un pasaporte, probablemente ya habría atravesado la frontera con Grecia cuando el director empezó a sospechar.

Bien por Weber. Nos había engañado a todos. Había hecho su juego desde el momento

mismo en que pisó nuestro kogus. Se aseguró que todos lo odiáramos y lo dejáramos solo, para poder trabajar duro y ganarse la con-fianza del director.

Entonces adiós.

Sentí una envidia tremenda.

El 2 de agosto, trescientos días después de mi arresto, me senté muy sosegado en mi cama para meditar. Pensé mucho en Lillian, que debería estar escalando las montañas escarpadas y hermosas de la Columbia Británica. Esperaba que ella también estuviese pensando en mí y sintiera mi presencia. Pero estaba extrañamente triste y preocupa-do, cosa que no podía entender.

Semanas más tarde llegó una carta. Lilly estaba en un hospital de Salt Lake City. Había resbalado cuando estaba a mitad de camino subiendo una montaña y había caído por el borde de un glaciar. El zapapico que llevaba se le clavó en la mejilla derecha, debajo del ojo. El accidente había ocurrido el 2 de agosto.

Fue llevada en avión a Salt Lake City para que la trata-ra un especialista en cirugía plástica. Me aseguraba que su cara estaría en perfecto estado para cuando yo la viera.

El tiempo pasaba. Días grises, noches negras. Un día llegó Willard johnson, del consulado norteamericano. Parecía preocupado.

-Parece que vas a tener un nuevo juicio- me comentó.

- ¿Qué me quiere decir?

- Parece ser que el fiscal objetó la sentencia. El tribunal supremo de Ankara desea que la causa sea juzgada de nuevo.

-¿Qué va a ocurrir ahora?

-Probablemente nada. Volverás al mismo tribunal. El mismo juez. Le impresionaste bien. Con seguridad te darán la misma sentencia.

-¿Y si el fiscal vuelve a objetar?

-Eso no importa. Cuando se ha dado dos veces la misma sentencia, Ankara la aprobará.

Traté de pensar en todo el asunto mientras caminaba (le regreso al kogus. Estaba asustado. Todos los reclusos contaban historias de terror acerca de la justicia turca. Ya era bastante una sentencia a cincuenta meses de prisión. Sabía que no podría soportar nada más.

Dormí mal toda la semana porque tuve una pesadilla reiterada. Yo estaba de pie en el patio y Weber ordenaba a los que conducían los bulldozer que derribaran las pare-des de cemento sobre mí. Me sentía atrapado. La pared gris se acercaba hasta oprimirme el pecho... Me despertaba bañado en sudor, tembloroso, en el frío del otoño.

Un visitante. Tal vez fuera Willard que me traía más noticias. El guardia me condujo a la sala de visitas de los abogados y en cuanto entré me dieron un gran abrazo.

-¡Johann! i Hijo de puta! ¿Qué estás haciendo acá?

-Hola, Billy. Tengo una sorpresa para ti. Voy a vivir acá ahora.

-¿Dónde?

-En Estambul. Conseguí un trabajo en un hotel. Vendré a visitarte con frecuencia. -Puso una barra de choco-late en mi mano. También me dio paquetes de Marlboro para todos sus amigos del kogus.

-Billy, quiero presentarte a una persona. Esta es madame Kelibek. Es abogada.

Ella estrechó mi mano en silencio. Tendría unos cincuenta años y debió ser muy bella en su juventud.

Johann bajó la voz. -Billy, ella puede conseguirte algunas cosas.

-¿Puede conseguir que me trasladen a Bakirkoy?

Johann tradujo la pregunta y la respuesta fue fácil de entender, aún en turco. Deseaba cuatro mil liras, unos trescientos dólares.

-¿Ella lo garantiza? -pregunté. Johann asintió con la cabeza.

-Explícale que puedo conseguir el dinero, pero no recibirá ni un sólo kurus hasta que yo esté allá. Contado contra entrega, ¿entendido?

Johann tradujo y madame Kelibek indicó su aprobación.

Johann, ¿puedes conseguirme ropas..., un coche?

Johann apoyó sus manazas sobre mis hombros. -Haré cualquier cosa por sacarte de aquí.

-Muy bien. Me llevará un tiempo conseguir el dinero, pero hoy mismo le escribiré a mi padre.

Conversamos un momento más, intercambiando noticias sobre nuestros amigos. Johann prometió visitarme a la semana siguiente. Me apresuré al regresar al kogus en escribir a mi hogar. Para engañar al censor utilicé palabras (le doble sentido. Hablé de "vías de posibilidad" y de los trenes que marchaban sobre ellas. En primer lugar había uno local, legal, por el que viajaría si fuese necesario. Pero la marcha era lenta y yo no confiaba en el maquinista. También estaba el Expreso de Medianoche, añadía. Era un tren rápido. Admitía que podía ser un viaje peligroso, pero aclaraba que había alguien que me aguardaba en la estación. Además, era un tren caro. Para estar seguro de poder pagar todo el pasaje creía necesitar unos quince re-tratos de Benjamín Franklin (impresos, por supuesto, en billetes de cien dólares).

El 6 de diciembre de 1971 volvía a la sala del tribunal. A pesar de las seguridades que me daban Beyaz, Siya y Yesil, estaba preocupado. ¿Y si algo andaba mal? Me moriría si agregaban un sólo día a mi sentencia. Una vez más oí la palabra dort. El mismo juez pronunció la misma sentencia por el mismo delito: cuatro años y dos meses por posesión de hashish. Luego, el mismo fiscal presentó la misma objeción. Beyaz me explicó, por intermedio de Ye-sil, que no había ningún problema. Ahora que se había re-visado el caso por dos veces y se había confirmado mi sentencia, Ankara aceptaría esta decisión. Estaba seguro de que aprobarían mi sentencia y pronto llegaría mi tastik.

Librodot

Pero diecinueve meses más eran demasiado.

De modo que empecé a esperar con impaciencia una respuesta a mi carta. Ahora vislumbraba claramente mi libertad. Con un soborno llegaría a Bakirkoy; luego saltaría la pared; subiría al coche de Johann que me estaría esperando y me marcharía a Grecia. Todo lo que necesitaba era una ayudita de mis amigos.

Luego me escribió papá. Su carta reflejaba angustia y dolor.

"Tu madre y yo hemos hablado largamente de esto. Hemos rezado y también llorado. Desde nuestro punto de vista, diecinueve meses no valen el riesgo de perder la vi-da. Hemos tomado nuestra decisión con amor. Rezamos porque sea la decisión correcta. Debemos decirte que no."

Me sentí muy mal. Mi propia familia me rechazaba. Arrojé la carta sobre la cama y salí al patio hecho una fiera. Caminé y fumé toda la tarde.

Después, cuando volví a releer la carta, comprendí que no podía culparlos. Me querían y no deseaban que me ocurriera nada malo.

Me senté y le escribí una carta a Patrick.

XII

La última vez que había visto a Patrick fue cuando me visitó en Milwaukee, poco antes de que yo abandonara mis estudios. Era un pequeño y musculoso duende de barba negra, vestido con vaqueros y una camisa verde y negra de leñador. Lucía una vieja chistera negra y de sus hombros pendía una cartera de tela y sus ojos centelleaban.

Durante más de un año le había escrito cartas, incitándolo. Deseaba que se uniera a un club especial que yo había creado junto con media docena de compañeros de Marquette. Su iniciación implicaba cierto juego, un ritual que se realizaba en el zoológico de la ciudad.

El zoológico estaba casi desierto cuando llegamos.

-¿Es ahí? -preguntó Patrick.

-Ajá.

Miró al foso de los rinocerontes. En el extremo, dos enormes animales grises estaban durmiendo tendidos al sol. Un tercero frotaba su piel gruesa contra la áspera pa-red.

Patrick rió y de un salto subió al muro y desde allí observó una vez más a los animales. Cayó en el foso y corrió hacia el centro.

Los rinocerontes no se habían movido. Patrick se detuvo y giró para mirarme con una gran sonrisa en su rostro barbado. Tendió sus manos y se encogió de hombros.

Las orejas de un enorme rinoceronte se movieron apenas pero en un instante el animal

estuvo de pie y empezó a correr a toda velocidad. El suelo se estremeció.

En la escuela secundaria Patrick había sido un excelente corredor. En la carrera hasta la pared le ganó al rinoceronte, por unos veinte metros. Saltó y buscó un punto de apoyo para trepar. Luego sus muslos golpearon contra el muro, su cuerpo vaciló un instante en el aire y volvió a caer al foso.

Mi corazón dejó de latir. De pronto el juego se convertía en algo nada divertido. Qué manera estúpida de morir.

Patrick dio un salto y parecía una lagartija mientras trepaba la pared. El rinoceronte se detuvo en forma impresionante debajo de él. Empezó a patear y a lanzar bufidos. Patrick estaba tan cerca del animal que pudo haber tendido la mano y tocado su cuerpo, pero ya había tenido demasiadas emociones por ese día. Con cuidado para no perder el equilibrio y caer en el recinto del elefante, se deslizó por la pared y saltó. Me abrazó, gritó y rió festejando su triunfo e inmediatamente después nos marchamos del zoológico, antes que llegaran los empleados de vigilancia.

Patrick se quedó en Milwaukee unos pocos días más. Luego empezó a hacer señas con el pulgar de su mano derecha en dirección al oeste. Estaba en camino a Alaska adonde iba a buscar fortuna. Jack London lo había hecho, ¿por qué no iba a hacerlo él?

Mi camino apuntaba al este. Los dos nos marchábamos a ver el mundo. Convinimos en encontrarnos en Loch Ness un año más tarde para comparar nuestra suerte.

Sin embargo, el encuentro debió posponerse, y ahora, a más de dos años, Patrick reaparecía en el otro lado del mundo.

La visita no fue casual.

Llegó a Sagmalcilar acompañado por Willard Johnson, el del consulado. Si el visitante llegaba sólo lo enviaban a una de las muchas cabinas donde un grueso cristal lo separaba del recluso, pero si había un abogado o alguien del consulado con él, el encuentro se realizaba en una sala común. La presencia de Willard me permitió estrechar la mano de Patrick. Yo no quería que el funcionario consular se enterara de nuestros planes porque aún no sabía si podía confiar en él.

Patrick conversaba con naturalidad mientras Willard permanecía sentado en el otro lado del salón, desde don-de podía oír a medias algo de nuestra charla.

-Tengo un empleo -anunció Patrick.

-Me estás tomando el pelo. ¿Tú? ¿Dónde?

John Deere. Una fábrica de tractores. Mannheim, Alemania.

No puedo imaginarte en una fábrica de tractores.

Patrick rió.

-Yo tampoco. Supongo que podré aguantarlo unos seis meses más. El señor Franklin estará en buenas condiciones para entonces. Lo traeré conmigo cuando venga a verte la

próxima vez. ¿Quieres que te traiga algo? ¿Qué necesitas?

-Una Magnum calibre 45... , tres cargadores completos...

Willard se puso tenso. Luego se dio cuenta de la broma y rió.

-No, en verdad voy a necesitar calzado para entonces. Zapatillas, para jugar al balón volea en verano. Fíjate que tengan una suela gruesa. El señor Franklin te puede ayudar en eso.

Patrick garabateó en su anotador.

-¿Puedes mandarme algunos libros? -pregunté-. Ahora estoy leyendo.

-Ah, Hemingway. Víspera de Todos los Santos en Loch Ness y.. .

-... y todo lo que necesito es una gran nave y una estrella para guiarla concluí yo la frase.

Willard parecía confundido.

-¿Te gusta Masefield? -le pregunté.

-... Sí.

-¿Qué te parece Alfred Noyes, aunque es inglés -atronó Patrick-.

Discúlpenos, los dos nos hemos especializado en literatura inglesa. Nos dejamos llevar por nuestro gran interés. Se debe a nuestra herencia irlandesa, nuestros antepasa-dos eran galeses. Solían desvestirse antes de ir a combatir. Se manchaban el cuerpo de azul con moras salvajes. Debían de espantar con este aspecto; hombres azules que gritaban y bajaban de las montañas a la carga, sólo con sus barbas y sus garrotes.

Willard Johnson se movió en su silla con inquietud. Patrick causaba ese efecto en algunas personas.

Se volvió hacia mí.

-¿Qué me puedes contar de tu vida amorosa?- me preguntó de pronto.

Reí. -Podría ser mejor-. ¿En qué andas tú?

-Una vieja. Conocí a esa magnífica dama en Mannheim. ¿Tiene un descaro que se puede igualar a mi imaginación! Hum... el problema es que está casada.

-¿Es alemana?

-No. Norteamericana. Su marido es sargento del ejército.

-Tú sí que sabes buscártelas. Será mejor que te cuides.

Claro. Así la vida es más interesante.

Para el momento en que Patrick se fue de Estambul teníamos un plan. El iba a trabajar en la fábrica de tractores hasta que ahorrara unos 1500 dólares. Luego regresaría a Turquía para darme el dinero escondido en las suelas de un par de zapatillas. Entonces me esperaría frente a Bakirkoy.

El plan satisfacía a Patrick ya que siempre se imaginaba a sí mismo como si fuese uno de los tres mosqueteros.

Las cartas de Lillian empezaron a llegar con más frecuencia y me iluminaban el tiempo de espera. Se recobraba lentamente de su accidente en la montaña y había vuelto al este. Me envió una foto: la cicatriz ni se veía. Coloqué la foto en un lugar destacado sobre el armario.

Lillian fue a visitar a mis padres. Incluso intentó explicarles cosas tales como las diferencias en estilos de vida. Ellos ya me lo habían oído explicar a mí. Lillian se sintió feliz con la visita. Pronto volvió a la costa oeste, hacia las montañas.

Aprendí a cuidar la lectura de sus cartas pues no me parecía correcto abrirlas durante el día, cuando la inquietud que imperaba en el kogus se sentía en el aire, así que metía las cartas debajo de mi camisa y esperaba hasta que llegara el silencio de la noche. Una vez, hacía mucho tiempo y en un mundo distinto, me había enamorado de una chica que se llamaba Kathleen; recordarla me producía siempre una extraña turbación. Las cartas de Lillian me producían lo mismo.

Era una época de espera. Patrick escribía a menudo. El dinero se acumulaba lentamente, pero leyendo entre líneas descubrí que parte de los dólares estaban destinados a la mujer del sargento. Esperaba que Patrick tuviese cuidado. No era conveniente que volvieran a romperle la nariz.

A Timmy lo sentenciaron a quince años y, mientras los titulares de la prensa británica llamaban "bárbaros" a los turcos, la prensa turca denunciaba los intentos británicos por influir en el sistema judicial de la gloriosa república turca. El premier Demirel canceló una visita que pensaba efectuar a Londres.

-Todo es una mierda -comentó Timmy acerca del asunto-. Mucho ruido, pero no consiguen sacarme de acá.

Sin embargo, el ruido consiguió rebajarle la sentencia a siete años, teniendo en cuenta la reducción por buena conducta.

-Es demasiado -dijo. Estuve de acuerdo con él.

Me cansé de esperar, de estar sentado en todas partes sin hacer nada que facilitara mi huida. Una tarde Popeye, Arne y yo estábamos ocupados intentando ganarles 100 liras a tres franceses en un partido de balón volea. Me acerqué mucho a la red para interceptar un tiro. Perdí pie y fui a dar contra la red. Tuve una idea.

Al día siguiente, a media mañana, se oyeron voces airadas en el patio. La red para jugar al balón volea se había perdido. Había desaparecido durante la noche del lugar donde se la guardaba, debajo de las escaleras. Nadie podía entender qué había pasado. Un par de hombres recorrieron el kogus y revisaron los armarios. Se oía protestar a los reclusos.

Necdet, el hombre que reemplazaba a Emin, se acercó para calmar los ánimos. A él no le importaba que la red hubiese desaparecido. Los reclusos siempre jugaban los partidos de balón volea por cigarrillos o dinero, y en esas condiciones se tomaban muy en serio el juego. Tal vez si no se recuperaba la red habría menos peleas.

Los hombres se quejaron, pero aceptaron la idea de Necdet y salieron a jugar fútbol. Me

quedé sentado en silencio en mi cama, pues debajo de mí, escondida entre una pila de ropa sucia que había en el piso, estaba la red.

Noche tras noche trabajé debajo de mi manta. Con lentitud, con gran esfuerzo, fui deshaciendo la red de nylon. Con las hebras delgadas y fuertes fui tejiendo la cuerda que soportaría el peso de mi cuerpo. Lo hacía con un método que había aprendido de niño para tejer llaveros.

Trabajaba lentamente y me interrumpía ante cada ruido. Si los guardias efectuaban un "control", con seguridad me descubrirían. La cuerda crecía centímetro a centímetro. Mis amigos no podían entender por qué dormía tanto durante el día. Empecé a trabajar de manera febril. Hasta que no terminé la cuerda y la oculté, me sentí muy vulnerable. Si Ziat o cualquier otro guardián me veían, con seguridad me denunciarían.

Por fin terminé. Supuse que mediría unos doce metros. Según los planos de la cárcel, había una antena en el centro del techo y si conseguía llegar allí, podía atar la cuerda a la antena, llevar el otro extremo a la pared y deslizar-me. Tal vez algún día la cuerda me sería útil.

Pero no podía esconderla en el armario, de modo que una noche me escurrí hasta el extremo del kogus, cerca del baño, donde había un armario que no se usaba. Con-seguí levantarlo un poco y escondí la cuerda debajo.

Pocos días después recibí una carta de Alemania. Patrick me anunciaba que estaba a punto de viajar.

XIII

15 de junio de 1972 Querido Patrick:

Estoy leyendo "Muerte en la tarde". En esa novela Hemingway habla del momento de la verdad, la hora de clavar el estoque con exactitud y evitar los cuernos. El lunes por la noche no es demasiado pronto para que calces tus sandalias aladas y alcances la velocidad del Mercurio en tu vuelo.

Con toda la gimnasia que hago acá estoy necesitando un nuevo par de zapatillas, número cuarenta y dos. Creo que deberías comprarlas antes de encontrarte con el señor Franklin. Me sentiría muy feliz de verte por acá con el cónsul. Espero que puedas comunicarte con él y venir el miércoles o jueves. Hazme el favor de traerme un "He-raid Tribune", porque acá tengo poco acceso a las noticias. ¡Y atención, mi amigo! Recuerda que debes traerme las zapatillas con las plantillas de abrigo del señor Franklin. Ese será el primer movimiento de la muleta con la mano izquierda, lo que mantiene baja la cabeza del toro antes que la espada la atraviese. Después habrá una fiesta.

Mis ojos ansían ver tu rostro sonriente y mis pies hormiguean mientras esperan las P.F. voladoras.

Los budistas hablan de una suela interior (toma especial nota), cosa en la que creo

firmemente. Pero esa suela interior debe pegarse con mano inteligente. Quizá te esté hablando de manera muy metafórica. Pero luego creo que no: estoy seguro de que ves la luz. Yo espero tu presencia.

Te saludo,

Willie

Aceleré hasta el máximo. El viento castigaba el ala de mi sombrero de la buena suerte. Conducía la enorme motocicleta por un camino bordeado de árboles, entre lugares y rostros familiares. Vi que Lillian me saludaba con la mano y me sonreía. Patrick a su lado, sonriente como siempre. Pasé volando junto a papá, quien me gritó que tuviese cuidado.

Siguiendo el impulso tiré de los manubrios y la motocicleta se elevó en el aire. Nos deslizábamos sobre los árboles. El viento había cesado ya. Mi vehículo flotaba en el aire quieto de la mañana. Me di cuenta de que podía manejarlo con sólo inclinar mi cuerpo hacia uno u otro lado. Anduve muy cerca de la copa de los árboles, como el viento sobre el camino. Lilly se quitó las ropas y esperótendida en el pasto que yo aterrizara. Papá me gritó una advertencia. Pero yo no podía encontrar a Patrick. Miraba hacia todos los lados pero no podía verlo...

Desperté. Era martes. ¿Habría recibido Patrick mi carta? ¿Lo vería ese día? ¿Cuánto faltaba para realizar nuestro plan? Me desesperaba el paso del tiempo. Tenía que salir.

Caminé por el patio mientras esperaba que ocurriera algo. El buen tiempo hacía más dolorosa las feas paredes. Era verano sobre la tierra. Distribuyeron el pan, que esta-ha rancio. La correspondencia llegó más tarde.

Nada para mí. Traté de escribirle una carta a Lilly. Deseaba expresarle cuánto significaban sus cartas para mí.. . cuánto deseaba, cuánto sufría por volver a verla. Pero no podía. La libertad me hacía señas, estaba demasiado cerca. No podía concentrarme.

-Viliam. Viliam Hi-yes.

¿Un telegrama? ¿Para mí? ¿Era Patrick? Rasgué con rapidez el sobre amarillo y leí:
NORTH BABYLON, N. Y. 20 de Junio, 1972 A WILLIAM HAYES

SAGMALCILAR CEZA EVI
ESTAMBUL TURQUIA

PATRICK HA MUERTO. VA CARTA PAPA
Mi mente dejó de funcionar. Se abrió un hueco dentro de mí. Todos mis pensamientos se hundieron en el abismo. Me quedé vacío, sin aliento, como si me hubiesen da-do un golpe en el estómago. El vacío se fue llenando de dolor. Me quedé varado: estaba de pie en el corredor y miraba con fijeza el telegrama. Salí al patio y me senté contra la pared. ¿Patrick muerto? ¿Cómo? ¿Por qué? Me llevé las rodillas hacia el pecho y rodeé mis piernas con los brazos.

Lloré.

Librodot

Dos días más tarde llegó una carta certificada de papá. Se había enterado de la noticia por el padre de Patrick. La policía alemana había encontrado a Patrick en su departamento, en la cama, con una bayoneta clavada en el pecho. Entre sus pocos efectos personales había un billete de tren para Estambul. En su buzón, sin abrir, estaba mi carta del 15 de junio. La policía alemana ignoró la prueba obvia de la bayoneta y dictaminó que la muerte de Patrick había sido un suicidio. Antes que el padre llegara a Mannheim lo habían enterrado.

Los padres estaban desolados. El estigma del informe de suicidio les había golpeado mucho. Elegí algunas de las cartas más recientes de Patrick y se las envié a los padres. Deseaba que ellos leyeran las cartas que su hijo había escrito poco antes de morir, para que pudieran captar toda la fuerza y la decisión que transmitían. Y también la felicidad, la sensatez. Patrick no se había matado con la bayoneta, de eso estaba seguro. Los padres pidieron a los funcionarios norteamericanos que hicieran presión para que se reabriera la investigación. Finalmente la policía alemana cambió el rótulo del caso por el "homicidio". Pero no poseían pistas ni pruebas. El caso quedó sin resolver. El padre de Patrick deseaba buscar él mismo al asesino y vengar la muerte de su hijo.

Decidí que no comentaría con nadie lo que sabía de la mujer del sargento. No tenía sentido: Nadie conseguiría hacer revivir a Patrick.

Nunca me sentía más deprimido. Ni siquiera la idea de mi libertad era tan importante como la pérdida de mi amigo. Era como si una parte de mi vida se hubiese perdido. No obstante esto aún me apresuraba cada marina a salir de la celda y me paseaba por el corredor del piso inferior hasta que un guardia gruñón se dignaba abrir la puerta que daba al patio. Todavía estaba decidido a escapar. Urriola que hacerlo! De alguna manera podría conseguir el dinero para volver a Bakirkoy. Ahora debía confiar en los vínculos más sólidos. Tenia que ser papá quien me prestara el dinero, debía persuadirlo para que cambiara su visión del asunto.

Le escribí en clave.. Le decía que necesitaba por lo menos seis fotos de Ben Franklin. Ese era el mínimo absoluto. Papá me contestó muy pronto para informarme que vendría de visita dentro de pocas semanas. Me comentaba que hablaría con el señor Franklin en el banco antes de venir. La muerte de Patrick debió conmover mucho a papá.

Le escribí a Johann al hotel y le sugerí que me visitara. Apareció a la semana siguiente, Durante una conversación vigilada, le hice saber que necesitaba un chofer que me esperara frente a Bakirkoy. Me contestó que estaba dispuesto a hacerlo él mismo. Y tan sólo debía enviarle una postal con un mensaje cifrado que le anunciara la fecha.

Una vez más parecía que las cosas comenzaban a adquirir forma.

Max me deseó buena suerte mientras empacaba cuidadosamente sus pertenencias y las sacaba del kogus. Había convencido al médico para que le permitiera vivir durante un tiempo en la enfermería de la prisión. Allí con abundancia de toda clase de drogas, Max podría soportar mejor el tiempo que le quedaba de la sentencia.

Lillian, ya del todo recuperada del accidente en la montaña, escribió para comentarme que había conseguido un empleo para el invierno en un lugar llamado Willow, en Alaska. Se pasaría los meses fríos trabajando con equipos tirados por perros. De modo que parecería que compartiríamos una especie de unión espiritual: ella limpiaría las perreras mientras yo caminaba por Sagmalcilar.

Me volvía más dependiente de sus cartas. Lilliam era algo así como mis ojos para la

belleza del mundo exterior. Ella era mi mujer. Le hacía cosas magníficas a mi cuerpo cuando yo soñaba o fantaseaba. Era mi seguro emocional. Lilly se preocupaba de verdad por mí. Atesoré sus cartas con más cuidado que nunca.

Pasaron las semanas. Descubrí que una extraña bruma se había acumulado a mi alrededor. La muerte de Patrick seguía deprimiéndome y pensé que quizá debía analizar el porqué de todo eso. Practiqué yoga. con más intensidad que nunca. Me pasaba horas en el patio meditando.

Traté de imitar el ritmo confiado, lento y firme de Arne. Su actitud tranquila me asombraba. En el curso de muchas charlas nocturnas, Arne me explicó la filosofía que estaba estudiando. Había estado leyendo las obras de

Gurdieff y de Ouspensky. El hombre, decían ellos, está compuesto por tres centros: el intelectual, el emocional y el físico. Los tres están guiados por el ser, la fuerza vital que está dentro de uno. Lo importante para la vida es lograr que los tres centros armonicen, porque cuando se pierde el control de un centro, los otros se desequilibran.

Sus palabras hallaron eco en mí. Mi propio centro emocional parecía haber estado completamente fuera de control.

Yo mismo lo había desequilibrado!

Arne trató de convencerme de que yo no era consciente Mi obligó a recordar. Era cierto, sólo recordaba los episodios más importantes y los más insignificantes de mi vida, pero el resto lo veía desdibujados en tristes matices de color gris Según Arne, eso demostraba que yo no era consciente. De serlo, la vida debía aparecer como una serie ininterrumpida de experiencias vívidas y reales.

Tuvimos varias charlas sobre religión. Arne me recomendó una serie de libros de los que me prestó algunos. Por primera vez empecé a comprender que Jesucristo era un hombre. Un hombre real, -muy serio, muy consciente. Era un concepto muy diferente de aquél con el que me había educado.

Cuando tenía trece años -le conté a Arne- fue un sacerdote a la escuela. Tuvo una charla con todos nosotros. Utilizó toda clase de metáforas, pero al final comprendimos de qué nos hablaba. Nos decía que si nos mas-turbábamos íbamos a terminar en el infierno. Era imposible no masturbarse. Pero después de la charla del sacerdote comencé a vivir angustiado. Cada vez que lo hacía pensaba que acababa de cometer un pecado mortal.

- Qué triste -comentó Arne.

- Sí. Por último le dije al sacerdote, mentalmente: ¡Vamos! ¿Cómo podría afirmarme que algo que resulta tan agradable es un pecado mortal? Además, por si fuese poco, afirmó que incluso pensar en la masturbación era pecado mortal, aunque uno no realizara el acto. ¿Cómo se puede pensar en otra cosa a los trece años? De manera que si uno merece el fuego eterno del infierno tanto si lo hace como si lo piensa, es mejor hacerlo. Por lo menos será culpable de algo que merece el nombre de pecado.

-El sexo es vital -acotó Arne-. Toda la energía pro-cede de tu centro físico. Eso es el sexo. Tienes que dirigir y canalizar esa energía. Si no la controlas, puede destrozar-te. Pero tampoco puedes malgastarla. Debes mantener todos tus centros en equilibrio. Muy poco sexo, o demasiado, pueden desequilibrarte. Ocurre lo mismo con tu mente y tus emociones. Debemos mantenerlos en equilibrio.

Me miró fijo.

-Tu centro intelectual es una confusión -comentó-. Tú lo oscureces. También yo solía oscurecer el mío.

-¿Cómo?

-El hashish. Lo usas para volverte menos consciente de la realidad cuando en verdad lo que necesitas es ser más consciente.

Pensé mucho en todo lo que me dijo. Hacía ya mucho tiempo que fumaba hashish. Durante los dos últimos años de estudio, y en el. lapso de casi un año de vagabundeos, se había convertido en parte de mi vida diaria. En la cárcel a veces era difícil de conseguir y siempre era arriesga-do. Pero Ziat y otros proveían la cantidad suficiente para que pudiese ser un hábito bastante regular. Para mí, esto no sólo se había convertido en un escape emocional, sino también físico, de la cárcel. ¿Qué sentiría si dejase de fumarlo? No producía adicción, pero dejarlo podía dar origen a un problema emocional.

Cuando observé la situación con objetividad, comprendí que el hashish era la causa de buena parte de mis problemas. Si seguía fumándolo me arriesgaba a recibir más palizas y a que se alargara mi sentencia.

Me senté en la cama con las piernas cruzadas para considerar tranquilamente los hechos.

-Muy bien -le dije a Arne. No prometo abandonarlo para siempre. Pero estoy dispuesto a probar cómo es la vida sin hashish.

Ya que estás en eso -sugirió Arne- trata también de dejar los cigarrillos comunes.

Llegó la notita que anunciaba a un visitante. Era papá. Corrí hacia el salón. El estaba de pie detrás de una mesa. Willard Johnson se hallaba a su lado. Yo estaba tan entusiasmado con mis propios planes que ni siquiera le saludé.

¡Papá! ¿Has visto al señor Franklin? Quiero que llames a un Johann de mi parte. Tienes que conocerlo y conversar con él. Y llama a madame Kelibeck y...

- ¡Caramba! Cálmate un poco -me interrumpió papá-. Ni siquiera has preguntado por tu madre. -Me hizo sentar en una silla y me obligó a conversar con naturalidad. Pude advertir la traición en su rostro cansado.

-¿No fuiste a ver al señor Franklin, verdad? Negó con la cabeza. Estuve a punto de gritarle.

-Papá. . . ¿por qué?

-Hablé del asunto con el sacerdote. Me dijo que si te daba el dinero iba a sellar tu muerte. Pensé y pensé en el asunto. Tu madre y yo hemos rezado y también llorado mucho. No, Billy, no. Sólo te falta un año. No podemos permitírtelo.

Frente a mis ojos flotó una nube rojiza. No me importaba que Willard entendiera la

conversación.

-Papá, voy a hacerlo -prometí--. Tengo que salir de acá de cualquier manera. Con tu ayuda o sin ella.

Papá estaba a punto de llorar.

-Por favor, Billy -rogó-. Espera. Por favor espera. He estado hablando con gente del Departamento de Estado. Nuestro embajador en este país, Macomber, está siguiendo tu caso con gran interés. Cree que podría persuadir al gobierno turco para que te liberen pronto.

- ¿Por qué no me lo dijiste antes?

-Es que sólo me enteré hace un par de días. -¿No es seguro?

-No.

Se produjo un silencio.

-Papá, he aprendido muchas cosas acerca de los turcos. No confío en ellos. Esto no es la vieja y buena Norteamérica.

-Ah, conque ahora aprecias tu país.

-Sí. Para eso no hace falta más que unos pocos años en una cárcel fascista.

-Lo siento, Billy, no quise molestarte-. Los ojos de papá se humedecieron. Willard se incorporó y caminó hacia una ventana.

Billy, trata de entender. Tu madre y yo hemos muerto un poco cada día durante los últimos dos años. Tú eres nuestro hijo mayor. De buena gana cambiaríamos nuestro lugar por el tuyo si pudiésemos hacerlo. Podrás convertirte en alguien, sé que tú puedes. Sólo falta un año, Billy. No es demasiado. Cumple ese año. Luego podrás empezar otra vez. Estaremos a tu lado para ayu- darte. Te queremos, Billy. Nosotros... -su voz se cortó y se secó los ojos.

XIV

20 de noviembre de 1972

Lilly:

¿Qué se puede decir de la soledad durante la noche? Soy un hombre. Por la noche el vacío me rodea.

Me preguntas sobre mi vida sexual. En lo que respecta al primer año, puedo hablarte de extrañas frustraciones, (le sueños, de mañanas en que despertaba bañado en transpiración y de energía desperdiciada. Durante el último año, aproximadamente, he sido célibe. Difícil de creer, aún más difícil de lograr. Difícil en estas condiciones, pe-ro por otra parte la vida sólo es fácil para aquéllos que se proponen una meta fácil.

Ahora miro a mi alrededor y la soledad aún está allí, suspendida como una sombra en el rincón. Pero no me oprime tanto el pecho. Hablar contigo me ayuda. Así guardo la tristeza dentro de mí, para reírme algún día. Y te aseguro que tengo mucho para reír. Porque aparte de lo que he estado guardando, está también lo que decidí acerca de Patrick: dada la forma que desapareció, tendré que reír por él .y por mí. Buenas noches, Lil.

Te acaricia,

Billy

En las primeras horas de la mañana del 10 de diciembre, tres camiones que atravesaron el límite entre Siria y Turquía fueron detenidos por guardias en el puesto de control de Cilvegozu. Los guardias sospecharon del joven de cabellos largos que guiaba uno de los vehículos y quedaron encantados con las seis hermosas norteamericanas que viajaban con él en los otros camiones. Los guardias tuvieron la amabilidad de ofrecerles té a los turistas mientras uno de ellos inspeccionaba los vehículos. El que registraba golpeó con una vara la parte interior del techo de uno de los camiones y lo atravesó con ella porque era falso. Después cayeron los ladrillos de hashish; revisaron los tres vehículos y el hashish formó una pila. Hubo un re-cuento oficial de 99,7 kilos y los periódicos turcos estimaron su valor de venta en los Estados Unidos en unos 950.000 dólares.

El hombre, Robert Hubbard, dijo que había conocido a las chicas en distintos lugares de Europa y del Cercano Oriente y las había invitado a acompañarlo en el viaje que realizaba para adquirir "mercadería" para su negocio de Munich. Aunque afirmó que las muchachas eran todasinocentes, sin embargo, los turcos los llevaron a él, a Kathryn Zenz, Terry Grocki, Jo Ann MacDaniel, Penny Czarnecki, Margaret Engle y Paula Gibson a la cárcel de Antakya, al sur de Turquía, cerca de las costas del Mediterráneo.

Seguí con interés las notas que fueron apareciendo en los periódicos hasta que simpaticé con el grupo. Las chicas eran muy bonitas. Me preguntaba si la publicidad que rodeaba el caso conseguiría que el mensaje llegara a otros norteamericanos: es cosa grave ser arrestado por posesión de hashish en Turquía. Puede costar muchos años de vida.

Si ellos hubiesen conseguido contrabandear parte de ese hashish dentro de Sagmalcilar, no habría sido yo uno (le los clientes. A medida que pasaba el tiempo iba gozan-do de una visión más pura y brillante de la vida. Si se debía a la falta de hashish, a mi nueva conciencia espiritual, al rigor de mi programa de ejercicios, o a una combinación de todo eso, no lo sabía. Pero estaba más tranquilo y más ansioso que nunca por volver al mundo normal. Sin embargo, me sentía mejor preparado para aceptar mi destino, cualquiera que fuese.

Poco antes de Navidad llegó otro preso norteamericano al kogus; era nuevo en Sagmalcilar, pero había estado en la cárcel de Izmir, en la costa del Egeo, un año más que yo. (Izmir se llamaba Esmirna antes que los turcos se la arrebataran a los griegos). Se llamaba Joey Mazarott. Tenía ojos azules penetrantes y un enorme bigote negro que parecía un manubrio. En su brazo derecho, debajo del borde enrollado de la manga de su camiseta de color morado desteñido, se veía un tatuaje. Era un pequeño demonio rojo sonriente que sostenía un tridente. Joey era un muchacho amistoso y de buen carácter. Llegó al pabellón, consiguió la cama de un joven recluso italiano y durmió casi ininterrumpidamente durante dos días.

Cumplía una sentencia de diez años por contrabandear ochenta kilos de hashish.

-¿Tienes un poco de hash? -me preguntó tan pronto como despertó.

Negué con la cabeza.

-Necesito hashish.

Le hablé de Ziat. Joey fue a la cocina para hablar con el jordano. Volvió con un trocito de hashish en la mano y el entrecejo fruncido.

-Demasiado caro -murmuró-. Debo conseguir una fuente mejor.

Esa noche jugamos al póquer. Joey me apostó su traje contra 125 libras. Saqué una reina. No tendría que pedir ropas prestadas para mi próximo juicio.

A Joey y Ziat no les costó apenas tiempo convertirse en acérrimos enemigos. Una mañana, Joey y yo estábamos en el patio cuando oímos que se producía un tumulto. Ziat le gritaba a uno de los chicos que se había cruza-do en su camino, haciéndole derramar un vaso de té que llevaba a un cliente. Varios chicos siguieron a Ziat, que volvía al kogus. Miraron a través de la ventana y lo provocaron. Uno de ellos le gritó ipnay (marica).

Ziat salió corriendo al patio, enfurecido. De un empujón apartó a los niños que miraban por la ventana. Uno de ellos cayó al suelo. Ziat le dio con el pie en el estómago. De pronto se oyó lo que parecía el grito de un banzai desde el kogus de los niños y apareció a la carrera Chabran, el autoproclamado líder de los delincuentes turcos. Chabran era un levantador de pesas de quince años. Pocos de los adultos de nuestro kogus desearían enfrentarse con él. Se lanzó contra Ziat. Con certeros puños lo arrinconó contra la pared. Ziat gemía de dolor. Los puños de Chabran encontraron su estómago, su ingle, luego un ojo. Por fin llegó Necdet e interrumpió la lucha. Nos ordenó que volviésemos a nuestro kogus y cerró la puerta, dejando a los chicos en el patio. Con su furia insatisfecha Chabran rompió los cristales de todas las ventanas que daban al patio. Gritaba y vociferaba maldiciones en turco. Ningún guardia se ocupó de él. Necdet nos tuvo encerrados hasta que la sangre de las manos cortadas de Chabran hizo que éste se sobrepusiera a su enojo y aceptara que Necdet lo enviara a la enfermería.

Necdet nos permitió salir al patio otra vez. Ziat volvió a su negocio de té, pero los niños daban vueltas por el patio, pisando los fragmentos de cristal roto protestando entre dientes contra Ziat.

Como de costumbre, Necdet trató de aplicar la lógica a una situación que no lo era. Abordó a un grupo de niños airados y trató de comparar las historias que referían. Los parlanchines muchachitos no lograron hacerle entender. Necdet indignado, acusó a uno de ellos de escupirle a Ziat a través de la ventana.

Joey se acercó corriendo al grupo.

-Esto es ridículo, hombre -le dijo a Necdet-. Ziat tiene aterrorizados a es-tos chicos y les pega. Además, nos engaña a todos con el té. Nos da agua pura. Estos chicos se estaban quejando por el té.

Ziat apareció y trató de maldecir a Joey en su pobre inglés. -Tú callate la boca cretino - barbotó y acto seguido dio a Ziat en la nariz y lo hizo caer sobre el grupo de chicos. Estos chillaron de felicidad y desde entonces, Joey se convirtió en héroe de los pequeños delincuentes.

Llegó un nuevo recluso al kogus. Se llamaba Jean-Claude LeRoche. Sobre él pesaba una condena por desfalco. Era un apuesto caballero de aspecto distinguido, de unos cuarenta años. Aunque en apariencia rebosaba salud, de inmediato le dijo a Necdet que sufría de tuberculosis y que debía ir al médico. A partir de ese momento, una vez por semana iba a ver al médico. A veces faltaba todo el día. También recibía largas visitas de un hombre llamado Sagmir, de quien se suponía que era el abogado de los grandes kapidiye. Se rumoreaba que Sagmir podía solucionar casi todo.

Un día en que recibí la visita del cónsul, Jean-Claude estaba con Sagmir. La esposa de Jean-Claude también es-taba presente. Era una mujer vietnamita, pequeña y esbelta, de cabello negro, largo y lacio. Su piel era como la crema pura y me enamoré de ella instantáneamente.

Cuatro o cinco semanas más tarde Jean-Claude anunció que lo enviaban al hospital que estaba en la calle de en-frente de la cárcel. Su tuberculosis había empeorado y necesitaba un tratamiento especial. A mí me seguía pareciendo saludable.

Diez días después que lo enviaran al hospital, Jean-Claude se escapó. Nadie parecía saber cómo. Una noche desapareció, simplemente, del pabellón de los reclusos, cerrado con llave y vigilado. Pasó más de una semana hasta que me enteré de la historia completa, cuando Max vino de la enfermería a visitarnos. Según los amigos kapidiye de Max, la huida fue planeada por Sagmir. La primera noche que Jean-Claude estuvo en el hospital, Sagmir apareció en la puerta del pabellón de los reclusos. La hermosa mujer vietnamita del francés estaba con Sagmir. Traían una canasta con alimentos. ¿Qué podía decirles el guardia? Se limitó a mirar a la atractiva mujer y permitió que Jean-:laude se acercara a la puerta para tomar la canasta.

Todas las noches, durante diez días, Sagmir llevó a la mujer al hospital en el propio Porsche de Jean-Claude. Los guardias esperaban con interés las visitas de la elegante mujer. Una noche Jean-Claude se dirigió al guardia:

Escuche, me gustaría estar un rato con mi esposa. ¿Entiende lo que quiero decir? Pero no puedo hacerlo acá. Quiero bajar al coche con ella. Aquí tiene diez mil liras como garantía de que volveré.

Muy limpio. Muy claro. Nadie era culpable. Jean-Claude se marchó de Turquía con gran estilo. Sagmir continuaba paseando por Estambul en el Porsche de su cliente.

El frío emocional de la vida en la cárcel era peor que el frío físico. La soledad es un agudo dolor generalizado que no se puede aislar en una sola parte del cuerpo.

El baño semanal llegó a significar mucho más que el mero placer de bañarme y del agua caliente. Significaba la oportunidad de tocar a otro ser humano y a la vez ser tocado. Con las manos enjabonaba los musculosos hombros de Arne. El me lavaba la espalda y me parecía extraño que me gustara el roce de las manos de un hombre sobre mi cuerpo. Nunca me había ocurrido antes. Se suponía que eso no estaba bien.

Entonces, ¿por qué la sensación era placentera?

Comenzamos a damos masajes uno al otro al anochecer. Yo me sacaba la camiseta y me tendía en la cama de Arne. El había colocado una sábana para lograr cierta intimidad. Resultaba agradable sentir los largos dedos de Arne que masajeaban los cansados músculos de mi espalda y mis hombros. Me gustaba la calidez humana de sus manos sobre mi espalda. Era sueco y sabía cómo dar un masaje. Tocaba mi cuerpo de la misma manera que su guitarra: con suave fuerza y ritmo natural.

Algunas veces la tensión en la cárcel era tan grande que me parecía que mis órganos iban a estallar. Un día de ésos, por la tarde, me tendí en la cama de Arne. El sabía cómo me sentía. Mi cabeza estaba vuelta hacia la pared y tenía los ojos cerrados.

Sus manos dejaron de moverse.

-¿Willie? -preguntó.

Abrí los ojos. A través de sus calzoncillos se advertía una gran erección.

Me di la vuelta y quedé tendido de espaldas. El me tomó entre sus brazos y se acostó a mi lado.

-No te preocupes, Willie. No es más que amor -me dijo.

XV

21 de enero de 1973 Gente:

Hace mucho que esperamos, ¿verdad? Sé lo que es esperar, pero esto se está tornando un poco pesado para el viejo sistema nervioso central.

Hace algunas semanas llegó aquí otro norteamericano. Ha estado tres años en la cárcel de Izmir. Izmir es una cárcel excepcional. El edificio es nuevo, como esta cárcel de Estambul, pero allí termina la semejanza. En ellas los turistas son una rareza y se los trata muy bien. Tienen cuartos propios. Todos los días se puede comprar comida afuera y llevarla a la cárcel. Diariamente sirven leche y yogur y ¡tres! comidas para los norteamericanos. En este momento hay cuatro tipos. Desayunan con tocino y huevos, avena, papas, carne, etcétera. Tiene una biblioteca a la que pueden ir los reclusos que no trabajan. Qué maravilla comparada con esta barraca.

De modo que he contratado a un abogado para lograr el traslado a Izmir. Hay un problema. Para que me trasladen y cumplir allí los meses que faltan de mi sentencia, primero debo recibir la aprobación de Ankara. He visto trabajar a este abogado y puedo asegurarles que es bueno. É1 dice que mi caso está demorado por un atraso general y los difíciles "problemas de ajuste" del gobierno actual. Pero también cree que puede lograr que mi caso llegue al tribunal y, más importante, que lo aprueben, con relativa facilidad y rapidez. Exige el pago de seis mil liras. Pero ni una lira antes que el trámite esté completo y yo me encuentre en Izmir. Y como la única manera de que me trasladen es mediante la aprobación de mi sentencia de cuatro años, me parece que este arreglo es confiable.

Tal vez ustedes se estén preguntando por qué. Es fácil responderles: creo que nuestros abogados no están haciendo absolutamente nada. Ni siquiera han contestado mis tres cartas (una a Yesil, en inglés, dos a Beyaz, en turco). Me parece esencial que haya alguien en Ankara que se ocupe del caso. Me faltan menos de seis meses. Si el ca-so no llega a Ankara para esa fecha, yo seguiré acá. No saldré en libertad hasta que se tome una decisión. Puede parecerles difícil que suceda tal cosa. Están equivocados: esto es Turquía. He podido comprobar que eso ocurre. De modo que he contratado a ese tipo. Quiero saber cuándo tendré un poco de intimidad y de libertad, y dónde podré prepararme para salir.

Considero este paso como una suerte de compromiso entre la locura de la acción excesiva y la locura similar de quedarse sentado esperando los caprichos de la suerte.

Los cien llegaron. Gracias. Mi cariño para todos. Billy

Mi nuevo abogado no era otro que Sagmir, quien había hecho un excelente trabajo para Jean-Claude. Con él a cargo de mi caso, sabía que llevaría poco tiempo que Ankara aprobara mi segunda sentencia. Mi tastik llegaría pronto. Casi podía saborear la buena comida de Izmir.

También la privacidad sería buena para los últimos seis meses, aunque extrañaría a Arne a quien le estaba enseñando yoga y teníamos un programa para todas las mañanas.

Me despertaba antes que él y me ponía mis pantaloncitos. Caminaba descalzo hasta su cama y le apoyaba una mano en el hombro. Se despertaba tranquilo y sonriente. Recogíamos nuestras mantas y nos deslizábamos hasta el salón vacío de abajo.. Me paraba junto a la ventana y res-piraba profundamente el aire fresco de la mañana. Arne sonreía.

Se quedaba levantado, en silencio, apenas equilibrado sobre sus pies. Mantenía sus palmas unidas debajo del mentón. Lentamente se elevaba sobre la punta de sus pies y extendía los brazos sobre su cabeza. Era la postura inicial; su cuerpo saludaba al día. Yo me empezaba a elevar sobre la punta de mis pies. Mis brazos se extendían hacia arriba, bien altos para alcanzar al sol. Realizábamos una serie de posturas.

Alrededor de una hora más tarde, Arne terminaba. Se sentaba en silencio en la posición del loto, mientras me esperaba. Yo terminaba y me sentaba frente a él. Respirábamos profundamente. Nuestros cuerpos estaban relaja-dos, nuestras mentes en calma. Estábamos centrados dentro de nosotros mismos. Nos mirábamos a los ojos y la sonrisa aparecía en nuestros labios.

"Una cárcel, un monasterio, un claustro, una jaula...", había dicho Arne una vez.

Sabía lo que quería decir. La cárcel puede ser cualquiera de esas cosas. Perspectiva. Todo dependía de la perspectiva.

En ocasiones, por la mañana temprano, nos quedábamos sentados. Y a veces hacíamos el amor.

Luego Ziat se despertaba y bajaba pesadamente las es-caleras. La hora mágica del día había terminado. El monasterio volvía a ser una prisión.

Los funcionarios británicos y turcos llegaron por fin a un acuerdo con respecto al caso

del joven Timothy Davie, quien iba a ser trasladado a una cárcel de vigilancia mínima, para niños, en las afueras de Ankara.

-Va a ser magnífico -comentó mientras empacaba sus cosas-. Un par de meses, me imagino. Mamá me hará sacar.

-Buena suerte, Timmy. Tranquilo, con calma. Estaré esperando para leer sobre ti en los diarios otra vez.

-Gracias, Willie. Lo mejor para ti también.

El 8 de abril de 1973 tomé un gran trozo de papel del que me había traído el cónsul y tracé con cuidado los números de cien a uno en orden descendente. Con lápices de colores que me había prestado Arne pinté un arco iris que surgía del último día. Pegué el papel en un lugar prominente en el costado de mi armario y me senté para admirarlo. Todos los días tacharía uno de los números. El 17 de julio saldría en libertad.

Casi me había olvidado de la cuerda que estaba oculta debajo del armario. Los planos de la cárcel y la lima escondidos en mi diario ya no parecían necesarios. Pero de todos modos, los conservé. Tal vez se los daría a Popeye o a Joey o a Hans, antes de marcharme. Alguien podía hacer buen uso de ellos.

Lilliam me escribió una tierna carta desde Alaska, donde estaba por terminar su trabajo con los perros. Me comentaba su intención de ir a Suiza y conseguir un empleo en los Alpes, donde podría escalar o esquiar cuando quisiera. En el verano, decía, tal vez podría encontrarse conmigo. Quizá podríamos pasar juntos algún tiempo en Marruecos. Tendidos al sol en la playa, juntos. Maravilloso. Tendidos en la cama, en la oscuridad juntos. Fantástico.

La vida se convirtió en un sueño. Me veía a mí mismo levantarme, pasar por todas las etapas del día, irme a dormir por la noche. Pronto me despertaría, después de tres largos años. Sería libre. El mundo estaría renovado y abierto para mí. Podía esperar unos pocos meses más.

Una noticia sorprendente, increíble: ¡Arne volvía a su patria! Los guardias aparecieron de pronto y le ordenaron que empacara sus cosas.

-Arne ¿qué ocurre? -le pregunté asombrado.

-¡Lo consiguieron, Willie! -replicó. Van a trasladarme a una cárcel sueca. El embajador sueco ha estado trabajando más de un año para lograrlo. No puedo creerlo.

-¿Por qué no me lo comentaste?

Me miró y dejó de sonreír.

-No estaba seguro. No que-ría hablar del asunto por si no resultaba. ¿Me entiendes?

-Sí. Pero todo es tan repentino. Yo... te voy a extrañar Arne.

Volvió a sonreír.

-Lo sé, Willie. Yo también te voy a extrañar. Pero te sentirás bien. Ya no te falta mucho.

-Sí. Escucha. ¿Cuánto tiempo crees que estarás en la cárcel, allá?

Rió y me dijo en un susurro: -Tal como son las cárceles en Suecia, la gente no quiere marcharse. Pero supongo que unos pocos meses, sólo para guardar las apariencias. Luego me dejarán en libertad.

No empacó demasiadas cosas. Regaló casi todas. Yo recibí su guitarra. -Espero que sepas tocarla cuando volvamos a encontrarnos.

Reí.

Terminó de acomodar sus pertenencias y recorrió el kogus para saludar a todos. Lo esperé abajo, junto a la puerta del corredor. Había lágrimas en sus ojos cuando 1 nos abrazamos.
-Sigue sonriendo, Willie. -Lo haré, Arne.

Luego me saludó con la mano y se marchó.

-¡Timmy se ha escapado! -me dijo Necdet una maña-na-. Oí la noticia por la radio.

- ¡Fantástico! ¿Cómo lo hizo?

-No estoy seguro. La radio informa que anoche se marchó de la cárcel infantil después de Sayim. No se supo nada más de él.

- ¡Magnífico! Yo sabía que se iba a escapar. Es un chico muy listo.

Pero no lo suficiente. Las noticias de esa noche daban la sensacional historia de la fuga y la captura de Timothy Davie. Al parecer, su madre y un amigo arreglaron la fuga. Ellos se encontraron con Timmy cuando éste se marchó (le la cárcel de vigilancia mínima. Le colocaron una peluca de cabellos largos y ropas femeninas. Le habían preparado un pasaporte falso. Intentaron hacerlo pasar a través (le un puesto de control de la frontera iraní, pero el pasa-porte falso estaba en una lista de pasaportes buscados.

Los turcos lo enviaron a otra cárcel infantil de Izmir. Pero esta vez de vigilancia estricta.

Poco tiempo después nos enteramos de que cuatro de las chicas que habían sido arrestadas en diciembre en Antakya habían sido liberadas bajo fianza. Qué suerte para ellas. Pero los tres que conducían los camiones -Robert Hubbard, Kathy Zenz y Jo Ann MacDaniel -aún se hallaban en la cárcel de Adana. Hubbard afirmaba que las dos chicas eran inocentes, pero los jurados no lo creían.

Los días transcurrieron en lenta y metódica sucesión. Mi tastik aún no había llegado. A veces me sentía pesimista y eso me preocupaba. Pero Sagmir estaba ocupándose del caso y yo sabía que era bueno. No había problemas. El 17 de julio era el Día de la Independencia.

El aire se volvía límpido y fresco a medida que se acercaba el verano. Estaba listo para recibir mi libertad. Podía pensar claramente. Hacía casi ocho meses que no fumaba hashish.

El 24 de mayo me levanté temprano, como de costumbre, y me ocupé de la primera tarea del día. Con un lápiz taché el número 54 de mi calendario. Luego bajé para hacer yoga y

meditación. Un breve paseo por el patio, el desayuno y luego una pequeña sorpresa. Recibí la notita que anunciaba un visitante. Quienquiera que fuese me esperaba en el salón de los abogados, no en las cabinas. ¿Sagmir? ¿Yesil? ¿Mi tastik? ¿Habría llegado por fin? ¿Sabría con seguridad ese día que el 17 de julio era la fe-cha?

Entré en el salón de visitas y me encontré con Willard Johnson. Su rostro, que tenía un saludable color rosado, ese día se veía triste y pálido.

-¿Qué ocurre?

-Siéntate un momento -me indicó una silla-. Tengo malas noticias para ti.

¿Habría ocurrido algo en mi casa? ¿Habría muerto alguien?

Willard tragó saliva con esfuerzo. Lo que fuera que tenía que anunciarme se veía que no era bueno.

-Nos han notificado que Ankara rechazó la sentencia del tribunal de Estambul. Han tomado una decisión. Deberás presentarte otra vez ante el tribunal de Estambul. Ellos tendrán que adecuarse a lo que Ankara solicita... exige.

-Bien. ¿Qué quieren?

Con voz lenta, vacilante, dijo: -Exigen... cadena perpetua.

-Déme un cigarrillo.

Me dio uno de sus Camel. Aspiré profundamente el humo.

-Los abogados vendrán a verte esta semana -agregó Willard.

-¿Cuándo es el juicio?

-A principios de julio. Pero allí no ocurrirá nada.

-¿Porqué?

-Lo estamos demorando... los abogados lo están haciendo. No se presentarán. Habrá un juez reemplazante durante el verano, que desconoce el caso. Tendremos que demorar el juicio hasta septiembre ya que para entonces estará de regreso el juez titular. Ya hemos hablado con él hará lo único que las leyes le permiten: reducirá la sentencia a treinta años.

¡Treinta años!

Willard calló. No había nada qué decir. Fumamos nuestros cigarrillos.

- ¿Necesitas algo de la cantina?

-No.

-¿Necesitas algo?

- No.

Hubo un silencio.

-Hemos notificado a tu familia.

-Ah, gracias. ¿Podemos apelar?

-Sí. Los abogados lo harán. Pero no servirá de nada.

Hay treinta y cinco jueces en la corte. Veintiocho votarán por la pena de cadena perpetua.

Aturdido, como en trance, volví al kogus; me senté en
la cama y cuando empecé a cambiarme de ropas se acercó Popeye.

-¿Quién era el visitante? -preguntó.

-Willard Johnson.

-¿Qué quería?

-Tenía algunas noticias personales para mí. -¿Estás bien? ¿Qué ocurrió?

-¿Recuerdas que el tastik nunca llegó? Nos hemos enterado de que Ankara desaprueba los cuatro años. Ahora voy a tener un nuevo juicio. Tengo ciento por ciento de probabilidades de que me condenen a cadena perpetua.

¿Cómo? ¿Estás bromeando? No pueden condenarte a cadena perpetua.

Johnson ha hablado ya con el juez. Va a reducir la sentencia a treinta años. Es todo lo que puede hacer.

-¡Dios santo!

Dame unos cigarrillos. Si.

Se produjo un silencio.

Willie, ¿qué puedo decirte? Getchmis olsun, hermano. Que pase pronto.

-Sí, gracias.

Popeye me dejó solo. Su pesimismo, por cierto, había sido justificado. ¡Treinta años!
Me quedé tendido en la cama tratando de tragar el nudo duro y doloroso que se me había formado en mi garganta. De repente mis ojos se posaron en el calendario de cien días. Lo arranqué del lado del armario y lo arrojé al suelo.

Necesitaba aire. Durante todo el día caminé con furia de un lado para otro del patio, sin hablar con nadie y fu-mando un cigarrillo tras otro. Los demás se hacían a un lado.

Pensé en Lillian. Pensé en mamá y papá, en Rob y Peg. Pensé en mi vida desperdiciada,

que se podría en ese agujero hediondo mientras el mundo seguía su curso sin mí. Vi la extraña colección de hombres con los que me veía obligado a convivir y el efecto que ellos tenían sobre mí.

Luego, en mi mente, vi la lima, los planos de la cárcel y la cuerda debajo del armario. Ahora está resuelto. Mejor morir que permanecer en la cárcel.

XVI

30 de mayo de 1973

Estimado Senador Buckley:

Me llamo William Hayes y soy el padre de un muchacho que ha estado durante los últimos tres años (aproximadamente) en Estambul, Turquía. En el periódico del 30 al 31 de mayo aparecerá un artículo sobre su situación. Para cuando reciba esta carta es probable que usted lo haya leído.

Le escribo con la esperanza de que atienda mi pedido de ayuda para la liberación de mi hijo de esta cárcel turca. No disculpo lo que él hizo. Desprecio las drogas tanto corno cualquier ciudadano decente. Pero, en mi opinión, una sentencia de treinta años o cualquier otra sentencia más dura que pueda imponer la justicia de Ankara y que impida su liberación después de tres años de cárcel, es totalmente injusta e ilógica. Aquí no hablamos de drogas importantes como la heroína, la cocaína, etcétera, sino de aquéllas que como la marihuana, posiblemente serán declaradas legales en éste y otros países en un futuro próximo.

Hemos soportado la sentencia original pero, franca-mente, toda encarcelación adicional impuesta por Ankara matará a mi esposa y arruinará la vida de un hombre jo-ven que tiene mucho qué ofrecerle al mundo. Su delito mayor fue la estupidez y creo que los tres años de su joven vida deberían ser castigo suficiente por sus acciones.

"Newsday" ha sido muy amable en colaborar en mis pedidos de ayuda. Todo lo que puedo hacer es rogarle que considere los hechos del caso, la gravedad del "delito" y el castigo que pende sobre nuestras cabezas. Estoy seguro de que la presión ejercida desde su puesto, y aplicada al nivel adecuado, puede sernos de gran ayuda. Usted tiene influencia potencial para intervenir en nuestro favor.

Comprendo que un senador debe tener su tiempo muy ocupado, pero le imploro que tenga en cuenta mi pedido de ayuda. Cualquier hombre que sea padre, con seguridad entenderá mis sentimientos.

Gracias.

William B. Hayes

Librodot

La publicidad era abrumadora. Mi viejo amigo Marc Derish escribió en el periódico de Long Island, una carta sobre mí. Después un periodista fue a mi casa. Papá, que tan a menudo había mentido a la gente con respecto a mí, diciendo que estaba enfermo en un hospital europeo, no sabía si la publicidad podía ayudar. ¿Pero qué mal podía hacer? La gente se mostró comprensiva. Publicaron un artículo de fondo sobre mi "tragedia solitaria" y la terrible noticia de mi sentencia a treinta años (o cadena perpetua). El periodista incluso fue a Seton Hall, en Patchogue, y entrevistó a la directora de mi escuela secundaria, la hermana de Mary Louise. Ella me recordaba como a un chico "con grandes posibilidades".

Algunas de las cosas que aparecían impresas me preocuparon. Citaron una de mis cartas a mis padres, donde yo decía que si Ankara no aprobaba mi sentencia de cuatro años, mamá y papá podían "esperar algo muy drástico".

"El no se va a quedar allí sentado", le había dicho papá al periodista. "Tratará de escapar. Y lo van a matar".

Me preguntaba, con preocupación, qué efecto tendría todo esto sobre los jueces turcos. Tenía que presentarme a la corte para el juicio. Tal vez la publicidad los enfurecería más y me darían cadena perpetua en lugar de treinta años. Esperaba que papá supiese lo que estaba haciendo.

En las semanas siguientes continuó el fuego periodístico. La periodista Annabelle Kerins, se enteró de que la decisión de Ankara parecía obedecer, en parte, a presiones políticas. La administración Nixon había puesto corno condición para su ayuda externa que se prohibiera el cultivo de opio. Los productores turcos se enfurecieron, pidieron que se presionara a los Estados Unidos. La corte de Ankara informó que había aumentado las penas para los implicados en el comercio de drogas "en beneficio del orden social internacional". La decisión, en mi caso, tenía relación con "acuerdos internacionales". La corte ignoró el hecho de que en Turquía la pena máxima de contra-bando de opio era de sólo diez años.

Un periódico envió al periodista Bob Green.e a visitar-me. Publicaban un artículo tras otro e incluso me pidieron que escribiera para ellos mis impresiones sobre la vida en la cárcel. ¡Yo! Con todo lo que había soñado ser escritor y con todas las notas de rechazo que había reunido en Milwaukee, y ahora me pedían que escribiera para ellos. Tal vez la publicidad no fuera negativa, después de todo.

En una de sus ediciones dominicales, un periódico publicó una foto mía cuando tenía tres años y cabalgaba un pony en el zoológico del Bronx. Estaba impresa directamente debajo de un gran titular que se refería al escándalo Watergate.

¡Qué mundo loco!

Papá les escribió a los senadores neoyorquinos James Buckley y Jacob Javits y a varios diputados, en su intento por obtener ayuda. Ellos prometieron hacer todo lo posible. El senador Buckley llegó a mencionar mi nombre en el senado, pidiendo la intervención del gobierno.

Recibí cartas de todos los puntos de los Estados Unidos, de viejos amigos, de conocidos y de extraños. Todos intentaban alentarme. Me aseguraban que el gobierno se esforzaría por sacarme de la cárcel lo antes posible.

En respuesta a tanta publicidad, el abogado criminalista John Sutter ofreció sus

servicios gratuitamente y aun-que estaba ocupado defendiendo a algunas de las personalidades de "Watergate", encontró tiempo para hablar sobre mí con los funcionarios del Departamento de Estado. El, a su vez, recibió una comunicación de otro abogado que deseaba ayudar; se llamaba Michael J. Griffith y su estudio estaba en Mineola, Long Island, cerca de mi casa. Conversó con mi padre y también ofreció trabajar gratis. Me escribió informándome que estaba a punto de salir de vacaciones para Grecia y me preguntaba si podía venir a verme. Le contesté para agradecerle. No mencioné el hecho de que si no se apresuraba, tal vez no me encontrara.

Sagmir pudo haber ayudado a Jean-Claude a escapar, pero a mí no me había ayudado en absoluto. Su explicación fue que las cortes turcas no deseaban desprestigiarse. Pero él aún podía trabajar en mi favor entre bastidores, por una cantidad de dinero adecuada; Sagmir afirmaba que podía persuadir a los funcionarios de la prisión para que perdieran mis papeles, así no habría registros de mi entrada como prisionero después del 17 de julio y el se encargaría de que yo estuviese en Grecia antes que las cortes turcas descubrieran el error. Como se trataba de un error administrativo, nadie se vería en problemas.

La maniobra me iba a costar unas 30.000 liras, alrededor de 2.000 dólares. Pero Sagmir me advirtió que debíamos actuar antes que la sentencia oficial fuera cambiada a treinta años. Por mi parte, le advertí, que no recibiría un solo kurus hasta que yo estuviese completamente seguro fuera de Turquía, lo cual aceptó con amplia sonrisa.

Le escribí a papá y le expliqué la situación de la mejor manera posible. Papá contestó que el señor Franklin estaba pidiendo una segunda hipoteca sobre la casa de North Babylon. Vendría a visitarme tan pronto como fuese posible.

Pocos días después estaba caminando por el patio cuando recibí una tarjeta de visita. Fui al salón y me encontré con un joven norteamericano que tendría más o menos la misma edad mía, veintiséis años. Era Michael Griffith, el abogado de Mineola, un individuo alto y amable, serio y enérgico que me gustó de inmediato.

Me habló de John Sutter y la respuesta a la publicidad del periódico. El Departamento de Estado investigaba la posibilidad de arreglar mi traslado a una cárcel norteamericana. Le comenté a Mike el traslado de Ame; se mostró optimista pero dijo que podría llevar tiempo porque las relaciones turco-norteamericanas estaban algo tensas.

Como los procedimientos acababan de empezar, no tenía mucho sentido discutir acerca de un traslado, de modo que conversamos de otros temas. Mike y yo habíamos crecido en Long Island y compartíamos muchísimos re-cuerdos. Los dos habíamos sido salvavidas e incluso teníamos algunos amigos en común.

Al comentarle cuánto deseaba nadar en el océano, son-rió y me dijo: -Espera, pronto podrás hacerlo.

-Si.

-Tengo entendido que juegas béisbol.

-Un poco. Tal vez ahora me falte práctica.

-No es un problema. Yo juego para la Broadway ShowLeague, en Central Park. Tienes que jugar con nosotros cuando vuelvas.

Librodot

-Sí. Me gustaría jugar este verano.

Mike rió. -Puede ser. ¿Quién sabe? Pero con seguridad vas a estar para los entrenamientos de primavera el año que viene.

Entonces reí yo.

-Claro. Muy bien. Permanece en con-tacto, saluda a todos de mi parte en Long Island. Y toma un poco de sol griego por mí.

-Por cierto que lo haré. Arriba el ánimo. Están ocurriendo cosas buenas.

Fue muy reconfortante ver de nuevo a papá. La tensión de esos últimos años le había puesto arrugas en el rostro. Pero el deporte mantenía su físico en buen estado. Papá tenía el dinero para Sagmir, pero deseaba conversar conmigo antes. -Hay un tren en línea -me informó.

-¿El Rápido Especial?

-Sí. Mike Griffith y yo nos hemos presentado en pro-gramas de radio y de televisión. Estamos tratando de que el Departamento de Estado se ocupe más del asunto. Mike cree que podremos conseguirlo.

Papá deseaba postergar su acuerdo con Sagmir hasta que tuviésemos más información sobre el Rápido Especial. Le recordé que Sagmir había dicho que el asunto debía completarse antes que volvieran a juzgarme y decidimos ver qué podía hacer el abogado turco.

Elaboramos un cuidadoso plan para el acuerdo. Papá guardó 30.000 liras en depósito en el consulado norteamericano. Le mostraría a Sagmir el recibo para asegurarle que el (linero estaba ahí. Sagmir retendría el pasaporte de papá. Cuando yo estuviese a bordo de un avión que saliera de Turquía, papá recuperaría su pasaporte por 30.000 liras.

Con nerviosidad esperé el regreso de papá de su cita con Sagmir.

Al día siguiente, cuando vino a verme, se lo veía preocupado.

-Ha cambiado sus pretensiones. Dice que necesita 15.000 liras por adelantado. Asegura que no puede arreglar nada hasta que le haya pagado a cierta gente de Ankara.

Yo quería creer. Tanto deseaba mi libertad. Pero no podía permitir que engañaran a papá. El asunto olía mal.

-¿Qué es lo que se propone?

-No sé -replicó papá-. ¿Crees que dice la verdad?

-No. Está tratando de engañarte. Es un hombre rico. Puede conseguir 15.000 liras en una hora. Ve a verlo de nuevo y dile que no hay arreglo. Sólo recibirá 30.000 contra entrega, pero ni un kurus por adelantado.

Papá volvió al día siguiente. Se le veía cansado, deprimido. Leí en sus ojos la respuesta

de Sagmir. -Guardaré el (linero en el banco -me dijo antes de volver a Norteamérica-. Si lo necesitas, estará a tu disposición.

XVII

Todo se reducía a eso. Después de tres años de disputas, regateos, de pagar a abogados, de esperar y conversar y preocuparme y rezar, el resultado final seguía siendo treinta años. El lunes 10 de septiembre de 1973 los soldados esposaron mis manos y me llevaron de la cárcel de Sagmalcilar al salón subterráneo donde hacía varias vidas había hecho mi juego de prestidigitación para evitar una paliza. El día era muy caluroso y los soldados, con su uniforme de lana, tenían un olor fuerte. Esperamos allí toda la mañana. Llegó el mediodía y se fue. Por último, avanzada la tarde, me hicieron marchar por los largos y oscuros corredores y por las escaleras hasta la diminuta sala de espera. Encontré mi nombre grabado aún en la pared, entre los dos de otras almas perdidas.

Los corredores vacíos del tribunal estaban silenciosos. El polvo flotaba en los largos haces inclinados de sol amarillo. Gran parte de las tareas del día habían terminado. Quedaba muy poca gente en el edificio.

Frente a la puerta cerrada de la sala número 6, tres ancianos que limpiaban, vestidos de negro, se volvieron a mi 'taso para mirarme.

La puerta se abrió y entramos.

Presidía el mismo anciano y bondadoso juez, Rasih Cerikcioglu. Pero el fiscal era otro, un hombre más joven. Cuando entré en la atestada sala, el juez se volvió al fiscal y le habló en turco. Yo ya podía entender algunas frases. El juez había dicho: -Este es el caso del que le hablé.

Estaban presentes un periodista y un par de corresponsales extranjeros. Los estudiantes de derecho que habían seguido mi caso estaban allí, así como mi especial amiga desconocida de minifalda. Pero sentí una extraña indiferencia. Eso no estaba ocurriendo realmente, y sin embargo, sí. ¡Que ocurra!, pensé.

El juez inició el proceso explicando que no tenía elección. El tribunal supremo de Ankara había tomado su de-cisión firmemente. Citó la provisión de la ley turca, que exigía cadena perpetua.

Antes de pronunciar mi sentencia, el juez preguntó si yo tenía algo qué decir.

Sí. Tenía mucho qué decir.

Me puse de pie y traté de mantener erguida la columna. Hablé con lentitud en inglés, para que el intérprete pudiera traducir mis palabras a toda la sala.

-Es hora de que hable -empecé-. ¿Pero qué se puede decir? Cuando termine, ustedes me sentenciarán por mi delito. Permítanme preguntarles ahora... ¿Qué es un delito? ¿Y cuál es el castigo apropiado para un delito? Estas preguntas son difíciles de responder. Las respuestas

va-rían de un lugar a otro, de una época a otra, de una sociedad a otra, de un hombre a otro. La justicia se ve afectada por la geografía, la política, la religión. Lo que era legal hace veinte años puede ser ilegal hoy. Y lo que es ilegal hoy puede ser legal mañana. No estoy diciendo que sea correcto o no. Es así como son las cosas.. .

"Estoy de pie ante ustedes hoy, mi vida está en sus manos.., pero en verdad no tienen la menor idea de quién soy. No importa. He pasado los tres últimos años de mi vida en la cárcel. Si hoy la decisión de ustedes me sentencia a más cárcel, no puedo estar de acuerdo. Todo lo que puedo hacer es. . . perdonarlos".

El juez suspendió la sesión por diez minutos. Me rodeaba el silencio. Luego volvió acompañado por sus dos ayudantes de togas negras. Se paró detrás de su estrado y tendió las manos cruzadas en las muñecas hacia mí. El tribunal supremo nos ha atado las manos.

Lenta, claramente, pronunció la sentencia en turco. Oí la palabra Muhabet cadena perpetua. Luego oí Otuz Sena, treinta años.

El traductor se volvió para repetir las palabras en inglés, pero el juez lo interrumpió. -Estoy levantando la sesión -indicó-. Por favor, traduzca el veredicto fuera de la sala. No puedo soportarlo. Ojalá me hubiese retirado antes de tener que pronunciar este veredicto.

Los soldados me llevaron afuera. El traductor me si-guió y me comunicó oficialmente mi sentencia. Cadena perpetua, reducida a treinta años. Mi liberación se fijaba para el año 2000. Con la reducción del tiempo por buena conducta estaría libre el 7 de octubre de 1990. En diecisiete años yo tendría cuarenta y tres. Lillian tendría cua-renta y dos. El 1984 de George Orwell habría llegado y partido. El cometa de Halley habría vuelto y también se habría marchado. Me perdería cuatro elecciones presidenciales más y cuatro olimpíadas. Papá se habría retirado, mamá estaría encanecida. Mis hermanos quizá se habrían casado y tendrían hijos adolescentes que saludarían al tío maduro a su regreso de Turquía. La juventud de mi vida se evaporaría en una cárcel turca.

-Getchmis olsun -me deseó uno de los soldados que me llevaban a la cárcel. "Que pase pronto".

XVIII

Una mañana Joey y Popeye se me acercaron. Parece ser que Popeye se había despertado en medio de la noche para ir al baño, pero como antes de ponerse en movimiento percibiera un ligero ruido, atisbó a través del kogus y vio que Ziat hacía algo detrás de su enorme radio. Con cuidado, el jordano retiraba los tornillos de la parte posterior del aparato y quitaba la tapa. Miró a su alrededor con re-celo. Luego puso dinero dentro de la radio, ajustó otra vez la tapa y colocó el aparato sobre su armario.

¡Era ahí donde Ziat guardaba su dinero! Todos creíamos que utilizaba un lugar obvio: el armario cerrado con andado doble. Pero no, el hábil jordano había conseguido despistarnos a todos. Guardaba el dinero, sin llave, en la parte posterior de la radio. Y, como todos sabían, tenía muchísimo ya que había sido el principal proveedor de drogas en el kogus desde que los que allí estábamos podíamos recordar. Además, se ocupaba del negocio del té con tanta

codicia que obtenía buenas ganancias.

Joey se frotó las manos con alegría. Desde el día de la pelea de Ziat con el chico, el jordano se había convertido en su peor enemigo.

-Voy a robarle hasta el último centavo murmuró -. Va a ser muy divertido.

No cuentes conmigo -le advertí-. Ese hombre es muy peligroso para tenerlo de enemigo.

-¡Uf, muchacho! -exclamó Popeye-. Lo ponen en libertad el mes que viene de manera que es la última oportunidad que tienes de cagarlo.

-No, gracias. Pero les deseo buena suerte. Popeye levantó las dos manos y silbó.

Me olvidé del asunto hasta pocas noches después. Se-rían las 2 de la mañana. Tenía uno de los sueños frecuentes con Lillian. Casi podía sentirla a mi lado. Ella tendía su mano suave y me acariciaba el rostro.. .

... Pero la mano era pesada y áspera. Me tapó la nariz y la boca. No me dejaba respirar. Empecé a luchar por soltarme, pero alguien me chistó que aguardara silencio.

Abrí los ojos y tuve una visión invertida de los bigotes como manubrios de Joey. -Esconde esto -susurró-. Un tercio es tuyo. -Metió algo entre mis manos y desapareció. Miré. Para mi asombro, contenía un grueso fajo de billetes sujeto con una ancha banda de goma.

Era un sueño. No, el sueño se estaba disipando. Lillian ya no se hallaba a mi lado, sino en Alaska. Ahí estaba yo, desnudo en mi cama con un grueso fajo de billetes en las manos.

Deshice el fajo y observé el dinero. Había billetes azules, rosados, verdes, amarillos, negros y rojos. Eran billetes de cien dólares, de mil marcos, de diez libras. Había dinero sirio, español, italiano y australiano. ¿Para el pasaje en el Expreso de Medianoche? Quizá. ¿Pero dónde podría ocultarlo hasta que el tren llegara?

Eché una rápida mirada a mi alrededor. El kogus dormía entre gruñidos y ronquidos. Vi a Joey del otro lado del kogus acurrucado bajo las cobijas. No alcanzaba a ver la cama de Popeye pero imaginé que estaría en la misma posición. También yo me hundí bajo las mantas.

Durante casi media hora estuve tendido con el dinero en las manos bajo las cobijas, pensando en los escondites posibles. Por último tuve una inspiración. Trabajé toda la noche. Me quedé dormido poco después de que Ziat se levantara y bajara a calentar el agua para el té.

Cuando me desperté, exhausto, era ya media mañana. Mi mente funcionaba a toda velocidad y no podía dormir. El kogus estaba tranquilo. Bajé, compré un vaso de té a Ziat y salí al patio. Popeye se me acercó a la carrera y no-té que estaba tenso.

- ¿Dónde está? -preguntó-. ¿Qué hiciste con el dinero?

-Cálmate. No te lo voy a decir.

- ¡Cómo! Estás bromeando.. .

-... Shhh. ¿Quieres enviar un telegrama a Ziat? No te lo voy a decir.

Popeye se marchó furioso. Pocos segundos después apareció Joey.

-¿Qué ocurrió? ¿Por qué no quieres decir- le a Popeye dónde está el dinero?

-No quiero. Está escondido. Vamos a tener un "control", tú lo sabes. Soy el único que sabe dónde está. Si lo encuentran, soy el único que se mete en problemas. También soy el único que puede decir dónde está. Y no voy a hablar, de modo que será mejor que te calmes.

Joey comprendió que mis palabras tenían sentido.

-Está bien. Cuídalo. -Joey iba a ser el primero de quien se sospechara. En particular yo no quería que él supiera dónde estaba oculto el dinero. Si no lo sabía, los guardias no podrían sacárselo a golpes.

Más tarde oí la voz excitada de Ziat que hablaba con Necdet y pocos minutos después llegó el grito: "sayim, sayim". Popeye, Joey y yo nos ubicamos tan lejos uno del otro como pudimos.

Entró Mamur seguido por Hamid, Arief y otros doce guardias. Mamur que despedía chispas por los ojos, recorrió la fila de los reclusos, observando a uno por uno y luego gritó en turco. Necdet lo seguía y traducía al inglés.

-Se ha perdido cierto dinero en el kogus -decía Mamur-. Veinticinco mil liras. Quiero que todos se tomen un poco de tiempo para pensarlo. Hemos trasladado a todos los chicos a otro pabellón. Vamos a encerrarlos a ustedes en el kogus de ellos mientras revisamos éste. Los ha-remos salir uno por uno. Si alguien tiene lago qué decir, puede decirlo. Nadie sabrá quien habló.

Su voz se elevó. -El que lo tenga, será mejor que lo entregue ahora. Si lo hace no habrá problemas -mintió-. Ni palizas ni juicio. Todo lo que deseamos es recuperar el dinero.

Nos revisaron uno por uno antes de enviamos al kogus de los niños. No tuve problemas; no tenía el dinero con-migo.

Encerrados en el kogus de los niños, todos caminábamos de un lado hacia el otro del salón inferior. Nadie que-ría subir las escaleras y acercarse a las camas mugrientas o al baño.

Joey me abordó

-¿Qué se propone Mamur? -me preguntó-. ¿Crees que Ziat le prometió parte del dinero?

Me encogí de hombros y seguí caminando. Popeye me miraba nerviosamente.

Cuando pasó algo más de una hora, Arief vino al kogus de los chicos y nos endilgó un discurso. -Vamos a tener-los aquí todo el día -prometió-. Y toda la noche. Y todo el día de mañana. Y también pasado mañana. -Empezó a gritar: -Los tendremos aquí una semana. ¡Hasta que aparezca el dinero! Vamos a sacar de ese kogus todo lo que se puede sacar. Todos los armarios, todas las camas, toda la ropa. Lo sacaremos todo al patio y lo romperemos en pedacitos hasta que aparezca el dinero. -Se acuclilló y llevó el torso hacia adelante. -Y cuando lo encontremos, vamos a destrozar al que lo tenga. -Se irguió. -Pero si habla ahora, sólo tomaremos el dinero. Sin paliza.

Librodot

Hubo un silencio.

-¡Bastardos!

Pasaron las horas. Nadie estaba dispuesto a salir del kogus. Los hombres caminaban vestidos con sus pijamas, descalzos sobre el piso frío.

Popeye se puso más nervioso. Me llevó aparte y me dijo: -Devolvámoslo, hombre.

-Estás loco. De esa manera sí que nos meteríamos en problemas. Ya tenemos bastantes. Hay que aguantar la tormenta.

Popeye caminaba por el corredor. Cada vez que pasaba por donde me hallaba, yo empezaba a silbar una vieja canción de un grupo rock conocido como The Doors. Se llamaba "Riders on the storm" (Jinetes en la tormenta).

Me sentía tan nervioso como Popeye y no sabía si el escondite que había ideado resistiría una búsqueda tan minuciosa. A través de las ventanas veía que los soldados destrozaban todo, sacaban el relleno de los colchones. Traté de no pensar en el lugar en que se hallaba el dinero, no fuera a ser que alguien recogiera alguna vibración perdida en mi mente.

Después de varias horas de tensión llegó una ayuda inesperada. Nadir, un nuevo recluso iraní que dormía sobre un colchón en el piso superior, se acercó al guardia que estaba en la puerta. Pidió ver a Mamur. Vino "la comadreja". Nadir hablaba un turco perfecto. Gritó que alcanzaba a ver a Ziat hurgando por el piso superior de nuestro kogus. Afirmó que poseía ciertas cosas que deseabaproteger. Dijo tener 3.000 liras escondidas en su almohada. Se enfureció. Era verdad, todos veíamos a Ziat revisando todo en el primer piso de nuestro kogus.

Mamur lo llevó hacia el kogus. Oímos que Nadir vociferaba con furia mientras caminaba. -¿Dónde pudo conseguir 25.000 liras ese Ziat? -pronunció el nombre con desprecio. -¿Cómo obtuvo ese dinero en la cárcel?

-¿Por qué hay que creerle a él? ¿Alguien vio el dinero? Pronto lo dejan en libertad. Quizá quiera vengarse de todos.

La almohada de Nadir estaba vacía. Gritó que le habían robado y acusó a Ziat. Se produjo un tumulto. Los guardias gritaban. Ziat gritaba. ¿Quién sabía la verdad? Nadir pudo haber tenido el dinero... o tal vez sólo la astucia. Mamur gritó exigiendo silencio y dio una orden, y con tanta rapidez como habían llegado, los guardias se marcharon del kogus.

Nosotros volvimos. Las cosas que pertenecían a los reclusos estaban en una pila en el piso, aplastadas, rotas y mezcladas. Mi colchón había sido retirado de la cama y arrojado al suelo. Todo lo que guardaba en el armario se encontraba ahora en el suelo, incluso las pocas cosas apoyadas sobre el panel superior. Recogí mi diario del piso y lo revisé para asegurarme de que los planos de la cárcel aún estaban allí. Palpé el forro para saber si estaba la lima. Recogí mi toalla, los bloques de papel de carta, los lapiceros, las velas, los cigarrillos y mi foto de Lillian. Volví a colocar todo sobre el armario.

Joey y Popeye pasaron cerca, pero no se atrevieron a detenerse a conversar. Los miré y silbé "Riders on the storm".

Librodot

Pasó una semana. Ziat vigilaba a Joey constantemente. El jordano, que parecía haber perdido toda codicia, abandonó su concesión para vender el té y Nadir ocupó su lugar.

Todo el dinero por el que Ziat había trabajado: mintiendo, engañando, robando, vendiendo drogas y afanándose todo el día sobre el fuego, había desaparecido. Faltaba muy poco para que completara su sentencia. Volvería a las calles de Estambul con miles de enemigos y sin dinero. En el kogus todos lo compadecíamos tanto que brindamos por él con el té fuerte y refrescante de Nadir.

Pero no recordábamos que Ziat tenía amigos entre los guardias. Una tarde bajé al piso inferior. Me sorprendí al ver a Ziat sentado a una mesa, bien vestido con traje y corbata. ¿Ziat?

De repente se abrió la puerta del kogus. Entraron Mamur y Arief.

-Sayim, sayim -gritaron.

Normalmente los reclusos tratan de ubicarse cerca del extremo de la fila, donde no se les ve. Vi que Ziat se ubicaba con naturalidad en el segundo lugar de la fila. Estaba junto a Necdet.

Arief empezó a observar la fila. En un instante metió la mano en el bolsillo de Ziat y extrajo una caja de fósforos.

-¿Nebu? -gruñó. La abrió y encontró un trocito de hashish. Arief sacó a Ziat de la fila y lo abofeteó sin mucho rigor.

-¿Dónde conseguiste este hashish?

-Me lo dio Joey -replicó Ziat. Joey, que estaba a mi lado, se puso tenso.

Los guardias se llevaron a Ziat. Mamur llamó a Joey. Mi amigo caminó hasta el extremo de la fila.

-¿Qué ocurre con este hashish? -preguntó Mamur.

-No sé nada. No se lo vendí. No tengo nada qué ver. Mamur lo miró atentamente.

-Conozco tu cara -dijo.

-Yo...

-No digas nada -ordenó Mamur-. Te conozco.

-¿Dónde obtuviste el hashish? -Tomó con fuerza uno de los extremos del bigote de Joey. Obligó a mi amigo a pararse sobre las puntas de los pies.

-¿Dónde conseguiste el hashish? -repitió.

-Le digo que no sé nada del hashish.

-¡Llévenlo al sótano! -Se llevaron a Joey arrastrándolo. Mamur nos miró a todos.

-A todo aquél que pesque con hashish lo voy a hacer pasar un mal rato. Se dio la vuelta rápidamente y se marchó.

El control había terminado en menos de un minuto. No buscaban a Joey por el hashish. Querían el dinero.

Necesitaban una excusa para llevarlo al salón del sub-suelo y castigarlo con la vara de falaka.

Corrí hacia Necdet.

-¿No puede ir abajo? -rogué-. Ya vio lo que acaba de ocurrir.

-Por supuesto que puedo -replicó Necdet-. Pero ¿de qué serviría?

Abajo lo van a moler a palos. Usted sabe que la acusación es falsa, que es Ziat quien desde hace años vende aquí el hashish.

Necdet, como encargado, no deseaba saber tales cosas.

-¿Ziat ha estado vendiendo hashish acá?

-Bueno, tal vez usted no lo sepa -mentí, en un intento por mostrarme diplomático-. Pero van a destrozar a Joey allá abajo. Buscan el dinero. Usted lo sabe.

Necdet fue a hablar con el guardia que estaba en la puerta. El guardia tenía órdenes muy concretas. No podíamos hacer nada por Joey, salvo esperar. Me alegró que él no supiera dónde estaba el dinero, de lo contrario podrían sacarle la información a golpes. Pero sí sabía quién lo tenía.

Sufrí por él toda la tarde. Imaginé lo que le estarían haciendo los guardias con las varas de falaka en sus pies y manos. A medida que transcurría el tiempo crecía el odio que sentía por Ziat.

Era la noche y nos tocaba bañarnos. Popeye, yo y unos pocos más nos pusimos nuestros pantalones de baño para bañarnos con el agua caliente. Uno de nuestros compañeros habituales faltaba. No hablamos del asunto. Nuestros sentimientos estaban más allá de las palabras. El ruido del agua al deslizarse era lo único que se oía.

Me había enjabonado todo el cuerpo. Estaba levantan-do la jarra para verter agua sobre mi cabeza cuando se abrió la puerta del kogus. Oí una carcajada. Era Ziat que entraba bromeando con los guardias. Su traje estaba limpio y prolijo. Enjabonado y mojado, corrí tras él.

- ¡Ziat!

Se volvió y recibió mi puño en una de las mejillas. Se desplomó contra la ventana de rejas. Perdí el equilibrio en el piso húmedo y resbaladizo. Ziat saltó y corrió hacia la cocina. Lo seguí, maldiciéndolos a él y a la espuma de jabón que me dificultaba la marcha. Varios hombres me aferraron. Me quedé ahí de pie, chorreando agua y vociferando contra el jordano.

Nadir sacó una navaja. Se acercó a Ziat. Este gimió y corrió escaleras arriba.

En un instante apareció Necdet para calmarnos a todos. -Se terminó. -Fue hacia la puerta del kogus y llamó al guardia.

-Llévense a Ziat -ordenó-. Es preciso mantenerlo fuera del kogus.

Ziat empacó rápidamente sus cosas. Las últimas semanas de su sentencia las pasó en la enfermería.

A la mañana siguiente, Joey volvió al kogus. Apenas renqueaba. Después de recibir los primeros golpes con la vara de falaka había jurado que iba a denunciar a Mamur ante el cónsul norteamericano. "La comadreja" había pensado en esto sin darle importancia. Algunas veces las autoridades de la cárcel parecían dispuestas a resistir las presiones diplomáticas, otras veces no. Mamur se había marchado y los guardias habían dejado a Joey solo en la oscura sala subterránea, durante toda la noche. Al día siguiente, se habían limitado a llevarlo de vuelta arriba.

XIX

En 1973 todo el kogus recibió un anticipado regalo de Navidad: la partida de Ziat. Aunque hubiese preferido irme yo, era un placer estar separado de él. Su presencia siempre me había inquietado.

Para Popeye, para Joey y para mí, su partida también significaba dinero. A la mañana del día siguiente, ellos me presionaron para que les dijera dónde estaba el dinero.

Joey, ¿por qué no vas a buscar té para los tres y vuelven aquí a mi celda? Tenemos que charlar un poco.

Joey le compró a Nadir un té bien fuerte. Lo bebimos lentamente. Joey y Popeye fumaban sus cigarrillos con gran nerviosidad.

¿Dónde está? ¿Dónde está?

-Lo han estado mirando durante semanas. Lo han tenido frente a los ojos.

-¿Cómo?

Tendí el brazo hacia la parte inferior del armario y tomé una gruesa vela amarilla.. Quedaron boquiabiertos. Coloqué la vela entre la pared y yo. Joey y Popeye cubrían totalmente la visión con sus cuerpos. Con una lima para uñas retiré la cera lentamente. Cuando terminé, mi cama estaba llena de cera y había billetes por valor de casi 1.500 dólares.

-¿Cómo demonios lo metiste ahí? -quiso saber Popeye.

Trabajé toda la noche. Bajo las sábanas. Me dediqué a encender velas y a dejar que la cera cayese sobre los billetes. Pensaba que iba a incendiarse el kogus.

Dividimos el dinero en tres partes. Nos correspondieron unos 500 dólares a cada uno.

-Si pescan a alguno con esto, deberá inventar su propia historia -les advertí-. Ustedes no me conocen y yo no los conozco.

-Bien, bien -replicó Joey-. ¡Voy a sobornar a un guardia para que nos consiga comida! - Durante los días que siguieron comimos bien. Noté que Popeye tenía un reloj Seiko muy caro que había pertenecido a Muhto, un preso malayo. Muhto, a su vez, le compró cigarrillos Rothman al pequeño turco que siempre venía a ofrecer marcas extranjeras.

Compré mucha fruta fresca, que conservé sobre el antepecho de la ventana, cerca de mi cama. Afuera el tiempo era fresco y la fruta se conservó unos días.

La mayor parte del dinero la oculté en mi diario. Abrí en dos partes la tapa de cartón, como le había visto hacer a Max. Trabajé con naturalidad mientras con mi cuerpo bloqueaba la visión a los demás. Simulaba leer o escribir en la cama. En realidad, estaba haciendo un depósito en el Banco de Ahorros para la libertad.

Una fría mañana de invierno Popeye se me acerco corriendo. Lanzaba un silbido de alarma y gritó: ¡Poner juntas las camas! ¡Nos atacan!

-¿De qué estás hablando? -le pregunté.

-Han llegado los afganos. Nos invaden. Pronto, antes que entren sus camellos.

Popeye exageraba, como de costumbre, pero no mucho. Los afganos eran un torbellino de túnicas ondulantes y de llamativos y amplios pantalones. Eran quince. Habían estado viajando en un ómnibus cargado de chales, rollos de tela, trajes de hombres baratos y otros artículos pequeños hechos a mano. Cuando los detuvo la policía dijeron que eran peregrinos que volvían de La Meca y la mercadería eran regalos que llevaban a los amigos. El problema fue que Estambul no estaba en la ruta entre La Meca y Afganistán. Los arrestaron por contrabando.

Todas las camas del piso superior estaban ocupadas, de modo que los afganos durmieron abajo, sobre el piso. Les dieron colchones viejos y sábanas. Aunque se quedaran una sola noche, la ropa quedaría inutilizada para siempre, ya que nadie se atrevería a usarla después.

Los afganos acamparon en un extremo del piso bajo, que convirtieron en zona privada. La fila para Sayim era muy numerosa ahora. Todos se apiñaban en un lugar para evitar la proximidad de los nuevos presos. Cuando no rezaban, los afganos empujaban para avanzar en la fila de la sopa. Tomaban cuanto trocito de papel, de hilo o de basura encontraban y los guardaban en sus abultadas bolsas de lona.

Eran ruidosos. Jugaban y gritaban como niños, discutían como ancianas. Pero las cicatrices que ostentaban nos invitaban a ser prudentes.

El viejo que parecía el jefe tenía un ojo azul lechoso y uno negro, que miraban con expresión de cuervo. Un hombre sólo tenía tres dedos en una mano. A otro le faltaba buena parte de la oreja.

A todos nosotros, los empedernidos contrabandistas de hashish del kogus de los

Librodot

extranjeros, nos conmovió el último veredicto pronunciado contra unos norteamericanos. Mientras la mayor parte del mundo civilizado parecía estar reduciendo las penas para los delitos relacionados con hashish y marihuana, Turquía las reforzaba. Robert Hubbard, Jo Ann McDaniel y Kathy Zenz fueron a juicio el 28 de diciembre sin esperar más que la fastidiosa continuación de su caso, que se prolongaba desde hacía más de un año. Pero el juez los citó por conspirar para traficar con cien kilos de hashish de Siria, a Turquía y los sentenció a la pena capital... reducida a cadena perpetua. De pronto yo ya no poseía récord de la sentencia más larga para un preso norteamericano en Turquía. Sentí un gran pesar por ellos. Recé porque todos pudiésemos hallar alguna solución común. Tal vez la diplomacia fuera nuestra mejor carta.

Willard Johnson me dio a leer un informe del embajador Macomber. A juicio del embajador, se declararía una amnistía en cuanto los turcos consiguieran formar un nuevo gobierno. Todos creían que habría una amnistía general en 1973 para celebrar el quincuagésimo aniversario de la gloriosa república turca. Pero aunque se produjera, probablemente me dejaría con muchos años por cumplir. Macomber creía que existía una "probabilidad mínima" de que con la amnistía, los reclusos extranjeros fuesen deportados. La posibilidad de un traslado a los Estados Unidos la estaban discutiendo Ankara y Washington, pero también parecía poco posible. Existía también la probabilidad de que el Parlamento turco considerara mi caso particular. Pero esto se había hecho sólo una vez en Turquía con extranjeros... todo lo cual me dejaba frente a dieciséis años y medio, es decir, treinta años, menos la reducción por buena conducta.

Me hallaba en ese estado de ánimo cuando me enteré que papá venía a visitarme por cuarta vez.

Había cambiado. El brillo de sus ojos irlandeses se había apagado. Se lo veía cansado.

Un regalo para ti -anunció suavemente. Algo en su voz me alertó. Era como si me indicara que lo que seguía estaba en clave. Había que asegurarse de que Willard no entendiera lo que realmente estábamos conversando.

Miré el regalo. Era un álbum de fotos de familia. Papá había hecho hacer copias de muchas de las fotos de nuestro viejo álbum. Se me ocurrió que tal vez te gustaría tener algunas fotografías acá.

-Sonrió. Otra vez el tono de advertencia.

Hojeé el álbum. Se me formó un nudo en la garganta cuando vi a mamá de pie frente a nuestra casa, con un niño pequeño de cabellos rubios tomado de la mano. Estaba Rob con su bicicleta. Nosotros dos en una batalla con bolas de nieve. Mamá que mostraba a una pequeñita vestida de rosa. Peg con un vestido muy corto... con esa foto podría distraer la atención de muchos guardias. Estaba la abuela y también tía Mickey y tío Jimmy.

-Hay muchísimas fotos de tu viejo amigo, el señor Franklin, el del banco, -me anunció papá.

-Ajá. Lo recuerdo muy bien.

-Por supuesto. Es el que siempre quiso ser maquinista de ferrocarril. Tenía todos estos trencitos circulando alrededor de su casa.

Librodot

Mis ojos observaban el álbum de fotos. Papá pasó un dedo por el borde de la contracubierta. ¡El viejo zorro plateado! Me pregunté dónde habría aprendido ese sistema.

-Papá, todo esto cuesta mucho dinero. Los abogados, los viajes.

-Toqué el álbum de fotos.

-Te lo pagaré algún día. -Sé que lo harás, Billy. Pero no te preocupes por eso. -Suspiró. -Sabes, de todo esto he aprendido algo: no hay que permitir que las pequeñas cosas de la vida nos abrumen.

- Exacto.

-Ahora me resulta más fácil mi trabajo -agregó papá-. Las pequeñeces ya no me molestan. Comprendo que algunas cosas no son tan importantes como antes parecían. .

-Me alegra que podamos hablar de eso, papá.

- Sí. Debimos conversar más. Hay lugar para las diferentes opiniones. No tienen por qué separar a la gente.

- Papá, si yo. Cuando salga de esto, conversaremos mucho más.

Sonrió.

La visita duró un largo rato. Papá aún tenía grandes esperanzas de un traslado o una amnistía. Pero era obvio que la fuga era casi la única salida.

-Ten cuidado, hijo. Cuídate mucho.

Me separé de él y volví al kogus. El guardia me detuvo para examinar el álbum.

-Mi hermana -le dije en turco con un tono de orgullo.

El hombre contempló la foto de Peg. Luego, de buen humor, me hizo entrar en el kogus. Otros presos se reunieron a mi alrededor para enterarse de las novedades de mi visita y para gozar del chocolate y los cigarrillos. A Joey le pasé el álbum de fotos con naturalidad. Varios hombres se reunieron para mirarlas. Peg fue un éxito en Estambul.

En esta oportunidad papá sólo se quedó unos pocos días. Trató de ocultarlo, pero comprendí que tenía problemas económicos. Constantemente intenté llevar la conversación al tema del Expreso de Medianoche. Vi que estaba preocupado. Durante tres años se había opuesto a toda idea de fuga. Ahora hipotecaba su casa para financiar mi intento. Si fallaba, sabía que el disgusto lo mataría. En su última visita antes de volver a Norteamérica se incorporó para despedirse, me tomó fuerte de un brazo, abrió la boca para hablar pero no se oyeron las palabras. Me abrazó.

Luego giró sobre sí mismo y se marchó.

La curiosidad me volvía loco, pero permití que el álbum circulara por el kogus durante varios días. Luego lo coloqué sobre mi armario y lo olvidé. Sólo cuando hubo pasado más de una semana busqué el dinero. Entrada la noche, con el álbum bajo las sábanas mientras me

encontraba tendido en la cama, corté con cuidado la contracubierta. Allí, bajo el cartón había billetes nuevos de 100 dólares, ordenados con prolijidad en grupos de tres. Veintisiete fotos de Benjamín Franklin.

Era mucha la gente que se interesaba por el álbum. Tuve que trasladar el dinero a un lugar más seguro. Durante varias noches trabajé en secreto. Abrí la cubierta posterior de mi diario. Coloqué el dinero adentro, junto al de Ziat, y lo cubrí con varias hojas de papel de dibujo muy fino, delgado como piel de cebolla. Luego volví a cerrar la cubierta con pegamento. Quedó muy bien. El diario estaba lleno de dibujos, cartas y notas. Ahora el dinero, la lima y los planos estaban juntos en un solo lugar. También tenía allí un poco de LSD para dormir a un guardia si era necesario. No tenía más que agarrar mi diario y ya tenía todo un equipo para la fuga.

No sabía con exactitud cómo utilizar el dinero. Tenía que esperar hasta ver qué ocurría con los trenes de la amnistía y del traslado. No deseaba intentar la fuga y ser detenido para luego descubrir que había sido liberado.

El tiempo en la cárcel seguía su curso. Los momentos se convertían en horas, días, semanas, meses. ¿Cuándo terminaría todo? ¿Cuándo volvería a comenzar mi vida?

No vi razón alguna para que esa mañana fría fuera diferente de las otras. Temprano me senté en el patio. Un par de reclusos alemanes caminaron a paso de ganso de un lado a otro. Parecía a punto de llover, pero el aire estaba fresco.

Nadir se acercó a la carrera.

-Es Hamid- gritó mientras sonreía.

Oír ese nombre me produjo un escalofrío.

-¿Qué?

-Buenas noticias. Hamid ha muerto.

-¿Hamid? ¿El oso? ¿Muerto? ¿Cómo?

-Sí. Lo tirotearon.

- ¡Oh!

Nadir volvió corriendo al kogus. En un instante oí que todo el pabellón empezaba a cuchichear con gran excitación. Chabran se me acercó a la carrera desde el kogus de los niños.

-Ala buyuk (Dios es grande) - gritó.

Una noticia muy buena. Los reclusos corrían al patio entre saltos y gritos. Joey vino hacia mí y me palmeó el hombro. Popeye apareció silbando y bailando de alegría. Se oían las risas y el júbilo de los otros kogus. El bullicio fue en aumento. En los corredores los guardias estaban nerviosos y asustados.

De pronto comprendí lo que estábamos celebrando: había muerto un hombre, un ser

humano, y nosotros estábamos felices. No debería ser así. ¿Cómo podía la gente sentirse tan feliz por la muerte de otra persona? Pero yo estaba feliz. Cedí al sentimiento de alivio. Los crueles puños del oso no volverían a golpear mi cara.

Nadie se enteró de los detalles. Pero Hamid estaba muerto. Alguien le había disparado fuera de la cárcel, en un restaurante. Eso fue todo lo que supimos.

Más tarde, esa misma mañana, utilicé un paquete de Marlboro para persuadir a un guardia de la puerta del pabellón que me permitiera ir a la enfermería. Si alguien podía estar enterado del asunto, ése sería Max. Estaba sentado en la cama, los ojos vidriosos pero sonriente, mientras conversaba con dos turcos. Me saludó con gran calidez.

-Estaba tomando el desayuno -me contó Max-. Frente a la entrada de la cárcel hay un restaurante. El desayunaba ahí todos los días. Había un tipo... Hamid lo había castigado por tener hashish, hace tal vez un par de años..., un recluso..., uno de los turcos. Hamid lo llevó abajo y lo sometió a una de sus sesiones con la vara de falaka. Pero el tipo ni se quejó. Lo tuvieron ahí un par de días y lo golpeaban cada rato. Sabéis como era Hamid... mientras lo golpeaba, gritaba: "Tu madre es una puta, tu hermana es una puta, tu abuela es una puta"... , ese tipo de cosas.

-El tipo nunca lo olvidó con seguridad.

-Hace unos días el turco terminó su condena. Esta mañana entró al restaurante mientras Hamid tomaba el desayuno. Lo apuntó con un revólver. Quitó el seguro y le dijo: "¿Me recuerdas? Bien; aquí tienes algo por mi madre". ¡Blam! "Y por mi hermana". ¡Blam! Blam! Blam! Varios disparos. Hamid cayó al suelo. El arma quedó sin balas y el tipo la puso sobre una mesa. Se sentó y esperó la policía. ¡Es increíble!

Unas pocas semanas después, el asesino de Hamid fue devuelto a su antiguo kogus, donde se lo recibió como a un héroe. Era un nuevo kapidiye. Se hizo famoso como Aslan, "el león".

Durante semanas los reclusos tuvieron a raya a los guardias. Cuando pasaban frente a algunos murmuraban: "Hamid onutma", (no te olvides de Hamid).

Los guardias no lo olvidaban.

Arief desapareció sorpresivamente. Se rumoreaba que el "rompehuesos" se había internado en un hospital para operarse. Mamur solicitó su traslado a Izmir.

XX

7 de marzo de 1974 Lillian:

Tu carta, la quietud de la noche y tantas cosas que andan mal. A veces me siento como si me estuviese muriendo. Es tan duro estar acá sin nadie que te ayude, sin un compañero en este extraño camino. Mi amigo Arne me hizo comprender qué poco sé sobre casi todas las

cosas. Y lo que es más extraño, cuánto sé de otras cosas, sin saberlo, cosas importantes como reír, sentir a la gente y amar la vida. Extraño a Arne, pero su presencia sigue conmigo, así como sigue conmigo el loco Patrick, aunque su cuerpo esté bajo tierra desde hace dos años.

Estos últimos meses han sido duros. Se han desbaratado tantos planes y posibilidades. Me es difícil respirar.

Ha llegado la primavera y trato de mantener la calma, pero necesito tanto un poco de ternura. Tu ternura. Tengo tus cartas, que me llenan de energía. Todo lo relativo a una amnistía y a mi liberación es confuso y complicado.

Si soy paciente es sólo por esa gente como mis padres y mis amigos, que se esfuerzan tanto. No sé cuánto tiempo más podré esperar.

No cedas, Lil. Debes seguir teniendo fuerzas por los dos. Billy

La primera noche que pasé en Sagmalcilar, hacía tres años y medio, los presos hablaban de amnistía. Por último, el 16 de mayo de 1974, el Parlamento turco consiguió votar una ley de amnistía. Se haría efectiva al día siguiente. Todos en el kogus nos reunimos en torno a los que sabían leer los diarios turcos.

Nos enteramos de que todos los reclusos de Turquía recibirían una amnistía de doce años. Asesinos, violadores, asaltantes, raptores, a todos se les reducía doce años de la condena. A eso se sumaba la reducción por buena conducta., De modo que a un recluso sentenciado a treinta años se le descontaban diez años por buena conducta y doce más por la amnistía. Sólo le quedaban ocho años.

Pero los traficantes tenían una amnistía de cinco años.

Mejor que nada, pensé. Pero aún así, la fecha de mi liberación era el 7 de octubre de 1985. Me di vuelta y volví a la cama, ignorando el clima de fiesta que me rodeaba. Con la reducción de doce años, casi todos saldrían en libertad. Incluso a la mayoría de los traficantes les quedaban menos de cinco años. Joey 'se marcharía. Timmy saldría de Izmir. Aunque me alegraba por ellos, no podía dejar de estar triste. De mi viejo grupo de amigos sólo quedarían Max y Popeye. Max se pasaba casi todo el tiempo en la enfermería.

Joey se detuvo ante mi cama para desearme suerte. Me recordó la posibilidad de traslado. Me aseguró que también yo recuperaría pronto mi libertad.

-Dime, ¿oíste lo de siete años más para los traficantes?

-¿Qué?

-El periódico informa que algunos grupos que luchan. por los derechos civiles protestan porque los traficantes sólo recibieron una reducción de cinco años. Insisten en que el Parlamento les conceda otros siete. Así que ¿quién sabe? Quizá consigas la amnistía completa de doce años.

Joey, tengo una sentencia de treinta años. Incluso una amnistía de doce no significaría gran cosa.

-Es cierto. Pero estás mejor que Necdet.

-¿Qué quieres decir?

-¿No te enteraste? En todo. Turquía hay un solo preso que no fue incluido en la amnistía. Un espía sirio. El Parlamento incluso lo mencionó por su nombre y aclaró que no podía acogerse a la amnistía, ése es Necdet.

Necdet iba por el kogus visitando a los felices reclusos.

Los felicitaba y les deseaba buena suerte. En todo el tiempo que pasé en la cárcel nunca conocí a nadie que mereciera más la amnistía. Era agradable, limpio. Un buen hombre, pero eso era la justicia turca.

Esa noche los altavoces empezaron a transmitir los nombres de los que saldrían en libertad a la mañana siguiente. Después de cada nombre se elevaba un rugido de alegría, pronto acallado para que se pudiese oír el siguiente. Los nombres se leían en orden alfabético. El apellido de Joey empezaba con "M". Me senté en su cama con él a esperar el feliz momento. Pero cerca de la medianoche, cuando estaban por terminar la "L", se anunció que como se había hecho tarde continuarían con la lista al día siguiente.

Un fuerte murmullo de protesta se elevó en toda la cárcel. Joey pareció volverse loco. Saltó de la cama con un gemido.

No van a dejar que me vaya -gritó-. Los malditos turcos quieren dejarme aquí. No puedo soportarlo. ¡Guardia! -gritó. Déjenme salir. Tengo que hablar con el director. ¡Guardia!

Lo obligué a que se sentara en la cama y traté de hacerlo razonar.

-¿Te has vuelto loco? ¡Piensa un poco! Mañana sales en libertad, seguro. Dirán tu nombre mañana por la mañana. No te enloquezcas.

-Sé que me van a acusar de cualquier cosa con tal de retenerme. Lo sé.

Después de cinco años Joey no podía soportar ni una noche más. Buscó a Nadir para comprarle hashish. Nadir se negó a aceptar su dinero.

-Toma, para ti, mi amigo. Las necesitas. "Getchmis olsun "-. Puso cinco tabletas de Nembutal en la mano de Joey, quien se las metió todas juntas en la boca y las tragó con una taza de té.

-No soporto más esta cárcel -gritó-. Mis nervios parecen bolas de pingpong en un lavarropas. ¡Si no despierto nunca, mejor! Si me llaman mañana, que se vayan al demonio. Que me esperen. Yo los he estado esperando cinco malditos años.

Metió la cabeza debajo de la almohada y se cubrió completamente con las cobijas.

Entretanto, yo trataba de elaborar un plan con toda rapidez. Tenía dinero. Tal vez fuera el momento de usarlo. Quizá mañana fuese simple atravesar el portón con todos los otros. Sin duda habría confusión.

Me acerqué a François, un nuevo recluso francés, muy joven, al que acababan de sentenciar a veinte meses sólo por la posesión de un cigarrillo de hashish. Estaba ocupado

metiendo sus miserables pertenencias en una vieja bolsa de arpillera. Era un poco bobo. Todos lo llamaban Ding-Dong. Yo sabía que él no tenía mucho dinero y que deseaba irse a la India en cuanto saliera.

-Eh, Ding-Dong. ¿Quieres ganarte 5.000 liras? -pregunté.

Sonrió, pero luego una máscara de sospecha se asentó sobre sus rasgos juveniles.

-¿Cómo?

-Fácil. Sólo tienes que permitirme que te ate mañana en el baño. Usaré tu tarjeta de identificación para salir cuando digan tu nombre. Más tarde, cuando te encuentren, les dices que te até y te amordacé. Tendrán que dejarte marchar. ¿Qué te parece? ¿Necesitas el dinero?

Tal vez no fuese muy despierto, pero no era tonto.

-Lárgate -replicó.

A las seis de la mañana, se continuó transmitiendo la lista por el altavoz. Los afortunados formaron una fila en su día de liberación. Popeye y yo sacamos a Joey de la cama.

Con paso vacilante se fue hacia el mundo libre. Cincuenta y dos de los setenta y cinco reclusos de nuestro kogus salieron ese día. Casi 2.500 de los 3.000 hombres presos en Sagmalcilar quedaron en libertad. Salvo los primeros días horribles que pasé en la cárcel, ésa fue la época de mayor soledad que recordaba. Arne, Charles, joey, casi todos mis mejores amigos se habían marchado. Hasta 'r mis enemigos habían desaparecido. Pasaba todo el día caminando lentamente por el patio. Se acercaba el verano. Había vida por vivir, estaba Lil para amarla, felicidad y tristeza qué experimentar. Mis viejos amigos allá, en la patria, se casaban, tenían hijos, hacían dinero. Un juez de Ankara había decidido que yo debía permanecer en la cárcel hasta que tuviera treinta y ocho años.

Era una tranquila mañana de mayo. Estaba sentado contra la pared del patio, al tibio sol. Los gritos y las risas de los pocos chicos que quedaban ponían de relieve la calma del día. Y mi soledad.

-Viliam Hiyes.

-¿Qué?

-Viliam Hiyes.

Entré en el kogus y fui hasta la gran puerta. A través de la abertura tomé la tarjeta de visita que me alcanzaba el sonriente guardia. Guardó el billete de cinco liras que coloqué sobre el borde de la abertura. Un visitante, pero no era el cónsul ni el abogado. Cuando ellos venían, las visitas tenían lugar en un gran salón abierto. La tarjeta decía simplemente Cabina. Quienquiera que fuese mi visitante, había venido solo. Debería verlo a través del panel de vidrio de una de las cabinas.

-¿Quién podía ser?

Estaba vestido con pantalones vaqueros. No era una vestimenta adecuada para un

Librodot

visitante inesperado. Corrí por las escaleras y me puse el traje.

Caminé por el corredor hasta el puesto de control. El guardia tomó el papel y me dijo que esperara. Las cabinas estaban alineadas a mi izquierda en una sucesión de compartimientos similares a cabinas telefónicas. Todas eran griegas. Cincuenta y cuatro en total, una junto a la otra.

El guardia me indicó: -kabin on-yedi.

Caminé hasta la cabina No. 17 y cerré la puerta a mis espaldas. Miré a través del sucio cristal. No había nadie del otro lado. Esperé.

El pequeño recinto era caluroso y sucio. Olía a sudor y a humo de cigarrillo rancio. Había dos láminas de vidrio que separaban la cabina del visitante de la del recluso.

También había barras entre las ventanas. El único medio de comunicación era un micrófono y un parlante Turk-mali. Sería difícil mantener una conversación.

El maldito traje me daba mucho calor y me sentía empapado de sudor. Me estaba secando la cara con un pañuelo cuando se abrió la puerta del otro lado de las barras.

Lillian estaba de pie frente a mí.

Sonrió con timidez y apoyó las palmas de las manos contra el cristal. Apoyé las mías al otro lado. El corazón parecía ocupar todo mi pecho. Su nombre flotó en mis labios... ¡Lil!

La sonrisa cubrió su rostro y sus ojos brillaron.

- Oh, Billy...

Nos quedamos de pie, en silencio. Sonrientes, con la respiración lenta. Gozando de la presencia del otro.

Luego estallé en carcajadas.

-¡Lillian! ¡Lillian! ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Es cierto lo que veo?

-Es cierto, Billy. ¿Cómo estás?

-¡Fantástico! Salvo que estoy en la cárcel. Lil, se te ve magnífica. ¡Mira tu pelo! ¡Lo tienes tan largo!

Rió.

-Sí, lo he dejado crecer desde que estuve en Alaska. Sabía que te gustaría así.

- Me encanta. Estás hermosa.

-Tú estás muy elegante con ese traje azul. ¿Es la vestimenta habitual de la cárcel?

-¡No! Me lo puse sólo para impresionarte. En realidad, lo gané en una partida de póquer.

- Me encanta saber que no has perdido ninguno de tus antiguos vicios.

-Uh, ni siquiera pronuncies esa palabra. Podría tener que romper todos estos vidrios para llegar a tu lado. Te veo tan maravillosa.

Su rostro se puso serio.

-Billy, ¿estás bien, de verdad?

-Sí, Lil. Estoy bien.

- Estuve muy preocupada pensando que podías hacer algo estúpido y... Se interrumpió y echó una mirada a su alrededor. Me miró inquisitivamente.

- No, no te preocupes. No hay micrófonos ocultos.

-Me imaginé qué habrán significado para ti los términos de la amnistía, Billy. Por favor, ten cuidado. No cometas un error ahora.

-Tranquilízate Lil, no lo haré.

-Tu última carta me asustó.

-Sí, lo siento. Tú siempre recibes lo peor, cuando ya no puedo soportar más.

-Oh, Billy, está bien. Compartiré el peso. Pero sé que te estás preparando otra vez. Me asustas.

- ¡Vamos! No haría nada tonto. Me conoces.

El rostro de Lil reflejaba preocupación.

-Te conozco muy bien, por eso estoy asustada.

Hacía seis años que no veía a Lillian. Pero nuestras cartas habían hecho renacer los sentimientos de mucho tiempo atrás. Su aspecto exterior casi no había cambiado Aún se veía suave y hermosa. Pero había fuerza dentro de su suavidad. La vida sana al aire libre había dado brillo a su piel. Su cuerpo parecía firme debajo de los pantalones ajustados y la blusa. Había desaparecido la niña tímida de ayer. Ante mí estaba una mujer. Buscaba algo. Podía ver la fuerza de la búsqueda en sus ojos; una pena detrás de la chispa. Sus pechos estaban tensos bajo su ropa.

-Desabróchate la blusa -le pedí de pronto.

Hizo un gesto.

-Billy, no puedo hacerlo. Podrías meterte en problemas. Podrían venir los guardias. -Miró las cabinas desiertas a nuestro lado.

-¡Dios! Puedo ver tus pezones erectos.

-Basta ya. No conseguirás más que frustrarte -me dijo mientras se abría la parte superior de la blusa-. ¿Y todo el control emocional del que me hablabas? -Sus largos dedos desabotonaron otro botón.

-Y con todo este vidrio entre los dos, no puede resultar muy excitante. -Se inclinó hacia la ventana. Puso ambas manos sobre la blusa y la abrió lentamente. Senos maduros. Profunda hendedura. Sus pezones oscuros y duros se engancharon por un momento en el material blanco. Luego se liberaron, temblorosos, cuando sus pechos se separaron de la blusa. Gemí.

-Oh, Billy -murmuró Lilly, apretándose contra el vidrio. Si pudiera hacerlo mejor para ti.

Gemí otra vez.

-Lo haces.

Hubo un ruido afuera. Ella se cubrió con la blusa. Estuve a punto de gritar por la interrupción. Pasaron guardias junto a nuestra cabina. Uno golpeó la puerta para indicar que el tiempo de la visita había terminado. Luego se marcharon.

- Abrela de nuevo -le pedí rápidamente.

Ella rió y abotonó la blusa. -Sigues siendo un loco. Me alegro de eso. Me preocupaba que hubieras dejado de serlo.

-¿Puedes quedarte un tiempo en Estambul?

- Lo siento, Billy. No tengo mucho dinero, tuve que hacer muchos esfuerzos para llegar aquí. Pero tenía que verte.

-Mira qué contento estoy aún de verte -le dije mientras le indicaba la comba que formaban mis pantalones. Ella abrió toda su boca y luego se rió.

-Mañana hay un vuelo a Suiza y tengo que tomarlo. No podría quedarme hasta el día de visita de la semana que viene.

Me sentí un tanto decepcionado, pero no mucho.

Verla, oír su voz y mirar sus ojos, era suficiente. Me alcanzaría para un buen tiempo de soledad.

-Bien, tú sigue cantando como los tiroleses por esas montañas -le dije-. Uno de estos días vas a escuchar unos ecos extraños que rebotan desde los valle hacia ti. Y yo estaré detrás de los ecos.

-Billy, te ruego que te cuides. Significas tanto para mí. No hagas que te maten.

-¡Eh! También significo mucho para mí mismo. He sobrevivido hasta ahora. No entra en mis planes hacerme matar.

Ella no sonreía.

-Te darán el traslado. Hay mucha gente que trabaja duro por conseguir tu libertad. Dales tiempo.

-Lo haré, Lil.

-Mucha gente reza por ti.

- Lo puedo sentir. Lo sé.

-Te amo, Billy.

- Te amo, Lilly.

Nos quedamos mirándonos a través del vidrio. Llegó un guardia que abrió la puerta de la cabina y la invitó a salir. Observé cómo se alejaba caminando hacia atrás, con una mirada que recordé mucho tiempo después que se hubo marchado.

- Un nuevo tipo -anunció Necdet-. Norteamericano.

-Oh, no-. Giré sobre la cama para no oír la voz de Necdet. Un nuevo preso significaba otro idiota delirante como yo lo había sido. Los nuevos reclusos eran un fastidio.

Popeye corrió abajo para saludarlo.

No se trata de un novato. Se llamaba Harvey Bell y lo habían trasladado desde Elazig para que lo operaran. Tenía hernia como resultado de una gran paliza que los guardias le dieron tras un intento de fuga. Había conseguido emborracharse durante el viaje desde Elazig.

-Oh, esto está limpio -comentó asombrado.

Miré a mi alrededor todo el polvo y la suciedad. Olí el hedor pútrido que venía del baño. Tomé nota mental de que nunca debía pedir el traslado a Elazig.

-Soy de Alabama -le informó a Popeye-. Es tan hermoso estar lejos de esos malditos turcos.

Pasaron junto a mi cama y Popeye me silbó. ¿Qué podía hacer yo? Era el único norteamericano del kogus. Debía acercarme y saludar.

-¿Cuánto tiempo te dieron? -me preguntó.

-Treinta años.

- ¡Oh! -me estrechó la mano-. Lo mismo que a mí. De repente me gustó.
-

Bebió con gusto una taza de té que le ofreció Popeye.

Echó una rápida mirada a su alrededor.

-¿Cómo nos fugamos de este agujero? -preguntó en voz alta.

-Shhh -lo intimé-. Cuidado. Estos no son turcos. Son muchos lo que hablan inglés.

Todos entienden lo que dices.

-Ah, sí. -Sonrió y bajó la voz-. ¿Entonces, cómo nos fugamos de este agujero?

Reí. Harvey llevó hacia atrás un mechón blanco que se destacaba entre su pelo castaño.

Tenía tantos deseos de escapar como yo y en pocas semanas llegué a confiar en él; luego le comenté que tenía una lima, una cuerda y los planos de la cárcel. También le hablé de Johann, que estaba en Estambul. De lo único de que no le hablé fue del dinero.

Fuimos al baño y examinamos la ventana con barrotes. Le expliqué mi plan de limar las rejas, salir y trepar al techo, atar la cuerda a la antena y deslizarme por la pared.

-¿Por qué no lo haces? -me preguntó.

-Es un suicidio. El porcentaje de balas es alto. -Bueno, entonces dame los elementos. Lo hago yo.

-No, todavía no. Es la única carta que me queda. Si no consigo el traslado, entonces tal vez...

Tuve la visita inesperada de Michael Griffith. Un rostro radiante, sonriente. Nos estrechamos las manos amigablemente. Venía de Ankara, la capital, donde había estado con el embajador Macomber y un abogado de nombre Farouk Eherem, presidente de la Asociación de Abogados Turcos. Eherem era autor de la Sección 18, Estatuto No. 647, del Código Criminal Turco, donde se afirma que los extranjeros encarcelados en Turquía pueden ser trasladados a cárceles de su propio país. Eherem le había prometido a Mike que intercedería en mi favor ante el Premier Ecevit. Mike creía que pronto ocurriría algo y me contó que un par de detectives de Nassau County se habían ofrecido para escoltarme hasta una prisión de los Estados Unidos. Luego podría obtener la libertad bajo fianza u otro tipo de liberación.

-De manera que todo está programado -continuó Mike-. Todo lo que esperamos es que se completen los trámites finales. Luego nos marchamos a casa.

Hogar. ¿Dónde oí la definición? "Hogar es un lugar donde, cuando tenemos que ir, nos deben aceptar". Robert Frost. Por cierto que tenía que ir..., tanto que podía saborearlo. Tenía el sabor de la carne asada y el puré de papas y la salsa y el maíz y la sandía.

Mis esperanzas eran muchas. Mis expectativas pocas. Después del golpe que significó recibir una condena a cadena perpetua cuando sólo me faltaban cincuenta y tres días de cárcel, había resuelto no volver a creer en la liberación hasta que se hubiese producido. Pero esta vez era difícil no creer. Mike estaba tan confiado. Por fin, después de casi cuatro años largos y horribles, ¿estaba al final de mi condena? Había pagado mi deuda. Era el 10 de julio de 1974.

Tres días después el alboroto empezó cuando estaba haciendo mis ejercicios de yoga. Fue creciendo en intensidad. Se oían voces excitadas a través de las paredes de los otros patios. Entró corriendo un chico que vendía periódicos. Los reclusos se reunieron para leer las noticias. ¡Guerra! Ecevit había ordenado el envío de tropas turcas a Chipre para proteger los derechos de los ciudadanos chipriotas turcos que sufrían la opresión de los griegos. Al menos ésa era la "verdad", tal como la veían los periodistas turcos.

Cada preso, como de costumbre, trató de conjeturar qué podríamos encontrar de bueno

Librodot

en esas noticias. Todos los turcos gritaban pidiendo una amnistía, para poder ingresar en el ejército e ir a aplastar a los griegos. También, nosotros, los extranjeros, estábamos deseosos de ingresar en el ejército turco, pero sólo por el tiempo necesario cómo para poder llegar a la frontera. Harvey Bell y yo consideramos la posibilidad de que los griegos invadieran y tal vez liberaran Estambul. Imaginamos los tanques griegos en el acto de derribar los muros de la cárcel. Sin duda sería un hermoso espectáculo.

Todo terminó rápidamente. Las tropas turcas superaron la resistencia griega. Ecevit se ganó el apodo de "el león" y se convirtió en un héroe nacional. Después de casi dos semanas tuve noticias de Mike, que había regresado a los Estados Unidos. Ahora que la breve guerra daba lugar a una paz relativa, estaba seguro de que Ecevit consideraría una vez más el pedido de traslado y con seguridad ésa sería una época de buena voluntad.

También pensó lo mismo Ecevit, quien estando en la cúspide de la popularidad, renunció y llamó a nuevas elecciones pues suponía que iba a ganar por una vasta mayoría en el Parlamento.

Perdió. El país se tambaleaba en su intento de funcionar sin gobierno.

El gobierno norteamericano tampoco podía ayudarme. Seguí con interés los sucesivos informes sobre el caso Watergate. Con los años había decrecido mi interés en la política exterior. Pero ahora quería estar al tanto de ese momento tremendo de la historia norteamericana.

Los reclusos de otras nacionalidades me buscaban para charlar. Para ellos, Nixon, Agnew, Mitchell y los otros eran como personajes de historieta. Me dolía. Comprendí más que nunca que amaba a los Estados Unidos. No al gobierno sino a su forma de gobierno. El fascismo turco me hizo desear, una vez más vivir en un lugar donde se pudiera decir libremente lo que se pensaba.

Un día, en agosto, oí una noticia. Nadir se me acercó corriendo.

-Nixon -escupió-. Ipnaye pesavek (rufián maricón). Asina covacim (se la meto en la boca).

-¿Qué ocurre?

-No te enteraste. Nixon renunció.

Me senté y empecé a escribirle una carta al ex presidente: "Estimado compañero recluso...".

XXI

Hola Willie.

-Max, ¿qué haces aquí? ¿Se han quedado sin drogas en la enfermería?

Max sonrió. -No. He venido a verte. Allí hay un guardia que por un paquete de

Marlboro me deja ir a cualquier lugar de la cárcel. -Hubo un silencio. -¿Aún quieres salir de aquí?

- Me senté en la cama. -Sabes que sí.

-Hombre, tengo que salir. -De pronto comenzaron a brotar lágrimas de los ojos de Max, que él limpiaba con sus dedos huesudos. -La maldita droga me está matando y también me está volviendo ciego.

- ¿Tienes un plan?

-Creo que puedo sobornar al médico para que me envíe al hospital que está en la calle de enfrente. En la enfermería hay un kapidiye y presumo que puede conseguirme un poco de ácido ¿Podrías ir tú... al... hospital?

-Supongo que sí. Fingiría algo. Pero ¿cómo salimos del hospital?

-Nosotros... ¿qué?

-El hospital Max. ¿Cómo salimos de allí?

-Ah. Me imagino que le hacemos tomar un poco de ácido a los guardias. En el café o en otra bebida.

-Y entonces estamos afuera, en Estambul.

-Sí; lo he planeado todo. Cuando estemos en el hospital les hacemos tomar ácido a los guardias.

-Sí, sí. Luego salimos y después qué?

-¿Qué?

- Una vez que salgamos del hospital, Max.

- Sí, con ácido.

-No. ¿Cómo salimos de Turquía?

-Ah, de Turquía.. .

Hubo un silencio. Max parecía dormido.

- ¿Max?

-Sí. ¿Qué?

-¿Cómo salimos de Turquía?

- ¿Está... eh... Johann... está aún en la ciudad?

-Sí. El nos ayudaría.

-Así que. . . podemos ir a verlo.. .

- ¿A Johann?

-A Johann.

-Max, me alegra que lo hayas previsto todo. Pareces haber planeado hasta el último detalle. ¿Qué ocurre si no podemos meter nada en el café de los guardias?

-... Un arma.. .

-¿Tienes un arma?

-No. ¿Tú?

-Max, pensé que lo tenías todo planeado.

-Willie, ¿no confías en mí?

-Max, confío por completo en tu corazón. -Me guiñó un ojo a través de los gruesos cristales de sus anteojos-. Pero no confío en tu cabeza.

Max se limitó a mirarme. Lentamente, su cabeza se sacudió en señal de asentimiento. La brasa de su cigarrillo había caído sobre su camisa y había empezado a quemarlo.

- ¡Max! ¡Tu camisa!

-¡Oh, Dios! -Max se sacudió la brasa. Otra vez sus ojos se llenaron de lágrimas. -Willie, llega un momento en que uno sabe que nunca lo va a lograr.

Se fue de regreso a la enfermería arrastrando los pies.

Me quedé acostado contemplando el cielo raso. Comprendí que si alguna vez iba a salir de la cárcel, ello requeriría toda la energía de que pudiera disponer. Y debía disponer de toda esa energía en un solo punto, como el farol de un tren que avanza cortando las sombras. Sabía lo que significaba concentrar todas mis fuerzas en esa empresa.

Luego llegó una carta de mi casa.

15 de noviembre de 1974

Billy:

... aquí estoy recordando viejos tiempos. Dicen que ése es un signo de vejez. Estoy bien. Aún sigo siendo la misma. La vida continúa, aunque sea con dolor en el corazón porque mi hijo mayor está lejos. Cariños.

Mamá

La carta me sumió en una depresión tan intensa como nunca había conocido en cuatro largos años. Me dolían las entrañas. Soledad y deseo. ¡Mi madre! El dolor que ella debía soportar.

Tomé la guitarra de Arne.

Yo había empezado a tocar un poco y conocía algunos acordes. Se acercó Harvey. Suavemente cantó algunos viejos blues de Alabama. Elegimos un ritmo simple e improvisamos juntos unas pocas líneas. La canción surgió espontáneamente:

Mmmm... tengo tristeza, nena esa vieja tristeza de Estambul. Dije si, tengo tristeza, nena, esa vieja tristeza de Estambul.. . Treinta años en Turquía, nena ya no me queda nada qué perder. Apresado en la frontera con dos llaves en mis zapatos.

Dije que fui apresado en la frontera, con dos llaves en mis zapatos... Y me dieron treinta años, nena, para que conozca la vieja tristeza de Estambul.

Dije, entonces, Señor sálvame, sálvame. Sálvame de este dolor.

Dije, Señor, ven y sálvame, ven y sálvame de este dolor. Libérame, dulce Jesús,

Nunca volveré a pecar.

Seguimos tocando por un rato. La canción se interrumpió.

-¿Cuánto hace que estás acá, Willie? El conocía la respuesta.

-Cuatro años.

-¿Cuántos veranos?

-Cuatro.

-Cuatro veranos. Esos turcos te están robando tus veranos. Te están robando el sol. Podrías estar tendido en una playa cualquiera con tu mujer a tu lado y un cielo azul y despejado que se extiende hasta el infinito sobre tu cabeza. En cambio, hace cuatro veranos que estás acá. Y ahora llega otro invierno. Dime, ¿se puede recuperar un verano perdido? ¿Se puede?

Lo estuve pensando. Harvey quedó en silencio mientras tocaba algunas cuerdas.

-Está bien -dijo de repente-. Hagámoslo.

-¿La ventana?

-La ventana.

La ventana. De manera que la cosa era ésa, a pesar del alto porcentaje de balas. La lima, los barrotes, la ventana, el techo, la pared, los guardias, las ametralladoras, los reflectores, la cuerda en la oscuridad, Johann, la frontera, el Expreso de Medianoche a Grecia. Sentí que de mi cabeza se levantaba un peso. Tal vez el plan de la ventana me llevara a la muerte. Pero ya estaba medio muerto. Podía dar buenos resultados. Como decía la canción:"... treinta años en

Turquía, nena, ya no me queda qué perder. . . “Salvo la vida.

-¿Cuándo? -le pregunté a Harvey.

-Esta noche -me contestó rápidamente. Según mi horóscopo, éste es el momento ideal ya que Escorpio está en su ascendente.. .

Dedicamos la tarde a ordenar nuestras cosas. Leí mi diario cuidadosamente. Retiré todo el dinero y lo guardé en mis calzoncillos. La lima y la cuerda estuvieron listas en sus escondites. Manché mis zapatillas blancas con tinta negra.

Cepillé mi sombrero de la buena suerte.

A las 2 de la mañana eché una mirada a mi alrededor. Dejé que mi mirada se paseara sobre cada hombre que dormía. Sin hacer ruido me bajé de la cama, con las zapatillas en la mano. Caminé hasta la cama de Harvey, que me esperaba y fuimos al baño, fuera de la vista del resto del kogus.

-Bien, manos ala obra.

Saqué la lima de mi manga y caminé de puntillas hasta la ventana. Lenta y cuidadosamente la pasé sobre el borde de uno de los barrotes y chirrió como una uña sobre un pizarrón. Nos quedamos helados.

Harvey fue a ver qué había pasado en el kogus, pero como nadie parecía haber oído nada, trabajé con cuidado, tratando de mover la lima con lentitud pero haciendo gran presión. El ruido no era mucho, al menos nos pareció. Harvey montaba guardia.

Trabajé nerviosamente. Estaba seguro de que los guardias iban a aparecer en cualquier momento.

-Pensé que habías dicho que esto llevaría cinco minutos -susurró Harvey.

-Me pareció. Algo ocurre con esta lima.

-Déjame probar.

Harvey trabajó durante un rato. El barrote sólo mostraba una ligera marca. La tarea nos llevaría una eternidad.

Trabajamos por turnos. Mientras uno limaba el otro montaba guardia. Cerca de las cinco apenas habíamos penetrado un poco en el sólido metal. Harvey mezcló un poco de masilla de la ventana con ceniza de cigarrillo para cubrir la marca y nos fuimos ala cama.

Más tarde, intentamos descubrir qué era lo que no marchaba y luego al comparar el metal de las camas con el fuerte hierro de las ventanas, comprendí en qué consistió mi error.

Había visto que la lima penetraba con rapidez en el revestimiento de pintura de la cama y supuse que cortaba fácilmente el hierro, pero estaba equivocado. El proceso podía llevar semanas y había que realizarlo en un lugar muy peligroso. Pero Harvey estaba decidido. Los barrotes se hallaban muy espaciados entre sí, con sólo cortar uno podríamos pasar al otro lado. Luego comenzaría la parte más difícil.

Trabajamos dos noches más y logramos cortar casi un tercio del barrote.

-No funciona -le comenté a Harvey durante el día-. Nos llevará semanas y, la masilla no lo cubre bien. Con seguridad nos van a sorprender.

-Mira, escucha bien. Todo lo que tienes que hacer es despertarme. Haces guardia un ratito. Yo limaré. Cuando esté cortado saldremos los dos.

Lo pensé de nuevo.

-Está bien. No me gusta, Harvey. Pero está bien.

Harvey trabajó en silenció pero sin parar, durante tres, cuatro, cinco noches más. El rebelde barrote no cedía y el ruido que hacía la lima impedía trabajar con libertad.

Una mañana Harvey predijo que con una noche más de trabajo estaría listo.

-Pasado mañana -prometió- te invitaré con souvlaki.

¡Arief! "El rompehuesos" había vuelto. Habíamos pensado que nunca volvería después de lo que había ocurrido con Hamid.

El kogus quedó en silencio cuando él entró. Lo seguían varios guardias corpulentos. Necdet se acercó para saludarlo, pero Arief lo miró con gesto adusto.

-El recluso que tiene un mechón de pelo blanco -gruño- ¿dónde está?

Sólo había uno que correspondía a esa descripción. Estaba roncando en su cama, después de una larga noche de trabajo.

Los guardias lo sacaron de la cama. Harvey se quejó y trató de librarse de los brazos de los guardias. Arief le dio un bofetón.

- ¿Queremos la lima! -gritó.

-¿Qué? -contestó Harvey.

Otro bofetón. Harvey cayó en los brazos de los guardias.

Arief lo arrastró al baño. Frotó algunos barrotes hasta que sacó la masilla que cubría uno de los extremos.

-Los chicos te vieron -dijo-. Sabemos que eres tú y queremos la lima.

Harvey se encogió de hombros. ¿Qué podía hacer? Fue hasta su armario y retiró la lima de un pliegue del metal, en la parte posterior.

Arief gruñó satisfecho y los guardias arrastraron a Harvey hacia abajo. En el kogus todos empezaron a pensar en la probabilidad de una fuga por la ventana.

Estuve todo el día con los nervios a cien. Cualquier ruido me hacía saltar.

Traté de concentrarme en la lectura de un libro, pero no pude. Popeye se acercó y empezó a bromear para animarme, pero no le hice caso y se marchó. Me pasé buena parte de la noche mirando el cielo raso.

A la mañana siguiente le deslicé dos paquetes de cigarrillos al guardia de la puerta y conseguí cierta información. Harvey estaba en la enfermería. Con otro par de paquetes conseguí permiso para ir a buscar algo para mi "dolor de cabeza".

Entré y pasé frente a una hilera de pequeñas celdas. ¿Dónde estaba Harvey? No lo vi, y cuando me disponía a regresar vi a un recluso tendido en una cama con el rostro hinchado y amoratado. ¿Quién era ese pobre hombre?

- ¿Harvey! ¿Dios mío! No te reconocí.

- Si, hicieron un buen trabajo conmigo -murmuró entre los labios tumefactos. -Tenía varios dientes sueltos y torcidos. Sus orejas estaban magulladas. -Me preocupa mi hernia. Me patearon en los testículos varias veces. Creo que consiguieron abrirla. Willie, tienes que conseguir que venga el cónsul. Estoy en un gran problema. Necesito un médico. Estos hijos de puta me van a negar la reducción por buena conducta y me llevarán a juicio por intento de fuga. Necesito que venga el cónsul para que presione por la paliza que me dieron. Tal vez podamos llegar a un acuerdo, no sé. Pero si me quieren cagar, bien, yo voy a cagarlos a ellos.

- Te pidieron mi nombre, ¿verdad?

- Sí, ¿cómo te enteraste?

-Oí que Necdet hablaba con el guardia. Dicen que los chicos vieron a alguien más en la ventana. Gracias. Harvey.

- Bueno, ¿qué iba a hacer, darles tu nombre? -consiguió sonreír con los labios hinchados. Hizo un gesto de dolor. Pero por lo menos golpeé a ese rufián de Arief en la boca antes que se apagaran las luces. ¿Lo has visto?

- No, pero me han dicho que tiene un bulto enorme bajo el ojo.

-Eso es algo. Escucha, Willie, ponte en contacto con el cónsul. Creo que los turcos van a mandarme a alguna pequeña cárcel perdida. Temo lo que pueda ocurrir.

-Lo buscaré, Harvey.

-¿Por qué no te haces un favor a ti mismo y te marchas de esta cárcel mientras puedas? Este lugar es siniestro.

-Es cierto.

Dos días después Harvey fue enviado silenciosamente a Adana, la misma cárcel del sudeste de Turquía donde estaban Robert Hubbard, Jo Ann McDaniel y Kathy Zenz.

Lenta, lentamente fui reuniendo las lecciones de esos cuatro años. Pensé mucho en Weber y en Jean-Claude, los dos extranjeros que habían escapado de Sagmalcilar. Ellos habían enfrentado el problema directamente, con toda energía. Ambos habían tenido el

cuidado de no confiarse en los otros prisioneros. Habían planificado bien. En lo que concernía a la administración de la cárcel, ninguno de los dos se había mostrado interesado en la fuga. Weber había hecho toda una carrera en la institución. Jean-Claude había tenido "tuberculosis". Ahora los dos estaban libres.

Estaba claro que yo debía ser trasladado a otra cárcel si quería intentar la fuga. Eran muchos los guardias y los presos que sabían que, a pesar del tiempo transcurrido, no me había acostumbrado a la rutina. Me observaban. Debía procurarme un nuevo ambiente donde pudiera trazar con calma mis planes. ¿Pero dónde? ¿Cómo?

Entonces llegó la ayuda del propio gobierno turco. Suleiman Demirel consiguió reunir un gobierno de coalición. Se mostró comprensivo al pedido de los traficantes. Se los había privado de siete años en la amnistía anterior. Prometió trabajar en el Parlamento para otorgarles estos siete años extras. En mayo, el Parlamento turco reunió votos suficientes para aprobar una amnistía adicional de siete años. Popeye nos abandonó. Sonreía y silbaba ante la perspectiva de una noche en la ciudad. Ocurriera lo que ocurriese, después de esa noche, decía, no le importaba. Una vez más la partida de un amigo hizo nacer en mí emociones ambivalentes. Me alegraba por Popeye, pero estaba triste por mí.

La amnistía reducía a tres años y medio más el tiempo de mi condena. Mi fecha de liberación era el 7 de octubre de 1978. Eso era muy bueno y no tenía intención de rechazarlo, pero tampoco me proponía esperar esa fecha. Lo que en realidad significaba la amnistía para mí era la posibilidad de obtener el traslado a la isla. Willard vino a verme y me ayudó a completar los formularios.Pedí Imros, la cárcel semiabierta de mis sueños. Había una probabilidad mínima. Como segunda elección puse Imrali, donde Charles había cumplido su sentencia.

XXII

14 de julio de 1975 Gente:

Aquí estoy en la isla de Imrali, escribiéndoles esta carta al aire libre, bajo un cielo celeste. Me maravilla la naturaleza que me rodea. Altos árboles al viento. El agua cubierta por espuma blanca. Una bahía en forma de herradura y una bruma azulada sobre el horizonte lejano, donde el azul oscuro del Mármara se encuentra con las montañas asiáticas.

La cárcel se reduce a un grupito de viejos edificios que en el pasado deberían formar un pueblecito. Hay dormitorios, con pisos de madera crujientes y camas de metal. Un poco sucias, pero eso ya no molesta. Estoy en una habitación con otros treinta tipos. La atmósfera aquí es muy distinta a la de Sagmalcilar. A todos los reclusos les queda poco tiempo para terminar sus condenas y tienen antecedentes bastantes buenos... no se ven las riñas ni las luchas con arma blanca tan comunes en el otro sitio.

Llegué aquí un viernes, que es nuestro día de descanso. ¿Pueden creerlo? ¡Nado en el mar! Después de cinco años de lavarme en una pileta, nado en el mar. Es increíble.

Trabajo en la fábrica de conservas, un viejo edificio equipado para procesar toda la variedad de frutas que se cultivan aquí y en otras partes. El primer día de trabajo quitamos los

Librodot

cabitos de cuarenta millones de frutillas. No podía creerlo. Cinco años sin probarlas y de repente tenía todas las frutillas que pudiese comer. Después de tres horas de limpiarlas y engullirlas tuve que irme corriendo al baño. Pero fue fantástico. Ahora trabajo con una máquina: un trabajo de chinos. Hago las tapas de metal para las latas que usamos para la conserva.

Estoy bronceado, no mucho pero sí lo suficiente como para que me sienta bien. Ayer y hoy estuve, tendido en la playa de doce a dos. No como de la comida que dan. Nos permiten caminar por la isla, de modo que me alejo por la playa hasta una brazo de la bahía donde puedo estar solo. El mar y yo. Es tan agradable estar solo, lejos de la gente por primera vez en cinco años, tenderme en silencio al sol y escuchar a las gaviotas.

Dicen que aquí los inviernos son muy fríos. Pero ahora puedo soportar todo. Será el pequeño precio que deberé pagar por la libertad de movimiento, para no mencionar la oportunidad... Habrá más de esto en próximas cartas, cuando esté más familiarizado con el lugar. Aún estoy conmovido por esa foto de todo el clan. Abuelita parece que estuviera rejuveneciendo. Papá, me pareció tan extraño enterarme de que tuviste que podar los árboles del fondo para que entrara el sol. Pensé ¿qué árboles? Luego recordé que los árboles crecen mucho en cinco años. Como la gente.

Lillian debe estar de regreso en North Babylon para el 24 de julio. Le pedí que fuera a visitarlos. Ella podrá contarles muchas de las cosas que les he escrito en mis cartas. En realidad no sé qué será de mi vida en el futuro. Pero Lillian me ha acompañado en los momentos más difíciles. Me pregunto cómo sería si pudiésemos estar juntos en tiempos de tranquilidad. Parece que hubiese aprendido algo acerca de amar y de dar mientras estuve aquí. . . demasiado tarde para Kathleen, pero para Lillian, sí, para Lillian, ¿quién sabe? De todas maneras, tengo para tres años más aquí. Tal vez. Escribiré la semana que viene, cuando conozca esto un poco mejor. No se preocupen.

Cariños para todos,
Billy

Al principio, parecía el paraíso. Comparada con Sagmalcilar, lo era. Pero las torres de la guardia en la entrada del puerto me recordaban que era una cárcel. De noche el haz de los reflectores recorría la playa. Había patrullas. A pesar del cielo azul, al poco tiempo me invadió el gris de la tristeza. Si debía estar en una prisión, prefería estar aquí. ¿Pero debía estar en una prisión?

Max dijo que nunca podría escapar de Imrali. En sus cartas, Charles creía que era posible. Sula bula.

Mientras paseaba la vista sobre las tranquilas aguas del mar de Mármara, supe que podía. El Mármara es un mar interior que atraviesa la parte noroeste del país entre el mar Negro y el Egeo. La costa norte es Europa, la del sur es Asia. Imrali es un arco de tierra que está a unos treinta kilómetros de la costa sur. Una corriente rápida circula alrededor de la isla y sigue hacia los Dardanelos.

El agua estaba tan calmada esos primeros días que pensé que podría nadar los treinta kilómetros hasta la costa. ¿Pero entonces qué? Aún estaría en Turquía, más lejos que nunca de Grecia. Observé con atención el mapa de Turquía. Bursa era la ciudad más grande entre las cercanas. Desde allí podría tomar un ómnibus hasta el norte de Estambul. ¿Podría contar aún

Librodot

con Johann para que me sacara del país?

Cada viernes un ferry procedente del continente llegaba a Imrali. Traía unos pocos reclusos nuevos o visitantes. A la semana siguiente de mi llegada a la isla el ferry me trajo a dos visitantes inesperados, que me dieron gran placer. Uno era Mike Griffith, mi abogado de Long Island y el otro era Joey, que sonreía bajo su bigote.

El viernes era nuestro día libre, nadie trabajaba. Los presos que tenían visita se sentaban bajo la sombra de un pequeño jardín. -Nunca he visto tantas moscas- se quejó Mike mientras las espantaba con ambas manos.

Reí.

-Creo que ni las noté. Te olvidas de cosas como ésas- después de vivir con ellas durante cinco años.

Joey me ofreció un cartón de cigarrillos. No recordaba que yo ya no fumaba.

-¿Cómo lo estás pasando?- me preguntó.

-Estoy bien. Voy a nadar todos los días.

-¿Hablas en serio?

-Sí.

-¿En qué se está convirtiendo la cárcel? -preguntó mientras miraba a su alrededor. Joey tenía un empleo como ayudante en un barco de turismo que navegaba por el Bósforo.

Mike abrió su portafolios y me mostró una pila de papeles legales.

-Tu padre y yo hemos estado conversando, Billy. Los dos sabemos cuál es el tren que esperas. No queremos que te metas en problemas.

Me encogí de hombros. -Tendré cuidado.

-Billy, ésta es la última parada para cargar combustible antes de seguir viaje. El traslado está preparado. Si tú nos permites utilizarlos creemos que esos certificados médicos, los informes psiquiátricos, bastarán para persuadir al gobierno turco a que autorice el traslado. No queremos que lo eches todo a perder intentando algo estúpido acá.

-Claro, ¿por qué no? Usa esos papeles. Estoy dispuesto a todo con tal de volver a mi casa.

Mike se tranquilizó.

-¿De modo que tendrás paciencia y esperarás?

-No te prometo nada, Mike.

La mañana pasó demasiado rápidamente. Me llenaba de alegría poder estar sentado bajo la sombra, conversando con mis amigos. Pero cuando Mike se excusó para ir al ba ño, Joey y yo cambiamos de tono.

-¿Qué necesitas? -me preguntó.

-Una lancha Joey, con una lancha será muy fácil. Puedo vagar por la isla todo lo que desee hasta las diez de la noche.

-Veré qué puedo hacer. Podría llevarme algún tiempo organizarlo.

-Apúrate, Joey. Estamos en julio. Tengo que marcharme antes que haga frío. Charles me comentó que el mar se pone muy fiero en invierno.

-Está bien. Te escribiré.

Mike volvió.

-Uf, qué baño hediondo. ¿Cómo puedes soportarlo?

Eché la cabeza hacia atrás y reí. Mike parecía intrigado.

-Mike, el ministro de Justicia va a venir mañana en visita especial. Ayer limpiaron ese baño. Está muy limpio hoy.

-Uf. Me alegra no haberlo visto cuando estaba sucio. Además, no había papel.

-Ellos no usan papel.

-¿Qué demonios usan?

-Los dedos. Agua y...

-Basta. Suficiente. No volveré a ir al baño hasta que esté de regreso en el Hilton.

Volvió el ferry. Era hora de que mis amigos se marcharan. Mike se volvió hacia mí antes de subir.

-Escucha, Bill. Te lo pido por favor. No salgas de esta isla. Dame una oportunidad. Vas a echar a perder el traslado. Te cargarán diez años más. Podrían dispararte.

-Mike, ¿por qué hablas de fuga? ¿Crees que no voy a aprovechar este hermoso pacto?

-Billy, está escrito en tu rostro.

Baje la voz.

-Mike, tú has hecho mucho por mí. De no ser por la mala suerte, ya habrías conseguido mi traslado hace tiempo. Por favor, sigue esforzándote por mí. Haz lo que tengas qué hacer. Pero yo voy a hacer lo que tengo qué hacer.

Me dispuse a esperar. Cualquiera fuese el que llegara primero, Mike o Joey, me daba lo mismo. Pero después de cinco años de decepciones con el gobierno turco, me quedaba poca fe en el traslado. La fuga había llegado a parecerme la mejor salida.

Los otros presos supusieron que me limitaba a esperar que los gobiernos de Turquía y

de los Estados Unidos firmaran un acuerdo sobre armas que allanara el terreno para mejores relaciones diplomáticas. Esto facilitaría mi traslado y con esa posibilidad tan próxima no había motivos para que nadie sospechara sobre mis planes de fuga. Esto era lo que yo quería aparentar. Recordé a Weber y a Jean-Claude.

Me ofrecí como voluntario para realizar los trabajos más pesados. Durante todo el día cargaba sacos de cincuenta kilos de habas, que llevaba de la planta a los camiones que los transportarían. Consumía toda mi energía, pero sentía el vigor que iban adquiriendo mis músculos, que durante cinco años casi no había podido utilizar. En las dos horas del mediodía me obligaba a mí mismo a nadar y al atardecer corría kilómetros por senderos intransitados.

Todos los viernes esperaba con ansiedad el ferry que traía la correspondencia. Esperaba noticias de Mike y Joey.

Pasaron las semanas. No hubo más que silencio por parte del mundo exterior. Luego llegó una carta de mis padres. Descubrí las lágrimas entre líneas. Papá me rogaba que esperase el traslado. Aunque el traslado no llegara, decía papá, debía conservar mi paciencia. Sólo me quedaban tres años, recordaba, y pronto serían sólo dos. Luego empezaría la cuenta regresiva desde el último año y estaría libre.

Mejor que diez más, mejor que ser abaleado, insistía.

Esos razonamientos los había hecho yo mismo hacía tiempo. Comprendí que nadie podía saber cómo me sentía, a menos que también hubiese pasado cinco años de encierro. Le contesté a papá que no me movería antes de estar seguro de que el carril estaba despejado en todo el recorrido hasta casa.

Pasaron las semanas. Finalmente llegó una tarjeta postal de Joey. Iba a venir a visitarme el próximo viernes. También había una nota de Mike Griffith. Creía que el traslado se produciría en cualquier momento. "Quédate quieto", me escribía con mayúsculas.

Joey vino el día de visitas.

-Puedo conseguir la lancha -comentó. Pero hay que reparar el motor. Necesito dinero.

-¿Cuánto?

-Cuarenta o cincuenta mil liras, tal vez.

Fui a mi dormitorio y volví con mi diario para, mostrárselo a Joey. Lo leímos atentamente durante horas. Joey se marchó con casi dos mil dólares escondidos en la manga. Me dijo que vendría a visitarme la próxima semana. Entonces concederíamos los últimos detalles.

Esa noche se desencadenó una tormenta repentina. Trepé a un farallón de 30 metros de altura para observar cómo el mar rompía contra los viejos muelles de madera. ¡De pronto el puerto empezó a llenarse de lanchas! Los pescadores que vivían en el continente, sorprendidos en mar abierto, traían sus embarcaciones a puerto para escapar de la tormenta. Las lanchas pesqueras eran demasiado grandes y voluminosas para que las manejara yo solo. Pero cada una arrastraba un chinchorro detrás. ¿Podría remar treinta kilómetros hasta el continente? ¿Durante una tormenta?

Un extraño silencio descendió sobre Imrali. Durante semanas no tuve noticias de Joey, ni carta de Mike. Nada. ¿Me habría abandonado Joey? ¿Habría descubierto Mike que el traslado no era más que otro tren sin destino?

Una mañana me desperté temprano para practicar yoga. Había algo diferente, cierta frescura en el aire marino. Lo noté de inmediato. El primer indicio del otoño. Pronto llegarían las tormentas del invierno. Si me demoraba más, quedaría atrapado por otros seis meses. No podía soportar otro invierno.

Cinco años antes me había metido en ese lío. Durante cinco años esperé que mi familia, mis amigos, mis abogados me sacaran. Había cumplido veintiocho años. Tal vez ya fuera la hora de arreglar ya mis propios asuntos.

-Es hora -le dije al aire de la mañana-. Es hora.

XXIII

8 de septiembre de 1975

Papá:

No sé si ésta será la última carta que te escriba. Espero día a día que se den ciertos factores climáticos con los que se completará el plan que me he trazado. Te lo explicaré. un poco mejor: como ya lo hemos hablado antes, existen ciertas ventajas en el hecho de mantener simultáneamente en movimiento tantos trenes como sea posible. Por el carril del centro, con velocidad indefinida, va ese tren del traslado. Las circunstancias siempre lo desvían de su trayecto. Es decir, por dos años ha estado traqueteando. Tal vez llegue a su destino uno de estos días. Pero ahora está ese tren que he estado observando aquí, en el carril más alejado y que no puede seguir en movimiento mucho tiempo sin que el frío del invierno lo bloquée. Y la primavera está demasiado lejana después de cinco años. Sé que no podrás comprenderlo y con seguridad no estarás de acuerdo con la lógica de tres seguros contra trece posibilidades. No creas que no he considerado la angustia de los seres queridos, heridos por el descarrilamiento. Lo 1 he pensado. Pero tengo que ponerme en marcha. . . para poder tomar ese tren.

No te angusties ni escribas cartas para convencerme de lo contrario. Estoy en la estación, esperando, como tú.

Cariños a mamá, a ti y a todos,
Billy

Por la noche, después del trabajo, corrí al dormitorio a hacer preparativos, mientras los otros reclusos iban a comer. Me puse ropas oscuras: pantalón vaquero, las zapatillas que había teñido para mi fuga por la ventana con Harvey Bell. Tomé mi valioso mapa de Turquía, ya roto de tanto manoseo, y lo envolví con papel encerado. Luego lo guardé en mi bolsa de cuero, junto con mi libreta de direcciones. Conté el poco dinero que me quedaba y maldije a Joey que se había llevado casi todo. Ahora sólo tenía unos cuarenta dólares en liras turcas.

Librodot

Puse el dinero en mi billetera y ésta en la bolsa. Aseguré la bolsa a mi lado y me puse el suéter azul marino de cuello alto.

Fui hasta la ventana y miré a ambos lados para asegurarme que no venía nadie. Tenía terror de que me sorprendieran con el cuchillo. Tener un arma era un delito muy grave. Lo había robado en la fábrica de conservas. Era corto y puntiagudo, del tipo que se usa para pelar fru(a, y su mango de madera estaba deteriorado, apenas sostenido por gastados tornillos. Lo había escondido debajo de una piedra en la huerta y el día antes lo había llevado a mi cama. Todas las noches, durante el sueño, tuve conciencia de que debajo del colchón estaba oculto ese cuchillo prohibido. Al fin lo envolví en papel y lo coloqué en el bolsillo de mis pantalones. Luego me puse mi sombrero de la buena suerte.

No podía sentarme simplemente en el muelle a esperar que apareciera una lancha. El plan era éste: sobre una leve colina junto al puerto estaba el área donde se procesaba la pasta de tomate. Se utilizaban cinco grandes depósitos de cemento para almacenar la pasta. Sabía, por haber trabajado allí, que el depósito del extremo estaba vacío y que podía ocultarme en él cada noche cuando el tiempo pareciera apropiado. Desde allí me sería posible vigilar el puerto sin que me vieran los guardias de la patrulla. Más tarde o más temprano otra tormenta estallaría sobre el Mármara y aparecerían las lanchas.

Esperé hasta que oscureció. Luego di un paseo por uno de los senderos. Eso era normal. Un preso más que salía a gozar de la naturaleza. Mi camino me llevó hacia los depósitos de pasta de tomate. Miré a mi alrededor, revisé el depósito vacío y luego entré de un salto.

Estaba frío y oscuro. Me acurruqué en el fondo. Sobre mi cabeza, el cielo iba adquiriendo una tonalidad cada vez más oscura. A veces observaba el puerto, en realidad sin esperanzas de ver lanchas. Pero esperaba.

Oí pasos, era el rítmico andar de un guardia. Me quedé inmóvil. Si se le ocurría mirar adentro, ¿qué podía decirle? Pensé en el cuchillo. Recé para que no se detuviera. Pasó de largo.

Esperé sin moverme hasta las 9.45. Esa noche no sería. Salté del depósito y me apresuré a volver al dormitorio antes del toque de queda. Nadie nos contaba hasta por la mañana, pero no deseaba correr riesgos.

Observé y esperé toda una semana. Fueron días cálidos seguidos por noches serenas.

El 2 de octubre, me desperté con el ruido del viento y la lluvia que golpeaban contra la ventana del dormitorio. Miré el cielo gris y mi corazón empezó a latir de prisa. Supe que ése era el día. Trabajé frenéticamente hasta la hora del almuerzo y luego corrí hacia el puerto. Una media docena de lanchas pesqueras habían echado el ancla. i Otras se iban acercando! Sólo bastaba que la tormenta siguiera hasta después del anochecer.

Trabajé menos esa tarde, tratando de ahorrar mi energía para lo que esperaba que fuese toda una noche remando. A las 5.30 los guardias consideraron terminada nuestra jornada. La lluvia había cesado, pero el cielo se veía oscuro y bajo, y el viento era fuerte. Corrí hacia el puerto. El mar estaba agitado. Había lanchas por todas partes. Fui a prepararme.

Cuando la oscuridad cubrió la isla de Imrali, trepé al depósito de pasta de tomate. Mi corazón latía con fuerza a causa de la ansiedad. Un reflector de la cárcel iluminaba el área como era habitual. Pero ahora yo conocía el recorrido de su haz. En la pared del depósito se formaban extraños dibujos cada vez que el haz pasaba por encima. Había luces en las lanchas

Librodot

que estaban en el puerto oscuro.

Quería esperar hasta después del toque de queda. Entonces podría estar seguro de que no habría otros presos allí cerca. Me acuclillé y esperé. Nadaría hasta la lancha pesquera más alejada y desataría el chinchorro. Luego remaría hacia la costa asiática.

El tiempo transcurría lentamente. Tenía ganas de orinar, me arrastré hacia un extremo alejado del depósito. La orina se mezcló con los charcos de lluvia, luego empezó a correr por el piso y se acumuló en el rincón donde yo había estado acuclillado. Si cambiaba de posición estaría más expuesto a la patrulla. De modo que me acuclillé sobre el líquido. El olor casi no me molestó.

Ahora el tiempo se hizo lento. Tenía la sensación de estar esperando desde hacía días. En mi reloj vi que eran las ocho en punto. Traté de aflojar la tensión. Mis pensamientos volaron hacia todas las cosas que haría cuando estuviese en libertad. Pensé en Lillian, en mamá y papá Me imaginé caminando por la calle de una ciudad, cualquiera que fuese como un hombre libre. Estaba tan cerca. Debía conseguirlo.

¡Un ruido! Eran pisadas, pero no me atreví a respirar. Un guardia caminaba hacia las cabinas. Oí que se detenía junto al lugar donde yo me hallaba oculto. Una luz, anaranjada y brillante, apareció en lo alto, vaciló en el viento y desapareció. El guardia tosió y luego continuó su marcha.

Volvió a llover. Me empapé. El viento era glacial. Me acurruqué en el fondo del depósito y esperé.

Por fin mi reloj indicó las 10.30. Asomé la cabeza sobre la parte superior del depósito y escuché. Los ruidos de la tormenta llenaban la noche. Respiré profundamente un par de veces y elevé una pierna sobre el borde del depósito.

¿Qué era eso?

Con rapidez me dejé caer dentro del depósito. Me acurruqué contra la pared. Un perro ladró en la distancia. Pensé en la torre del guardia y en sus ametralladoras.

Esperé otros diez minutos mientras escuchaba. Una vez más asomé la cabeza por encima del depósito y miré a través de la intensa lluvia. Luego levanté una pierna. Me pareció oír un ruido y volví a dejarme caer adentro, mientras temblaba de miedo.

Pensé que debía ser mi imaginación. Mis manos temblaban. Me pregunté si realmente tendría el valor suficiente para llevar a cabo el plan.

Por tercera vez reuní mi coraje. Respiré profundamente varias veces.

-Está bien -me dije-. Vamos.

El terreno que me separaba del puerto estaba cubierto con una mezcla de piedras rotas y pulpa de tomate podrido y la tierra barrosa estaba llena de charcos. El fango me fue cubriendo a medida que me arrastraba sobre el vientre. Ahora estaba expuesto a la luz del reflector. Cada vez que pasaba me hundía todo lo posible en el fango y permanecía inmóvil.

Fui avanzando lentamente. Ahora venía la parte difícil. Los primeros cincuenta metros

de agua estaban frente a la torre de guardia; podía ver a un soldado que manejaba el reflector y a otro que se paseaba con una ametralladora. Me sentí agradecido por el ruido del viento y las olas, pero aún así debía tener cuidado.

Me hundí en el agua fría. Por encima de mí, el haz se deslizaba sobre el puerto. Empecé a alejarme de la costa. El corazón me latía con fuerza porque sabía que mi fuga, tanto tiempo soñada, había comenzado y ya no me podía volver atrás. Me la había jugado.

Nadé con lentitud, temeroso de hacer ruido. Las ropas mojadas me pesaban. Una ola me golpeó en la cara y me hizo tragar agua salada. Reprimí la tos. El temor de que las balas traspasaran mi espalda me hizo poner tenso.

Nadé de frente para que sólo mi cabeza sobresaliera del agua.

Cuando ya no podía seguir nadando sin descansar, me detuve y miré hacia atrás. Las luces del puerto parecían lejanas. Adelante se veían los faroles movedizos cada uno de los cuales indicaba una lancha pesquera. Nadaría hasta la más apartada.

Luché contra la tormenta. Varias veces me detuve para controlar mi situación y aspirar aire. Luego me dirigí hacia la lancha pesquera más lejana.

Ahí estaba, con un pequeño chinchorro atado detrás. ¿Resistiría la travesía? Tenía que resistir.

Me icé sobre un lado del chinchorro. Ese esfuerzo consumió toda la fuerza que me quedaba. Exhausto, me dejé caer sobre las tablas mojadas del piso. Estuve tendido así por varios minutos. Temblaba de frío y trataba de normalizar mi respiración. Luego levanté la cabeza lentamente hasta que pude ver sobre el costado del bote. Estudié la costa. Esperaba ver una lancha patrullera buscándome, pero no advertí que luz alguna me siguiese.

Un extremo del chinchorro estaba cubierto, de modo que ofrecía unos noventa centímetros de refugio. El resto estaba al aire por completo. Busqué los remos en la oscuridad y los encontré. Eran gruesos y pesados. De pronto se oyó el ruido de una ventana que se abría sobre mi cabeza. Me quedé seco. Más arriba del lugar donde yo estaba, un pescador turco se aclaró la garganta y escupió al agua.

Mi corazón se detuvo.

La ventana volvió a rechinar sobre sus goznes y se cerró.

Lentamente me fui deslizando bajo la cubierta del bote. Me estremecí al sentir un charco de agua fría. Me ovillé todo lo posible pero mis piernas aún quedaban fuera. Deseaba salir de allí antes que el pescador volviera a abrir la ventana.

Miré la parte interior de la cubierta. Sobre mi cabeza alcancé a divisar un gran nudo, que correspondía al extremo de la cuerda que unía el chinchorro a la lancha. El nudo era grueso y apretado, difícil de deshacer. Busqué el cuchillo en mis pantalones, que estaban empapados y se adherían a mis piernas. Por fin lo encontré. La cuerda estaba mojada y era resistente. El cuchillo la cortaba con una lentitud angustiante. Corté hasta que los músculos empezaron a dolerme y mis brazos y mi espalda se llagaron al rozar contra los listones del chinchorro. Necesitaba imperiosamente toser y el esfuerzo por contener los espasmos me destrozaba el pecho. Un frío húmedo se asentó en mis pulmones. Continué mi tarea con los dedos entumecidos. De pronto sólo quedaron unos pocos hilos por cortar. Me detuve una vez más y miré a mi alrededor. Escuché, respiré hondo y corté los últimos hilos.

El nudo cayó. El extremo cortado de la cuerda tembló y se elevó un par de centímetros por el agujero de la cubierta. Luego pasó todo por el orificio y desapareció.

¡El chinchorro estaba suelto!

Navegaba a la deriva. Tan silenciosamente como pude me arrastré hacia el centro del chinchorro y me ubiqué en el asiento. Miré hacia afuera. ¡Estaba derivando hacia la costa de la cárcel! Aferré los frenos y descubrí que no había dónde encajarlos, por lo menos el lugar no estaba a la vista. Ahora no había luz. Mi mano tocó algo de cuerda en el centro de un remo. Tenía forma de ocho. Comprendí que los agujeros debían encajar sobre algo. Palpé la borda y encontré cabillas en los lados del bote, en las que calzaban los agujeros de la cuerda de los remos.

Ahora me aniquilaba, con un susto mortal, porque el chinchorro no sólo derivaba hacia la costa sino también hacia el casco de otra lancha pesquera. Coloqué los remos en posición y empujé. Un remo no tocó el agua, el bote se sacudió y yo me deslicé del asiento. La segunda lancha pesquera se veía más grande. Me ubiqué otra vez en el centro del asiento y ajusté los remos hasta que noté que ambas hojas estaban en el ángulo justo. Luego. volví a remar y la deriva se hizo más lenta para cesar en seguida. El bote comenzó a moverse en la otra dirección.

Resultaba duro remar. El mar picado me hacía sacudir. A menudo los remos no conseguían morder el agua. Debía cambiar mi posición con rapidez para evitar ser despedido del asiento mojado. Trabé mis pies en el fondo del chinchorro y después de varios minutos conseguí bogar con ritmo.

Ahora tenía que conducir con cuidado el chinchorro dentro de la bahía en forma de herradura. Había grandes rocas en la línea de rompiente y más lanchas pesqueras ancladas hacia el sur. Tenía que encontrar una ruta para el chinchorro, que eludiera ambos obstáculos. La lluvia caía con fuerza, impulsada por el viento. Su violencia me atemorizaba. Pero la lluvia también me protegía.

Mis músculos estaban fortalecidos con los ejercicios de yoga y mi trabajo con las bolsas. Remaba con ahínco. Lentamente desapareció de la vista el extremo de la isla.

Observé las luces del puerto. Se reducían a un grupito en la oscuridad de la noche.

Debía seguir una ruta en línea con las luces y el borde de la isla. Si perdía de vista las luces, eso significaba que me había apartado. Luché contra el viento para mantener el bote en línea.

La corriente era mucho más fuerte en mar abierto. Empujaba el chinchorro hacia la izquierda. Las olas lo golpeaban de costado. El viento me tiraba un rocío salado a los ojos. Muy pronto me sentí agotado. Las luces de la isla se habían convertido en un único punto cuando dejé de bogar y controlé mi posición. Detrás de mí, a través de la tormenta, estaba la parte continental de Turquía. A treinta kilómetros el sur.

Remé hasta que creí desmayarme. Volví a controlar la nave. ¿Veía luces en dirección de tierra? Miré otra vez y no vi ninguna. Seguí remando. Otra mirada: ¡luces! Tres pálidas luces. Pero estaban hacia un lado. El viento me desviaba de mi ruta.

Me invadió una oleada de autocompasión. Aflojé las manos. Uno de los remos dio con

la corriente. Se zafó de la cabilla y casi se me escapa de la mano. Arrojé ambos remos al fondo del chinchorro. La pequeña embarcación quedó a merced de las olas.

¡Esto nunca iba a resultar! Podía llevarme días bogar hasta la costa si no me ahogaba antes. Empecé a sollozar. Me aseguré al asiento y me quedé quieto por un momento. El chinchorro se elevó sobre una oleada. Quedó suspendido por un instante y luego se deslizó por el otro extremo. Otra gran ola pasó debajo de mí. Una vez más el bote subió y bajó. Me sentí aterrado.

Pero era una extraña clase de temor. Podía morir ahí, en el mar abierto, pero al menos moriría libre. Sólo la palabra me daba nuevas fuerzas. ¡Libre! ¡Era libre! Las luces de Imrali se habían desvanecido a mis espaldas. Por primera vez en cinco largos años me hallaba más allá de los límites de la prisión. Mi corazón dio un brinco. ¡Era libre! Todo lo que necesitaba era seguir vivo. Terminar esa travesía en bote y apoyar mis pies en tierra firme.

Tomé los remos y reanudé la tarea. Trabajé furiosa mente mientras devolvía el chinchorro a su ruta. Conseguí retomar el ritmo. Canté en voz alta mientras me esforzaba:

"Si me apresan...
Me castigarán...
Me matarán...
Si lo logro... Soy libre...
Soy libre...
Soy libre. . ."

Había esperado cinco años ese momento. No iba a ceder ahora. ¡De ninguna manera!

La corriente me seguía arrastrando hacia el oeste. Remé con el brazo derecho redoblando la fuerza, en un intento por recuperar la ruta hacia las tres luces pálidas.

Canté, grité y maldije en turco y en inglés.

Pasaron las horas en una espera, oscura y húmeda. Me dolía la mano derecha donde, hacía tiempo, Hamid me había golpeado con la vara de falaka. Más tarde me dio un calambre. Tenía llagada la piel de ambas manos y el agua salada me hacía estremecer de dolor.

Dejé de remar y coloqué con cuidado los remos dentro del chinchorro. Los dedos de mi mano derecha no respondían. Debí separarlos del remo con la mano izquierda. Tomé mi pañuelo empapado y lo envolví alrededor de ella. Apreté el nudo con los dientes.

Otra vez a bogar. Lo hice con firme determinación. Todo lo que importaba era seguir adelante, mantener el ritmo. Mi cuerpo ya no se quejó más, había superado el dolor. Gozaba con el movimiento. Era libre.

Las luces estaban más cerca. Lo lograría. Hasta el mar empezó a colaborar. La tormenta parecía amainar. Un primer asomo de luz azulada tiñó el cielo hacia el este. Otra hora.

El remo rozó algo. Luego el fondo del chinchorro tocó arena. Una pequeña ola elevó el bote y lo hizo avanzar unos pocos centímetros más hasta que volvió a dejarlo caer. Me incliné

hacia un lado y descubrí que habría unos treinta centímetros de agua. Corrí a la playa y me arrodillé.

Pero aún estaba en Turquía.

Mi próximo objetivo era la ciudad de Bursa. Sabía por el mapa que estaba cerca de la costa, hacia el noroeste. Tenía unos 250.000 habitantes. Podía ocultarme allí. Desde Bursa podría viajar a Estambul. Luego, Johann. El me escondería por un par de semanas hasta que cesara la búsqueda.

¡La búsqueda! El sol que salía me recordó que los pescadores pronto se levantarían. Uno de ellos, cuando abriera la ventana para hacer una gárgara matinal, vería que faltaba su chinchorro. Les llevaría poco tiempo ir con el cuento a los guardias de la prisión. Debía actuar con rapidez.

Mi reloj aún funcionaba. Eran más de las cinco. Me levanté y respiré profundamente el aire salado. Luego empecé a trotar hacia el sol. La cálida luz anaranjada me dio nuevas fuerzas. Frente a mí se extendía la desierta costa norte de Asia Menor. Esa era la mañana más hermosa de mi vida.

Seguí corriendo. Debía estar cansado. Tenía hambre, pero mis piernas no se cansaban. Cada paso me alejaba más de la cárcel. ¿Cuánto tiempo me quedaba? ¿Cuándo encontrarían el chinchorro?

Corrí y corrí. La costa seguía siendo salvaje y desierta. El sol secó mis ropas. Mi rostro y mis brazos estaban cubiertos de sal. La boca me ardía.

Por fin llegué a un enorme afloramiento de rocas que terminaba en el mar y bloqueaba la playa. Me metí en el agua hasta la cintura y fui caminando alrededor de las rocas. Cuando hube pasado las rocas vi lo que parecía un pueblo moderno entre las sierras que estaban al frente, un extraño grupo de edificios ahí, en esa zona despoblada. Vi las tres torres. ¿Sería las tres luces que había visto durante la noche?

¡Oh, no! ¡Un campo del ejército!

Volví a meterme entre las rocas. Regresé por donde había andado y continué por tierra, al amparo de los bosques. Caminé haciendo un Amplio círculo para eludir la base militar.

Otra hora de marcha. Sabía que debía tener cuidado. Con seguridad ya se habría dado la alarma. ¿Por qué no me había afeitado mi rubio bigote antes de marcharme? Debí haber traído betún o alguna otra cosa para cambiar cl color de mi pelo.

Llegué a campos cultivados. A la distancia divisé a unos pocos campesinos que trabajaban. Al doblar un recodo apareció una aldea.

Debía tener cuidado.

Seguí un camino de tierra, que al entrar al pueblo se convertía en una calle empedrada. Un anciano de espesa barba gris estaba acuclillado contra una pared. Fumaba su pipa.

-Debo llegar a Bursa -dije.

El anciano me miró., Yo era turista, obviamente. Sucio, mojado, enlodado, con la mano derecha vendada. Con un sombrero flojo bien encasquetado. -¿Cómo habla el turco? -me preguntó.

Le respondía vacilante. -Veinte meses en una cárcel de Estambul. Por hashish.

Sonrió. -¿Qué estaba haciendo acá? -inquirió.

-Estaba en la playa con unos amigos. Teníamos un jeep. Bebí mucho raka anoche y me perdí. Ahora necesito llegar a Bursa. -Con el extremo de su pipa me señaló un angosto camino que llegaba hasta donde se hallaba un viejo ómnibus Volkswagen.

-Bursa -indicó.

En el techo se apilaban bolsas de arpillera llenas de cebollas, aceitunas y otros vegetales. El interior estaba lleno de campesinos. Encontré a alguien que me pareció el chofer.

¿Bursa?

- Seis liras.

Pagué. Pasé entre los campesinos y me senté en un asiento que estaba contra la ventanilla. Bajé aún más mi sombrero y traté de mantener una mano sobre mi bigote.

El ómnibus se traqueteó por la costa fangosa y trepó por las rutas de montaña que subían a Bursa. El viejo chofer giraba en las curvas a gran velocidad. Hacía años que yo no viajaba en un vehículo abierto y estaba un poco asustado.

- Pensé. "Qué ridículo sería morir aquí, ahora, cuando por fin soy libre". Pero no podía hacer nada. Además el chofer debía conocer la ruta.

Nos detuvimos en algunos mercados que estaban sobre la ruta. Los campesinos descendían a vender sus productos. Gradualmente la carga se fue reduciendo. El chofer aumentó la velocidad.

Por fin apareció a la vista Bursa. Era la ciudad más grande de la costa. Sus calles eran sofocantes, secas y polvorientas. Se veían destartalados edificios de la antigua arquitectura turca, con algún ocasional edificio de oficinas de estilo occidental, pero también en malas condiciones. Observé mi reloj: las nueve y treinta. Ya debían haber notado que faltaba. No me había presentado a trabajar.

Había un desvencijado taxi junto a la acera. Me acerqué al conductor con prudencia.

-¿Estambul?

-Setecientas liras.

-Cuatrocientas cincuenta.

-Era todo lo que tenía.

-Yok. Setecientas.

Me encogí de hombros. El chofer señaló la estación de autobús -Veinticinco liras -informó.

Sí, pero yo no quería acercarme a la estación de autobús. Allí, con seguridad, me estarían buscando. Miré hacia allá y vi dos policías apostados en la entrada. Me preguntaba si tendrían una descripción de mi físico y me estarían esperando.

Pero no había elección posible. Debía llegar a Estambul y buscar a Johann. Cuanto más esperara mayor sería el riesgo.
Caminé hacia la estación. Cuando atravesé la entrada uno de los policías bostezó.

Compré un pasaje para Estambul. El ómnibus saldría en media hora. Me senté a esperar y de pronto me sentía agotado. También me di cuenta de que tenía hambre. Entré en un bar y compré una tableta de chocolate y una bolsita de bizcochos.

Llegó el ómnibus. Una vez más tuve que pasar junto a1, los policías. Ellos parecieron ignorarme. Subí y elegí un asiento junto al pasillo. Mi corazón latía con fuerza. Por favor, que llegue a Estambul.

Esperé que el ómnibus se pusiera en marcha. Pensé que nunca lo haría pero por fin arrancó. Salió de la estación y enfiló por la ruta que rodea el borde este del mar de Mármara hasta Uskudar. Empecé a respirar de nuevo.

El ómnibus se movía mucho. Se oían charlas en turco. Las moscas luchaban por comerse mis bizcochos.

Llegamos a Uskudar. Más allá del Cuerno de Oro, elevándose visiblemente sobre la costa, vi Estambul con las espiras de los minaretes que coronan sus sierras. Allí era donde había comenzado todo. El ómnibus cruzó el puente de Yeni Kopru y una vez más estuve en Europa.

Era casi mediodía. Estaba frenético. Sin duda, ya la policía turca debía estar buscándome. Sólo podía aspirar a confundirme con los otros turistas que llenaban la estación terminal de Estambul.

Descendí del ómnibus y mantuve los ojos fijos en el suelo. Me coloqué en el centro de un grupo de personas y caminé con ellas hacia la calle. Sólo cuando estuve a cierta distancia me detuve a mirar hacia la estación. Había dos policías frente a la puerta principal. No advertí signo alguno de alarma.

Ahora tenía que ir al hotel de Johann. Casi había llegado al final. Encontré un taxi y le di al chofer el nombre del hotel. Fuimos por calles secundarias hasta que llegamos a una puerta. Sin duda no era el Hilton.

Pensé en mi sombrero. Cubría mi pelo rubio, pero también llamaba la atención. Tal vez era más notorio que el pelo. Antes de entrar me lo quité y lo sostuve debajo del brazo.

Entré en el vestíbulo. Detrás del escritorio había un turco calvo. Levantó la vista.

-¿Johann? -pregunté-. Busco a Johann.

-¿Johann? -Miró mis ropas-. Johann partió ayer para Afganistán.

XXIV

Aturdido, mortalmente cansado, desconcertado, salí a la calle. ¿Johann en Afganistán? ¿Por qué? ¿Por qué ahora, cuando lo necesitaba tanto?

Caminé por las calles durante media hora antes de recordar que debía ocultarme. Entré a una farmacia y compré un tubo de tintura negra para cabello. Me encontraba en el barrio de los prostíbulos. Del otro lado de la calle había un hotel miserable. Entré.

-Necesito una habitación -le pedí en turco a un empleado turco de rostro cubierto de granos.

Me miró de arriba a abajo.

-¿Dónde está su equipaje?

- Me lo robaron. -¿El pasaporte?

- También me lo robaron. Con el equipaje.
-
Sus ojos se entrecerraron.

-¿Habla turco?

-Sí. Estuve un tiempo en la cárcel. ¿Tamam?

-Tamam. Cincuenta liras por la habitación.

Iba a protestar. Diez liras serían demasiadas para ese agujero. Pero pagué. El empleado sonrió y me dio la llave.

Tenía que subir dos tramos de una escalera desvencijada para llegar a la habitación. Era el paraíso de las cucarachas. Saqué el tubo de tintura del bolsillo. Era una pasta viscosa, según las instrucciones, había que mezclarla con cuatro bolitas blancas que olían a amoníaco y luego esparcir una pequeña cantidad sobre la parte interior de la muñeca. Se suponía que debía esperar veinticuatro horas para ver si producía alguna reacción alérgica. No tenía tiempo para eso.

Con un trozo de algodón pasé la pasta sobre mi cabello y mi bigote. Las manos me temblaban de debilidad. Una y otra vez me manché la cara. Retrocedí y me estudié en el espejo. El pelo parecía extraño pero pasable para Estambul. El bigote, en cambio, se veía como una negra masa pegada al labio superior. Había que eliminarlo.

Muy nervioso, salí del hotel y volví a la calle llena de gente. Econtré una tienda y compré una maquinita y una hoja de afeitar.

En un instante desapareció el bigote. Ahora mi cara estaba de verdad desnuda. La piel

de mi labio superior tenía una marca negra en el lugar donde había estado el bigote. El aspecto era peor que nunca.

Me tiré en la cama y respiré con esfuerzo. El sueño me venció, pero por poco tiempo. Cada pisada en las escaleras, cada ruido sospechoso de la calle, me hacían despertar aterrorizado. Miré por la ventana posterior. Había otras escaleras desvencijadas que llevaban a un angosto callejón. Peligroso pero posible. Volví a acostarme y después de un buen rato me dormí de nuevo.

Por la mañana estudié mis mapas con gran atención. Traté de recordar las innumerables charlas sobre fugas de la cárcel. La ruta más importante que salía del oeste de Estambul llevaba a Edirne. No me convenía. Era el principal cruce de fronteras y estaba muy vigilada. No tenía pasaporte y con seguridad los guardias aduaneros ya tendrían mi descripción.

Hacia el sur de Edirne estaba Uzun Kopru. Una posibilidad. Max siempre hablaba del campo de esa zona. En ciertos lugares era desértico y salvaje. El río Manitas descendía de las montañas de Bulgaria y formaba el límite entre Turquía y Grecia. Estaba vigilado, pero no tanto como Edirne.

Otra posibilidad era el tren que iba de Edirne a Uzun Kopru. El que cruzaba el río y por un tramo circulaba dentro de Grecia. Pero probablemente no me alcanzaría el dinero para el pasaje. Además, la estación de tren era demasiado peligrosa. Por otra parte, ¿cómo sabría dónde debía saltar del tren?

Decidí tomar un ómnibus hasta Uzun Kopru. Desde allí encontraría alguna manera de cruzar la frontera.

Mi hotel estaba situado en una colina empinada, cerca del puerto. Del otro lado del puente Galate, más allá del Cuerno de Oro, había una estación de tranvías. Supuse que desde allí podría llegar a la estación de ómnibus de las afueras de la ciudad de Estambul.

Eran casi las siete de una mañana clara y brillante. Las calles estaban demasiado concurridas para esa hora. Compré un periódico y me filtré, entre un grupo de gente que atravesaba el puente. Mi ropa estaba sucia. Tenía los ojos enrojecidos. Mi pelo era negro. La piel del labio superior estaba roja e irritada donde me había intentado quitar la tintura. Sabía que olía a transpiración y a mar. Por primera vez en cinco años debí haber parecido un verdadero turco. Esperaba que así fuera.

Encontré el tranvía. Los policías patrullaban con ritmo normal. Si me buscaban buscarían a un rubio de bigote. Lo sabía, pero temblaba de pensar que fácilmente podían capturarme. Me propuse tener mucho cuidado. Me senté en el tranvía y levanté el periódico para ocultarme. Revisé todas las páginas para ver si había alguna noticia sobre mi desaparición. Por suerte no encontré nada. Lo último que necesitaba era que todo el país estuviese alertado de que un convicto peligroso que se había fugado estaba entre ellos.

La estación terminal de autobús estaba atestada de gente.

¿Qué ocurría? La gente estaba apiñada en el polvoriento lugar y se afanaba por subir a los ruidosos ómnibus ¡Pero era tan temprano!

Le compré una manzana al hombre que las vendía y me senté a comerla bajo un árbol en la vereda de enfrente de la estación. Tenía que descubrir qué ocurría. Volví a revisar el

periódico. Entonces comprendí. Era el primer día de Sugar Bayram, una festividad de cuatro días que seguía al ayuno musulmán de treinta días. Era la fiesta más importante del año. Todo el mundo se visitaba con sus parientes y amigos. Era como viajar en vísperas de Navidad.

Caminé por entre los grupos y volví a la estación. Me encontré al final de una gran fila de personas que esperaba turno para comprar sus pasajes. Cuando llegué a la ventanilla, el hombre me informó que el ómnibus a Uzun Kopru estaba completo.

-Pago lo que sea -insistí.

-Consígame un lugar.

Levantó la mirada con fastidio.

- ¡Está completo! -exclamó.

Cuidado. No había que llamar la atención.

-Está bien. Un pasaje a Edirne, por favor.

Pagué. El hombre selló el billete y señaló con la mano. El ómnibus estaba por partir. Subí y encontré un asiento junto a una campesina gorda que olía a ajo.

¿Qué iba a hacer ahora? No podía arriesgarme a cruzar en Edirne. Cuando el ómnibus salió de la estación, miré mi mapa. Edirne estaba a sesenta y cinco kilómetros al norte de Uzun Kopru. El suelo parecía accidentado. Tal vez pudiese cruzar en algún punto intermedio. Divisé la línea del ferrocarril, donde corría entre Turquía y Grecia. Era un terreno peligroso. Las innumerables guerras entre las dos naciones habían hecho que la frontera se moviese de un lado para otro. El pequeño mapa era malo. En muchos lugares el río Maritas parecía formar el límite, pero en otros daba la impresión de que Turquía se extendía hasta mucho más allá del agua.

Aunque la mañana de octubre era fresca, pronto el interior del ómnibus se tornó caluroso y hediondo. El vehículo se sacudía como una diligencia por las carreteras campesinas. Traté de relajarme pero fue inútil, mis nervios estaban demasiado tensos. Cada vez que el ómnibus aminoraba su marcha, temía que los soldados lo hubieran hecho detener. Tenía que esperar hasta encontrarme en Grecia para tranquilizarme. Cerré los ojos y pensé en un baño caliente. Sería tan agradable quitarme cinco años de suciedad en una bañera llena de agua limpia y humeante.

Desperté de repente. Algo ocurría. El ómnibus se había detenido de pronto. Me incliné hacia adelante para ver. ¡Dios mío! En la carretera había un policía con un brazo extendido que obligaba al chofer a detenerse. Eché una rápida mirada a mi alrededor. Había una sola puerta. Estaba atrapado. ¡Tenía que pensar, pensar!

La puerta se abrió con un golpe y el policía subió de un salto. Paseó su mirada por el rostro de los pasajeros. Hice como que leía el periódico y observé por el rabillo del ojo. El cuerpo robusto del policía bloqueaba la puerta. Si se quería salir había que empujarlo.

El policía le pidió al chofer sus papeles. Los revisó con atención. Otra mirada a los pasajeros y se marchó.

Solté un silencioso suspiro. Están buscándome a mí, supuse. Están sobre mi pista. Pero no han informado a los periódicos. Tal vez la policía lo prefería así.

Sobre la línea del horizonte había oscuras nubes de tormenta. Deseaba que continuaran. No sabía qué me esperaba en la frontera, pero suponía que una tormenta podía ayudarme, como había ocurrido antes.

El ómnibus llegó a Edirne hacia el medio día. Era una aldea que había crecido, atestada de gente, sucia. Decidí esperar hasta la tarde para ir hacia el sur. Intentaría cruzar la frontera por la noche. Entretanto me perdería entre la multitud de gente que estaba de fiesta.

Caminé por calles en las que abundaban los policías, quienes charlaban y reían. Bebí té y compré fruta en un bazar cubierto. En circunstancias distintas, me habría divertido. Max me había hablado mucho de Edirne. Hacía mucho tiempo, cuando pertenecía a los griegos, se había llamado Adrianópolis. Cómo deseé que todavía perteneciera a los griegos. Desde algunos lugares de la ciudad alcancé a divisar ciertas elevaciones lejanas que con seguridad pertenecerían a Grecia. La libertad estaba a la vista. Sólo tenía que llegar allá.

Por todas partes había soldados y policías. No podía hacer otra cosa que seguir andando, con la esperanza de que mi pelo negro y mi suerte me protegieran.

Una vez avanzada la tarde me dispuse a actuar. Caminé con cuidado por el bazar y busqué un chofer de taxi que pareciera confiable. Encontré uno joven, de pelo largo.

Mis amigos están acampando -le mentí-. Están al sur de la ciudad. Tenía que encontrarme acá con ellos esta mañana, pero parece que nos hemos perdido entre tanta gente… ¿Me puede llevar allá?

Cuarenta liras replicó.

Era demasiado dinero para ese viaje, pero me quedaban cien liras y no era el momento de regatear. Bien.

Salimos de la ciudad por una ruta de tierra polvorienta. .¿Dónde aprendió a hablar turco? -me preguntó. De manera que mi disfraz no lo había engañado. Estuve veinte meses en una cárcel de Estambul. ¿Hash?

-Sí.

-¿Quiere comprar un poco? ¿Barato?

-¡Oh, no! Así había empezado todo. Si había algo que no necesitaba, era hashish.

Llegamos a un pequeño pueblo que estaba a unos quince kilómetros al sur de Edirne. Según mi mapa, era el último pueblo hasta las afueras de Uzun Kopru. Al sur de ese villorrio había una gran extensión de tierra salvaje a ambos lados del río. Tierra fronteriza.

El chofer aminoró la marcha cuando vio algunas personas junto a la ruta.

-¿Dónde está el campamento? -preguntó. La gente lo miraba asombrada.

-¿El campamento?

Se encogieron de hombros.

Seguimos hasta una pequeña taberna. El chofer detuvo el coche y les gritó a unos hombres que estaban sentados: Muera.

-¿Alguien vio a unos turistas en camión?

Para mi gran sorpresa, tres policías se acercaron al coche con paso lento. Llevaban el cuello de la camisa abierto y en la mano sostenían vasos de cerveza. Uno de ellos de apoyó en la ventanilla abierta, junto a mi cabeza. Alcanzaba a percibir el olor a cerveza de su aliento.

No respiré.

-¿Noldu? preguntó el policía al chofer.

-¿Han visto a unos turistas en un camión?

El policía retiró la cabeza de la ventanilla y miró el camino. Tomó un sorbo de cerveza y miró en la otra dirección. Por último sacudió la cabeza.

Toqué el codo del chofer para que siguiera.

-Turistas gritó por la ventanilla. Kamper. Volkswagen.

El policía de encogió de hombros.

Otra vez toqué al chofer con el codo, urgiéndolo a seguir.

Finalmente los policías se fastidiaron y volvieron al bar. Suspiré.
Seguimos viaje.

En el extremo sur del pueblo, hasta el camino de tierra desaparecía.

-No puedo avanzar más -comentó el chofer.

-Creo que mis amigos deben estar un poco adelante.

-Voy a destrozar el coche.

-Un poquito más allá del pueblo. Un poco más adelante. Le pagaré extra.
Murmuró algo entre dientes, pero puso el automóvil en movimiento. Pronto nos encontramos en medio de un campo. El chofer detuvo el coche.

-No puedo avanzar más. Debemos regresar.

-Déjeme dar una ojeada. -Salí del taxi y trepé a la deteriorada cubierta del motor. Miré a la izquierda, al sol que se ponía. Necesitaba orientarme. El horizonte estaba cubierto de lomas ondulantes y bosques. Muy cerca debía estar el río.

Salté al suelo.

-Escuche, vuelva usted. Yo voy a buscar a mis amigos.

-No puedo dejarlo acá. ¿Qué le pasa? Se está haciendo de noche. No los va a encontrar.

- No se preocupe. Los encontraré. Sé dónde están.

- ¿Está loco? Se va a perder ahí. Se encontrará solo y... -Calló. Había hecho ondular un billete de 100 liras ante su rostro.

Se encogió de hombros. Tomó el dinero y dio la vuelta con el automóvil.

-Buena suerte. Se marchó.

Rápidamente crucé el campo arado y me escondí entre unos maizales secos. Esperé que llegara la noche.

A mi izquierda había visto una colina más alta que las otras. Esa sería mi primera meta. En los campos que se extendían a mi derecha podía ver ovejas y a un par de pastores que conducían al rebaño de regreso al pueblo. Las campanitas repicaban con ritmo suave y perezoso. El sonido se desplazaba con facilidad en el claro crepúsculo de otoño. Tendría que tratar de no hacer ruido.

Me picaron los mosquitos. Traté de alejarlos, pero eran demasiados. Me picaban incluso a través de la ropa. Por último cerré los ojos y los ignoré. Esperaba que fuese la última vez que los mosquitos turcos se alimentaran con mi sangre. Traté de pensar en Lillian.

La oscuridad se hizo total. Sobre la gran colina vi unas luces que se movían en una y otra dirección. ¡Guardias de frontera!

Salí de mi escondite. El suelo era muy rocoso. Resultaba difícil moverse con rapidez. Fui caminando con cuidado. Me detenía a cada momento para escuchar.

Una media hora después me detuve. La marcha resultaba muy lenta. Había cubierto... no sé cuánto... pero no mucho. Pensé que haría menos ruido si andaba descalzo. Me senté al pie de un árbol nudoso y me quité las zapatillas y los calcetines. Cavé un pozo poco profundo y las enterré. Si los guardias utilizaban perros, no deseaba dejar huellas.

Fui trepando lentamente de costado por la ladera de la gran colina. Como los alpinistas, probé mi equilibrio antes de apoyar mi peso. Aunque era lento, resultaba agotador. Pronto mi cuerpo estuvo bañado en sudor. Temblé cuando el aire de la noche se tornó frío. A cada momento me detenía a escuchar.

Ahora veía desde más cerca las luces de las linternas en la cresta de la colina. Las observé pero no descubrí ningún movimiento regular. A veces los guardias las apagaban y caminaban en la oscuridad. Después volvían a encenderlas. Me pregunté si todo eso era normal o sería que habían reforzado la vigilancia.

Cuando casi había llegado a la cima encontré una zanja de desagüe, de cemento. Lentamente me metí en ella. Mis pies tocaron barro, que resultó un alivio. Descansé bien apretado contra el barro. Un instante después el aire que me rodeaba se pobló de alegres ruidos. ¡Eran ranas!

Esperé varios minutos en la oscuridad, feliz de estar oculto. Lenta y silenciosamente

empecé a trepar para salir de la zanja.

¡Un ruido! ¡Pisadas! Me deslicé otra vez dentro de la zanja y me acurruqué. Metí mi cabeza entre las rodillas.

Trataba de ocultar el color claro de mi rostro. Puse la mente en blanco. Estaba inmóvil, como una piedra sobre el suelo.

Las pisadas se acercaban. Voces. ¿Cantaban? Dos guardias pasaron lentamente junto al borde de la zanja.

Cantaban una canción turca. Sus voces eran profundas y lentas. Estaban con espíritu festivo. Siguieron hasta la cima de la colina. Esperé hasta que las ranas volvieron a croar.

Rápidamente salí de la zanja. Corrí agachado hacia la cima y empecé a descender por la ladera. No había tiempo para andar en puntas de pie. Ya no había tiempo para detenerse a escuchar. Corrí unos doscientos metros y luego me tiré al suelo boca abajo. Traté de percibir ruidos de persecución. No se oía nada. Nada más que el precipitado latir de mi corazón asustado.

No había viento. Mi cuerpo se relajó un momento pero en seguida se puso tenso. ¿Eran otras voces las que se oían a la izquierda? No podía estar seguro.

Pasando rápidamente sobre grupos de arbustos achaparrados y pequeñas zanjas formadas por la erosión, bajé la cuesta de la colina. Mis pies descalzos estaban lastimados, pero ahora eso no tenía importancia. Fui hacia la derecha, para alejarme de las voces. Hallé un grupo de árboles. ¡Dónde está el río! Debía de estar muy cerca.

A través de la oscuridad que producían las ramas de los árboles, divisé un poco de luz; era el reflejo de un metal. ¿Qué era eso? Con cuidado aparté las ramas. ¡Dios mío! Ahí estaba, grueso y largo, el cañón de un tanque. Parecía un animal hambriento agazapado en las sombras.

Luego vi otros. Pero todos estaban silenciosos, sin hombres. Estaban camuflados con redes entre los bosques y apuntaban hacia Grecia. No era ahí donde yo deseaba estar. Donde hay tanques tiene que haber soldados. De puntillas una vez más, seguí con cuidado a través del bosque. Ahora torcí a la izquierda para alejarme de los tanques. El bosque se hizo más denso. Hasta la luz del cielo había desaparecido. Una rama me golpeó el rostro. Mantuve una mano frente a la cara para protegerme.

Caminé hasta el pie de la colina. Por último el bosque' se volvió menos denso. El suelo se tomó húmedo. Después de cada paso me detenía a escuchar. ¿Voces? ¿Movimiento? No podía estar seguro. Pero debía hacerlo ahora. Estaba tan cerca. Luego oí... ¿Podía ser? . . . Sí. El suave gorgoteo del agua. Entré en un pantano. De pronto los arbustos desaparecieron y frente a mí vi pasar con ímpetu las aguas de lo que estaba seguro que debía ser el río Maritas. Me senté ala orilla para descansar un momento antes de empezar a nadar. La corriente parecía fuerte. Me dolían los pies. En la oscuridad traté de quitarme las espinas que me molestaban.

Luego me sumergí en el agua helada. Mis pies se hundían en el lecho barroso. El agua fluía con intensidad a mi alrededor y me costó mantener el equilibrio. El frío era paralizante. Me moví con mucha lentitud y traté por todos los medios de no hacer ruido. Podía haber soldados también del otro lado. Turcos o griegos. La nacionalidad de las balas no tenía

ninguna importancia.

El agua me llegó hasta la cintura y de repente descendió. Había llegado a la margen opuesta. Ya todo había terminado. Estaba en Grecia. ¿Era Grecia?

Las copas de los árboles impedían ver el cielo. Todavía con mucha cautela avancé otros diez metros entre los árboles y encontré más agua. ¿Qué era eso?

A la luz débil pude ver que el agua se extendía por varios cientos de metros. Entonces comprendí que había cruzado una pequeña isla. Aún no estaba en Grecia.

La libertad estaba demasiado cerca para descansar. Me zambullí. El río aquí era más profundo y la corriente más fuerte. Nadé con gran energía. La corriente me arrastraba. Luché frenéticamente para mantener mi rumbo.

Mi cuerpo olvidó su agotamiento. Mis brazos se esforzaban contra la corriente. Mis pies golpeaban con furia el agua helada. Ya no había tiempo para preocuparse por el ruido. Se trataba de sobrevivir. Al diablo con el ruido. Nadaba con toda la energía posible.

Nadé con toda la fuerza de mis brazos y piernas para atravesar la corriente, sin siquiera tener idea de cuánto estaba avanzando. Me preguntaba si estaría en movimiento, o si el río me tendría atrapado. De pronto una de mis rodillas s golpeó contra una roca. El lecho. Me incorporé y me abracé a mí mismo para hacer frente a la atracción del agua. Miré hacia atrás. La isla había desaparecido. El río me había desviado bastante hacia el sur. No tenía idea de donde estaría la frontera.

Vadeé hacia la ribera. Me tiré sobre el fango viscoso. Me moría de frío y estaba muy asustado. Pero había cruzado el río.

Estuve tendido en la ribera por varios minutos. No sé cuánto tiempo. Tal vez me desmayé. De repente me senté, comprendiendo que aún no era libre. Tal vez estuviese !' en Grecia, tal vez no. Pero esa frontera era un peligro. No quería que me apresara ningún soldado. Debía seguir marchando. Hacia la izquierda.

Más bosques. Ahora caminaba dormido. Eran tres días completos sin dormir con la sola excepción de una noche de sueño intermitente en el hotel de Estambul. Tenía hambre, frío, estaba mojado, confuso. Los bosques se tornaron más densos. En mis pies descalzos se clavaban ramitas. Luego los árboles se convirtieron en campos cultivados. Mi lastimada mano derecha latía. Mi corazón se sobresaltaba ante cientos de ruidos, no sabía si reales o imaginados.

Seguí hacia la izquierda.

A mis espaldas, el cielo mostraba hacia el este débiles señales del amanecer. Di con un camino de tierra. Distinguía apenas una casa, oscura contra el fondo negro de los árboles. De repente salieron perros que me ladraban. Avancé rápidamente por el camino hasta que los perros dejaron de seguirme.

Debía abandonar ese camino, reflexioné. Era peligroso. Pero la tierra suave era un placer para mis castigados pies. Un poquito más, después volvería al campo abierto.

La cabeza me latía. Sólo avanzaba por inercia. No podía detenerme ahora. Conseguí

obligar a mis pies a que siguieran andando por el camino. Las ropas sucias se me pegaban al cuerpo. Temblaba y tosía.

Frente a mí había una línea de árboles oscuros, a cada lado del camino. Mis pies marcharon hacia ellos. ¿Qué era eso que estaba en las sombras? Parecía un retrete. ¿Estaría tan agotado como para ver visiones?

Entré en el túnel de árboles.

De repente una bayoneta siseó frente a mi cara y se detuvo a centímetros de mi nariz.

Una voz aguda gruñó

-¿Juuu?

XXV

16 de octubre de 1975
Michael J. Griffith, Esquire
1501 Franklin Avenue - Mineola, N. Y. 11501

Querido Mike:

Fue una triste ironía que su buena carta de octubre acerca de los progresos en su intento por lograr que Billy fuera trasladado a una cárcel norteamericana, me llegara casi al mismo tiempo que la noticia de que Bill había escapado. Se puede imaginar nuestros sentimientos cuando por fin habíamos comenzado a ver un rayo de luz en el extremo del túnel.

Ahora todo lo que podemos hacer es tener esperanzas y rezar porque él esté bien. Si tenemos alguna información se la comunicaremos a usted y a la familia Hayes de inmediato, y sabemos que usted hará otro tanto con nosotros. Atentos saludos.

William B. Macomber
Embajador de los Estados Unidos en Turquía
La celda medía cuatro pasos por cuatro.

Tenía un techo alto y sólo la rodeaban las tan familiares paredes de cemento. En realidad había sólo dos diferencias: estaba limpia y era griega. Debía serio; no entendía una sola de las palabras que decían los soldados. De modo que no podían ser turcos.

Después de varias horas vino un guardia, me vendó los ojos y me llevó a otro edificio. Me quitaron la venda. Estaba en una salita en la que había una mesa, dos sillas y un hombre en traje de calle.

El hombre hablaba un inglés muy bueno. Se presentó como un funcionario del servicio de inteligencia griego.

Librodot

Se limitó a escuchar mi historia y a tomar notas.

-¿Es necesario que me tengan en una celda? -pregunté-. Me voy a volver loco.

Apoyó la espalda en el respaldo de la silla. Estudió mis ojos. Luego habló en tono tranquilo.

-Podríamos hacer varias cosas con usted. Podríamos devolverlo a los turcos. O llevarlo de regreso a la frontera y arrojarlo hacia el otro lado. O procesarlo por entrada ilegal. Incluso podríamos llevarlo a un bosque y fusilarlo. Nadie se enteraría.

Moví los pies con inquietud.

-O... si se tranquiliza y espera con calma... podríamos arreglar su deportación. A los Estados Unidos.

-Voy a portarme bien y esperar en calma.

-Bueno. Necesitamos tiempo para verificar su historia. Si usted dice la verdad, todo va a andar bien. Y también queremos conversar con usted. Deseamos que nos cuente lo que sabe de Turquía.

Pasaron los días. Por las tardes me paseaba por la celda. El individuo que me había interrogado me facilitaba libros en inglés. Leí a Herodoto. Varios libros de Nikós Kazantzakis, que era el autor favorito del funcionario.

Todos los días el funcionario pasaba largas horas conmigo. Quería información sobre Sagmalcilar e Imrali. ¿Cómo eran las bases militares? ¿Cuál era el color de los uniformes? ¿Cómo era la insignia? Y los tanques de la frontera. Los describí una y otra vez. El registraba hasta el mínimo detalle. Insistió para que intentara describir la visión que había tenido desde el oscuro bosque. Me mostró mapas grandes y detallados del lado turco de la frontera. Le indiqué dónde había cruzado.

Es un hombre muy afortunado, William.

-Lo sé.

-No, no lo sabe. Es más afortunado de lo que piensa. Toda esa área... -señaló donde yo había cruzado-... está totalmente minada. Pudo haber volado por el aire. Muy fácilmente.

Dios cuida a los santos y los tontos.

Pasaron dos semanas completas. Sabía que mi familia se estaría enloqueciendo de preocupación. Quería telefonear a ellos y a Lillian. Pero el funcionario no me permitió comunicarme con nadie. Había escapado de Imrali la noche del 2 al 3 de octubre. En la noche del 4 al 5 había cruzado la frontera. Finalmente el viernes 17 de octubre, el funcionario me dio la noticia.

-Se le va a deportar. -Sonrió. -Se supone que es una mala influencia para la juventud de Grecia. -Luego me estrechó la mano y de me deseó suerte.

El sábado 18 de octubre me condujeron a Tesalónica. Los dos jóvenes policías que me

acompañaban ni se molestaban en esposarme. Sabían que estaba muy contento de estar preso.

Por la ventanilla del ómnibus miré el accidentado campo griego.

Libre. Soy libre.

Agradecía a los antiguos dioses de las montañas y a los dioses del infinito cielo azul. Dulce Jesús, seré tu amigo.

Al atardecer me dejaron en la comisaría de Tesalónica. Me permitieron llamar al consulado norteamericano. Un agradable joven Jim Murray, vino a verme en seguida.

Jim venía con los brazos cargados. Traía una caja de pollo frito, unas manzanas, unos bollos de avena y varias latas de budín. También había ejemplares del "International Herald Tribune", unas revistas "Time" y un ejemplarde "Hurriyet", uno de los periódicos turcos. Allí en la primera página, había un ridículo dibujo a todo color que me representaba. El dibujante me retrató como un fiero hombre musculoso y de pecho descubierto que cortaba la cuerda de un chinchorro con un largo cuchillo. Era algo típico del periodismo turco. Jim también me dio una chaqueta gruesa, calcetines y un par de zapatillas viejas. Eran sus propias ropas. Me informó que ya se había comunicado con el departamento de Estado. Ellos informarían a mis padres. ¡Gracias a Dios! Sabía lo duro que habían sido para ellos los últimos cinco años. Las dos últimas semanas debieron ser las peores.

Los griegos me informaron que podría marcharme tan pronto como mi pasaporte estuviera listo. Jim creía que sería el lunes. Le pedí que llamara a mis padres. -Diles que los amo -le indiqué.

-Claro. Necesitarás dinero. ¿Les pido que lo envíen?

-Sí, por favor.

-¿Cuánto?

-Lo necesario para llegar a casa.

Fui escoltado escaleras abajo por dos policías que me dejaron en una celda. Era de cuatro metros por cuatro, con un pequeño lavabo y un baño en un extremo. No estaba muy limpia, creo. A menos que se la comparara con una celda turca. Contra la pared había dos angostas plataformas de madera. Los carceleros me dieron tres mantas delgadas y cerraron la puerta. Yo estaba en éxtasis. Pronto sería libre. Mis padres se enterarían en seguida que estaba en libertad. En dos días más estaría en un avión. Comí el pollo frito.

Pasaron dos días. Estaba solo en la celda. No parecía haber otro recluso. Algunos de los policías griegos hablaban turco y conversábamos en ese idioma. Cuando les conté mi historia completa, todos se hicieron amigos míos. Todo el que fuera enemigo de los turcos era amigo de los griegos.

El lunes 20 de octubre fui al consulado norteamericano con mi escolta policial. Papá había enviado 2000 dólares. Mi pasaporte estaba listo.

Jim llamó por teléfono a la agencia de viajes de la acera de enfrente.

-¿Cuándo quieres partir? -me preguntó.

- ¿Cuál es el primer vuelo?

- Francfort. A las seis de la tarde.

-Tomaré ese avión.

Aparté el importe del viaje. Un ayudante fue a buscar el pasaje mientras Jim pedía una comunicación para mí con la lejana Long Island y con una casita sobre la que pesaban dos hipotecas.

-¿Papá?

-¿Willie? ¡Willie! ¿Cómo estás, muchacho?

-Muy bien, papá. ¡Lo conseguí! ¡Lo conseguí!

-Seguro. -La alegría lo sofocaba-. Aquí está tu madre.

Por primera vez en cinco años oí la voz de mamá. Mi corazón parecía a punto de estallar.

-¡Mamá!

- Billy, qué bueno es escuchar tu voz. Estuvimos tan preocupados por ti.

- Ya puedes tranquilizarte, mamá. Todo ha terminado.

-Oh, Billy, me siento tan feliz que no puedo hablar.

Reí.

-No es necesario que hables, mamá. Te siento muy cerca a pesar de la distancia. Te extrañé mucho.

-¿Cuándo llegas?

-Lo antes posible. Debo asearme primero. Y dormir. Estoy realmente sucio y cansado.

-Bueno, ten cuidado. Vuelve sin problemas.

-Desde aquí todo es cuesta abajo, mamá. Saluda a todos de mi parte.

¿Quieres llamar a Lilly para avisarle que estoy bien? Te veo pronto.

-Muy bien. Aquí está tu padre que quiere hablarte. Te quiero mucho.

-¿Willy?

- Sí, papá.

Librodot

- ¿Cuáles son tus planes? Los periodistas de la prensa y la televisión me llaman a cada rato. Desean saber cuándo vas a llegar.

Me asaltó un temor repentino. No sabía si estaba preparado para todo eso. ¿Cómo sería Nueva York después de todos esos años? Ahora era diferente. Sabía que quedaría sorprendido. -Papá, acabo de adquirir un pasaje para Francfort. Necesito un par de días para volver a la vida, para preparar el ánimo para el encuentro con mamá. . . y con todos.

-Claro, Willie. ¿Cuándo crees que llegarás a casa?

-Pronto. Tal vez el viernes.

-Muy bien. Avísame. Ten cuidado, amiguito. Aún no estás acá.

-Tendré cuidado, papá. Te llamaré para avisarte el día de llegada.

Hubo un silencio.

-¿Papá?

-Sí, Willie.

-Gracias. .

La policía se negó a dejarme en libertad hasta que subiera al avión. Volvimos a la cárcel a esperar el vuelo. Luego marchamos al aeropuerto, a donde llegamos a las 5.30. El empleado de la aduana selló rápidamente mi pasaporte.

-William Hayes, -me llamó una suave voz por el altavoz-. Llamada telefónica. William Hayes. Llamada telefónica.

¿Una llamada? ¿Para mí?

Era Jim Murray. -Billy, el Departamento de Estado acaba de informarme que Alemania Occidental tiene un tratado de extradición con Turquía. La policía puede estar esperándote en el aeropuerto de Francfort.

- ¿Dios mío! .... ¿Qué piensas que debo hacer?

-Billy, quédate una noche más. Te conseguiremos un vuelo directo mañana, AtenasNueva York.

Pero una noche más significaba una noche más en la cárcel. No, no podía soportarlo después de cinco años. Me sentía lleno de ímpetu y no deseaba perderlo.

-¿Tengo que quedarme?

-Supongo que si no pasas por la aduana de Francfort no tendrás problemas.

-Bien, tendré cuidado.

El avión se elevó en el aire. No miré hacia abajo.

Cuando aterrizamos en Francfort me quedé en la zona de tránsito para evitar la aduana. Allí había un mostrador donde se ocupaban de pasajes. Pregunté por el primer vuelo con destino al oeste. Amsterdam. ¡Perfecto! Tenía gratos recuerdos de Amsterdam. El avión partía en cuarenta minutos.

En un kiosco de periódicos y revistas compré un ejemplar de "Red". De inmediato lo abrí por sus páginas centrales. Lo cerré con rapidez y luego miré otra vez. Había habido muchísimos cambios en cinco años. Me llevaría tiempo acostumbrarme.

En Amsterdam un funcionario de la aduana de largos cabellos cerró mi pasaporte y me dejó pasar. Tomé un ómnibus que iba al centro de la ciudad. Como cualquier otro hombre libre.

Encontré un pequeño hotel cerca de un canal. Reservé una habitación y luego llamé a mi casa. Le dije a mamá que llegaría el viernes a Nueva York. Papá me avisó que habría una conferencia de prensa en el aeropuerto.

Fui al bar. Había gente que reía y bebía cerveza. Del tocadisco automático surgían acentos de un saxofón. También la música había cambiado mucho. Una bonita joven me trajo una cerveza. ¡Ah, la vida! Tan dulce. Fui al restaurante del hotel y comí dos helados de frutilla.

Volví a mi cuarto y me di una larga ducha caliente. De mi cuerpo se desprendieron cinco años de suciedad que se fueron por el desagüe. Me deslicé exhausto entre las sábanas limpias y frescas de la cama. Me quedé pensando en esos años. Parecía un extraño sueño. Ya estaba más allá de todo eso. Me sentía muy bien y muy agradecido. La vida estaba frente a mí y se extendía sin límites. . .

Me dormí apaciblemente.

Hacia las tres de la mañana desperté de pronto. Me reía con fuerza.

EPILOGO

Mi avión llegó al aeropuerto internacional Kennedy de Nueva York el viernes 24 de octubre de 1975. Papá había ido a recibirme con mi hermano Rob y mi abogado Mike Griffith. Mamá y Peg se quedaron en casa. Deseaban saludarme en privado.

Los cuatro descendimos la escalera hacia el salón de la terminal de la Pan American para ser entrevistado por la prensa. Mantuve un brazo alrededor de los hombros de papá mientras respondía las preguntas. Fue fácil sonreír para las cámaras.

Pasé las semanas siguientes gozando de mi libertad con mi familia y mis amigos. Comí pizza, hamburguesas, batidos de vainilla y langosta. Caminé por las calles de Nueva York con los ojos muy abiertos. Anduve en la bicicleta de papá por las calles arboladas de North Babylon. Y fui a ver la primera película en cinco años: "Tiburón".

Luego me entrevisté con varios de los agentes literarios, editores y productores de

Hollywood que habían llamado. Este libro es el resultado de esos encuentros. Con el pago anticipado pude cancelar la segunda hipoteca que pesaba sobre mi casa. Envié de vacaciones a mis padres a California. Ahora estoy saldando el resto de un viejo préstamo que recibí cuando estudiaba en Marquette y con el tiempo devolveré todo el dinero que papá gastó con los abogados turcos y en sus viajes. Ahora que el libro está terminado estoy haciendo planes para dedicarme a los negocios.

Lillian estaba en las montañas de la Columbia Británica cuando me escapé, y sólo se enteró dos semanas después que yo llegara a casa. Vino a Nueva York. Pasamos buenos momentos juntos, pero pronto comprendimos que las imágenes que nos habíamos formado durante cinco años no se ajustaban a la realidad. Ella se fue a Europa y ahora está viajando por Asia.

Johann volvió de su viaje a Afganistán y aún vive en Estambul. Arne ha formado una orquesta. Los músicos equiparon un viejo ómnibus londinense de dos pisos y ahora se dirigen a la India.

Charles está de regreso en Chicago; escribe poesía y trata de que publiquen su libro.
Popeye vive en Israel.
Max cumplió su condena pocos meses después de mi fuga.
Nunca volví a tener noticias de Joey.

Harvey Bell, Robert Hubbard, Kathy Zenz y jo Ann McDaniel están todavía en la cárcel de Adana, Turquía.
Getchrmis, que pase pronto.

Billy Hayes

5 de agosto de 1976

Librodot